
3 1761 07802907 1

LA SUBLIME INQUIETUD

2

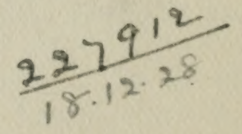
FRANCISCO ARNICHES

LA SUBLIME INQUIETUD

(HISTORIA DE UN «HOMBRE DE MAR» QUE TOMO EL AMOR EN SERIO)

NOVELA





V. H. Sanz Calleja.—Editores e Impresores.
Casa central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23.
MADRID

PRIMERA PARTE

I

El «Virgen del Carmen».

Atento a sus operaciones de confrontación de marcas y numeraciones, no se dió cuenta Luciano de que ya era la hora de comer, y con el ruido de la maquinilla tampoco oyó la voz del Mayordomo, que le gritaba desde el portalón de la camareta:

—¡Don Luciano, que ya están don Ramón y los demás en la mesa!

Fué necesario que terminase de tragar la escotilla la eslingada de carga que pendía del puntal, balanceándose, para que oyese lo que le decían. Pero como él era un oficial minucioso y ordenado, no consintió abandonar la cubierta hasta que aclaró una confusión de marcas que había en aquella factura de embarque.

El ejercicio de cualquier profesión defrauda muchas ilusiones. Luciano, por ejemplo, que conocía la suya de nauta como pocos y que había estudiado fundamentalmente su carrera, se veía ahora obligado, por deficiencias del régimen interior de los buques mercantes, a recibir y entregar mercancías, cuando, en buena lógica, esa labor debería estar reservada exclusivamente a los oficiales administrativos que el buque necesitaba para su servicio, dejándole a él lugar para ampliar sus conocimientos técnicos, que son, por su naturaleza, de los que no tienen límites. ¿Y para ocuparle en estos menesteres tan humildes había estudiado tanta Geografía náutica y tanta Trigonometría rectilínea y esférica? ¡Bah! No era ésta su misión. Ya lo decía el mismísimo Código de Comercio: su obligación era *llevar a feliz término el cargamento*. Como vemos, la literatura legislativa daba en un precepto conciso y terminante la primordial obligación del marino, en la que se hallan condensadas importantísimas disciplinas científicas. Además, el Código no había querido prescindir del concepto aleatorio que suponían los riesgos graves que el marino podría sufrir hasta el momento dichoso de terminar con bien su derrotero, para mostrar los inconvenientes que se acumulan en contra del arribo feliz de la nave y justificar la mayor sabiduría y pericia que se le pide al Capitán. Conservaba todavía el Código, entre sus modismos, aquellas fra-

ses arcaicas que fueron sacramentales entre los primeros exploradores del Océano; como queriendo expresar que ni aun con las conquistas de los tiempos modernos, que habían perfeccionado las naves y sus máquinas, podrían olvidarse los modismos que hacían de la profesión náutica, al mismo tiempo que práctica científica, aventura contra todos los elementos. Todavía no tenía mando efectivo de capitán y ya le preocupaba la responsabilidad que podría tener el día de mañana, que se deduciría de su importante misión. De aquí su preocupación por adiestrarse prácticamente y completar su instrucción científica para fines puramente náuticos y no para estos otros, simplemente administrativos. Aun recordaba, como si los tuviese delante, aquellos renglones que servían de lema en el prólogo del *Curso de Astronomía náutica y navegación*, de D. Francisco Fernández Fontecha, el insigne catedrático, que les explicaba esta asignatura en Cádiz. Decían así:

«Mi vida, la de mis connavegantes y los grandes intereses del cargamento de la nave cuya dirección estará confiada a mi cargo, penden de mi aptitud en el desempeño de llevar la derrota con acierto.—*Canellas* (*Astronomía náutica*).»

Ni siquiera en los tiempos prósperos, de grandes rendimientos, como eran aquéllos, las Compañías navieras querían aumentar el personal, y se daba el caso que los pilotos agregados en viaje de prácticas tenían que desempeñar bajos menesteres rutinarios y simplemente mecánicos, que a la larga redundarían en perjuicio de su instrucción técnica. Afortunadamente, Luciano pronto mandaría buque. Ya estaba examinado de capitán; le sobraban días de navegación, y por si era poco esta suficiencia, demostrada oficialmente ante los tribunales de examen, contaba, además, con su prestigio de navegante seguro, ganado en ocasión de haber substituído, en casos de accidente o enfermedad, a sus propios capitanes.

No sólo le conocían bien sus Armadores; también le conocían *los otros*, los que en más de una ocasión le habían hecho proposiciones ventajosas, que le hacían dudar, pero que nunca quiso aceptar, porque prefirió aguardar a que viniese la recompensa por los pasos lentos de algo merecido y en buena lid ganado, a lograrlo por los procedimientos rastreros de una traición. Era de los que sabían esperar. Todo llegaría.

Todavía punteó una partida de sacos; cerró su libro, plegó la documentación y se perdió por la escala en espiral, que le condujo a su camarote. Se aseó lo indispensable y fué a ocupar su puesto en la mesa.

Durante la comida se hablaba poco. El Capitán era hombre parco de palabras, que interrogaba, afirmaba, dudaba, exclamaba

y respondía con monosílabos. La mesa era una prolongación del cuarto de bitácora, donde continuaba la misma concisión en las órdenes e idéntico formulismo para comunicarse entre sí los habitantes de aquel mundillo flotante, donde, no obstante el mutismo y la sobriedad, tenían representación todas las pasiones humanas, que no se hacen ostensibles ni con la frecuencia ni con la violencia que en tierra firme, porque el temor al aislamiento pone un freno en cada temperamento y una sordina en cada boca. Los habitantes de un buque no se eligen entre sí, y por esta razón, por rebeldía a la imposición del acaso, reina entre ellos una hostilidad tácita que lo mismo hace crisis para convertirse en una explosión de alegre camaradería que para transformarse en una agresión extemporánea..., y aun en este último caso es muy frecuente la reconciliación inmediata, el mutuo perdón. Que de todas las cadenas que esclavizan a la Humanidad, es la más tenaz la *sociabilidad*, que ostenta la dualidad paradójica de anhelarse y odiarse con igual fuerza.

Nunca se distinguieron los buques de carga por la pulcritud. El mantel, ilustrado con manchas de vino, circulares como el fondo de los vasos que lo contenían, y con otras huellas de yema de huevo y de aceite, reflejaba turbiamente la luz que proyectaba la lámpara y era la desesperación del primer maquinista, aquel exquisito de Ordóñez, que tenía la máquina cuidada y limpia como un juguete costoso y que decía que prefería comer sobre una plancha de su tarima que en aquella sucia mesa. El Capitán, que rara vez solía recoger las protestas más o menos disimuladas de unos y otros, comía en silencio. Una vez, al día siguiente de una protesta de Ordóñez, desatendida por el mayordomo, ante un mantel que parecía la reproducción a cinco colores de una carta geográfica, el capitán de los monosílabos y de los ademanes breves tiró con violencia de una punta del mantel y miró impasible cómo caían al suelo, con horrísono estruendo, botellas, vasos, platos y cubiertos, dejando al descubierto la mesa de caoba, en la que se veían los rodeles y huellas de una suciedad que había traspasado la tela. Todos esperaron pacientemente, y cuando se reanudó la comida, vestida ya la mesa con flamantes manteles, el maquinista tenía ese gesto dubitativo de las personas que no saben si han procedido bien o mal al exteriorizar sus reflexiones. En cambio, no cabía duda, observando al mayordomo, que éste servía de mala gana al promotor de aquella pequeña tragedia y de muy buen talante al Capitán, que se había limitado a ser el brazo ejecutor de los exagerados escrúpulos de Ordóñez, el relamido. Sí, indudablemente, no nos equivocamos al apreciar los precedentes y las consecuencias de la diminuta catástrofe: el maquinista la había

ideado, pensó ejecutarla, volvió sobre su pensamiento; *la quiso*, como diría cualquier penalista de la escuela subjetivista, pero nunca se atrevió a poner en práctica su idea; el Capitán asimiló aquel furor destructor de que estaba saturada el alma del maquinista y la ejecutó, considerándola ejemplar..., y el mayordomo pagó los vidrios rotos.

Era sábado, y el segundo oficial, los maquinistas y un agregado se sentaron a la mesa con traje de fiesta. Saldrían después de cenar. Ya lo tenían acordado: irían primero al Café, después al Teatro, y ya se sonreían previendo que al salir de ver la función se perderían entre la concurrencia y no volverían a verse hasta muy bien entrada la mañana del domingo. Después vendrían los comentarios de rigor en tales casos:

—¿Dónde se metió usted ayer, don Tomás?—preguntaría el segundo oficial al agregado.

—Mira el *angelito*... ¿Y dónde se metió usted, que no le volvimos a ver el pelo?

—Hombre, otro día, por lo menos, se despide usted de la gente...

—Y usted, a ver si tiene, por lo menos, la atención de ofrecernos su casa.

—Me he *mudao*...

Sólo Ordóñez quedaba excluído de aquellas vayas, pues todos sabían que únicamente al llegar a Bilbao se permitía algún trapicheo, y eso siempre con la misma, que ya en más de una ocasión le vieron acompañado por ella en el Teatro y en los Toros. En los demás puertos se contentaba con salir de paseo, para no cometer otro exceso que el de comprar alguna postal de mujer desnuda, a las que él llamaba *fotografías artísticas*, que tanto más le entusiasmaban cuanto más completo era el desnudo y mayor el radio de las curvas que la escultura ostentaba. Por lo cual, cuando los alegres oficiales se cansaban de bromear entre sí, la emprendían con el pulcro bilbaíno, diciéndole:

—Y usted, don Antonio, ¿qué, en viaje de *precepto* hasta Bilbao?

Y como don Antonio no se dignaba contestar a aquellos deslenguados, lo hacía otro por él, diciendo:

—Don Antonio bastante tiene con comprar su postal consabida.

—Y hace bien; esas no dan disgustos.

—Ni piden dineros...

—Ni muerden...

Y así sucesivamente. Todos los sábados se repetía la misma escena, siendo lo más frecuente que acabasen riñendo. Podía decirse que don Antonio era el tipo episódico que con sus extravagancias rompía la monotonía de la vida de a bordo; por lo cual todos le consagraban cierta gratitud, ya que amenizaba, aun sin

proponérselo, aquella vida tediosa. Entre las monomanías de don Antonio sobresalía el entusiasmo con que trataba de imitar los usos y costumbres norteamericanos. Se reveló en él tan marcada tendencia desde un buen día que tuvo ocasión de visitar un buque de aquella nacionalidad, llamado *Cook*, en el que iba de maquinista primero un amigo suyo. En una sola visita a la nave de Wilson se asimiló don Antonio todo cuanto de bueno y de sabio tiene la organización naval mercante de los americanos del Norte, pero con tal entusiasmo y decisión que tuvo la vana pretensión de implantarlo, adaptándolo, por lo menos, a la zona que comprendía su jurisdicción en el buque, y claro es que tropezó con la resistencia pasiva de todos los que no comprendían el alcance de tan saludables enseñanzas o no querían adoptarlas por ser el iluso de Ordóñez quien las proponía. Grande fué la chacota que todos hicieron de él cuando le vieron trabajar en las entrañas complicadísimas del vapor con guantes de goma, moda copiada de los industriosos hijos de Yanquilandia y adoptada por él—¿y cómo no?—, con los que se parecía a esos comadrones que se los colocan para la exploración uterina. Nadie sabía si se ponía los guantes para evitar a la máquina el contagio posible de sus pecadoras aunque precavidas manos, pues como a mujer propia la quería; o para zafarse de su tizne, que, al fin, aunque muy amada, era mujer y exudaba untuosidades por sus comisuras, que eran muchas. Al principio y mientras todos simulaban escuchar de buena fe al maquinista, éste se entusiasmaba refiriendo la bien entendida organización de los buques norteamericanos, en los que que se llegaba, en la prohibición del consumo de alcoholes, hasta el extremo de multar el *Master* a su propia tripulación, remitiendo acto continuo certificado al Departamento de tráfico marítimo, de haberlo así afectuado. Un día que don Antonio se sintió locuaz, contó todas estas cosas... ¡y para qué quiso más! Cuando alguien pedía una copa de cualquier licor y le ofrecían a él, contestaba cualquiera, sin dejarle tiempo a que él lo hiciese por su cuenta:

—No le déis, que no se estila en el *Cook*.

Pero don Antonio, aquel que se peinaba con cosmético y con lociones y que usaba esencias caras, se levantaba enfurecido y con un gesto elocuente, les decía:

—A mí ustedes me...

Y acababa la frase con un verbo transitivo, que ya sabemos que son aquellos cuya acción pasa a otro.

Se despidieron todos. El Capitán y Luciano quedaron de sobremesa.

II

La Polar.

Sin hablarse, se dijeron varias cosas. Por ejemplo: «Que no hacía falta la alegría tumultuosa de aquellos locos para divertirse.» «Que ellos dos se hallaban muy bien en su mutua compañía.» «No consideraban el colmo de la felicidad ir al teatro, aunque no tendría nada de particular que al fin lo decidiesen.» «¡Qué bien me hallo a su lado, queridísimo don Ramón de mi alma!» «¡Y qué dulce sosiego encuentra este viejo lobo de mar en tu presencia, amadísimo rapaz!»

Cesó el diálogo sin palabras y comenzó este otro:

—¿Qué dinero pagaste hoy a la gente?—preguntó a Luciano don Ramón.

—En esta libreta tengo la nota.

—Pues pásala al libro.

—Ahora mismo.

Mientras Luciano hacía los correspondientes asientos en el libro de contabilidad del buque, sostuvieron capitán y piloto, *in mente*, otro parrafito bastante más substancioso y que tal vez desconcierte, de momento, a los que no conocen bien a estos dos personajes. Acotamos en forma dramática el discreteo a que hemos aludido, para mejor comprensión de los lectores.

LUCIANO.—Ya me extrañaba a mí que no me preguntases algo de las chinchorrerías de a bordo.

DON RAMÓN.—Ya sabes que me gusta saber todo lo que pasa en mi barco, y deseo, además, llevarlo todo al día.

LUCIANO.—Pero ya sabes que no descuido ningún servicio.

DON RAMÓN.—Convenido que eres modelo de oficiales. Lo digo yo, y basta. ¿Es que te he molestado?

LUCIANO.—De ninguna manera. Como si me manda usted picar agua de una bodega anegada. ¿Quiere usted que trepe ahora mismo por la escala de mesana o que me ponga a cobrar un cabo en el atraque? A mí no me molesta nada de lo que usted me mande hacer. Pero el que a mí no me moleste no quiere decir que deje de ser una rareza.

DON RAMÓN.—Bueno, hombre, ¿qué le vamos a hacer? Ya veremos lo que haces tú cuando llegues a mis años.

LUCIANO.—Probablemente... lo mismo.

DON RAMÓN.—¿Entonces?...

LUCIANO.—Pues... que estamos de acuerdo.

DON RAMÓN.—Como yo lo esperaba.

LUCIANO.—No podía ser de otra manera.

Se conocían tan perfectamente aquellos dos seres, estaban tan identificados en su recíproca comprensión, que el diálogo que acabamos de transcribir es un alarde de la transparencia de sus cerebros. Se leían el pensamiento mirándose con rapidísima ojeada. Otras veces, iniciado el diálogo, lo continuaban sin mirarse siquiera; y aun en lugares independientes y lejanos del buque continuaban esta extraña comunicación. Como acabamos de ver en estos diálogos *mudos,* Luciano se permitía la irreverencia de tratar con cierta familiaridad a su capitán; aunque en el formulismo se observase la ausencia de reglas protocolarias, éstas estaban excesivamente suplidas con el más acendrado respeto y la más absoluta adhesión.

Antes que terminase el mudo coloquio, ya había hecho Luciano las anotaciones en el libro. Colocó el secante con el mayor esmero y con gran parsimonia en la última página escrita, lo cerró, recogió libro, pluma y tintero y lo llevó todo a su estante. Al cabo de un rato volvió al lado de su capitán y le habló de esta manera:

—Don Ramón, creo que representan esta noche una opereta muy bonita. ¿Quiere usted que vayamos?

—Bueno—dijo don Ramón con la concisión que le caracterizaba.

Y ya estaba dicho todo. Aquellos dos hombres, que se querían entrañablemente, apenas se hablaban *aparentemente*, como acabamos de ver. Era el que se profesaban un amor tácito que sólo se manifestaba en ocasiones excepcionales. Por ejemplo: cuando se separaban circunstancialmente o cuando a cualquiera de ellos le ocurría algún acontecimiento familiar, ya fuese adverso o feliz. En estas ocasiones se ponían frente a frente, se miraban a los ojos y se estrechaban las manos hasta trasmitirse recíprocamente la emoción que cada uno de ellos sentía. Aquella mutua relación de sentimientos se diferenciaba, cuando había un motivo grave, en que el apretón de manos era de mayor duración e intensidad que en otras ocasiones.

Aquella tarde todos habían pedido dinero. Luciano era el único que sólo en contadas ocasiones reclamaba alguna cantidad a cuenta de su sueldo. Tenía novia en Sevilla, pensaba casarse y aguardaba la escala de aquel puerto para liquidar sus haberes con la Casa armadora y llevarle a la chica, como tenía por costumbre, la gorra llena de duros, que vaciaba sobre su falda, después de separar alguna cantidad para comprar chucherías a su madre y a su hermana. La gracia consistía en llevarle a la novia sus pagas en pe-

sadas monedas *de a duro*, que producían al caer sobre el regazo de ella el sonido argentino de una carcajada. Desde que don Ramón supo el decidido propósito que hizo Luciano de casarse, no consintió que gastase un céntimo en cosas supérfluas, y cuando algo le pedía el piloto, le discutía la entrega, como si se lo pagase de su peculio particular. Fueron una noche al teatro y Luciano se adelantó para satisfacer el importe de las localidades; pero don Ramón, que lo advirtió a tiempo, lo separó con un ademán enérgico de la taquilla y abonó el precio. Al domingo siguiente le dijo:

—Vamos al teatro, mejor dicho, vienes conmigo...

Y comprendiendo Luciano lo que aquello quería decir, se dejó convidar.

Eran las ocho y hasta las nueve no saldrían. Don Ramón se puso a escribir una carta y Luciano subió a cubierta. Le gustaba abstraerse, dedicarse a la muda contemplación de la noche insondable, no para zafarse por egoísmo de las luchas con sus semejantes; lo hacía, sencillamente, para cambiar de tortura, pues debe saberse que cuando se aislaba de todo lo terrenal sufría infinitamente más que cuando se hallaba en contacto con los hombres, porque las luchas con los seres semejantes se arreglan, a fin de cuentas, con un gesto de valor o de resignación, mientras que estas otras, cuyo enemigo no se conoce, ¿quién es capaz de solventarlas? En uno de estos momentos de duda se hallaba Luciano aquella noche. Estaba en esa edad en que los hombres buscan la explicación de todos los fenómenos y la causa última de todas las sensaciones. Tenía, pues, muchísimo camino adelantado para hallar el de su desgracia. No era, sin embargo, un pasional ni un soñador que quiere prescindir de la realidad de la vida. Tenía veintiún años, había terminado su carrera a los diez y ocho y hacía tres que navegaba. El contacto con el mar, ese medio grandioso, ambiente propicio para toda clase de epopeyas, le predispuso a las más profundas meditaciones y a las exaltaciones más absolutas, exacerbando en él su innato prurito contemplativo. No creemos que ningún maestro de moralistas ni de filósofos fuese capaz de clasificarle entre los seres que se caracterizan por un rasgo determinante de una personalidad o por una tendencia manifiesta. Luciano significaba, a lo sumo, una predisposición, un anhelo: una predisposición al bien, un anhelo de perfeccionamiento, deducidos de su generosa y optimista juventud; pero ni su carácter estaba aún formado ni su personalidad sentimental estaba claramente dibujada. Existía, indudablemente, un desequilibrio manifiesto entre su organismo físico—aunque de proporciones medianas, hermoso y pletórico de vida—y su constitución

anímica, que parecía la de un infante todavía. De hombre y muy hombre tenía el cuerpo, musculoso y viril, fortalecido por una constante afición y práctica de toda clase de gimnasias; de niño muy pequeño era su alma, conmovida a cada paso por cualquier impresión sentimental.

La noche estaba estrellada. En aquella ocasión propicia recordó el *Almagesto*, de Ptolomeo, el libro del primer astrónomo-poeta que, aunque equivocado en sus teorías científicas, ideó una constitución sideral y formó el primer catálogo de estrellas. Este inventario maravilloso le sirvió a él de nexo espiritual para ligarse a Carmita con bridas misteriosas. En las primeras noches de novios, cuando su alma, anhelante de amables ligaduras, se afanaba por unirse amorosamente a la de su novia, la enseñó a buscar la estrella Polar, y convinieron, subrayando la ocurrencia con grandes risas, que de allí en adelante, cuando la ausencia los separase, mirarían ambos a aquel punto de *referencia* de su *enfilación* sentimental, como lo hacían antiguamente los viejos navegantes, que no contaban ni con los aparatos más rudimentarios para marcar la derrota. A veces, al influjo de su propia sugestión se consolaba de las tristezas de la ausencia, creyendo ver en aquella divina pupila parpadeante la mirada reflejada de Carmita.

Sentía Luciano en aquellos momentos un ansia de querer y ser querido que acababa con un dolor intensísimo de alma y corazón. Cuando le acometía esta pasión de ánimo, le gustaba prolongarla, recrearse en ella, como el que reitera sus tormentos, por propia complacencia, para mejor merecer el favor divino. ¡Querer y ser querido! He aquí la suprema aspiración de su alma, que representaba todo el ciclo de su vida sentimental, en cuyos límites se recluiría voluntariamente, considerándose el más feliz de los mortales. Cuando caía en este deliquio amoroso, se afanaba por personificar en alguien sus anhelos, y sólo conseguía traer a su mente aquella Carmita que le aguardaba allá en Sevilla. Porque... todo hay que decirlo. No sentía Luciano por aquella chiquilla graciosa, que le embobaba con su charla gitanesca en las interminables conversaciones de novios, todo el amor exclusivista que supone la renunciación a toda otra ansia amorosa, sino que, por el contrario, aquella nena no significaba para él más que el motivo inmediato con el que satisfacía muy deficientemente su suprema aspiración. Al calor de aquella pasión deficiente, el alma de Luciano se iba consumiendo como en una combustión incompleta. Luciano presentía el porvenir amoroso que le estaba reservado. En la unión de dos seres que creen amarse hay siempre algo fatal e ineludible que hace pensar en la predestinación. Son bromas de un Cupido beodo, que se complace en enlazar a seres opuestos

y en separar a los que realmente son afines. Estaba convencido. En vano lucharía él contra la fuerza del destino. Por esta razón, cuando se encontró un día ante Carmita, le dijo que la quería, y se lo dijo, por cierto, de tan bella y original manera, que la muchacha creyó haber inspirado una pasión profunda. Y no había tal cosa. ¿No conocéis a *ese* muchacho, enamorado sempiterno, que cada dos semanas se prenda de una mujer distinta? Pues no burlaros de él. Tenedle lástima. Tenedla también de Luciano. Son los enamorados subjetivos que cantan sus endechas ante unos ojos, sin importarles gran cosa que sean azules, verdes o negros; porque el color es particularidad que, como otras muchas, se adapta bien al verso cambiando el consonante... Por ahora, aquella suprema aspiración de su alma, tal como la imaginaba, perfecta y absoluta, no tenía forma concreta; no se llamaba siquiera Carmita. ¡Qué inmenso se consideraba cuando se hallaba poseído por aquella ilusión! ¡Qué pequeño, en cambio, cuando buscaba en la vida de relación la práctica de sus sueños! ¿Lo lograría algún día?

¡Pobre alma angustiada que dudaba de todo, incluso de su propia bondad! Las personas que le querían, es decir, su madre, su hermana, don Ramón y los marineros de su barco, decían: «¡Qué bueno es Luciano!» Cuando alguna vez había oído esta afirmación, se entristeció y pensó que el benévolo juicio de los demás le obligaba a los sacrificios y abnegaciones que la sociedad impone a sus miembros privilegiados. ¿Pero es que era él bueno en realidad? Si ser bueno consiste en la predisposición al bien, practicándolo en beneficio del prójimo cuantas veces podía, entonces sí, él era bueno, muy bueno. ¿Pero es que puede llamarse bueno a quien siente el deseo desmedido de elevarse sobre el nivel moral de los demás, aspirando incesantemente a un más elevado estado de perfeccionamiento? No; aquello no estaba bien. Tenía que recriminarse. Bien es verdad que le habían asegurado personas doctas que debía acallar esos escrúpulos, pues la aspiración del hombre es legítima si está fundada en un anhelo de bondad, de justicia; pero llegaba él en ocasiones a tan supremos deseos de perfección, que dudaba de su legitimidad. ¿Era tan bueno como todos aseguraban? ¿Era tan malo como él mismo suponía? No. Ni lo uno ni lo otro. Luciano era sencillamente un hombre. Y en este término medio se quedaba, satisfecho de haberse asignado un lugar equidistante de ambos extremos. La vida, misteriosa propulsora, le lanzaría a cualquiera de ellos.

Aun eran mayores sus dudas y su confusión en la cuestión religiosa. Luciano no tenía fe, siendo éste uno de los motivos más grandes que tenía para inculparse, juzgando de las cosas más santas y elevadas con un criterio acomodaticio y oportunista que

excluía todo credo. Luciano asistía al Santísimo Sacramento de la Misa sin conocer exactamente su significado ni la equivalencia de su ritual; no podía repetir ninguna oración completa, porque su literatura artificiosa—según él—no poseía el interés dramático suficiente para herir su memoria. No queremos meternos en otros pormenores en cuanto a la práctica que hacía de *su religión*, para no extremar nuestros cargos contra él en materia litúrgica. ¿Es esto ser cristiano? No. Pero en cambio sentía un gran bienestar cuando penetrando en cualquier templo—y mucho más si era éste de las más humildes casas que a Dios dedica la Cristiandad—elevaba su espíritu a lo infinito, levantaba su frente sin temor al divino juicio y a solas con su conciencia, «hágase la voluntad de Dios», decía. Demostrando con esto que no era tan grande su rebeldía como hijo de Dios, ni tan densa su ignorancia de las divinas invocaciones, pues oportunamente repetía para encomendarse a El, entresacándolas de las oraciones que aun recordaba, frases que habiendo herido su sentimiento, expresaban una idea completa. Las fórmulas de su preferencia, y otras que él aderezaba para expresar los distintos estados de su alma, eran todo su bagaje religioso. Otras veces no rezaba materialmente. Posaba su mirada, triste como un lamento, sobre la cruz más sencilla del templo, empalidecía intensamente emocionado ante el signo del Redentor—la figura más grandiosa que pudo concebir la Humanidad, la concepción más excelsa, más bella y más eficaz del Numen Divino, indubitable, sólo por su grandeza, digna de la ficción de un Dios, si Cristo Redentor no hubiese existido—y rogaba por los suyos, le hacía donación de su alma y acataba la enseñanza ejemplar de aquel signo que representa los brazos en el bello gesto de tenderse hacia la Humanidad, sintiéndose en aquel momento orgulloso de pertenecer, aunque inmerecidamente, a una confesión religiosa que posee tan poéticas y magnas enseñas. Ratificándose en igual concepto de lo bello y piadoso, apartaba su mirada de las imágenes chabacanas, que debieran haberse sometido a una previa censura artística. Decía Luciano que las malas imágenes eran *blasfemias cristalizadas*, y que debería excomulgarse a sus autores; y afirmaba que las obras bellas de la escultura religiosa eran *oraciones concrecionadas*, y que Salcillo, Montañés y Susillo debieran ser canonizados. ¿Era esto ser un mal cristiano? No. Creemos que esto era ser un buen cristiano. Ahora bien, lo que le ocurría a Luciano es lo que ya hemos dicho antes: que ni su personalidad espiritual estaba formada completamente ni sus disciplinas morales, sin asimilar todavía, tenían la fuerza suficiente para dominar y reducir a la sumisión sus incipientes rebeldías de muchacho imaginativo.

Don Ramón le llamó desde el portalón. Atravesaron la plancha que comunicaba el vapor con el muelle, y, cruzando pirámides de mercancías, se dirigieron por el relleno de la ciudad a una calle del centro, donde estaba el teatro. Aún no había comenzado la representación. Capitán y piloto se vieron obligados a molestar a unas señoritas que ocupaban las primeras butacas de la fila. Cuando aquellas muchachas se levantaron para dejarlos pasar, don Ramón se llevó torpemente la mano al sombrero, Luciano pidió perdón con soltura un poco más mundana y las ocupantes perdonaron con leves sonrisas discretas. Luciano se sintió curioseado por aquellas damitas elegantes y aun se encendió más su color rosa tostado de hombre de mar. El primer acto se deslizó con algún comentario de Luciano, contestado parcamente con monosílabos y gruñidos asensores del capitán. Durante el primer entreacto vino el consignatario a traerles el correo. Abrazó efusivamente a Luciano, dándole la enhorabuena. La Casa Armadora le daba las órdenes oportunas para desenrolarle, por haber sido nombrado capitán del nuevo vapor adquirido, ya fondeado en Sevilla, adonde debía dirigirse por tierra utilizando el primer correo. Las señoritas miraban ahora descaradamente a Luciano hasta ponerle los carrillos al rojo cereza. Los oficiales y el agregado del barco, conocedores ya de la nueva, vinieron a abrazarle, haciéndolo tan efusiva y expresivamente que las sonoras palmadas que le propinaron en la espalda atrajeron la atención de gran parte de la sala. Luciano sonreía satisfecho. Con la apoteosis de que era objeto, no se acordó de abrir dos cartas que le había entregado el consignatario. Había reconocido las letras. Eran de Rosarito, su hermana, y de Carmita. Comenzaba otro acto. Aquella muchacha que ocupaba la butaca inmediata a la suya le miraba descaradamente, moviéndose con frecuencia en su asiento y girando el busto so pretexto de mirar en la misma dirección que Luciano se hallaba, para enfocarlo resueltamente. Luciano prescindió de lo que ocurría en la escena. Adoptó una actitud muy suya, que consistía en mirar con ojos tristes y en abandonar su cuerpo con laxitud de convaleciente, para corresponder de alguna manera a la mirada asidua y penetrante de aquella vecinita de butaca que le contemplaba, lánguidamente también, y que luego bajaba la vista y la replegaba en su regazo, como si quisiera atraerle y cobijarle allí, encima de su falda.

III

De piloto a capitán.

Cuando tres días antes había atracado el *Virgen del Carmen* al muelle de Vigo, estaba Luciano muy distante de imaginar que tendría que abandonarlo tan pronto, dirigiéndose a Sevilla por la vía terrestre, como en aquel momento lo estaba efectuando.

La despedida que don Ramón le hizo fué breve y sintética, como todas sus cosas. Le había dicho, apenas conmovido, al parecer, y con una leve contracción de sus labios, algo trémulos:

—Mira, Luciano, si alguna vez en tu vida precisas de mí, búscame. Ya sabes que te quiero como a un hijo.

Don Ramón acababa de pronunciar el discurso más extenso y elocuente de toda su vida. Era verdad cuanto decía el viejo marino. Le ocurría a aquel sér igual que a ciertos sistemas mecánicos, en los que ocurre que lo que se gana en fuerza se pierde en velocidad, y recíprocamente. En don Ramón se daba que toda la energía que economizaba en vana palabrería la traducía en buenos sentimientos para el prójimo y en una eficaz práctica del bien. ¡Si Dios quisiera que todos los elementos de la *mecánica racional* del mundo fuesen como don Ramón!...

Algo repuesto de las emociones de las últimas veinticuatro horas y conservando aún en su diestra la amistosa presión de *su capitán*—pues siempre lo sería para él aquel don Ramón de su alma—, se acomodó y empezó a recrearse con las maravillas de aquel camino que borda las márgenes de una de las rías de ensueño. El tren se desliza primero por un bosque de eucaliptos, después bordea la falda del monte de la Guía y luego se ofrece la ría y se recata a la mirada del viajero como si fuese una mujer coqueta que pretendiese volverle loco, pues loco es el deseo que se apodera del que desearía ver siempre aquella maravilla de paisaje que las quebraduras bruscas y frecuentes del terreno le hurtan a la vista. Va quedando a lo lejos la ciudad con los reflectores cristalinos de sus galerías y la magnificencia de sus construcciones graníticas monumentales. En el puerto, fondeados en la bahía y atracados al muelle, quedan gran número de vapores y veleros que denuncian su tráfico intenso, y como si ocurriese ante un obturador fotográfico que funcionase acompasadamente para reproducir sucesivamente los distintos aspectos de la pinto-

resca trayectoria del tren, se suceden la Base Naval de Ríos, de nueva creación, en la ensenada de su nombre; la rada de Rande, de fabulosa referencia en la Historia; y entre estos dos bellos parajes y el Lazareto de San Simón, surgen una serie de playas y ensenadas que ya la industria y el comercio empiezan a utilizar, una vez saturada la vista de tantas bellezas. Es la superficie de las aguas de esta profunda y dilatada ría espejo donde se refleja una vegetación exuberante y eternamente primaveral. Estamos en plena Groenlandia gallega, pues constantemente verde es esta tierra durante las cuatro estaciones del año por la copa de los pinos, la alfombra de sus prados, las espigas del maíz y los pámpanos de sus vides. Esta prodigiosa flora gallega parece que se ha propuesto escalonar sus productos en el transcurso de los días del año para mantener perennemente en estos montes y en sus valles una decoración de eterna vitalidad.

El dinamismo del tren, transmitido a su cerebro, estimulaba los recuerdos de Luciano.

Se veía con sus compañeros de la Escuela Náutica, cuando *se fumaban* la clase y se iban a remar Guadalquivir arriba. Entonces fué cuando de tanto oír hablar a sus camaradas de mar y de marinos empezó a tomarle afición a la carrera. Llevaba la voz cantante un nieto de don Tomás (a) *el Piloto*, un viejo capitán de velero que se hizo rico llevando cargamentos de vino y aceite a Cuba y volviendo abarrotado de azúcar, tabaco y maderas. Un tal Pinzón, hijo de un capitán de corbeta de la marina de guerra, le llevaba la contraria y los dos rapaces se enredaban en violentas discusiones sobre si la preponderancia en la sabiduría y pericia de nuestros marinos estaba de parte de *los mercantes* o de *los de guerra*. Allí salía a relucir hasta el narcisismo de éstos, que—según el nieto del *Piloto*—no sabían más que bailar y perfumarse, mientras que aquéllos eran el alma del comercio. ¡Qué manera de envenenar las discusiones aquellos mocosos, que sólo sabían enaltecer a unos con menoscabo de los otros!

—Y si lo haces por lo del uniforme, no te apures, que te destinan a la Trasatlántica y allí te pones guerrera con galones y gorra con escudo y *toa la pesca*—decía Laredo, que éste era el nombre del descendiente del *Piloto*, animando a Luciano a decidirse por *los suyos*.

¡Qué ilusiones tan locas entonces! Poco conocían sus quince años mal contados de las realidades de la vida y, no obstante, aspiraba a obtener de su profesión, cualquiera que fuese la que eligiera, un fin heroico o utilitario, le era igual; pero a lo que él no se avenía de ninguna manera era a someterse al paso lento de esas profesiones modestas que conducen a la anemia y a la

obscuridad. El había elegido la carrera de marino por lo que tenía de aventurera, fijándose más en el interés dramático que la profesión inspira, que en su verdadera significación... Pero al propio tiempo también porque la misteriosa leyenda de que se rodea a todo explorador de los mares se avenía muy bien con su carácter exaltado y fabuloso. Y también...—¿por qué no decirlo?—por creer de buena fe que era frecuente en el ejercicio de la navegación el enriquecimiento rápido de los que la practican. No era un ambicioso vulgar, a pesar de sus pocos años. No sentía el afán de adquirir riquezas o nombradía por el mero gusto de poseerlas, sino porque aquéllas y ésta confieren poder, y el poder, dominio, y el dominio, admiración.

Cuando se extasiaba, como le hemos visto, a bordo del *María del Carmen*, buscando la Polar para ofrecer la quinta esencia de su espíritu a aquel sér imaginario que su alma anhelaba, hubiera querido ofrecerse héroe, cualquiera que fuese su condición heroica, pues aun latía en su pecho el deseo de merecer la admiración de aquella mujer extraordinaria que su propia obsesión calenturienta le había grabado en la mente con huellas indelebles. Envidiaba con toda su alma a esos ídolos populares que vestidos de seda y oro, saben matar toros de los que barren la arena con el resoplido de su fiereza y se llevan tras de sí la mirada de toda una muchedumbre, a la que subyugan con un gesto gallardo; admiraba a los que saben cautivar a un auditorio con su voz casi divina; a los que componen obras del arte lírico que quedan como frases sacramentales de un lenguaje ideal y a los que reproducen en lienzos la misma vida palpitante de los modelos, de manera que su labor parece una colaboración digna de Dios... En todas las profesiones artísticas o bélicas hallaba momentos en que el hombre, elevándose sobre el nivel medio de la Humanidad, daba la sensación de un sér superior, para quien la mujer tendría secretas o públicas admiraciones. A eso aspiraba él. Por *ella* sería él ambicioso. Todos los pasos que daba en este mundo los enderezaba a ese único fin. En más de una ocasión aquella idea fija fué un freno que le contuvo en los momentos en que, demasiado escrupuloso, se creía en peligro de perder su pureza para siempre. A *la mujer*, pues, le debía la enorme gratitud de haberle preservado en más de una ocasión de la fealdad del pecado. ¡Y qué feliz era cuando conseguía dominar aquellos fieros instintos de su vida de adolescente y los más reflexivos de sus años mozos, volviendo por propia reflexión al recato y a ponerse al amparo de aquella mirada divina que le obligaba, cuando la sentía posada sobre sí como un tibio rayo de luz divina, a replegarse, como lo hacen los pétalos de la *mimosa púdica* cuando los hiere el calor solar! Cuando esto ocurría,

desistía de la aventura amorosa, y con una dulce resignación se reservaba *para entonces*, para cuando *ambos* se mereciesen y el amor los ungiese con todos los óleos sacrosantos... ¡Ah, entonces con qué vehemencia y de qué plena manera sabría él amar!...

Recordaba el episodio con sus menores detalles. Se había examinado de piloto en Cádiz, y festejaba el éxito con los amigos. Al terminar la cena, en esa hora propicia, se deshizo el grupo y cada cual marchó por su lado. Iba Luciano *a poner proa al muelle*, como se dice en términos marineros, para ir a dormir al vapor en el que iba de agregado, cuando advirtió que le miraban. Eran un chulillo y una golfa, casi una niña. Deshizo aquél el grupo bruscamente empujándola a ella y diciéndole:

—Anda... ¡So prima!

Desapareció el chulo, se incorporó a Luciano la infeliz, y sin hablarse, apretadamente unidos y mirándose, anduvieron por calles que él no conocía. Llegaron a un caseron sórdido, en cuyc portal ardía un débil mechero de gas; subieron al primer piso y entraron en una alcoba con menaje entre de hospital y de cárcel. Las miradas penetrantes de la chiquilla se convirtieron en implorantes; la sumisión de antes se trocó en súplica y el abandonc denunciado cuando se dejaba caer sobre su hombro, en dejaciór absoluta de todo lo que significase afirmación de una personalidad Retrepada sobre el pecho de Luciano quedó la pobre, segura d(su protección, con el mismo abandono con que pudiera queda sobre el regazo de la madre. Era una muchacha bellísima, cas una niña..., uno de tantos párvulos del amor cuya contemplacióı parte el alma. Luciano se hallaba intimidado por la presencia d aquella víctima, sin poder articular palabra. La apretó tímida mente contra su pecho, sin atreverse a estrechar demasiado aque cerco, por temor a lastimarla. ¡Qué bien se hallaban así los dos ¡Cuánto tiempo estuvieron sin decirse nada, mirándose con avide y suspirando hondamente! Parecían dos náufragos de la vida qu se hubiesen salvado con un oportuno abrazo de amor y cuya mu tua posesión fuese un resarcimiento de las maldades recibidas d los hombres. Ambos contradecían con su actitud la realidad d los verdaderos papeles que respectivamente desempeñaban en l comedia del mundo. ¿Por qué razón no había Luciano de entona ese canto jocundo a la vida que su edad y circunstancias reque rían? ¿Por qué había de convertir en pesar lo que sólo debía con tituir para él un placer? ¿Por qué eran lágrimas lo que ella le ofre cía, en lugar de risas y de besos? Pero agradezcámosles que rect fiquen el espectáculo soez que los amadores dan al mundo, sub tituyéndolo por este otro idílico... ¡Flor purísima nacida en pant no cenagoso, cuya nitidez debieran tener presente de por vid

los que practican el amor! Luciano recordaba la escena con gratitud porque en aquel momento se había revelado en él su resistencia, su repulsión más bien, a las prácticas groseras de un amor sin ideal. Sorprendida la muchacha al principio ante la presencia de un hombre que no exige ni lastima, pronto comprendió que se hallaba bajo el poder amable de un sér distinto a los demás, y cambió en gratitud y adhesión sus incipientes temores.

En la calle sonó un silbido como un trallazo. La nena, estremecida nerviosamente, se apretó más contra el pecho de Luciano; pero al fin se desprendió de sus brazos y dijo mirándole a los ojos:

—¿Serías tú capaz de quererme?

—Ya te quiero.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—¡Qué bueno eres!

—Y tú ¡qué hermosa!

—Tengo que irme...

—Bueno.

—¿Quieres tú que yo me vaya?

—No.

—Ni yo tampoco.

Otro silbido, aún más estridente que el primero, les separó. Se impacientaba el chulo.

—Toma—le dijo Luciano, entregándole todo el dinero que llevaba.

—¿Me buscarás mañana?—preguntó ella mientras metía parte del dinero en un bolsillo de mano y el resto en el seno.

—Sí—contestó él, que no quiso ser cruel.

Se dieron un beso de novios y se separaron.

Le halagaba saberse ascendido a Capitán. Seguramente lo sabían ya la madre y la hermana y éstas se lo habrían comunicado a Carmita, de quien eran amigas. ¿Sería este el origen de la realización de sus sueños? ¡Quién sabe! Podría navegar durante diez o doce años con mando efectivo de Capitán, y si tenía suerte se retiraría con algunos miles de duros ganados y después pediría un destino en tierra. Le gustaba la vida de a bordo, pero mientras no determinara casarse. Luciano había hallado en la vida marítima un medio muy adecuado para sus nobles y altas aspiraciones sentimentales, pero, por otra parte, presentía la vida del hogar, de cuyo goce no quería prescindir ni aun a cambio del ejercicio activo de la profesión que amaba tanto. No sería él como muchos otros capitanes y pilotos a quienes conocía, que estando casados, algunos muy recientemente, se contentaban con poner el retrato de la mujer en el camarote, a veces al lado de la imagen de cual-

quier amante de una noche o de alguna cantante de café a quien le habían pedido o robado aquel miserable trofeo, que luego mostraban a los amigos y a los visitantes del barco con pueril orgullo estudiantil, teniendo la precaución de ocultar estos furtivos recuerdos entre las páginas de un libro o en el último rincón cuando llegaban al puerto de residencia de la familia. Luciano compadecía por igual a las pobres mujeres obligadas a vivir en viudez casi permanente, y a ellos, que se consolaban de las dilatadas ausencias con pequeñas traiciones, en las que creían hallar un resarcimiento proporcionado a su estado imperfecto. Muros, Noya y Riveira, en Galicia; Avilés y Gijón, en Asturias; Bermeo, Lequeitio, Bilbao, Santander, Santoña y Pasajes, en el resto del litoral cantábrico, y Sevilla, Cádiz, San Fernando, Málaga, Cartagena, Denia, Valencia y Barcelona, en el resto de la costa, eran los puertos donde moraba esa mujer resignada, de mirada dulce y expresión lánguida, que siendo hija de marino, se casa con marino, habiendo aprendido de la madre esa conformidad que se necesita para unirse con el hombre que la abandonará apenas gustada la amable intimidad del desposorio, para no volver a verle más que en las fechas señaladas, entre las que deberá contar interminables horas de angustia, de las que sólo la librará el inquietante papelito azul del telégrafo. Las mujeres de esta condición constituyen una extraña dinastía, que desvirtuada por alguna intrusa que ignorante del suplicio que le espera, se revela pronto, mereciendo la pena del repudio, o se adapta, logrando carta de naturaleza. La mujer del marino, muradana, avilesina o natural, en fin, de uno de esos pueblos antes citados, es dulce y pasiva, fiel y recatada; aprendió de la madre el arte de saber esperar y espera meses y meses al *novio-marido*, al *marido-amante*, que tantas cosas es para ella el hombre que la poseyó con ansias de impaciencia y con anhelos febriles, y del que tuvo que separarse cuando apenas se empezaba a dar cuenta de que se consumaba el bíblico designio de su transcendente papel de desposada. Soporta esta singular mujer la ausencia y el silencio, los largos decursos del tiempo sin noticias y lo acepta todo como si fuesen las tristezas que esta situación acarrea las cláusulas de un contrato cuyas duras condiciones hubiese aceptado previamente... Llega un día el marido y encuentra la casa en orden, hasta el último rincón ha sido deshollinado; los trajes de la gente menuda han sido renovados; la modista le entregó sus propias galas reformadas o flamantes, y la propia persona de la avilesina o de la muradana se entrena nuevamente en el arte del sencillo tocado, al que perdió la afición; cultiva con días de antelación a la fecha anunciada el aliño de su persona, y al aguijón del deseo, casi dormido, y al espolazo de

una naturaleza casi virgen, vigorosa y propicia, vibra todo el hermoso sér de la casta mujer para recibir al hombre indiscutible, al que no había que pedirle cuentas de su conducta por esos puertos de Dios, al que habría, en cambio, que enamorar con sabias intimidades..., que sus buenas horas de sufrimiento había pasado en los días de tormenta y sus tristes ratos de soledad mientras navegaba. Ya lo sabe la que se casa con marino o torero: no le pida cuentas de los días ausentes; afánese en enamorarle, para no perder el puesto de privilegiada, y espere..., espere paciente a que al hogar retorne para que por propia voluntad no vuelva a salir de él. Infelices ellas, que tienen que esperar siempre... Desdichados ellos, que tienen que recurrir a la traición. Por eso él nunca querría parecerse a ellos, que eran pequeños traidores, gentes vulgares sin ideales ni inquietudes, que habituados a una constante vida de minúsculas felonías, esperaban que el barco tocase en el puerto de casa para dejar la ropa de verano y tomar la de invierno, solucionar algún asuntillo familiar y dedicarle unas horas efusivas a la mujer, quedando con estas expansiones saturados de amor conyugal para un *viaje redondo* y en condiciones, por consiguiente, de sobrellevar una dilatada ausencia con resignación casi placentera. El no sería de esos. Si se casaba sería para vivir siempre al lado de su mujer, queriéndola mucho.

IV

La sublime inquietud.

Apenas llegó a Sevilla, y después de abrazar a la madre y a la hermana, aquella Rosarito que era su orgullo por lo buena y lo bonita, se dirigió Luciano a casa de su novia.

La amistad estrecha de las dos familias le autorizó para hacer una visita a aquella hora inoportuna. Apenas eran las diez de la mañana. Es decir, que llamó a la puerta y entró en aquella casa sin más autorización que la quiso tomarse, y sin otros estímulos que los de su propia vehemencia, que le condujeron siempre a poner en práctica lo primero que le dictaba el corazón. Dudó un momento mientras subía la escalera. De una parte, le detenían algunos discreteos enojosos que había sostenido con Carmita en las últimas cartas, y de otro lado, la reticencia apenas iniciada por Rosarito, que contestó con cierto tono al preguntarle por ella:

—Está buena... ¿Vas a ir a verla?

—Pues claro, mujer. ¿Es que crees tú que no debo ir?

—Sí, hombre, sí.

Pero como Luciano estaba impaciente por ver a su novia, a pesar de las reticencias de unos, de los discreteos de otros y de sus propias dudas, no llegó la indecisión a paralizar su febril trayectoria y se halló, como por encanto, en aquel gabinetito que tan bien conocía por haberlo frecuentado... con la vista, desde la calle, cuando todavía no era piloto y Carmita no le había dicho que sí.

¡Cuántas veces en los días del santo de Carmita, o en cualquier otra fiesta familiar, contempló Luciano desde el arroyo a las amigas que formaban parte de la reunión y a otros amigos suyos, más afortunados que él, que habiendo sido presentados a la familia, tenían acceso a aquel rincón ideal, donde él hubiese sido tan dichoso! Pero tenía que contentarse con mirar desde la calle y esperar a que Carmita, acompañada de cualquier amiga confidente, saliese al balcón a consolarle del extrañamiento a que estaba condenado, dedicándole unas expresivas miradas y, en ocasiones excepcionales, alguna palabra suelta, que tenía para él, en aquellos momentos propicios a la ilusión, la poética elocuencia de una oda en veinte cantos. Duraba poco la visión ideal; sonaba adentro el piano con las notas inolvidables de algún vals—todos recordamos con melancolía las notas mágicas de algún vals—y desaparecían las muchachas del balcón para volver a surgir borrosas, inciertas, girando en los brazos de un muchacho... Y también desfilaba en aquella alocada farándula Carmita, que no había podido disculparse ante los requerimientos de algún osado, que no respetaba la ausencia de Luciano... ¡*Ay, tormentos rabiosos*!... Todos estos pequeños dramas de su vida estudiantil, los memorables episodios de aquellos días felices, le venían a la memoria, contemplando en aquel momento desde dentro las losas de la calle que en otro tiempo sirvieran de pedestal glorioso a aquel mártir. En estas dulces reflexiones estaba, cuando apareció doña Luz, la madre de Carmita. Se saludaron: él, con cierta efusión, propia del muchacho de buena fe que espontánea y noblemente rezuma hasta por sus últimos poros toda su hombría de bien; ella, con cierta frialdad, peculiar de la señora que ha parlamentado previamente con *la niña*, habiendo entre ambas marcado un plan convenido.

Después de los saludos usuales, sostuvieron doña Luz y Luciano el siguiente substancioso diálogo:

—Doña Luz..., usted sabrá disculparme este atrevimiento de venir a su casa..., pero no supe contenerme. Tenía tantos deseos de ver a Carmita... y de saludar a ustedes...

—Gracias. Usted ya sabe que siempre viene a *su* casa.

—Mil gracias, señora. ¡Qué más quisiera yo que algún día pudiese llamarse mío este hogar!

—*Independientemente* de lo que pueda suceder el día de mañana entre Carmita y usted, todo el que nos dispensa el honor de visitarnos, viene a *su* casa.

—Es que con relación a mí, ese ofrecimiento general tiene una significación particularísima. Por mi parte, yo le aseguro, doña Luz, que si Carmita quisiera..., yo...

—Perdone, Luciano, que le interrumpa. No quiero inmiscuirme en los asuntos privados de mi hija. Siempre tuve por norma ignorarlo todo. No quiero saber nada sobre ese particular.

—Pero es que yo, para demostrarle a usted mi buen deseo, mis buenos propósitos, quisiera que supiese que yo estoy dispuesto a...

—Es inútil, hijo mío; no quiero saber nada.

—En ese caso, usted sabrá disculparme. ¿Y Carmita?

—No sé si podrá salir. Ya ve usted, son unas horas que... Yo madrugo mucho y lo primero que hago es lavarme y peinarme. Pero, claro, las muchachas, ya es otra cosa...

—Sí, sí; ya comprendo. He cometido una imprudencia viniendo a esta hora. Tendrá usted la amabilidad de decir a Carmita...

—Espera, hijo—dijo la propia Carmita, asomando por la puerta del gabinete su jeta graciosa de perfiles gitanos—. Anda y no seas más polvorilla. Siéntate un rato, hombre.

Luciano obedeció. Habiéndose sentado en una butaca, dando la espalda a uno de los balcones, pudo contemplar bien a su sabor a madre e hija, que estaban frente a la luz. Carmita tenía el encanto de los frutos sanos en sazón. Era de talla menos que mediana, de formas plenas, movimientos gráciles y simpático aspecto. Su piel morena, de cálido tinte cetrino, transparentaba la coloración roja de su sangre, rica en glóbulos, aprisionaba entre su fina trama una carnosidad musculosa, dura, elástica... Su aspecto saludable y su jocundidad, latente en unos ojos negrísimos, animados de un brillo húmedo, daban la sensación de alegría y optimismo. No era del todo bonita su cara, a pesar de sus ojos, endurecida por un gesto que procedía de su boca, que conservaba, cuando no reía, un rictus severo. Uno de esos muchachos de ingenio ágil y de hablar pintoresco, lo había dicho una vez:—*«Qué cosita más mona es Carmita.»* Y, efectivamente, la observación era exacta. Carmita era *eso* que había dicho el muchacho: una cosita, y muy bonita por sus proporcionados encantos. La representación gráfica y sintética de Carmita podía ser una serie de círculos de distintos tamaños, sabiamente dispuestos. Pues redondita era su nariz, dos arcos de círculo eran sus pómulos, graciosamente colo-

cados y diestramente coloreados por la Naturaleza; redondita su boca carnosa, de labios gordezuelos; circular su mentón apetecible..., todo incluído en una arbitraria curva, que era el óvalo de su cara gitana. El resto de su apetitosa figura eran una serie de curvas proporcionadas para producir una sensación armónica y para no quitarle cierta esbeltez a la figura. No le perjudicaba a Carmita mostrarse tal cual era ante cualquier severo juez de las artes plásticas, que a lo menos creería hallarse en presencia de un portentoso *proyecto* de mujer, dicho sea sin ánimo de zaherir los legítimos sentimientos de la chica, puesto que exteriorizamos nuestra ecuánime opinión a fuer de sincera y desinteresada. Pero, en cambio, guárdese Carmita de mostrarse a los demás al lado de doña Luz, y no haga caso al dicho de que el mejor lugar para hallarse una hija es al lado de su madre. *¡Vade retro!* No se pasen de listos los más avisados con estas palabras y vayan a creer que aludo a la falta de ejemplaridad maternal de doña Luz. ¡Dios me libre de tal! Me refiero a la influencia perjudicial que doña Luz produce sobre Carmita, pues se parecen tantísimo, llega a tal grado la similitud entre ambas, que parecen la misma persona, con diferencia cronológica de treinta años. Y lo que se disculpa como gracioso defecto en el rasgo fisonómico de la hija, merced hecha al talismán de los pocos años, es tilde considerable en la madre; y lo que se perdona como apetitosa prodigalidad de formas en la joven—repito las gracias a la diosa Juventud—, es repulsiva reiteración en la vieja. Lo que es en Carmita agrupación graciosa de círculos sabiamente ordenados, es en doña Luz confusa y agobiante superposición de pesadas esferas. Que si en la novia todo es leve, tenue y armónico, es en la vieja todo denso, grave y confuso. Círculo es la línea geométrica de la composición escultural de Carmita, pero del radio indispensable para que cada línea constituya una alabanza a su total anatomía. Círculos, igualmente, son los rasgos de la constitución monumental de la vieja, pero de un radio tan enorme que a veces parece que se halla en el infinito, por su amplia y colosal curvatura. ¿Y cómo es posible, Dios mío, que aquellos dos seres se pareciesen tanto, resultando una tan bonita y otra tan horrenda? Nunca como entonces se formó Luciano cabal idea de lo que eran cantidades negativas. La impresión que sufrió su sensible receptibilidad fué enorme. No le indignaba mucho hallar una diferencia de encantos tan enorme entre madre e hija. Eso, después de todo, era lo natural. Inaudito hubiese sido lo contrario. Pero... lo que le enfurecía hasta el límite era que aquellos dos seres se pareciesen tanto..., pese a todas las razones de génesis fisiológica que pudiese haber para ello. Algo desencantado, no tanto por el mal efecto que en él causó

la actitud opuesta de la hermana, por el recibimiento hostil de doña Luz y el no mucho más grato de Carmita, como por la condición similitudinaria de ésta con relación a la oronda señora, quiso despedirse para reanudar la entrevista con su novia cuando le hubiese abandonado aquel desencanto fulminante que tan desprevenido le había cogido.

—Que te sientes te digo—repitió, apremiándole, su novia.

—Un momento nada más. Es mala hora.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace dos horas apenas.

—¿Estuviste en tu casa?

—Digo... De allá vengo.

—¿Y te ha dejado venir tu hermana?

—¿Y por qué no me había de dejar?

—¡Qué sé yo!... Ya hablaremos.

—Sí, ya hablaremos. Pero ahora, me voy.

—Antes quisiera yo advertirle una cosa, hijo mío—dijo doña Luz, que hasta aquel momento se había limitado a mirar alternativamente a los novios durante el breve diálogo que sostuvieron.

—Usted dirá, doña Luz.

—Tengo entendido que usted, hijo mío, ha tenido la ocurrencia de ir entregando a mi hija ciertas cantidades de dinero que proceden, según creo, de sus haberes, y como este procedimiento, que por otra parte nos honra sobremanera, no es usual, sobre todo en nuestra clase social, yo le ruego que vuelva a incautarse del total de aquellas sumas, a cuyo fin Carmita le entregará el oportuno justificante, que es un resguardo de depósito de la propia Casa Armadora donde usted presta sus servicios.

—Efectivamente, señora—empezó diciendo Luciano, enrojecido por la vergüenza y la indignación que le habían producido las agudas y aceradas palabras de la vieja—, tuve en hora desgraciada, que a mí me pareció dichosísima, la infantil ocurrencia de proponerle a mi novia, a la que en aquellos momentos pensaba que llegaría a ser mi mujer, fuese la depositaria del primer dinero que yo empezaba a ganar, y que sería la base de nuestra futura felicidad. Debo defender con calor el procedimiento, porque no es original. Algunos compañeros míos lo practican... Yo me emocioné profundamente cuando lo oí relatar... Lo refería, entre otros, un piloto, casi un niño—pues sólo los niños cometen tamañas inconveniencias—, que me decía casi llorando de alegría: «En cuanto lleguemos y termine la maniobra del amarre, me mudo, bajo a tierra, voy a la Casa, cobro ciento veinte *durazos* que me deben, y a llevarlos a la nena... Tú verás..., tenemos relaciones desde los doce años...» Quise imitar a aquel piloto, pero me he

equivocado. Yo, entonces, pensaba como él. Me pareció tan natural imitar esa costumbre pintoresca y simpática de la gente baja... Además, Carmita la halló entonces muy acertada y hasta ingeniosa... ¿Verdad?

—Sí, hombre; si la cosa no tiene nada de particular; pero si supieras cuánto se han reído de mí algunas amigas que lo han sabido.

—Qué piadosas son tus amigas.

—Y tú, qué susceptible, hombre. Parece que te has picado.

—No. ¿Por qué? Ahora no puedo esperar, pues tengo que ir a la Casa; pero ya tendrás ocasión de darme esos justificantes. A los pies de ustedes...

Tuvo que olvidar Luciano la mala impresión que le produjo la entrevista con Carmita y con su madre para pensar en su carrera y en su porvenir. Fué directamente al escritorio. Al entrar en la Casa Armadora, y a medida que iba pasando por los diferentes negociados, los jefes y dependientes le felicitaban. Al fin de esta feliz trayectoria de abrazos y parabienes, en la que cada amigo demostraba hasta qué grado lo era, por la efusión y sinceridad que ponía en la felicitación, llegó al despacho de Andrés Arnao. Se abrazaron los dos antiguos camaradas.

Hablaron durante dos horas. Andrés sentía la necesidad de comunicar sus proyectos a Luciano, con quien tendría que compartir preocupaciones y responsabilidades. Se apoderó del joven armador una locuacidad tan sincera que le obligó a comunicar a su Capitán, ademas de los asuntos relacionados con el mando del nuevo buque adquirido, los futuros planes que bullían allá en lo más recóndito del cerebro de Andrés Arnao, con espléndidas perspectivas de fabulosas empresas navieras. El éxito, que tenía para él en aquellos momentos privilegiadas deferencias, es el que soltaba su lengua con verbosidad optimista y el que estimulaba su imaginación con presentimientos felicísimos. Iba camino de hacerse rico. La guerra ofrecía a la navegación española horizontes amplios, cuyos efectos ya habían empezado a sentirse, traduciéndose en una elevación en los fletes superior a toda ponderación. Andrés le expuso la situación a Luciano frotándose las manos de gusto ante el halagüeño porvenir que para ambos se presentaba. Era la ocasión propicia para enriquecerse. Tenía él unos planes que no eran para tratados en el despacho, donde incesantemente tenía que recibir gente. Aquella tarde tampoco podría hablar con él, porque tenía una junta de accionistas de la Sociedad Naviera, que él regentaba; pero le esperaba a cenar en su casa, y después, mientras tomaban el café, hablarían tranquilamente de los vastos proyectos de Andrés.

Aquella tarde la dedicó Luciano a visitar y a tomar posesión del *Titán*, el vapor de su nuevo mando. Las buenas condiciones del buque y los felices augurios que Andrés le había hecho horas antes, le hicieron sonreír íntimamente, presintiendo una total corroboración de los presagios de Arnao.

A las nueve en punto se presentó Luciano en casa de Andrés. El criado le condujo a un despacho lujosamente amueblado y decorado con el más puro estilo clásico español. A los pocos minutos vino Andrea Bordallo, la mujer de Andrés. Se conocían, pero el recuerdo era tan remoto y las condiciones en que en alguna ocasión se vieron fueron tan diferentes, que el encuentro de ahora más bien entorpecía que facilitaba la identificación a que mutuamente se sometieron. Pocos segundos bastaron para que cada uno de ellos concretase en una breve referencia la huella del pasado. Para Andrea era Luciano: «El chico que me miraba.» Era Andrea para Luciano: «La muchacha que tanto me gustaba.» Pero habían vivido en círculos de relación tan distantes que jamás tuvieron ocasión de hablarse. Sólo recordaba Luciano un feliz, aunque insignificante episodio, que amplificaba algo la imagen remota de aquellos días dichosos. Un día de invierno de sol radiante, como muchos de Andalucía, salió Andrea con su madre, de compras, por la mañana; se cruzaron con Luciano y con Antucho Flórez, y éste, al pasar Andrea, se llevó la mano al sombrero y la saludó muy cariñosamente. Luciano inquirió del amigo noticias de la muchacha, desconocida para él, y Flórez le contestó:

—No te molestes. La pidieron ayer. Se casa con Andrés Arnao.

Debía de conservar Andrea de Luciano igual recuerdo, por idéntico detalle, puesto que apenas se saludaron le preguntó ella:

—¿Era usted amigo de Antucho Flórez?

—Sí—contestó Luciano, sin querer ampliar la explicación y sintiendo un íntimo placer dejando en el misterio la inspiración de la pregunta y la concisión de la respuesta.

No era bella Andrea. Todos los poetas y los más célebres enamorados han ensalzado y casi divinizado a *sus* mujeres porque ni unos ni otros tuvieron la libre voluntad necesaria para emitir sus juicios. Los enamorados se hallaban coaccionados por el hechizo y los poetas alucinados por el hambre; pues de todos es sabido que estos seres extraños jamás se alimentaron lo suficiente. Refiriéndonos particularmente a los poetas, que son los entes que más bellas mentiras han dicho y los que más han calumniado a la Naturaleza, recordemos que, como siempre han desvariado, nunca nos han dado la imagen real del objeto de sus amores o del afán de su inspiración, sino la imagen virtual, que era reproducción de la que ellos llevaban en su mente enfermiza y calenturienta.

No así Luciano, que aunque predispuesto naturalmente a recibir cualquier manifestación estética, se hallaba bien alimentado, pudo juzgar a Andrea estéticamente. Tal vez la mujer del armador no tuviese la boca perfecta, pues unos dientes algo grandes, iguales y blanquísimos, pero con los incisivos bastante prominentes, deformasen un poco su boca; tal vez no fuese perfecta su nariz, por semejarse al rasgo característico de los Borbones; es posible que sus ojos, aunque de interesante coloración cobriza, no fueran lo suficientemente grandes ni rasgados... Pero su boca era roja y estaba animada por una perenne sonrisa, verbo de su bondad candorosa; su frente, de clásica línea, era luminosa, hallándose animada por un claro resplandor; sus manos privilegiadas, de leve tinte carmíneo en el extremo de los dedos, hacían pensar, esperanzados, en el alivio de todas las penas y de todos los dolores; y, por último, transcendía de toda su persona un hálito tan tibio y vivificante que era un paraíso el pedazo de tierra que a su lado se pisaba. En mérito de todo lo cual, Luciano, para no desvariar como los poetas al uso, decía y repetía en loca porfía consigo mismo que Andrea poseía el *quid divinus*, que hacía de aquella mujer de facciones vulgares y defectuosas un dechado de sugestión. Porque... sí..., esto era Andrea: una sugestiva irresistible, que hechizaba sin proponérselo, enamoraba sin mirar y esclavizaba sin yugo. Algo distinta era la Andrea de hoy a la que hace algunos años miraba Luciano con incipiente enamoramiento... La maternidad—ya tenía dos hijos—había apagado un tanto el brillo de sus ojos y redondeado algo sus formas de mujer esbelta, y toda la transformación se había operado sin restarle interés a su cara ni flexibilidad a su cuerpo. No se vestía Andrea como la mayor parte de las mujeres. Sus vestidos no parecían el artificio inspirado en el capricho de la moda. Es muy frecuente que por mucho gusto que tenga una mujer para vestirse, y por muy exquisito que sea el cuidado que dedique a la elección de telas y hechuras, que su propia fantasía traicione la pureza de la línea o la armonía del color y que ella misma se inflija el castigo de afearse o descomponerse, siendo así que lo que buscaba era embellecerse. Los vestidos de Andrea parecían la envoltura adecuada y natural para aquel cuerpo divino.

Entró en el despacho una doncella requiriendo a Andrea de parte de un pequeño tirano que bramaba en una habitación lejana. Se disculpó graciosamente:

—Ustéd sabrá perdonarme. Ese pequeño mío no me deja tranquila un solo momento. En esa mesa tiene usted periódicos y libros.

Sin saber por qué, la idea de la maternidad, que tan dignamente

ostentaba Andrea, hirió tan vivamente a Luciano, que le contuvo, dejándole petrificado, sin permitirle dar un paso más en aquel sendero apacible y florido de los recuerdos de un ayer no muy lejano. Se había considerado ligado en cierto modo a Andrea; bien es verdad que sólo por el mágico poder de aquellas remembranzas que los colocaron algún día sobre un mismo plano...; pero ahora, el diminuto Sansón que berreaba, había elevado inopinadamente uno de los extremos del plano, que, al quedar inclinado, le había arrojado a él, a Luciano, del lugar ameno en que tan a gusto se hallaba. Dicho de otra manera, para que esté más en consonancia con el lenguaje técnico de un capitán mercante: a Luciano acababa de arrojarle por la borda de aquella nave, extraña para él, el llanto desesperado del hijo de Andrea, que era grito potente de la contundente realidad. Sabido es que los niños, a esas edades, no dejan *dormir* a nadie... y muchísimo menos *soñar*. Al diablo, pues, se fueron los sueños de Luciano. Sobre un vargueño vió un retrato de Andrea. Le dieron intenciones de robarlo. Lo miró intensamente. Se acordó de la desconsoladora entrevista que tuvo con Carmita por la mañana, del desamparo amoroso en que se iba a quedar... Se iba aproximando tanto al retrato, que empañó el cristal con su aliento. Iba a cogerlo, con la doble y sana intención de limpiarlo y de besarlo, cuando oyó pasos. Se separó precipitadamente del pie del vargueño. Era Andrea, que volvía.

Disculpó ésta hábilmente la tardanza de Andrés, atribuyéndola a sus múltiples ocupaciones. Luciano, por su parte, disimulaba a las mil maravillas la alegría inmensa que le causaba tal retraso, pues se hallaba complacidísimo al lado de aquella encantadora mujer. Sólo cosas agradables sabía decir, pareciéndose en esto a la tierra buena, que únicamente buenos frutos da. Aludió a lo unánime que fué, entre los consejeros de la Naviera, la designación de Luciano para Capitán del *Titán*, y a los elogios que Andrés hacía de él. Luciano, sin desdeñar estas alabanzas, antes por el contrario, agradeciéndolas sinceramente, eludía discretamente este tema de la conversación para ocultar su personalidad detrás del interés que le producía la vida de Andrea. Sólo a medias pudo informarse de lo que deseaba saber. Andrea, según sus propias referencias, salía poco; desde que tuvo el primer niño, casi nunca. Andrés tenía muchísimo qué hacer y, además, los viajes le absorbían mucho tiempo. Por otra parte, ella era más bien aficionada a la tranquilidad del hogar. En su casa sería en donde mejor lo pasaría, si Andrés pudiese acompañarla. Pero ni para eso tenía tiempo. No eran reproches los conceptos que salían de boca de Andrea, y, sin embargo, Luciano pudo advertir en aquellos in-

conscientes lamentos, que ella se esforzaba por darles apariencia de justificaciones, el origen de un desencanto, el comienzo desgarrador de una desilusión definitiva.

—¿Quiere usted tomar alguna cosa mientras viene Andrés?—preguntó Andrea.

—No, muchas gracias. Tal vez usted lo necesite más que yo.

Trepidó el auto a la puerta. ¡Por fin! Se fueron hacia el comedor, para esperar allí a Andrés y compensar algo del tiempo perdido.

Andrés se disculpó, con cuatro frases hechas, ante Luciano. A su mujer no le dijo una sola palabra. Comieron. En el transcurso de la cena, pudo observar Luciano la muda admiración que *aún* sentía Andrea por su marido. Le escuchaba en silencio, atenta a su palabra, con verdadero arrobamiento, sirviéndole todo cuanto de la mesa necesitaba con diligencia servil, sólo comparable a la del esclavo que teme caer en desgracia con su amo. Andrés parecía no advertir la denigrante sumisión de su mujer, puesto que aceptaba su humillante acatamiento casi sin advertirlo, seguramente, por estar a este trato ya habituado. En cambio, Andrés, hacía de la infeliz caso omiso, y en más de una ocasión que quiso Luciano reparar con sus solicitudes esta falta, se encontró su galantería cortada en seco por la brusca interrupción de Andrés, que le decía:

—No; Andrea no toma licores. No tiene costumbre.

Y todo esto dicho sin aventurarse siquiera a consultar con ella, que repetía, como un eco de la voz de su marido:

—No tomo..., no tengo costumbre...

Andrés habló con gran entusiasmo de todos sus proyectos. Todos los hombres tienen un gesto que *les va* bien, un momento decisivo que es *el suyo*, una frase elocuente en la que condensan su aspiración ideal. Y por esta razón, Andrés, que no era gallardo ni elocuente, se transfiguraba cuando hablaba de sus negocios, adquiriendo proporciones de coloso. En estos momentos de su exaltación culminante, le miraba y le admiraba Andrea con verdadero arrobamiento, casi con idolatría, aunque ponía en su gesto absorto un dejo de amargura que, traducido al lenguaje vulgar, quería decir:

—¡Qué gran talento te ha dado Dios para los negocios..., pero qué repoquísimo me quieres!

La alabanza de sincera admiración y el reproche de enamorada malherida se unían en la misma mirada. Todo esto lo advirtió Luciano por propia investigación, acuciada por lo que la pública murmuración le había soplado al oído. El joven Capitán apenas oía lo que Andrés le hablaba. Aquella jornada estaba siendo dolorosísima para Luciano. Su alma dolorida, predispuesta a la conmiseración, se solidarizó con la de Andrea, aunque sin advertirlo

siquiera esta noble mujer. Bien ajena estaba ella de saber que producía tanto daño con la inocente ostentación de sus dolores, y mucho más todavía, con sus obligadas distinciones y solicitudes para con Luciano. Más bien debemos decir que el mal no partía de la inconsciente actitud de Andrea; el mal radicaba en el propio pecho de Luciano; el dolor se hallaba encerrado en su propio corazón; no era herida inferida por las cándidas manos de aquella inocente víctima, sino núcleo doloroso que Luciano sentía como castigo original, generado al engendrar su cuerpo.

En apariencia, quedó enterado de todos los proyectos de Andrés, y como la organización y desarrollo de tan vastos planes no eran tema que se pudiese encerrar en los breves límites de una entrevista, quedaron citados para el día siguiente y los sucesivos.

Salió Luciano de casa de Andrés medio loco. Había sufrido horriblemente, sin saber con certeza a qué atribuirlo. Ningún sufrimiento podía compararse al que había experimentado en presencia de esta divina mujer que le cautivaba sin proponérselo, le enamoraba sin mirarle y le inquietaba sin hablarle.

Sí; lo conocía bien. Era la *sublime inquietud* que le invadía. No sabía definir este sentimiento excelso, pero lo conocía. Mejor dicho: lo presentía.

Sentía Luciano un sordo coraje considerando la esterilidad de este sufrimiento, que nadie agradecería, que todos ignorarían. ¿Por qué? Dios mío, ¿por qué? Ni él se propuso enamorar a Andrea ni ella dió el más leve motivo para este insigne atrevimiento, y, no obstante, lo veía ahora bien claro.

Aquello que él sentía es la *sublime inquietud* que nos invade cuando estamos en presencia de la mujer querida... Y son sus caracteres:

Un feroz desasosiego que nos entristece y acongoja tan profundamente como si todos los males de la tierra se cerniesen sobre nuestra cabeza.

Considerarse inferiores a ellas y de su amor indignos.

Sentirse empequeñecidos hasta pensar en la posibilidad de que no nos advierta entre los demás mortales.

Exagerar hasta tal extremo nuestra impotencia que renunciamos a ella en nuestros momentos de desesperación.

Enterrar nuestra propia infelicidad con la remota esperanza de que fructifique convertida en dicha eterna para ella.

Es la sublime inquietud el «amor-dolor», al que nos sometemos, como víctimas propiciatorias, con la sonrisa estoica de los mártires.

Es temblar como un azogado en presencia de la mujer querida, balbuciendo apenas unas palabras incoherentes, dejando por decir todo cuanto habíamos pensado.

Es anteponerla a todo.

Considerarse absolutamente desdichados si no la vimos un día.

Es paradoja tan enorme ese sentimiento, que sólo por sugestión nos damos la vida o nos inferimos la muerte, sin que ella, inocente de tan bruscas transiciones, lo advierta.

Es considerarse recompensado con una sola mirada, o insaciable aunque haga donación de todo, que de tal manera es al propio tiempo nuestro sér, sometido o rebelde.

Es tristeza horrenda el día que obtenemos su amor, porque sinceramente creemos que no lo merecemos y tememos desflorar, soeces, sus ilusiones, como se deshoja una bella rosa entre dedos torpes.

Es renunciación de la dicha que al fin obtenemos, porque sólo con dolor, lágrimas y sangre creemos dignificar el santo y puro amor, por el que nos hallamos poseídos...

V

El singular adulterio de Andrés Arnao.

La fastuosidad con que vivía Andrés Arnao le sugería a todo el mundo el recuerdo de su pasado, trayendo a la memoria la rápida ascensión que le encumbró en pocos años. Andrés era un jovenzuelo ferrolano que llegó a Sevilla un buen día, sin más ayuda que la de su tío, un jefe prestigioso de nuestra Armada, ni otro patrimonio que unas elementales nociones de aritmética práctica, puestas a contribución de una actividad pasmosa y de un afán desmedido de abrirse camino. El tío logró para el sobrino un empleo en una Agencia de Aduanas. El muchacho era activo y hábil. La idea de llegar le quitaba el sueño y aprovechaba sus prolongados insomnios para estudiar el Inglés y perfeccionarse en Contabilidad y Mecanografía. Al año de trabajar ya tenía un gran cartel entre patrones de faluchos y pataches, y todos le buscaban, prescindiendo de los otros empleados de la Agencia, mucho más antiguos que él, para despachar sus barcos rápida y expeditamente. Esa expresión tan gráfica y usual entre los despachantes de buques, de «correr los documentos de un barco», jamás se aplicó con mayor propiedad que cuando se refería a la gestión que para esos fines realizaba Andrés Arnao. Interpretaba velozmente las notas originales que los cargadores le entregaban para que redactase las facturas del embarque; escribía el texto de estos documentos y de todos los que componen la documentación completa

de los buques y cargamentos con velocidad inusitada, y después de un par de horas de labor febril, extendía todos los papeles sobre su pupitre, los clasificaba y los aprisionaba entre sus dedos, debajo de sus brazos y aun a veces entre sus dientes, colocándolos en un orden que sólo él conocía, depositándolos después sobre los diferentes negociados de la Comandancia de Marina, de la Aduana y la Sanidad del Puerto, donde recogía la firma de los diferentes funcionarios. Y siempre con la misma velocidad que inicialmente se había impuesto. Con frecuencia tenía que utilizar su simpatía personal y el crédito afortunado que como dependiente tenía, para justificar en ocasiones la omisión de un requisito o disculpando y prometiendo subsanar, como efectivamente lo hacía, en el más breve plazo, la falta cometida en la redacción o presentación de los mil y mil documentos que la complicada máquina administrativa exige. Siendo tan grande el número de buques que despachaba, y tanta la rapidez que cada cual reclamaba para lo suyo, a nadie le sorprenderá que cuando no una póliza, fuese una firma lo que faltase, y en ocasiones consistiese la omisión en cualquiera de los innumerables datos que a un buque se le piden: bandera, tonelaje, matrícula, tripulación, pasajeros, seguros de la carga y de los tripulantes, etc., etc. Es así, y no pude ser de otro modo, la vida mercante naval. Los más avezados no serían capaces de catalogar, reseñándolas completamente, todas las causas que pueden influir en que las operaciones de carga y descarga y entrada y salida de buques tengan forzosamente que hacerse de una manera rápida, violenta, anormal y hasta, a veces, contradictoria. Los cambios de la moneda nacional o extranjera detienen un embarque o lo precipitan, según los casos. Las mareas, si son sensibles en los puertos de embarque y de desembarque, obligan al pronto despacho o al amarre. Unas importaciones hostilizan a otras. El mar bonancible o el mal tiempo son árbitros, en ocasiones, absolutos, del estatismo o dinamicidad del tráfico. La línea de amarre disponible estimula la descarga. El estado sanitario de los puertos de procedencia, tránsito o destino, interviene también. Los Aranceles de cada nación son asimismo un propulsor de las corrientes mercantiles. Las consecuencias de esta compleja red de circunstancias las solventaba Andrés Arnao con suma pericia. A la puerta de las distintas oficinas que antes hemos enunciado, o sea a la boca de cada una de las enrevesadas arterias de este arbitrario sistema circulatorio del papeleo oficial, aguardaban a Andrés comerciantes, capitanes, pilotos y cargadores. A éste le entregaba un rol, a aquél un permiso de salida, al de más allá una licencia de alijo...

Una vez terminado el despacho urgente del día, se apoyaba nues-

tro hombre sobre una eslingada de cajas o de sacos descargados, y con la vista vaga, imprecisa, contemplando cómo el agua chapoteaba las planchas de acero de los buques atracados al muelle, perdido entre aquel bosque artificioso de palos y chimeneas, se desataba su ambición con una ansia de prosperidad que sólo sabía acallar prometiéndose trabajar hasta conseguirla. Después de estas fiebres que su ambición le producían, quedaba el muchacho fatigado y maltrecho por el desgaste estéril de energías. Y se dormía profundamente, abrazado idealmente a las imágenes que en su cerebro le dejaban impreso sus cotidianos *cuentos de la lechera*. Cuando a la mañana siguiente despertaba sobresaltado porque la fuerte luz de un sol de muy entrada la mañana le recordaba su obligación, se lamentaba con harto dolor de su corazón del tiempo perdido en soñar. Aunque de sobra sabía él que aquellos sueños, estériles ahora, le conducirían a una palpable y próspera realidad. Sus sueños intranquilos eran la dolorosa gestación de su porvenir.

Un día se le vió en el paseo acompañado de una muchacha pálida y dulce que le escuchaba siempre con un prolongado mutismo y los ojos muy abiertos, expectantes. A las dos semanas de este acontecimiento memorable, el tío de Andrés, aquel jefe de nuestra Armada, se personó en casa de Andrea Bordallo y sostuvo un breve y definitivo diálogo con doña Asunción Insúa, viuda de don Joaquín Bordallo, Capitán mercante, que al morir había dejado algunos ahorros. Todo quedó convenido. A los treinta días justos de esta entrevista histórica, el propio jefe de la Armada, vistiendo la levita de uniforme, condujo de su brazo al altar a Andrea Bordallo. Con asistencia de contadísimo número de invitados, se celebró la ceremonia, solemne por su propia sencillez. No hubo viaje de novios. Estos, los padrinos, que fueron doña Asunción y el tío del novio, los testigos y un reducido número de amigos, celebraron la boda cenando en la modesta casita que amuebló Andrés.

Cuando terminado el sencillo convite quedaron solos los novios y la madre, dijo ésta a Andrés, entregándole un sobre grande, que contenía documentos:

—Toma, hijo mío. Aquí tienes toda nuestra fortuna. Entre esos papeles encontrarás un amplio poder que te he otorgado y que te faculta para administrar lo poco que tenemos.

Los nuevos conyuges besaron a la buena señora en la frente y se dirigieron gozosos a emprender el nuevo camino que la vida les ofrecía. Se encerraron en la alcoba con dos vueltas de llave. Estuvieron muchos minutos de pie, en el centro de la habitación, abrazados, besándose. A Andrés le parecía otra su mujer ahora, amorosa, apasionada, enrojecida por el deseo. Quiso ella apagar

la luz para desnudarse. «No. Espera»—impidió él. Mientras Andrea se arreglaba el pelo para pasar la noche, tomó Andrés nuevamente el sobre que doña Asunción le entregara, y buscando entre los muchos papeles que contenía, sacó el poder y leyó: «*Escritura de mandato* otorgada a favor de don Andrés Arnao y Encinas ante el notario de esta ciudad don..., etc.» Siguió leyendo con avidez. Después de la identificación de la otorgante, venían las cláusulas. No cabía duda. Estaba autorizado para efectuar con los bienes y valores que aquellas mujeres tenían toda clase de operaciones de compra, venta, crédito, etc., etc. Así se hacían las cosas. ¡Y además estaba ahora Andrea tan hermosa con su buena mata de pelo suelta! En mangas de camisa se dirigió a la puerta de la alcoba, abrió y ordenó a la muchacha:

—¡Que me llamen a las siete!

* * *

A las siete, efectivamente, se levantó Andrés Arnao en la mañana que siguió a su noche de novio. Aquel hombrecito rectilíneo, un poco anormal, que se había propuesto marcarse previamente el programa de todos los días de su vida, hacía gala de una voluntad inflexible, alardeando de entereza aun en esa ocasión tan propicia a todas las concesiones y a todas las debilidades, cual era el primer acto matrimonial. Pertenecía Andrés, indudablemente, a una minoría de hombres que se imponen un deber y lo cumplen con exactitud cronométrica, aunque vanas razones sentimentales se opongan a ello.

Ni es ocasión ni tenemos tiempo ahora de analizar su proceder. Expongamos los hechos tal cual ocurrieron, y confiamos que aquel que siga leyendo se explique *per se* todo cuanto necesite para llegar al conocimiento de la contextura moral de este tipo de nuestra verídica historia. De dos procedimientos disponemos para dar a conocer el carácter de las personas: uno es *analítico*, va de dentro a fuera, irradia de lo más íntimo y fundamental de las criaturas a lo puramente accidental; exponiendo los caracteres por este procedimiento, se dice *cómo son*, y partiendo de esta base firmísima, ya no asombra lo que los seres hagan, por raro que sea. Es el otro procedimiento el *sintético;* se interna desde la periferia, que es la epidermis humana, hasta el centro, que es el corazón; procede teniendo por origen el detalle episódico, las ocurrencias, el modo de ser, estar y conducirse, y termina

teniendo por fin la unificada resultante de todas sus características que se comunica con el centro fundamental. Exponiendo este sistema, se dice *lo que son capaces de hacer* las personas. Preferimos este último, porque tiene mayor interés dramático, se confunde con el que sigue el vulgo y estimula la reflexión y el estudio de los caracteres. Otra ventaja tiene: que disculpa el proceder de las personas, por considerarlas en contacto más íntimo e inmediato con la vida y a nadie se le oculta que así los jueces serán más comprensivos y benévolos. ¡Disculpa tantos errores la vida!

Al entrar Andrés en su escritorio al día siguiente, produjo entre los demás empleados una extraña sensación, que se tradujo en miradas insistentes y en risitas contenidas. Trabajó hasta las nueve. Después se dirigió a Telégrafos y depositó el siguiente despacho:

«Mieres.—Gerente Minera Asturiana.—Embarque en Musel quinientas toneladas carbón buen cribado. Buque listo cargar lunes próximo.—*Arnao.*»

Al salir de depositar el telegrama, respiró profundamente. Estaba jugada la primera carta. Después se dirigió al Banco de España, donde doña Asunción tenía depositados los valores, y allí presentó el poder que la bondadosa suegra le había conferido. Registró su firma y convino con aquella entidad lo necesario para realizar la operación de giro, con el fin de situar en la Sociedad Minera Asturiana, de Gijón, los fondos necesarios para el pago del cargamento de carbón que minutos antes había comprado.
Este era Andrés Arnao. Horas antes se había desposado con su novia, aquella niña pálida, dulce, pasiva; la sugestiva inconsciente, que se había entregado a él con la misma parsimonia e idéntica sonrisa con que le había dicho que sí cuando le pidió relaciones hacía dos meses escasos. Ahora, al entregar el telegrama en la ventanilla, acababa de desposarse con la Suerte, beldad a quien él perseguía con tal tesón desde hacía tanto tiempo y por quien tenía muchísima más ilusión que por su propia mujer. Sentía en aquel instante toda la dulce emoción que experimenta el enamorado cuando da el primer beso de posesión carnal. Se había consumado el extraño adulterio de Andrés Arnao. Este ejercía sobre la débil muchacha una sugestión tan enorme, una influencia personal tan decisiva, que Andrea, cuando él hablaba, quedaba suspensa de sus palabras, pendiente de sus labios la mirada, a veces

sin comprender bien lo que decía, pero con una negación tan absoluta de su propia voluntad que más tenía visos de idolatría que de mera admiración. Ella era la mujer sugestiva, por sus encantos; pero con relación a su marido, era la sugestiva sugestionada.

Durante la comida no dijo nada en su casa. Tendría mayores encantos guardar sólo para sí el recuerdo de la primera insinuación formal con el objeto de su antigua y extraña pasión. Además, le atormentaba, como si realmente se tratase de una pasión real y efectiva, el ilógico escrúpulo de la supuesta traición que le hacía a la esposa. A ella, ante quien no había sentido ni una sensación aproximada en intensidad a la que le produjo la próxima realización de su primer negocio. Sí, era reprobable lo que hacía. Con el dinero de su mujer, *la legítima*, iba a cortejar a *la otra*. Es decir, que la ciega confianza que la suegra le demostró horas antes, la traicionaba él ahora para dirigir su primera instancia galanteadora a la rara beldad por quien pasó tantas noches en claro. Era, realmente, abominable. Tuvo vergüenza y repugnancia de sí mismo. Unicamente conseguía acallar sus escrúpulos haciendo propósitos muy formales de hacer compatibles ambos amores, entendiendo que tal compatibilidad debería consistir en resarcir a la esposa de sus traiciones y despojos, restituyéndole el caudal distraído y agasajándola liberalmente con joyas y vestidos. Pues bien sabía él que la *otra* sólo pide el primer sacrificio de dinero y de actividad para devolver después la primera dádiva centuplicada. Era su esperanza de reversión tan plena, tan absoluta, que insistiendo fiel en ella, excluía todo temor de fracaso, que podría hacerle desmerecer ante los ojos de la madre, que le había hecho entrega de su pobre peculio. En la Prensa de la tarde leyó un telegrama en el que se daba la noticia de haberse declarado la huelga de mineros ingleses en las cuencas carboníferas del País de Gales. El corresponsal añadía que los cargadores del puerto de Cardiff secundaban el paro, negándose a cargar el carbón que había salido de las minas con anterioridad a la fecha de la huelga. Gracias a esta paralización temporal en la producción y exportación del carbón inglés, el asturiano obtuvo un alza en su precio, que osciló de ocho a diez pesetas por tonelada, según clases. Este éxito inesperado le animó a referir a las mujeres, por la noche, mientras cenaban, la operación que había realizado por la mañana.

Andrés obtuvo en la venta de este primer cargamento una ganancia muy halagadora. Insistió en el negocio, y más adelante importó un cargamento de dos mil toneladas de carbón inglés que le dejó muy buena utilidad. Estableció el negocio con cierta amplitud y una feliz oportunidad aceleró su triunfo. Un buen día se le presentó un financiero inglés, un verdadero *gentleman* por su

porte correctísimo, muy conocedor de nuestro país, para el que dedicaba toda la gratitud del que en su suelo ha realizado pingües negocios, que le propuso la formación de una Sociedad para la explotación del negocio de carbones montado en grande. Se trataba de establecer depósitos flotantes y terrestres de carbones nacionales e ingleses en los principales puertos españoles. La entidad inglesa poseía minas y buques. Buscaba mercados. Andrés no lo dudó un solo momento y convino con el inglés la formación de la Sociedad. Se valoró a muy buen precio el *stock* que Andrés poseía, lo mismo que todo su material flotante, y, aparte de su nombramiento de Delegado de la Compañía en todo el Sur de España, se encontró con un número de acciones de la Empresa, cuyo valor nominal ascendía a la respetable cifra de doscientas cincuenta mil pesetas. Hasta ese día puede decirse que Andrés le hizo el amor a la señora Fortuna. Desde aquel día puede asegurarse que fué él el asediado. No tuvo más trabajo que el de dejarse querer. Los amigos le ofrecieron dinero para establecer nuevos negocios, alentados por su buena estrella. Aprovechó el momento, formó una Sociedad y compró un barco. Su adquisición coincidió con la subida exorbitante de los fletes, y en pocos días descontaron el capital que el buque les había costado. Todo su haber se acrecentaba en progresión geométrica y pronto se halló potentado. El segundo buque que la Sociedad constituida por Andrés compró es el que iba a mandar Luciano.

* * *

Aprovechó Luciano los días que estuvo en Sevilla para dedicarlos a su familia, mientras pertrechaban y aprovisionaban *su buque*. Disfrutaba cogiendo a su hermana del brazo y llevándosela a pasear a las horas en que más animación había por las calles céntricas. Encontraba grupos de amigos que le abrazaban, recordando sus buenos tiempos de estudiantes, y que piropeaban de lo lindo a Rosarito, con esa procacidad andaluza tan característica. Luciano, aunque algo hostil al piropo andaluz, aguantaba el chaparrón bonachonamente, sin soltar del suyo el brazo de Rosarito, quien se ocultaba riendo tras el hombro de su hermano. Muy pronto queda hecho el retrato de Rosarito diciendo que era la risa personificada. Todo en ella reía: el pícaro guiño de unos ojillos negros, no muy grandes, pero sí muy expresivos; la boca, graciosamente rasgada, con un gesto picante; su charla, atropellada y chistosa, con tal galimatías de cés, eses y chés que daba gloria oírla; su accionar turbulento, mil veces más elocuente que su verbo, y su andar pasicorto, rítmico y gracioso.

Se acercó al grupo, en mala hora, Gustavo Cuevas, quien encarándose alternativamente con Rosarito y con Luciano, dijo:

—Hombre, cuando se tiene una hermana como ésta, no se la saca de casa.

—Tú dirás por qué—le replicó Luciano de muy mal talante.

—Pues porque le exponéis *ustedes* a uno a cometer una burrá. Yo, por lo menos, no respondo... Tiene unas cosas este hermano y *tiene cada cosa* esta Rosarito—continuó insolente el señorito chulo.

—Eso no es un piropo, Cuevas. Eso es un relincho...

—Vaya, decidme *ustedes* a mí si no es una provocación para un ciudadano pacífico el que salga esta niña a la calle, así, sin verja ni náa...—insistió con chunga el soez.

—Es que la verja, con pinchos y todo, la lleva esta señorita en estos brazos.

Y sin más preámbulos, se abalanzó Luciano sobre Cuevas y le propinó una guantada tan enorme en pleno rostro que rodó el grosero por tierra, atontado y sangrante, por la intensidad de la contusión.

Intervinieron los amigos rápidamente, sujetando a Luciano unos y otros ayudando a levantar a Cuevas. Este, algo repuesto de la sorpresa y del dolor que le había producido la agresión, se levantó del suelo y mientras se llevaba el pañuelo a las narices para contener la hemorragia, le dijo a Luciano con aires de matón de sainete:

—A cualquier hombre se le pega una vez. Lo difícil es pegarme a mí dos veces. Ya te buscaré para la *reprise* de esta escenita.

—Pues ya conoces mi itinerario: de mi casa a la Casa armadora, y de ésta al muelle, y del muelle, otra vez a mi casa. Ya sabes que tendré mucho gusto en encontrarte—dijo Luciano, sintiéndose jaque también.

Gustavo Cuevas era un mal sujeto, que llevó su merecido. Individuo de mala ralea, que sólo se aproximaba a una muchacha con el fin criminal de dejar en su alma una huella dolorosa de inmoralidad. No había mujer buena para él. De las que habían sido sus dóciles víctimas, refería las debilidades que con él habían tenido, haciéndolas la magnánima merced de disculparlas, atribuyendo sus concesiones a una violenta pasión, que todo lo explicaba. De las que se habían negado a entrar con él en conversación, o, después de ser sus novias, no habían accedido a sus pretensiones, contaba horrores, matizando sus relatos picarescos con detalles que hacían partir de risa a sus congéneres. Terminaba su ensañamiento con las valerosas que habían sabido negársele, dedicándolas apodos o remoquetes, que casi siempre hacía alusión a algún concepto indecoroso. Y como de sobra sabemos que los

malvados de esta calaña tienen siempre un público propicio a escucharles todas sus criminales invenciones, no hay para qué decir que la especie aleve de que era víctima cualquier pobre muchacha, se extendía con la eficacia y la difusión que todas estas picarescas tradiciones. Otro procedimiento ponía en práctica para enlodar de alguna manera a las almas cándidas que le daban oídos; cual era el de referirles cuentos indecentes, aunque atenuando mucho su verdor, y en ocasiones dándoles una adaptación totalmente inofensiva, y aun deduciendo del mismo relato una moraleja absolutamente edificante. También solía emplear con las muchachas un lenguaje libre, el mismo que se usa entre hombres de oídos poco escrupulosos, profiriendo palabrotas, timos, dichos y juegos de palabras de doble sentido, que luego las inocentes muchachas repetían inoportunamente delante de otros muchachos, y aun delante de sus propios padres y hermanos, causando la hilaridad, cuando no la indignación, de cuantos las escuchaban. Podríamos reseñar aquí algunos de los motes que Cuevas ponía y muchos de los sucedidos que le tienen a él y a inocentes muchachas por protagonistas de sus tristes ocurrencias; pero renunciamos a hacerlo, porque no queremos contribuir a la divulgación de tan amoral leyenda. Además, seguro estoy de que no necesitará el lector de mis referencias para conocer mejor el tipo. Tal vez haya entre los que me lean quienes puedan darme ciento y raya en el conocimiento del personaje y de sus fechorías. En todas las ciudades hay un Gustavo Cuevas.

Por conocer Luciano las cualidades de éste, por repugnarle el tipo y por haber pretendido en más de una ocasión ser novio de Rosarito, fué por lo que le pegó y por lo que le pegaría cuantas veces le encontrara, como se había prometido solemnemente. No le preocuparon lo más mínimo las bravatas del señorito achulado, proferidas cuando se iba acompañado de dos amigos. Eran *gestos* suyos que Luciano conocía muy bien. Cuevas hacía como esos perros cobardes, que después de haber aguantado un par de dentelladas de otro can, se van ladrando de dolor y de vergüenza.

Cuando los amigos les dejaron solos, dijo Rosarito a su hermano:

—Has hecho bien en pegarle. ¡El odioso!...

—¿Por qué dices eso?

—¿Pero no sabes lo que hizo pocos días antes de venir tú?

—No.

—Pues entonces hay que reconocer que eres un sabio, hermano.

—Pero, cuéntame. ¿Qué nueva canallada ha hecho ese golfo?

—Acompañar a Carmita a todas horas y en todas partes.

—¿Pero es verdad eso que me dices?

—Y tan verdad.

—¿Y le hacía caso Carmita?

—No... A él, no.

—¿A quién, entonces?

—¿A ti ya no te importa nada Carmita, verdad, Luciano?

—¿A mí? Nada.

—Además..., antes que lo sepas por otras personas, quiero ser yo quien te lo diga.

—Claro, mujer; nada más natural. Anda, cuéntame todo cuanto sepas.

—Realmente, no debíamos ocuparnos más de ese asunto. Yo creo que te basta con saber que no merece Carmita que tú te preocupes más por ella.

—Bueno, Rosarito, pero aunque así sea, yo necesito saber lo que ha ocurrido en mi ausencia, para reparar en lo posible la situación ridícula en que yo haya podido estar.

—Creo que no debe preocuparte eso. Deja aparte tu amor propio, que nada ha sufrido. De sobra sabe la gente quién es ella... y quién eres tú. No es bastante ella, con todas sus coqueterías, para conseguir de la gente, sobre todo de los que te conocen, una burla para ti. Ya tiene la gente bastante diversión con ocuparse de ella.

—Insisto en que debes decirme todo lo ocurrido, antes de que lo averigüe por los extraños.

—Pues mira, hacía tiempo que Carmita se lamentaba conmigo, cuando todavía nos visitábamos, de tu carácter raro y de tus exigencias para con ella. Además, llegó a confesarme que *ella no había nacido para tener el novio fuera.* Porque, según ella, necesita que le estén diciendo a cada momento que la quieren. Me dijo, además, que la ausencia es una prueba demasiado peligrosa cuando no se trata de cariños verdaderos; que tu carrera sería un inconveniente el día de mañana para su temperamento, puesto que estaría condenada a una ausencia casi perpetua...

—¿Y qué le replicaste tú a eso?

—Pues le dije que todo eso ya lo sabía cuando se puso en relaciones contigo y que, en todo caso, era a ti, y no a mí, a quien debía decirlo. Hasta aquel momento se recató de salir y nada puede reprochársele; pero desde aquel día empezó a ir a todas partes y, lo que es peor, a dejarse acompañar por unos y por otros. El primero fué Gustavo Cuevas; pero me consta que, aunque ella le permitía que la acompañase, no fueron novios. Hace pocos días la he visto acompañada por un Teniente de Artillería que está aquí destinado. Según todos mis informes, el muchacho se dirigió a ella creyendo de buena fe que no tenía novio, puesto que la vió acompañada por varios.

—¿Y ella le hace caso?

—Por ahora, no. Creo que le ha contestado que iba a aprovechar tu venida para reñir, y que cuando eso ocurriese, se pondría en relaciones con él.

—Ahora sí que ya no me importa nada Carmita. Te confieso, Rosarito, que mientras me relatabas la serie de menudas traiciones que esa novia me había hecho, sentía un intenso dolor que conmovía todo mi sér; pero ahora, cuando ya sé lo lejos que se halla de mí esa mujer, me ha invadido un bienestar tan grande, una tan dulce tranquilidad de espíritu, que me siento otro hombre. ¡Pobre Carmita! Créeme, hermana: la compadezco con toda mi alma. Ningún daño le causé a esa muchacha. Bien sabe Dios que la he querido mucho. Tengo la certeza, la convicción de que Carmita me recordará alguna vez en su vida. Y en esta seguridad hallo la mejor recompensa a los sufrimientos que su veleidad me ha producido.

—¿De verdad que no te importa?

—De verdad te lo digo, hermana.

Se miraron los dos hermanos. Ella, animosa, queriendo inyectarle con la mirada alegre y optimista que depositó en él, una esperanza. El, melancólico, acogiendo con su expresión dulcemente triste, el voto de felicidad que aquella alma fraterna le ofrendaba.

Luciano dejó a su hermana en casa y se dirigió a la de Carmita. Por el camino pensó, complacido, en su agresión a Cuevas. Ahora sentía no haber reiterado sañudamente el golpe que le propinó. Cada día se hallaba más satisfecho de su carácter impetuoso y vehemente, que aunque en ocasiones le había producido serios disgustos, los daba por bien sufridos en compensación a las satisfacciones que le había deparado. Si antes podría ponerse en duda la legitimidad de la agresión a Cuevas, ahora, después de conocer su proceder inicuo por haber cortejado en su ausencia a Carmita, lamentaba no haberle tundido de lo lindo. Jamás le había engañado su corazón. Presintió la felonía de Cuevas. ¿Por qué si no le pegó con tal saña, teniendo todas las cuentas saldadas con él? Presintió, igualmente, la traición de Carmita, y hasta podemos asegurar que se alegró, ya que no satisfacía plenamente su aspiración suprema...

> *...Aquella suprema aspiración de su alma, tal como la imaginaba, perfecta y absoluta, no tenía forma concreta; ni siquiera se llamaba Carmita...*

En otras circunstancias, el proceder de su novia le habría contrariado seriamente, pues aunque el amor que por ella sentía no

tenía intensidad bastante, como sabemos, para excluir otro anhelo más elevado, se consideraba, no obstante, con derecho al respeto que creía merecer. Pero suspensa su alma en una ideal interrogación, se sentía benévolo y perdonaba. Sí. La perdonaba de todo corazón. ¡Qué propicio es ese estado de incipiente inquietud, que nos tiene suspensos de un leve suspiro de mujer, para perdonarlo, disculparlo y comprenderlo todo! Extremoso y vehemente como era en sus sentimientos, predipuesto como estaba siempre al rigor o a la generosidad, según que le atormentase el pesimismo o le acariciase la esperanza, a punto estuvo, después que hubo reaccionado, de buscar a Cuevas y al dichoso Teniente de Artillería y llevárselos a Carmita para que ella eligiese entre ambos, o se quedase con los dos, que tanto le daba a Luciano que la que había sido su novia tuviese uno o dos o cien pretendientes, maridos o amantes. No estaba justificada esta morbosa indiferencia por el proceder casquivano de Carmita, ni por el traicionero de Cuevas, ni por el inocente del militar. No. La única justificación posible en este cambio afectivo de Luciano la hallamos en la intuición de un próximo estado de perfección amorosa, en la seguridad que abrigaba de que llegaría a satisfacer su aspiración suprema, en la preconsciencia de un amor absoluto y perfecto que le prometía las más sublimes realidades.

El mismo estado anhelante en que se hallaba le inspiró unas frases de reparación que iban dedicadas a la pobre Carmita, que tanta paciencia había tenido para aguantarle todas sus impertinencias de novio exigente y todas sus rarezas de amante que vive en un perpetuo sueño.

Exhortaba a Carmita de esta manera:

> —«Recobra tu libertad, que yo ilegítimamente he de»tentado, puesto que no soy apto para saciar ese prurito »amatorio que a ti te corroe como el ácido más enérgico. »Ni mi presencia ni mis destrezas pueden consolarte. La »primera, no, porque mi profesión de nauta me retiene »por los mares. La segunda, tampoco, porque mis torpe»zas de amante idealista me retienen en las nubes. Y bien »se ve que no eres tú, inocente criatura, de esas que se »contentan con que sus novios vayan a pasear su ideali»dad por el cielo, ni se columpian en las nubes, ni aun »siquiera se anden por las ramas. Muy cerca los necesi»tas de ti, pisando tierra firme, como tú, y a ser posible, »vivitos y coleando. Recobra en buena hora tu libertad. »También te la confiero para elegir novio entre esos dos »tan majos que te han salido; que algo apostaría, aunque

»fuese de mucho valor y empeño, que con cualquiera de »los dos has de salir bien servida, pues ellos tienen de »practicones lo que yo de teórico del amor. No se me »oculta que son mis conocimientos de los que aburren »por su idealismo, que jamás supe hacer otra cosa cuando »bien quise a una dama, que suspirar hondo, mirar alto, »llorar copiosamente y llevarme ambas manos al pecho »dolorido..., y todo ello, aunque sea variado, es bien »monótono, por ser tediosas variaciones sobre el mismo »tema quejumbroso y plañidero. ¡Qué diferencia, en »cambio, con la charla picante y substanciosa tanto del »paisano pinturero como del militar bizarro! ¡Qué enor»me contraste entre mi proximidad a larga fecha, y a »más de esto deslabazada e insubstancial, con la cálida »intimidad de esos dos maestros en el arte de hacer pa»decer a las hembras y de hacerlas ver el cielo, a un »tiempo mismo, con sus discretas caricias y sus sabias »exploraciones. No hagas caso de mi discurso. Soy aman»te despechado, por lo que reconozco que algo herido »me quedo por tu desdén. Pero soy al propio tiempo »hombre comprensivo que se da cuenta de las cosas y »reconoce que para una muchacha de tu temperamento »y de tus aspiraciones, sólo apropiados son estos mucha»chos ardientes y *madrugadores* en el arte de adelantarse »a los deseos y de satisfacerlos plenamente. ¡Corre al »amor, que el amor te aguarda! No pierdas minuto de »placer, que sabia eres y sabes que minuto que pasa no »vuelve, y en un minuto pueden trocarse muchos besos. »Confieso que voy en esta clase de estudios muy rezaga»do a tu adelanto, pues tanto progresaste en esta dis»ciplina, que aunque te inicié como indigno profesor en »estas lides, al maestro puedes en la actualidad darle »lecciones. Reconozco mi inferioridad, aunque debo de»cir, como justificación a mi torpeza, que te separaste »de *mi método*, que era de un clasicismo puro y de una »sana doctrina, para explorar otros campos peligrosos »del alto saber amatorio, cuyas prácticas experimentales »te habrán de costar, seguramente, muchas amarguras. »No es el amor ciencia experimental, ciertamente. Es, por »su esencia purísima, exclusivamente teórica su enseñan»za; estando tan recomendado su estudio, solamente es »peculativo, por la serie inacabable de víctimas que han »producido las prácticas de laboratorio. El amor es cosa, »y te lo advierto porque bien te quiero, que llevado al

»gran laboratorio de la vida de relación, una vez que »pasa por los tubos de ensayo y por las retortas de reac- »ción, desprende gases mefíticos que matan a los curiosos »investigadores. Me quedo con mi sistema. Te advierto »los riesgos que corres con el tuyo. Siendo el estudio de »nuestra ciencia tan antiguo como el hombre, ha pro- »ducido más secuaces tu método que el mío. No debes, »sin embargo, dejarte llevar por el número, pues fue- »ron tantos los partidarios de él como las víctimas que »causó...»

Así era la esencia filosófica del discurso que Luciano pensaba pronunciarle a Carmita. Pero comprendiendo su inutilidad, desistió de ir a verla y prefirió escribirle. Así decía la carta:

«Carmita: Renuncio al dolor que me proporcionará una entrevista, la última, contigo.

Has procedido durante mi ausencia en una forma y advierto tales afanes en tus propósitos para el porvenir, que me creo en el deber, para hacer compatibles tu libertad y la mía, de despedirme de ti para siempre.

¡Qué seas muy dichosa!

Luciano.»

VI

Un literato socialista.

Luciano había dormido bien aquella noche. Iba aclarándose la incógnita de su vida amorosa. Carmita misma se había eliminado de aquella ecuación, procediendo traidoramente durante su ausencia. No tuvo él siquiera el dolor de extirparla. Fué ella la que, naturalmente, se desprendió. Aquel acontecimiento era un acto de clasificación de la Vida, que opera sus manipulaciones misteriosas para que los sucesos ocurran ulteriormente con arreglo a sus secretos designios.

Se vistió y se encaminó al despacho para reanudar sus conferencias con Andrés Arnao. Andrés se hallaba en compañía de otro señor, a quien Luciano quiso reconocer, pero que no le fué posible por más esfuerzos mnemotécnicos que hizo. Trató de recordar quién era aquel hombre, cuya fisonomía no le era desconocida,

procurando abstraerse de todo para mejor dejar trabajar su memoria. Nada; no consiguió lo que se proponía. Andrés, que estaba muy interesado en la lectura de un contrato de fletamento, le alargó una mano para saludarle y le dijo:

—Siéntate, Luciano. Un momento. Permite que termine de leer esto.

Luciano y el desconocido se miraron con esa curiosidad cordial de dos seres que se presienten futuros camaradas. Otra vez pretendió ayudar a su memoria. Ni por asociación de ideas consiguió recordar. Cerró los ojos, torturó su cerebro. Nada. El desconocido, a quien quiere reconocerse, comprendió la labor de Luciano, ya que éste la disimulaba muy poco, y sonrió levemente, como diciendo:

—Aguarda, hombre, que si no me recuerdas ahora, día llegará en que me conozcas a fondo. A veces los retratos que publican las Revistas son de hace muchos años... Con decirte que hace diez años que no me retrato, y aun ayer hallé en un periódico mi *falsa efigies*...

Andrés tocó un timbre. Acudió un empleado, a quien le entregó el documento que antes leía, diciéndole:

—Al Abogado de la Compañía, para que dictamine en el término de cuarenta y ocho horas.

Después, dulcificando la dura expresión habitual en él para los negocios, se levantó sonriente, extendió gentilmente sus brazos, que invitaban a una relación amistosa, y presentando a sus dos amigos, dijo:

—Luciano Romero, Capitán de nuestra Casa; el Capitán con mando más joven de la armada mercante española y muy aficionado a las letras. Paco Foronda, autor dramático, desinteresado y esforzado desfacedor de toda clase de entuertos y muy amigo de embarcarse. Sentaos. Luciano, Foronda será pasajero de tu vapor hasta que se canse. Desea conocer todo el litoral, estudiar las costumbres de a bordo y nos ha hecho el honor de elegir uno de nuestros buques. Así, pues, te ruego que le inscribas en tu relación de viajeros como uno privilegiado.

—Igual que lo es para la Casa, será para mí un honor tenerle a usted a bordo—dijo Luciano, sinceramente complacido con la idea de convivir algún tiempo con Foronda, a quien ahora reconocía.

—Y para mí una satisfacción haberle conocido a usted hoy—afirmó Foronda—. ¿Cuándo saldremos?

—Mañana, a estas horas. Ya tenemos el buque completamente equipado. Si usted quiere, puede acompañarme al barco ahora mismo y elegir el camarote que sea más de su agrado. Todos, incluso el mío, están a su disposición.

Agradeció Foronda la atención; volvió a estrechar la mano del Capitán y ambos se despidieron del armador para encaminarse a bordo. Desde este momento ya no hubo entre Luciano y Foronda nuevos ofrecimientos protocolarios, cediendo el paso las vanas ofertas a las prácticas realidades, como ocurre siempre entre personas que sinceramente empiezan a estimarse.

Llegaron a bordo. Siendo la hora del almuerzo, aprovechó Luciano la oportunidad para reunir sobre cubierta a toda la dotación, *desde Capitán a paje*, como rezan los cánones, para hacer la presentación del nuevo pasajero, de quien enalteció la personalidad con frases breves y discretas, recabando de todos el respeto y la alta consideración que Foronda se merecía. Este, por todo discurso, apretó estrechamente la mano a cada uno de los tripulantes, sin olvidar a los de más baja condición; repartió entre ellos unos buenos cigarros puros que reservaba para fumarlos durante las travesías, por ser a ellos gran aficionado, y así quedó pactada y sellada una amistad que el autor había ya iniciado con aquellos personajes desde la cálida crónica periodística y desde la propia escena española.

Era Francisco Foronda un tipo interesantísimo de nuestras letras. Pertenecía a ese valiente plantel de rudos escritores que rinden culto a la verdad y que, realistas por sistema, jamás describen lo que no vieron, ni miran lo que no les interesa, reservando los alardes de su fantasía sólo para hacer el comentario y hallar la consecuencia del hecho fidedigno. Siendo muy erudito, nunca hizo alarde de su erudición. Prefería hablar por su cuenta. Sin exclusivismos de secta ni límites de escuela, había producido muchas obras de sana literatura, que tenían por lema el alivio del dolor, la reparación de injusticias y la ayuda del desvalido. Había hecho un apostolado de su oficio. Unas veces se dedicaba a comentar la vida, eligiendo el tema para sus artículos, crónicas y cuentos, de lo que le decían las gacetillas periodísticas. Otras veces el triste paria, el desvalido, le buscaba para referirle sus cuitas, que él escuchaba para contárselas al mundo, con el propósito de obtener de las gentes una rectificación de sus errores y una reparación del daño causado. No producía el escándalo, como otros muchos escritores, que comentaban el hecho denunciado más para afrenta del verdugo que para alivio de la víctima. Había dado al teatro, entre otras muchas, una obra dramática que, a pesar de haberse estrenado hacía veinte años, aún se representaba con frecuencia, enardeciendo a los públicos. Era un drama popular, extraído del ambiente y de la vida de los pobladores de los barrios bajos de Madrid, que tan bien conocía él. El drama representaba simbólicamente la reivindicación de todos los derechos del prole-

tariado. El obrero le llamaba a la obra *su drama*, y es que, indudablemente, el pueblo bajo se veía en el drama tan fielmente retratado, que por sufragio general había decretado que, así, como en la obra sucedía, era su vida y sus costumbres y sus anhelos y sus luchas y su tragedia. El obrero no tenía ni el derecho al trabajo, ni a la libertad, ni a la hembra... Nada. Jamás desde un escenario se ha escuchado más auténtica la voz del pueblo clamando por sus fueros; nunca su lenguaje pintoresco y castizo tuvo más fiel interpretación. El escenario era una prolongación del arroyo, de la taberna, del hogar y de todos aquellos lugares donde se halla confinado el obrero madrileño. Pocos días antes del estreno del drama de Foronda, los actores encargados de su interpretación se presentaron en una casa en construcción, y buscando cada uno de ellos al albañil más igual a él en estatura y tipo, le pidió el traje con el que se hallaba trabajando, a cambio de otro flamante, que le fué entregado inmediatamente. Con tal propiedad se vistieron los actores. El traje de faena del albañil subió a la escena con sus remiendos y con sus manchas de yeso. Tan propio era el ropaje literario con que iba vestido el drama. Este se estrenó con un éxito clamoroso. La reseña del estreno, que publicaron los periódicos, circuló por toda la población obrera de Madrid, y la obra se hizo centenaria en los carteles. Para que la apoteosis fuese completa, la autoridad eclesiástica se creyó en el deber de excomulgar la obra, en virtud de no sabemos qué rebeldías y sinceridades, que ponía el autor en boca de sus personajes. La popularidad que entonces alcanzó Foronda en España fué superior a toda ponderación. En Madrid llegó a ser víctima de esta exaltación del pueblo, que vió en él a su ídolo en forma de redentor de su vida precaria. Por la calle, en los cafés, en el tranvía, dondequiera que se hallaba Paco Foronda, era objeto de la más asidua curiosidad y de la solicitud más cariñosa. En cierta ocasión subió a un tranvía que iba abarrotado, y por no haber lugar en el interior, tuvo que quedarse en la plataforma. A los pocos minutos vino el cobrador y le dijo:

—Caballero, aquel obrero le cede a usted su puesto.

—No, hombre, de ninguna manera. Voy muy bien aquí—contestó Foronda, todo confuso.

—Pase usted—insistió el trabajador, que volvía de la obra con su gorrilla ladeada, su chaqueta sobre el hombro y la fiambrera de la comida en la mano—. Tengo yo mucho gusto en dejarle mi sitio al autor de *Juan Antonio*.

Los obreros de una obra en construcción situada en una calle por donde Foronda pasaba a diario, le reconocieron a los pocos días del estreno del drama, por haberle visto salir a escena al final

de los actos, y desde aquel día, siempre que por allí cruzaba, se quitaban la gorra, saludándole: «Adiós, don Paco; adiós, don Francisco; adiós, señor Foronda.» Puede decirse que en aquella época felicísima de su vida fué cuando saboreó las mieles sabrosísimas del éxito y de la popularidad, con las modalidades tan efusivas y espontáneas que el pueblo madrileño sabe poner cuando exterioriza el sentimiento de la admiración.

Físicamente considerado, era Foronda la expresión material de aquellos elementos anatómicos que más genuinamente representan la vida. De una delgadez inverosímil, parecía que en él se había atrofiado el sistema muscular. Su piel blanca, apenas tildada por sedoso vello rubio, transparentaba, como pudiera hacerlo un sutil y tirante tejido elástico, los indicios musculares, los hacecillos de su sistema nervioso y los cauces verdosos y azulados de las principales vías circulatorias. Sí, eso era Foronda. Nervios, venas, arterias; movilidad, vibración, vida; sacudidas, flexión violenta, tensión nerviosa. Su cabeza, igual que su cuerpo, descarnada y de pelo ralo, permitía contar sobre el cráneo sus variadas convexidades. En la faz se marcaban profundas y extensas las cuencas de los ojos, desde cuyo fondo, unas pupilas inquietantes, subrayaban cuanto hablaba. Cuando callaba, continuaban sus ojos, con elocuencia eficaz, la función del pensamiento, y cuando era otro el que hablaba, mantenían con él, incitantes, un diálogo que estimulaba la verbosidad del interlocutor. La boca, también descarnada, contraída por una pronunciada mueca de escepticismo, emitía los sonidos con una vocalización perfecta, que le obligaba a mover los temporales y los demás huesos faciales, produciendo la sensación de que aquellos elementos anatómicos eran los órganos de transformación que cambiaban el pensamiento en sonido, y los de transmisión que lo hacían llegar al auditorio.

Los primeros días de su vida a bordo los dedicó Foronda a verlo todo, a observar, a interrogar, y en esta situación expectante y escrutadora conoció los más recónditos lugares del buque. En su relación con los hombres de mar, estudió sus aficiones, costumbres, necesidades, anhelos y casi sin proponérselo, a los pocos días de su embarque ya había tomado la filiación moral de todas las personas que convivían en aquel hogar flotante. Después, y a requerimiento de los que ya eran sus buenos amigos, se convirtió de espectador en actor, y tanto de sobremesa como en los paliques que sostenía con los marineros sobre cubierta, apoyado en la borda, o en el propio rancho de proa, refirió su vida de lucha en la carrera de las letras, la sorda batalla que hubo de librar, a veces, contra enemigos desconocidos, hasta romper el anónimo. Les contó también los días de éxito, los momentos de fracaso,

que le producían la angustiosa sensación de la pérdida de sus facultades, y en fin, todas las alternativas veleidosas que tanto le hicieron sufrir. Contestaba de muy buen talante a las mil y mil preguntas, algunas de ellas necias y otras imprudentes, que le hacían de buena fe aquellos pobres hombres de mar, para quienes la literatura era una ciencia abstrusa. Y como la cosa más natural del mundo, le preguntaban *cómo hacía un drama y una novela.* No acogía él con burla ni con hostilidad las preguntas parvas de aquellos seres, ignorantes de las cosas que al Arte se refieren. ¿Es que, por ventura, no le causaban al propio Foronda admiración tanto el hombre que dirige sobre el puente la derrota del buque, como el que allá en sus profundas entrañas, pone en actividad su sistema muscular y circulatorio? Que es muy frecuente tropezar por esos mundos de Dios con seres de ignorancia universal que se mofan de otros que ignoran algo del reducidísimo bagaje cultural que ellos poseen.

No se contentaban aquellos rudos hombres con saber las interioridades y el mecanismo de aquel arte desconocido para ellos: querían además conocer, por considerarlo una consecuencia lógica del ejercicio de tan brillante profesión, las intimidades de la vida privada de un artista.

—¿Qué, don Paco, tendrá usted las mujeres *asín*?—le dijo un tripulante, reuniendo en una apretada piña los diez dedos de sus dos manos, pretendiendo representar con sus apéndices digitales diez señoras, por lo menos, de variadas cataduras y condiciones.

Y, efectivamente, este era el sentir de todos aquellos hombres, que, por serlo, consideran que el mejor premio y galardón para el que vence en cualquier clase de actividad artística, es una *gruesa* de señoras.

—No lo crea usted; menos que nadie—contestó Foronda con una sonrisa amarga.

—Vamos, no se haga usted el pequeño. Modestia pura. ¡Si sabremos aquí lo que pasa!

—¡Digo! *¡En aquel Madrid*, con un poco de simpatía y mil pesetas en el bolsillo!... ¡¡Mi madre!!

—Menos que nadie—repitió Foronda lúgubremente—. Cualquier hombre tiene una mujer, por lo menos, *la suya*, ¿verdad? Pues yo, ni eso. Soy casado y ni a mi mujer tengo.

Nada más dijo Foronda de sus desventuras amorosas. Todos callaron, respetando con su silencio aquel dolor del poeta. Este había intimado con todos y se hallaba, oportunamente, en todos aquellos lugares del buque que podían ofrecerle algún momento interesante. Subía al puente en las entradas y salidas de puerto; bajaba a las máquinas cuando la nave marchaba a toda velocidad;

se acercaba también a la boca de los hogares, donde unos hombres casi desnudos, sudorosos y renegridos, alimentaban la combustión con paladas de carbón mineral. Aquí solía detenerse más de lo que el excesivo calor le aconsejaba, charlaba un poco con los paleros, con el fin piadoso de amenizarles un poco su penosa labor; les ofrecía un cigarro, les decía un chiste y volvía a ascender por aquella escalerilla de hierro, satisfecho por haber mitigado, siquiera fuese por pocos minutos, la dura vida de aquellos esclavos. Otras veces les hacía la tertulia al cocinero y al marmitón, departiendo con ellos asomado al portalón de la cocina, mientras ellos preparaban los manjares que luego él y los demás, habrían de consumir en la cámara. Asistía durante las horas de tregua en el trabajo, que eran las de la caída de la tarde, después de la comida, a las tertulias que se armaban sobre la cubierta de proa, donde la gente de mar, ya familiarizada con él, discutía, reía, cantaba y se solazaba tocando el acordeón, única manifestación del arte lírico a bordo, obligando a lucir sus habilidades acrobáticas a *Llapisera*, el perro del barco.

La amistad entrañable que en pocos días unió a Luciano y a Foronda fué un caso de identificación tan rápida que únicamente se da entre seres muy semejantes en aficiones y temperamentos. Pasaban horas y horas sobre la cubierta del barco, cuando los demás descansaban o se iban a tierra en busca de diversiones, contándose la historia de sus respectivas vidas, insistiendo con prolijos detalles en aquellos pasajes que podían constituir un consuelo para cualquiera de ellos. Muy pronto se comprendieron y se estimaron cordialmente; sin reservas, con una camaradería tan efusiva, que cualquiera que les oyese hablar a los cuatro días de conocerse, les supondría hermanos. Pero, ¿qué decimos hermanos? Permítasenos corregir el concepto. El amigo, nuestro amigo verdadero, *ese* que con dificultad encontramos una vez en la vida, tiene para nosotros mayores privilegios que el propio hermano para recibir las más audaces confidencias. Que, a veces, los hermanos, pueden sentir la intimidación del respeto o el temor de la incomprensión. El amigo suele ser una prolongación de nuestra propia personalidad, que todo lo comprende y todo lo disculpa. Digámoslo de una vez: todos los amigos podrían ser nuestros hermanos; pero no todos nuestros hermanos podrían ser amigos nuestros. Es el amigo nuestro espejo, porque nos concibe tal cual somos, sin deformidades morales que pueden provenir de un juicio injusto o apasionado; es el más eficaz consuelo para nuestros dolores, porque si no los está padeciendo, los ha padecido ya o los presiente, y el hermano tiene la vana pretensión de rectificar en nuestra vida los errores de la suya; es el mejor confidente, pues

nos comprende, aunque nos compadezca, y el hermano, advirtiendo el dolor que a veces nos producen las luchas de la vida, quiere curarnos a todo trance, aun a costa de causarnos otra herida mayor, con la austeridad de sus consejos y la cautela de sus procedimientos; y es, en definitiva, el mejor juez, pues su misma comprensión le hace, por su propia experiencia, el más idóneo de los juzgadores. Por ser tan raras y excepcionales las condiciones que el buen amigo necesita reunir, es tan difícil hallarle. Pues con la amistad ocurre igual que con el crédito: que quienes más lo necesitan, por su situación precaria, son los que con más dificultad lo obtienen.

Nadie como Luciano necesitaba entonces de una buena amistad. Había salido de Sevilla *sin verla*, le torturaba aquella imagen divina, clavada en su cerebro como un aguijón enconado, y sentía su alma angustiada un deseo de llorar, un desconsuelo tan desgarrador. que sólo hallaba lenitivo confiándole su doloroso secreto a aquel hombre sabio y bueno que tan eficaces palabras tenía para él. ¡Qué cambio tan brusco se había operado en Luciano! Apenas recordaba a Carmita. ¿La habría querido alguna vez? Andrea, en cambio, ocupaba todo su pasado, yendo su recuerdo unido a la fecha más remota que su memoria podía reproducir. Siempre la vieron sus ojos, siempre la conoció su razón, siempre la amó... ¡Qué sufrimiento le producía la íntima confesión que a sí mismo se hacía de que la quería con toda su alma! Le parecía un crimen horrendo amar a aquella mujer. ¿Con qué títulos? ¿Tenía él derecho a entrar en el recinto sagrado de aquella alma, rompiendo, siquiera fuese con la leve vibración de un suspiro de su pecho dolorido, el sigilo lleno de paz que allí reinaría, de seguro? Se asustaba de su insigne audacia y retrocedía temeroso para convencerse a sí propio de que no había estado *allí* nunca. Pero era en vano. Apenas su alma angustiada salía de aquel divino recinto, acostumbrado a su excelsa claridad y a su beatífica tranquilidad, gemía de dolor y volvía a colarse de rondón a la querencia de dicha tanta. ¿Y qué daño hacía él con estar *allí*, arrinconadito, sin pedir nada, sin meterse con nadie, apenas respirando lo indispensable para no morir de desamor y suspirando levemente y muy de tarde en tarde para consolar su desamparo? Nunca había sentido Luciano semejantes impresiones. Había pretendido a la que más tarde había sido su novia, y el día en que Carmita le había dicho que *sí*, que le quería, que le permitía quererla, se sintió orgulloso de su éxito. Esto que le ocurría ahora era tan diferente... Sólo la propia sensación, íntimamente experimentada, de que quería a Andrea le producía un dolor intensísimo, un gran desconsuelo, una horrenda tristeza.

Un feroz desasosiego que nos entristece y acongoja tan profundamente como si todos los males de la tierra se cerniesen sobre nuestra cabeza.

Considerarse inferiores a ella y de su amor indignos.

Comunicó Luciano a Foronda con cierta timidez el estado de ánimo que le dominaba, la sublime inquietud que comenzaba a invadirle, y de esta manera hablaron los dos amigos:

—¿Y lo sabe ella?

—No. ¿Para qué? Ni lo sabe ni se lo diré nunca.

—Te engañas, Luciano. Tú se lo dirás. Llegará un día en que no puedas vivir sin decírselo. Tú se lo dirás.

—No se lo diré, me mataré antes.

—Que será una manera muy elocuente de decírselo. Es muy frecuente esa manera de callar que te propones poner en práctica. Los enamorados se sacrifican con un gesto de falsa renunciación, tienen el propósito abnegado de inmolarse en aras de una pasión secreta..., huyen de la familia y de los amigos y de los lugares poblados, pero un día vuelven, se pegan un pistoletazo y resulta que lo que no quisieron decir con palabras lo dicen a tiros. Todos los sacrificios sufre el enamorado menos el del secreto. Si el pasional no tuviese la certeza de que su pasión iba a ser conocida, se extinguiría la llama de amor en su pecho como se apaga un cuerpo combustible en un medio incomburente. El enamorado se recrea en su secreto y lo prolonga, lo oculta, lo acaricia, lo cuida, lo fomenta; lo palpa en lo más profundo de su pecho como un tesoro, lo saborea a solas como una golosina, lo mima con igual solicitud que a un niño enfermo..., porque sabe que cualquier día habrá quien lo admire y quien le ayude a cuidarlo y a acariciarlo. En una palabra: toda la ilusión que inspira un secreto nace de la esperanza que se tiene de que algún día dejará de serlo. Pero, mira, Luciano, guíate por lo que te dice este viejo: esconde tu secreto como los avaros sórdidos su tesoro; no se lo descubras ni al pecho más amigo; ocúltalo, si tienes fuerza de voluntad suficiente, a tu propia mirada; olvida que lo guardas en tu pecho; pasa días enteros sin mirar a lo más recóndito de tu sér. Y si tal cautela y parquedad te aconsejo en cuanto a ti, ¿qué voy a decirte la que te aconsejo para los demás, incluso para ella? ¿Quieres prolongar los días de tu felicidad? Pues prolonga cuanto puedas los de tu silencio.

—¿No te digo que a nadie, ni a ella misma, quiero decirlo?

—Vivo en la realidad de la vida, y no te pido tanto, porque no creo en tu mutismo indefinido. Hemos quedado en que ya lo dirás a voces, a tiros o a cañonazos..., pero cuanto más tarde, mejor. ¿Quieres mucho, de verdad, a esa mujer?

—Sí. Es un amor puro, noble, desinteresado, absoluto, definitivo.

—¿No te guía hacia ella ningún fin bastardo? ¿No te han hablado de ella tus sentidos? ¿Ni siquiera se oculta tras tanta pureza y desinterés la más remota sospecha de anhelo vanidoso por tu parte?

—Te he dicho bastante. Es más; creo que se trata de una mujer imposible para mí, aun para fecha muy lejana.

—Pues entonces debes abstraerte de todo cuanto te rodea; llama a tu interior, entra por reflexión en lo más profundo de ti y pídele por favor a tu persona, encarecidamente, de rodillas, si es preciso (y si puedes adoptar esa piadosa postura dentro de tu sér), que tu sér no se lo diga a nadie, ni siquiera a ti mismo. Y si, por una de esas rarezas que hay en la vida, tu sér rompe la consigna y a tu sér se lo dice, hazte el distraído y—créeme—como si no fuera nada contigo. Ignora tu secreto, y si no puedes conseguirlo, ocúltalo; y si no puedes callártelo, por lo menos no se lo digas a nadie... hasta que Dios quiera.

—Algo voy comprendiendo de todo cuanto me dices, que por no *guardarme* el secreto bien llevo sufrido.

—¿No te digo? Si me hablases de una pasión vulgar y *practicable*, como se dice en el Teatro de una puerta, por ejemplo, para significar que podemos utilizarla para entrar y salir, no te aconsejaría ni secreto ni circunspección, pues ésta resultaría inocente y aquél, necio.

—¿Y es que sólo pesadumbre y tristeza me ha de proporcionar este cariño?

—No. Te proporcionará un dolor inmenso que te hará felicísimo. Serás dichoso dentro de tu infelicidad.

—Vamos, una cosa así como *la dicha de sufrir.*

—Te compadezco de todo corazón. No es envidiable tu situación, ciertamente. ¿Sabes quiénes te envidiarían? Esos hombres que, incapaces de considerar a la mujer como fin ideal de purísimos anhelos espirituales, sólo ven en ella el medio material de satisfacer su vanidosa concupiscencia. Pero tú ya se ve que no eres de esos.

—Sólo sufrimientos me ha proporcionado esta insensata pasión.

—Lo cual no será obstáculo para que te envidien cordialmente todos esos a quienes antes me refería. A veces les observarás con la mirada agresiva puesta sobre ti: esa mirada perversa y desafiadora de los que creen que les quitas algo que les pertenece, y tú, en estas ocasiones, te creerás en la obligación de sonreír con cierto aire melancólico, como diciéndoles: «¿Qué queréis? ¡Suerte que tiene uno!» Y es muy posible que aquel día sufras el dolor más grande de tu vida, por haber encontrado una desdicha más en esa

aventura que tu corazón, el mayor enemigo de tu tranquilidad, te proporcionó. Porque a la mujer, en tu concepto purísima, a la que tú te acerques pidiéndole un poco de amor, se habrán acercado antes otros hombres que le habrán propuesto cualquier indignidad, y estos hombres creerán ciegamente, irreflexiblemente, que tú obtuviste lo que ellos pidieron y nunca serán capaces de imaginar que sólo hubo lágrimas y dolor donde su mente calenturienta, morbosa y depravada hubiera puesto lujuria. ¡Esos serán tus mayores enemigos! Para esos serás siempre un venal, un aventurero, *un inmoral*... ¡Qué risa! No les temas. Desenmascáralos en la primera ocasión que se te presente. Diles que pusiste en aquel amor más de lo que recibiste; que no eres un logrero ni un ventajista, como ellos.

VII

El bloqueo.

Era el primer año de guerra. El *Titán* había inaugurado con gran éxito el tráfico a que lo había dedicado la sagaz iniciativa de Arnao. Luciano estaba satisfechísimo. Después de un viaje de cabotaje que hizo el barco para ultimar el cumplimiento de unos contratos anteriores, volvió el *Titán* al Cantábrico para cargar en Bilbao mercancía general para Burdeos; en gran parte, importantes partidas de conservas que Francia, previsora, adquiría para sus ulteriores necesidades.

Retiradas del tráfico mercante las flotas inglesa, alemana y francesa, la nuestra adquirió automáticamente la importancia de ser única, y la mayor todavía, de irradiar de unas costas de situación privilegiada. La localización relativa y providencial de España se hizo ostensible en esta ocasión, y sin preparación en la industria ni reservas de abastecimiento, fuimos una base de provisionamiento eficaz. Claro es que esta potencialidad exportadora, que para muchos españoles fué una sorpresa, se practicó a costa de la normalidad nacional y hasta del hambre en algunas regiones; pero es indudable que la angustiosa situación transitoria sirvió eficazmente para medir la elasticidad económica del país.

La actividad de la flota mercante española estaba reducida, casi en su totalidad, al cabotaje interior, estando el porteo de nuestro comercio de importación y exportación donado, regalado, cedido liberalísimamente a las banderas extranjeras. No sólo ocurría esto

en cuanto a nuestro comercio de mercancías. En el mismo caso se hallaba nuestro tráfico de pasajeros. Teníamos y seguimos teniendo, gracias al dominio tradicional que ejercemos sobre América, una cifra de emigración que justifica plenamente la necesidad de una flota de grandes trasatlánticos que se dedicara exclusivamente a este tráfico. Tal vez en el comercio de mercancías esté justificado que el porteo se verifique en pabellón extranjero. Pero nunca lo estará que nuestro movimiento de pasajeros, esa corriente de emigración permanente, ordenada, casi reglamentada, de la cual nos permitimos opinar, aun en contra de sesudos americanistas, que es un bien para España, se halle en mano de líneas extranjeras de navegación. Rectificar estos errores, encauzar la vida mercantil marítima de España, era el proyecto magno de Andrés Arnao. En eso pensaba constantemente. A eso dedicaba sus desvelos. Aprovechó el momento que la Gran Guerra le ofrecía para fletar sus buques a precios increíbles. Cuando firmaba un contrato de fletamento por un solo viaje, que le dejaba una utilidad mayor que la ganancia que pudiera obtener con toda su flota en un año completo de trabajo, creía estar soñando. Mucho esperaba Andrés de la Suerte, de esta gran señora que ahora le arrullaba y le mecía en sus brazos, acariciándole como a su querido predilecto, pero nunca creyó que ella se le entregara tan en absoluto. Bien es verdad que ella había merecido de él las primicias de un amor que debería haber correspondido por entero a la *legítima*, y no es menos cierto que con los dineros de ésta le hizo los primeros cortejos; que el primer beso que le dió en la boca a la esposa le inspiró miles y miles de caricias refinadísimas para la *otra;* que con el beso purísimo de desposado compró el poder general que la suegra le confirió; que con una mano realizó bienes y valores y con la otra se los entregó ciegamente a la *aún* desconocida beldad... ¿Pero qué significaban la insigne traición y todas sus preferencias al lado de los favores recibidos?

El valor de un barco, aun habiendo costado el precio arbitrario que la codicia de los armadores, acuciada por la loca fantasía que presidía todos los negocios, había exigido, se desquitaba en unos cuantos viajes. Así se comprende que todos los buques mercantes que España tenía amarrados en los puertos, y hasta desarbolados, proclamando, vergonzantes, el fracaso de nuestra navegación, se acelerasen a limpiar fondos y calderas, a rascar y baldear cubiertas y a pintar sus cascos, para hacer proa a la mar en busca de esos millones que el encontronazo inicial del odio secular franco-teutón, echaba a las playas y puertos españoles. ¡Pobre España, que tenía que esperar a que los pueblos cultos y organizados se destruyesen para recoger los despojos de un naufragio! Todo artefacto flo-

tante fué convertido en velero, con tal que su vejez y sus grietas le permitieran aguantarse sobre las aguas; todo velero en vapor era transformado, pues con el simple aditamento de un motor, listo quedaba para la navegación mixta y aprovecharía tanto la fuerza generosa del viento como la propulsión de su hélice. Así correría siempre. Que momentos eran estos, a que nos estamos refiriendo, de navegar a toda máquina y a todo trapo para precipitar la llegada de esa millonada que todos se disputaban. Barcos hubo, ya inútiles en otro tiempo, que por no servir para la navegación activa, habían sido dedicados al servicio auxiliar de pontones flotantes de carbón, o a simples flotadores, para diversos usos, dentro de los límites tranquilos de un puerto. Pues el que esto escribe los vió en manos del carpintero de ribera echándoles costillares y planchas nuevas, y los dejó como nuevos, dispuestos a hacerse a la mar con la misma fachenda que un paquete de altura y echando más humo que un Alto Horno y que una telera de Huelva. Y no eran sólo los valetudinarios de la flota mercante los que se arriesgaban a salir a todos los mares y a todos los vientos para reclamar su parte en el botín que la ocasión propicia les ofrecía; eran también los pigmeos pesqueros, esós que miden un cuarto de tonelada, más que una nuez, los que se despedían un día (o una noche, para ser más verídicos, pues se iban para no volver, y su venta al extranjero estaba prohibida), comprados por los países beligerantes para ser empleados en el oficio guerrero de colocación de minas. A todo recurrían sus armadores para burlar las exigencias de una ley irracional que prohibía la exportación de unos barcos en cuya construcción ya estamos diestros. La martingala consistía en despacharlos *para la pesca con su equipo*, y aun deben hallarse pescando cientos de barcos, puesto que nada ha vuelto a saberse de ellos... ni de su equipo tampoco. Se fueron para no volver. Seguramente en nuestras Comandancias y Ayudantías de Marina han matado cada número de la Lista Registro de buques de pesca con un expediente de naufragio... Sí; así debe haber ocurrido. Porque aún no se estila que a los buques que se van *y no vuelven* se les instruya sumaria por ausentes, desertores ni prófugos. ¡Quién sabe si a estas fechas todavía estarán esperando el *Joven Pepita* o el *Nelson*—pongamos por pesqueros desaprensivos—un indulto para volver! Pero que difícil sería demostrar este fraude creyendo en la transmigración del alma de las cosas. ¿Qué es eso? Pues muy sencillo. Para el vulgo, la explicación de lo que ocurría era muy clara: como la venta de los buques pesqueros al extranjero estaba prohibida, los armadores recurrían al procedimiento, ya conocido, de vender el barco, saltándose a la torera con toda limpieza, las disposiciones

vigentes; y simultáneamente le daban el mismo nombre y le atribuían las mismas características a otro barquito flamante recién salido del astillero; con lo cual la soberana disposición llevaba un soberano chasco, el armador ganaba la diferencia entre el precio de venta del barco viejo y el costo de construcción del nuevo (aparte de la ventaja que suponía para él sustituir un cascajo por un buque flamante), y la economía nacional salía también gananciosa, porque los astilleros seguían trabajando en una industria en la que hemos conseguido—como dije antes—perfeccionarnos. Todas esas cosas decían los mejor intencionados. Pero no les hagan ustedes caso. Yo les contaré, aquí, en secreto, la verdad de lo que ocurría. No había tal venta clandestina. Los pobrecitos armadores, que no disponían de un solo céntimo partido al medio, lo que vendían eran los míseros despojos de unos barcos que ya no servían para nada, pero recurrían antes de formalizar la venta al procedimiento de extraerle al buque su alma mediante ciertos exorcismos, y esta alma del buque pesquero, que por todo el oro de este mundo no se resignaría a deslizarse por mares distintos al trozo comprendido entre la desembocadura de los ríos Bidasoa y Miño, era la que se trasladaba al nuevo casco que para ella estaban construyendo..., y aquí no ha pasado nada.

Pero no eran sólo los barcos de pesca los que se vendían al oro extranjero. Se vendían también y hacían proa al mar libre los botes, traineras, balandros de poco porte y ¡hasta las gamelas y chalanas! ¿Que no? Bueno. Como queráis. En fin, la misión mía es convenceros de cuanto os digo, y a ello voy. Una vez declarada la guerra, se formaron en nuestra patria los dos partidos consabidos, que se distinguieron con los nombres genéricos de *francófilo* y *germanófilo*. En el equilibrio de dos fuerzas iguales y contrarias se ha basado siempre en España el entusiasmo por una idea cualquiera. Tanto los secuaces de una como de la otra bandera no eran siempre ni los más instruídos ni los más enterados de la constitución mercantil, social ni política de ambos países; ni siquiera los más desinteresados. La mayor parte demostraban y aun ostentaban su valiente opinión por un prurito partidista; otros, por conveniencia; bastantes, por instintos de animal de reata, y los menos, porque conocían la industria alemana o su ciencia o las conquistas que logró Francia para el fuero de las libertades ciudadanas. En ambos bandos se hallaba representada la política, el clero, el comercio, las ciencias y las artes, aunque sus más genuinos representantes no desempeñasen, por regla general, papeles más airosos que los innominados, en cuanto a la comprensión del problema que la guerra planteaba ni en lo que se refería al conocimiento de la personalidad de los combatientes. Ya que por

nuestra suerte nos hallábamos al margen de los fieros males que consigo acarrea la guerra, nos buscamos una guerra pequeñita, para andar por casa, que consistía en emitir las respectivas y contradictorias opiniones desde la Prensa, en los casinos, en los cafés y en el propio arroyo. Entre contendientes tales, se comprenderá que las delaciones estuvieran a la orden del día. La *lista negra* de los beligerantes iba registrando diariamente los nombres de comerciantes, gerentes de empresas y de cuantos tuviesen relación directa o indirecta con el país agraviado, por el grave delito de haber emitido su opinión desfavorable o por el más vitando todavía de tener una *Fräulein* en casa para la educación de sus hijos. Tanta eficacia parecían tener las opiniones emitidas en tierras de España, como los obuses más pesados y certeros en los campos de batalla. Tal era la importancia que le daban los países beligerantes. Parecía que la guerra tenía que ganarse al disparo de opiniones favorables. Contra las adversas se oponía el escudo de la lista negra, que no era sólo arma defensiva, pues ofendió en lo más vivo a consignatarios y comerciantes de todo género, retirando créditos, repudiando representantes y delegados de Bancos y Compañías, causando la ruina de muchos. En estas circunstancias, llegaron a cierta ciudad marítima del Noroeste, tres caballeros extranjeros. Nadie logró hablar con ellos, hasta cierta ocasión a que se alude en este verídico relato. Alguien les vió pasar por los montes cercanos que dominan la bahía. Se dió el caso bufo de que ambos bandos denunciaron la presencia de los tres caballeros extranjeros a los cónsules de las respectivas naciones. Esto da idea de la buena fe de los espías nacionales, que no serán jamás, por su candidez, género de exportación. Las autoridades españolas sufrieron el pechugón de la austera Superioridad, y como se conminaba con el castigo más severo y se invocaba la más extremada responsabilidad, agentes de aquélla hubo que se pasaron varias noches en claro. A pesar de la estrecha vigilancia montada, los submarinos alemanes no aparecieron por parte alguna. Pero no. Ahora dicen las comunicaciones oficiales que lo que traen entre manos esos súbditos extranjeros no es el abastecimiento de esencia y grasas para los repetidos submarinos, sino la instalación furtiva de una estación radiotelegráfica para comunicar a las armas navales de combate la salida de los buques de cualquier nacionalidad que carguen en los puertos españoles con destino a las potencias aliadas. Pues, ¡a ver! Más vigilancia y que salgan inmediatamente policías y guardias en persecución de los tres extranjeros, y que no les dejen subir al monte..., ni a cazar, ni comer, ni pasear. ¡Que los maten en ondequiera que los encuentren! Y si no, será mejor que los trai-

gan a presencia de las autoridades para que les interroguen y para exigirles la presentación de sus respectivos pasaportes. ¡Sí, eso es; que enseñen los pasaportes..., y si no los tienen, que vayan a buscarlos al país de su naturaleza! En fin, todo esto parece de opereta, ¿verdad? Pues de opereta, revestida de *astrakán*, era cuanto se veía en nuestro litoral, con relación a la comprobación de las denuncias que formulaban los respectivos bandos opuestos. Pero, a pesar de todas las medidas adoptadas, ¡nada!, los extranjeros no fueron habidos. Una mañana encontráronse sobre el muelle, Perfecto, el gabarrero, y Cachadas, el viejo lobo de mar, que recreaba sus últimos años de vida pescando fanecas en la propia *pedra janequeira*, que las daba como rodaballos de grandes. Ambos marineros sostuvieron el siguiente diálogo:

—E ti Cachadas, ¿deixasme a tua chalana pra ir a bordo da gabarra?

—Non podo, Perfeuto. Sintoo moito, mais non podo.

—¿E por qué, hom?

—Non podo, Perfeuto. Xa ch'o dixen. E mira qu'o sinto ben. Mais, ¿qué lle vou facer?

—Ben mirado, tes razón. Non tes que lle facer. N'esas xa estamos. Mais, ¿por qué non podes, Cachadas? ¿Desfondouse a chalana, hom?

—Mira, Perfeuto; non ch'o quería decir, mais vouche a decir. A miña chalana levouna meu hirmán pra Combarro. Facialle falta, levouna y nada mais. Non parece si non que un non ten o aquel de prestrar a sua chalana a un hirmán.

—Caláa a boca, Cachadas, hom. Non che poñas alborotado.

—Pois non me tires d'o xenio. Eso e. E si non tes chalana para ir a bordo, que cha poñan os amos; que pra iso son amos.

—Non che sulfuriques, hom. A min danme chalana os amos y todo o que perciso. Mais agora non se trata d'iso.

—¿Pois de qué se trata?

—Pois se trata de qu'a tua chalana non'a levou teu hirman pra Combarro...

—¡Así Dios me salve qu'a levou meu hirmán!

—Mira ben o que falas, que Dios non che salva si mintes.

—Enton será o que ti queiras.

—Non, iso non. Será o que é. O qu'a xente fala. O qu'está corrido y sabe todo mundo.

—Deixa a xente falar.

—Enton, bueno. Deixaremos a xente falar. Mais non dijas qu'a chalana levouna teu hirmán.

—¡Xa fede ese dito! ¿Enton, qué hay?

—Pois que entronte a noite, presentaronche tres señoritos de bimba e jabán y preguntaronche si querías vender a chalana, e

ti diseche que sí; y eles pidironch'o precio; e ti non supeches qué contestar; y enton, eles meteronche n'a man dos papeles d'a vinte pesos cada un y embarcaron n'a chalana con uns envoltorios que traían y bogaron pra fora; y que ninguen sabe nada d'eles, ni adónde foron, ni que fixeron; y qu'anda o cónsul injlés indajando quen lles vendeu a chalana a os alemans...

—¿Sabes, Perfeuto, o que che dijo?—replicó Cachadas rascándose la cabeza y no sabiendo por dónde escapar.

—¿Qué?

—Pois qu'a chalana levouna meu hirmán y qu'a estas horas xa estará feita tacos pra lume. Dillóo así o cónsul injlés. ¡Ah! ¡¡Y mamorias o cónsul!!

No cabía duda. La chalana se había vendido al oro de los Imperios Centrales. Así como tierras adentro no hay enemigo pequeño, de igual manera, cualquier enemigo, mares adentro, era considerable por poco porte que tuviese.

Las naciones beligerantes ampliaban diariamente la relación de las mercancías que eran consideradas «contrabando de guerra». En buena lógica, debieron y pudieron omitir tan minuciosa clasificación. Todo producto natural o fabricado que podamos imaginar, merecería, en definitiva, la calificación de contrabando, por ser de utilidad directa o indirecta, inmediata o remota, para cualquier pueblo en guerra. El Derecho Internacional, tan arbitrario unas veces, en ocasiones tan absurdo, cuenta entre sus ficciones más ineficaces la que se refiere a esta materia. Los pianos de manubrio, por ejemplo, son también contrabando de guerra. En efecto; dotando de ellos a las diferentes unidades de combate, haciéndolos funcionar en momento oportuno, reaniman el espíritu de las tropas y éstas adquieren, gracias al mágico poder de sus tocatas, más o menos castizas, mayor acometividad en la pelea. En el mismo caso se hallan las gaitas gallega y asturiana, *tengan o no el forro de terciopelo;* la dulzaina valenciana, el guitarrico baturro, la guitarra andaluza y todos los demás instrumentos que producen las melodías dulces, plañideras o bravas de nuestro rico arsenal de cantos regionales. Pensad, igualmente, en cualquier producto de la actividad humana y veréis cómo es fácil hallarle un empleo para satisfacer las necesidades más o menos apremiantes de un ejército en operaciones. Esta observación no ha nacido espontáneamente en nosotros. No. Nos la ha sugerido la lectura de las arbitrarias relaciones de productos de toda clase que los países en guerra publicaban.

Cuando Luciano leyó aquellas relaciones que comprendían tam-

bién mercancías, frutos y efectos que él había transportado con su buque a Francia, y que se hallaban incluídas en los contratos de fletamento que aun tenía por cumplir, escribió a Arnao, después de consultar el caso con Foronda, para notificarle que se negaba desde aquel momento a ejercer un comercio que él consideraba a todas luces inmoral, por referirse a mercancías que eran un riesgo para el barco, para la tripulación y para su honradez. Arnao acalló de momento sus escrúpulos remitiéndole para aquella serie de viajes un permiso cancilleresco de exportación que inmunizaba al buque, al cargamento, a los tripulantes y a su propio honor profesional de los rigores de las leyes fiscales que España había dictado..., aunque no de las contundentes caricias de los torpedos alemanes. Esto apaciguó la incipiente indignación de un Capitán mercante como Luciano, a quien le halagaban las enormes ganancias que producía el tráfico circunstancial de aquellos años de guerra, pero que no las quería a costa de riesgos y de responsabilidades inminentes, que estaba obligado a prevenir por razón de su cargo. Con aquellos permisos de exportación, el problema se reducía a los límites del riesgo material de un torpedeamiento, y como no era cobarde, arrostró éste con el acicate de tomar parte en un juego peligroso.

Foronda se hallaba a bordo, satisfechísimo, siendo espectador de los grandes secretos que el mar y la navegación revelaban en aquellos días en que el odio secular de dos grandes pueblos salpicaba de sangre y de rencores los continentes más remotos y los océanos más distantes. Para poder continuar a bordo en aquellas circunstancias hubo de enrolarse como modesto tripulante. La guerra, en su aspecto marítimo mercantil, no le interesaba más que como un episodio peligroso, en el que a veces los buques conductores de mercancías, aunque fuesen de país neutral (neutralidad muy desvirtuada, porque no lo es la potencia que proporciona elementos de ofensa o de defensa a uno de los combatientes), eran sometidos al mismo procedimiento destructor que cualquier unidad de combate de país beligerante. Este aspecto de la guerra, aunque de cierta sugestión para un espíritu interrogante como el de Foronda, era lo de menos. El continuaba a bordo perseverando en el estudio concienzudo de la vida del marinero, de sus medios de defensa contra el trato injusto del patrón, de sus necesidades, de su problema, en suma. El momento era propicio para el estudio. Las ganancias eran enormes; el trabajo, rudo y lleno de riesgos como nunca. ¿Correspondería este estado de cosas el trato que mereciera de los armadores el hombre de mar? Asombraban en Madrid las crónicas que Foronda enviaba a su periódico, llenas de observaciones vividas, de realidades palpitantes, de clamores

que semejaban la brusca contracción de los nervios del problema, puestos al descubierto y heridos en lo más vivo por la mano experta de este sabio investigador de los males sociales.

Al llegar a puerto encontraron los ejemplares atrasados de *Actualidad*, el gran diario de Madrid donde Foronda publicaba las crónicas que iba escribiendo a bordo. En los primeros artículos, y como para ponerse en situación o a tono con el medio en que ahora vivía, describió los aspectos de la vida del buque que más le habían impresionado. La prosa sugeridora y de una gran fuerza emotiva de Foronda, reflejaba fidelísimamente aquella poética vida de a bordo. Hablando del mar, dijo la gran verdad: que nada es tan vario, siendo tan limitado en sus elementos; que era el eterno enamorado del cielo, que, en constante diálogo con éste, sostiene coloquios soberbios y elocuentísimos que sólo las almas predilectas saben interpretar. Y como nombraba al *Titán*, y como además describía magistralmente los diversos momentos de la navegación de anteriores singladuras, que todos recordaban perfectamente, por haber sido de gran peligro, el entusiasmo a bordo fué indescriptible. Hubo abrazos, apretones de manos silenciosos, de esos que dan los hombres rudos que no saben expresar con palabras los estados de su alma. El periódico pasó de mano en mano y fué leído y hasta deletreado por los más iliteratos. Al bajar a tierra, todos buscaron ejemplares del periódico y lo enviaron a sus casas, marcando antes con gruesas líneas de tinta o de lápiz la extensión de los artículos, desde el título hasta la firma.

El éxito de las crónicas de Foronda tenía por fundamento su afán de saber cosas, de conocerlas por sí mismo, para después comentarlas con verdadero conocimiento de la realidad. Muchas veces lo decía:

—Mientras yo pueda, a mí no me cuentan nada.

Y a esto debía Foronda los mejores éxitos de su actuación periodística. Sin seguir ninguna escuela determinada, ni rendir culto a sistema clasificado alguno, descubría los más íntimos dramas sociales y los exponía a la consideración del gran público para que juzgase por propia reflexión; y una vez que el efecto estaba producido, proponía el remedio o indicaba la solución con una visión exacta de la realidad. Alguna vez, los distintos sectores políticos de la izquierda, la Prensa radical y la propia Casa del Pueblo le habían hecho el amor, con proposiciones halagadoras, con el fin de obtener de él su honrosa filiación; pero nunca lo consiguieron. Rebelde a toda organización sistemática, opuesto al procedimiento de los límites, con un anhelo fervoroso de infinita justicia, se negaba a confinarse en los linderos precisos, rígidos e inextensibles de un mote o de una divisa. Era Foronda demasiado liberal y ex-

cesivamente progresista para someterse al capricho de un jefe o a las conclusiones de un programa. Ni su propia jefatura reconocía..., pues a veces, en valiente contradicción consigo mismo, rectificaba por la tarde conceptos que tenía por indubitables a la mañana. No demostraba esto inseguridad en sus juicios ni indecisión en sus resoluciones; culpa era exclusivamente de la misma Vida, que nos ofrece, con sólo algunos minutos de intervalo, los espectáculos más opuestos. Además, ¿es que, por ventura, encierran la suprema felicidad humana ninguna de las normas políticas, jurídicas o sociales de los distintos sistemas organizados? En ninguna escuela creía. Cualquiera de ellas, por el mero hecho de serlo, presentaba deformidades, era incompleta e ineficaz.

Si la ley es la norma jurídica que debe darse al pueblo para que pueda desenvolver su vida de relación dentro del derecho, toda ley que a fuerza de querer ser de aplicación general aprisione entre sus aristas incisivas el acto jurídico, dejará al individuo fuera de las normas establecidas. La ley se hizo para el hombre, a él se le ofrece, pero por no adaptarse a la realidad se le deja fuera de ella, cuando su única razón de existir, descansa en su utilidad. Pues si este es, en definitiva, el espectáculo que ofrece el legislador más previsor y comprensivo, dejadle a él que ejerza ese verdadero y eficaz poder complementario que consiste en enjuiciar la comisión de toda injusticia, sin más finalidad que velar por los fueros de la felicidad humana.

Las crónicas sucesivas que Foronda había enviado al periódico se referían al problema social del obrero del mar en toda su extensión. Según Foronda, todo hombre de mar aporta al trabajo su doble personalidad de obrero y de navegante, y, por consiguiente, los encargados de reglamentar el trabajo a bordo de los buques han de tener en cuenta que debe descontarse la catástrofe del naufragio, que se presentará con la sorpresa de todo lo aleatorio. No basta el seguro mezquino que la Casa armadora contrata con las Compañías aseguradoras, ajustando previamente las vidas humanas como si fuesen una mercancía, igual y a veces inferior, por el importe de la prima, a otra cualquiera. Precisa una revisión de salarios que tenga por base la remuneración proporcionada al trabajo intensivo que a bordo de los buques se realiza, y se impone el estudio de otras mejoras que el marinero reclama: retiros, revisión y reconocimiento de los buques y sus máquinas, inspección de los efectos sanitarios y de seguridad personal que imponen las Ordenanzas y Reglamentos. A este tenor se desarrollaba el tema de todos los artículos, fundamentando todas sus advertencias, observaciones y requerimientos, en lo que el cronista había visto y experimentado por su propia e inmediata investigación.

El había presenciado casos de incumplimiento de preceptos reglamentarios que habían ocasionado la explosión de una caldera y' como consecuencia, dos o tres hombres heridos de gravedad. La mayoría de los buques mercantes no llevaban a bordo ni el más modesto estuche quirúrgico de urgencia, ni siquiera el número de salvavidas proporcionado al de tripulantes; ni las máquinas estaban en el estado de ajuste conveniente, ni las calderas daban el rendimiento útil necesario. Y esto originaba un mayor riesgo para el navegante y una mayor penalidad para el obrero del buque. Había oído la respuesta que dió un armador al requerimiento de un Comandante de puerto: «Las máquinas las repararé cuando vuelva el buque de hacer este viaje, por la cuenta que me tiene, y si ocurre un accidente, el seguro pagará.» Por lo visto, para aquel desalmado armador, el mejor chaleco salvavidas que había... era la póliza del contrato de seguro. No hay para qué contar el júbilo que se apoderó de la dotación del *Titán* por la campaña que a favor de toda la clase marinera hacía Foronda; aunque, si hemos de ser justos, debemos reconocer que no eran los buques de Arnao en los que peor trato hallaba el marinero. Pronto empezó Foronda a recibir mensajes de gratitud, individuales y colectivos, alentándole a continuar la campaña emprendida. Muchas sociedades de maquinistas navales y gran número de sindicatos de mareantes le nombraron su *socio de honor*, consignando el nombramiento en amplios pergaminos, redactados con fervorosa gratitud y cuyas grecas marginales ostentaban como motivo ornamental efectos y atributos de la Navegación.

Paco Foronda, no obstante sus éxitos periodísticos—también el Director del periódico le felicitó por el triunfo que había obtenido la campaña—, sentía cierta intranquilidad de conciencia que provenía de la franca amistad que tenía con Andrés Arnao y de la espléndida hospitalidad que le había ofrecido el buque del joven armador. No pudiendo soportar por más tiempo aquel escrúpulo, que le tenía inquieto, escribió a Arnao lo siguiente:

> «...Está visto que no sirvo para ser mero espectador »de la vida. Me he metido de rondón en este para mí »prodigioso buque, que es la prolongación del hogar de »un amigo, donde recibo un trato desproporcionado a la »gratitud más profunda, y mire usted por dónde, y casi »sin proponérmelo, emprendo una campaña periodística »que mi pluma indisciplinada e incivil no ha querido »evitar.
>
> »Tal vez haya influído en mi inculto proceder el con»vencimiento de que no son los marineros de los buques

»de su Casa los que están peor tratados; pero, de cual-»quier manera, confieso, cuando menos, mi delito de »inoportunidad, con las agravantes de abuso de con-»fianza y allanamiento de morada. Perdón, amigo Ar-»nao; soy el hombre de las paradojas. ¡Arrójeme usted »de su barco, por la borda, por infiel a su amistad; »pero reconozca en mí, como descargo de mis culpas, »el desinterés y la legitimidad de mis propósitos...»

Foronda se retrataba de cuerpo entero y con toda su alma en los párrafos de su carta. Le asqueaba de tal manera la injusticia, le conmovía de tal manera la desgracia, que en el seno de su propia familia dió ejemplos de seca rectitud, negándose a mostrarse parte en un pleito que sus hermanos pretendían sostener contra un pariente pobre perseguido sañudamente por la desgracia. Muchos decían que era un loco, otros le tildaban de pródigo, aludiendo a la generosidad de sus procedimientos, y aquellos otros que se quedaban desconcertados al presenciar las genialidades de su carácter, decían consternados:

—A Paco Foronda hay que quererle... ¡o matarle!

De este mismo parecer debía ser Arnao, puesto que a los pocos días contestó a la carta de Foronda en los siguientes términos:

«...Nada tiene usted que reprocharse, ilustre y que-»rido Foronda, por haber emprendido esa campaña de »protección hacia el proletariado del mar. No destruya »usted mismo con sus pueriles escrúpulos el encanto que »experimenta esta casa al tener la gloria de albergar »en uno de sus buques a tan alta mentalidad. ¡Profiera »usted en buena hora, desde la cubierta de una de nues-»tras unidades flotantes, mezquino pedestal para tan »alto entendimiento, esos gritos bienhechores de reden-»ción y de mejora. Aún le debemos la merced que nos »hace juzgando con benevolencia nuestro proceder con »los marinos de nuestra flota.

»El mejor homenaje que podemos ofrecer a usted, or-»gullo legítimo de nuestras glorias patrias, es poner su »nombre prestigioso, si usted nos lo consiente, al buque »que estamos construyendo. En este buque iniciaremos, »aunque a ello no nos obligue nuestra legislación defi-»ciente, la serie completa de mejoras que usted reclama »para la gente marinera...»

VIII

Un capitán poeta.

Luciano no se curaba de su mal. Algo le distraían las peripecias de la navegación y la atención que tenía que prestar al barco y a sus negocios, si quería quedar airosamente en la empresa, dados los tiempos difíciles que corrían, en los que se había aumentado el riesgo en la misma proporción que las utilidades. Alguna vez la voz apremiante del vigía denunciando algún peligro inminente durante la navegación, que le obligaba a él a ordenar una rápida maniobra o a pedir *toda máquina*, le sacaba del cerebro aquella idea fija, que amenazaba enloquecerle.

No; esto que Luciano sentía jamás lo había experimentado. A Carmita nunca la había querido. Ahora lo veía bien claro. Quiso en ella *a la novia*, como tipo representativo; por gratitud, por haberle preferido; por vanidad, porque tuvo que disputársela a muchos; por majeza, dada la índole moral de Carmita; porque ser novio suyo era un título más de hombría... Pero quererla como ahora quería a esta otra, con todos los anhelos de su alma, todas las exquisiteces de su espíritu y todas las aspiraciones de su vida, no; así, como ahora quería, no había querido a nadie. ¿De qué medios dignos y elevados se valdría él para alimentar esta pasión sin romper el encanto del secreto, que era el goce espiritual más sublime de este amor que se había agarrado a su alma tan fuertemente que prometía, por su íntima adhesión, morir con él? Porque en eso no tenía razón Paco Foronda. El no le diría nunca a Andrea que la quería. El amor egoísta, infame y suicida es el que se revela. Este amor ideal, puro, elevadísimo que él sentía por Andrea; este amor ilógico, imposible, quimérico; éste no saldría del pecho que le dió vida. Allí nació, allí viviría y allí moriría sin causar más daño que la tortura parricida que a Luciano le causaba.

Además, no necesitaba Luciano recurrir al procedimiento egoísta de exteriorizar aquel sentimiento purísimo para pretender la satisfacción de sus ideales. Recordemos que su autorrevelación le había causado un gran dolor. ¿Qué derecho tenía él a inquietar la vida de otros seres? Ya que no pudo evitar que en su pecho naciese aquella pasión, por lo menos evitaría que produjese más víctimas que su propia desdicha.

Fiel a su consigna, pronto logró un gran consuelo para su dolor. Advirtió con íntima satisfacción que la imagen de aquella mujer querida inundaba su alma con un resplandor vivísimo que le proporcionaba una dicha inefable. Una noche, tendido en su litera, atenazado por el insomnio desesperante, la vió. Si antes la llevaba dentro de su pecho, ahora la tenía grabada en el cerebro como la imagen indeleble de lo inolvidable. Ya era *suya* Andrea. ¿Por qué no? ¿No está sensibilizado el cerebro para recoger las imágenes de cuantos seres ante él se presentan? ¿No la vió mil veces? ¿Por qué su cerebro no podía dar en aquel instante de su vida, reproduciéndolas fielmente, el mismo número de vibraciones que cuando contempló en éxtasis a Andrea? No tenían más sólido ni más científico fundamento las mil hipótesis que las ciencias físicas han ideado para explicar sus fenómenos. Ya había captado su mente la imagen querida. Ya era *suya*. Después recurriría a todas las fabulosas ficciones que le sugiriese su mente para conservar aquella imagen, para reproducirla cuantas veces quisiera y para tributarle el culto que se merecía. Sería un amor cerebral, que tal vez le hiciese más dichoso que todos los amores que hasta entonces le habían dejado torturado, con una sed de amor más rabiosa que cuando inútilmente intentó aplacarla.

Torturó su cerebro, ya que le ofrendaba el consuelo de *su* recuerdo. Asoció su imagen al de su madre y su hermana, para rodearla del prestigio de sus dos grandes amores, y aun hizo algo más. Prefiriendo por insensata afición la imagen de la *predilecta*, personalizó en ella todos sus amores, y a *ella* invocaba considerándola en su representación universal. Y Andrea fué para él, desde aquel momento, la mujer-madre, la mujer-hermana, la mujer-amante..., y en ella buscaba reposo y protección, amparo y consuelo, amor y goces.

Se sentía elevado sobre el nivel moral de los demás mortales, por haber dado albergue en su pecho a una pasión tan absoluta. Tal vez no le hiciese feliz este amor imposible. ¿Pero eran dichosos los demás hombres que buscan la felicidad por procedimientos vulgares? Es el amor un sentimiento de origen divino que al pasar a través del alma humana se desvirtúa. No son felices los demás hombres. Bien lo sabía Luciano. Y la razón es que todo lo humano lleva consigo el estigma del error. Lo frecuente es que la vida sentimental de la inmensa mayoría de las personas nos dé la sensación de algo imperfecto y gris, como es el medio ambiente de vulgaridad en que se desarrolla nuestra vida. Y cuando alguna vez vienen al mundo dos seres perfectos, a quienes la Vida—esa señora perversa que se complace en envenenar nuestra alma—no ha deformado su perfección, y esos dos seres se encuentran, se

precipitan uno en los brazos del otro con una fuerza fatal e ineludible. Se unen por instinto. Se hallan entre miles de seres y se seleccionan como lo hacen en las reacciones químicas los elementos de mayor afinidad. A veces suelen dar el espectáculo de matarse. Todos habéis leído la tragedia que representaron en la alcoba de un hostal o en la escondida senda de un poético parque. Esos dos seres se matan y vuelven a regiones ignoradas, de donde no debieron venir. Su dicha no pudo perdurar entre la maldad de los demás hombres, que nunca los comprendieron. Sólo viven representando su trágico idilio, para recordarnos que pasiones tan eminentes son imposibles entre los hombres.

Ante el espectáculo grandioso que dan los que se matan, con renunciación grandiosa, que demuestra que el Amor vence a la Muerte, se ofrece el triste y doloroso contraste de los que no matan por temor a la guardia civil. Cualquier hogar, el que parezca más dichoso, oculta tras mentidas sonrisas *su verdad*. Y la verdad de la mayor parte de los hogares es que los dos seres que los constituyen han frustrado un ideal, aunque esta amargura no les impida decir que son *relativamente* felices. Y en los hogares donde no hay dos víctimas, hay, por lo menos, una: la vencida; y este caso es aún más desconsolador por revelar que uno de los dos ha vencido a costa de la felicidad del otro. En este caso uno de ellos es *relativamente* feliz y el otro absolutamente desdichado. La relatividad de la dicha hay que dejarla reducida a sus verdaderos límites. Esa relatividad es la amplia capa que cubre todas las desdichas, todas las ilusiones frustradas, todos los anhelos fracasados, todas las ansias insaciadas. Si las casualidades de la vida te revelan el secreto de algún hogar e insinúas una lamentación en atención al fracaso sentimental que la capa, al caer, dejó al descubierto, verás a los protagonistas, afanosos, arroparse con toda la prisa vergonzante de los que quieren ocultar sus miserias a la investigación ajena, diciéndote:—Vaya usted a otra parte a ver desdichas. Nosotros somos muy felices.—¡Mentira!—gritadles—. No seáis hipócritas. La triste realidad, la fea vida os ha despertado de vuestro sueño color de rosa y ahora os movéis, durante vuestros largos insomnios, buscando el ideal que perdisteis. Fué en un Carnaval de la Vida donde encontraste a tu compañera; todo convidaba a sonreír, a gozar y a soñar. Pasó la noche, que es propicia para fomentar la ilusión desenfrenada, y a la mañana siguiente, frente a frente las facciones, arrojada a un rincón la careta de cartón deformada y desteñida, cesó la risa, enmudeció la voz y cada uno dijo: no era éste; me confundí, no era ésta. Pero entra la reflexión de que debe intentarse el remedio de lo irremediable, sale de vez en cuando a relucir aquel maltrecho antifaz

que ambos guardaron pensando en la leve eficacia de la mutua mentira piadosa; se lo colocan un momento, ríen como en Carnaval, representan la pantomima de su pasión, reproducen el simulacro de aquella lejana noche de amor y se dicen, coaccionados por el temor a la triste verdad: —¡Qué felices somos! ¡Mentira! ¡Mentira! Da la vida su fruto, vienen los hijos, se ve el hombre reproducido en ellos con todas sus perfecciones y defectos, cifran los padres en sus brotes idéntica esperanza de felicidad; lloran conmovidos cuando entregan los hijos al amor, creyendo que hoy van éstos a encontrar la dicha que ayer no hallaron ellos, y gimen de felicidad, dando por bien empleada su pretérita desdicha, exclamando por el bien que creen haber originado:

—¡Ahora sí que somos felices! ¡Verdad! ¡Verdad! Es el único momento que lo son y el solo instante en que inspiran respeto los seres fracasados y cobardes que no tuvieron el gesto de rebeldía oportuno para redimirse del oprobio. Es este el momento en que contemplan el propio fracaso sentimental con la esperanza de que su sacrificio engendre la dicha de los que han de continuar la vida. Ha sido una gestación dolorosa, pero, ¡bendito error el nuestro que tan buen fruto dió! Serena paz la de las almas que originaron con su propio dolor la felicidad de los hijos.

Sólo se zafan de la desdicha los que toman el amor como medio y no como fin, y estos infelices bastante tendrán con el remordimiento que sentirán algunas veces por haber cometido tamaño sacrilegio. Estos sí que son felices de verdad. ¡Hasta la palabreja «amor» les parece ridícula! Sólo la conocen por haberla hallado escrita en las novelas, en las poesías y oído en el teatro algunas veces «amor». ¡Vamos, hombre! Se hubiesen puesto colorados si tuvieran que pronunciar o escribir la dicción. ¿Qué es eso de amor? Cosa de locos. Las personas serias y como Dios manda no hacen más que querer..., y nada más. Y para ellos querer era buscar una buena moza con dinero con la que se casarán por las buenas... o por las malas. Porque—ahora sí que venía bien eso—«el cariño lo disculpa todo». Y después de casados, pues quererse era trabajar un poco, «para que no digan», y hacer buen casado, lo cual se demuestra acompañando a la señora a misa de doce los domingos y fiestas de guardar y no emborracharse y no salir de noche y procurar hacer las cosas bien para no dar escándalo... *Estos* son absolutamente felices mientras dura el peculio dotal, y *éstas* lo son sólo muy relativamente cuando, arrojada al susodicho rincón la precipitada careta, advierten la primera traicioncilla.

También son felices los refractarios al amor, como los ladrillos de aquella clase al calor, y que, por consiguiente, no experimentan

ninguna clase de inquietud... Pero estos extraños ejemplares de la zoología humana merecían el desprecio de Luciano.

Este cuadro de horror que la realidad le presentaba le entristeció profundamente. Su alma luchaba entre aquellas tinieblas, pugnando por abrirse paso hacia la luz del optimismo. Verídico era el cuadro que su observación de la realidad le ofrecía, pero no era menos cierto que cada sér vencido era un héroe maniatado por el medio hostil en que su vida se desenvolvía. ¡Cómo variaría el cuadro si cada una de las víctimas pudiese enmendar el rumbo de su vida! Un alma antes dormida aparentemente a todos los ideales, realizaría ahora proezas de ensueño; unos ojos muertos y apagados, brillarían después con destellos deslumbradores; una boca muda e inerte por desilusionada, besaría con pasión y proclamaría elocuentemente con grandiosos apóstrofes su pasión renovadora... Los hombres que le habían parecido indiferentes o agresivos con sus propias esposas, qué apasionados y rendidos serían en presencia de otras mujeres. Las mujeres tristes o desesperadas en presencia de ideales fenecidos, qué animosas y optimistas cuando un nuevo amor hiciese reverdecer sus anhelos amorosos. ¡Pobres hombres y mujeres condenados a parecer perversos, no siéndolo! Se revelaba Luciano contra el infortunio de la Humanidad. Su alma generosa quería que todos fuesen felices..., quién sabe si porque él anhelaba serlo. Y si no podría serlo nunca, ¿para qué vivir entonces? Pero entendamos bien el anhelo vehementísimo de Luciano. Era puramente de orden amoroso. No merecería la pena vivirse la vida si no nos esperase a cada uno esa epopeya de amor con la que todos soñamos. Sus débiles creencias no le sostendrían con ánimos para la lucha cotidiana si no fuese por esa esperanza remota que tenía de encontrar una mujer a quien querer con todas las fibras de su cuerpo y con todas las ansias de su alma. Tan predispuesto estaba Luciano al sentimentalismo, que presintió esta manera sublime de querer antes de conocer a mujer alguna. Le invadió entonces una pasión subjetiva tan avasalladora que creyó morir de tristeza. Ahora, que se hallaba poseído por una pasión real, parecía sentir que el pecho se le rompía en pedazos de tanto querer a Andrea.

Sentía Luciano ante el recuerdo de aquella mujer una admiración tan grande y un culto tan íntimo que era la revelación contradictoria de todas las alegrías y las penas del mundo juntas. Se atormentaba con su recuerdo, pero reiteraba en él sintiendo cierto gozo en su martirio. Era Andrea, físicamente, tan de su gusto, y lo era también lo poco que pudo conocer de su alma, que jamás recuerda haber sentido un dolor de alma tan intenso como el que experimentó al darse cuenta de que se había enamorado

de ella; tal era lo distante que el infeliz se hallaba de tal mujer. Se confesaba sinceramente infinitamente inferior a ella. Solía decirse: —¿Qué hubiera conseguido yo hallando a esta mujer soltera? Nada. Porque no hubiera podido quererme nunca. No se hubiera fijado en mí, y si yo, resignado con mi insignificancia, me hubiese interpuesto en su camino, me hubiera apartado a un lado como se separa un obstáculo que se opone a nuestra marcha, y seguiría sin dignarse mirarme siquiera. Y cuando discurría sobre esto, acababa por entristecerse y por indignarse contra su propio corazón, que había dado vida a una pasión tan ilógica. Es muy frecuente que se despierte entre los hombres el odio, un odio irracional, hacia esas mujeres definitivas que son su ideal, como Andrea era el de Luciano; y así éste, después de la primera impresión dolorosa a que antes nos hemos referido, sintió odio hacia aquella mujer. Tuvo entonces que recurrir al procedimiento de esquivar los encuentros, evitar los diálogos y ponerse a cubierto de sus inocentes miradas. ¡Inútil sacrificio! ¡Qué sabía ella de sus dolores, ni qué le interesarían aunque los conociera! Recordó los consejos de Foronda. Sólo en la propia contemplación de su alma podría él hallar consuelo para su desdicha. Sería el escultor de su alma, el artífice perseverante que iría modelando día tras día el cielo de su vida. Sería filósofo y poeta a un tiempo mismo. Filósofo, para limitar el horizonte de sus anhelos; poeta, para crear un mundo de belleza que le compensase de todas las tristezas que le acarrearía su insensata pasión. Y esto podría conseguirlo. Luciano era poeta. Nunca había escrito versos, pero no hace falta darle proporciones simétricas a la expresión del pensamiento para merecer ese nombre. Prueba de ello es que miles de hombres han escrito versos y sólo unos cuantos privilegiados merecieron llamarse así. No es poeta el malabarista del lenguaje que juega con los vocablos, colocándolos en determinados puntos del discurso, como el excéntrico logra dejar caer en lugares fijos los gorros o los aros, los platos o las pelotas. Sólo es poeta el que concibe los más puros ideales, aunque su mutismo los deje inéditos. Sería Luciano un poeta sin público que se dedicaría a educar su sentimiento para buscar por procedimientos idealistas la satisfacción de sus anhelos espirituales, aunque el medio en que se desenvolviese su vida fuese hostil a su pasión y las circunstancias le fuesen adversas. Todo antes que renunciar a su ideal. Cada día nacen nuevas pasiones con modalidades diferentes y los seres que las experimentan recurren para satisfacerlas a extremos de ficción inconcebibles.

Nada sabía Luciano de Andrea. Las cartas que Andrés le escribía sólo se referían al negocio. En nada podía el infeliz basar

el consuelo más pequeño para tanto martirio. Sólo una cosa le confortaba un poco. El convencimiento que tenía de que si ella conociese la tortura de su vida, la verdad de su pasión y los honrados propósitos de su espíritu, disculparía su amor y hasta llegaría a comprenderle. ¡Qué preces tan conmovedoras le dirigía, qué dicterios tan humildes y apasionados le dedicaba, qué lamentos tan desgarradores, que eran a un tiempo mismo expresión de su desesperanza y alivio de su dolor!... Si algún día le hablase de su amor, le contaría el calvario padecido, y ella, amorosa, comprensiva y caritativa, le compadecería con toda su alma y le resarciría con creces queriéndole mucho... ¡Dios mío! ¿Podría ser posible esto alguna vez?

IX

Haciendo patria y atando lazos.

Foronda había ya dado la vuelta completa al litoral de España y había hecho varios viajes a las costas atlántica y mediterránea de Francia y a las del Adriático. Empezaba a sentirse fatigado con la monótona repetición del mismo espectáculo y de idénticos riesgos. Además, había estudiado suficientemente el problema obrero que le interesaba y que tantos éxitos le había valido. Rendiría viaje en Bilbao, donde lo reclamaban las diferentes asociaciones de maquinistas, pilotos y federaciones marineras para ofrecerle un homenaje de gratitud. Pocas veces un hombre de la elevación mental de Foronda se había preocupado de ponerse en contacto con un sector tan vital de la actividad nacional. No es frecuente que los novelistas y los autores dramáticos, aunque traten estos problemas en sus creaciones, se erijan en sus paladines para defender activamente sus respectivos puntos de vista. Se limitan a adoptarlos como tema literario y se conforman con referírselos al público desde la escena o desde el libro. Foronda había intentado y logrado algo más. Estudiar el problema con toda su extensión en ambos aspectos, social y jurídico, proponiendo soluciones prácticas, que eran una reparación adecuada a tanta injusticia.

El Rey, al observar el gran movimiento de opinión que la campaña de Foronda había producido, le escribió una carta alentándole en forma discretísima, rogándole que fuese a verle cuando regresara a Madrid; se mostraba partidario de la creación de normas jurídicas que reglamentasen toda manifestación del trabajo,

y le felicitó por haber propuesto soluciones al problema del obrero del mar. Era el primero en desear que se tradujeran tan felices proyectos en disposiciones legislativas.

Esta benévola y democrática actitud del soberano dió la pauta, y una vez conocida y divulgada, fueron muchas las Asociaciones de navieros que notificaron a Foronda su conformidad con el espíritu de las reformas que reclamaba.

La Gran Guerra había hecho necesario el empleo de toda nuestra flota mercante en un tráfico, legal a veces, a ratos clandestino; pero aparte la legitimidad del comercio que las circunstancias imponían, es lo cierto que la realidad vino a poner en actividad todo nuestro tonelaje, del cual las dos terceras partes estaba amarrado en nuestros puertos antes de la guerra. No se limitó Foronda a estudiar la reglamentación del trabajo a bordo. Terminada la guerra, quiso también contribuir al estudio del problema que a España se le presentaba por no haber sabido sus órganos directores encauzar la navegación, convirtiendo en estables y definitivas algunas de las rutas circunstanciales de los tiempos anormales. El peligro inmediato consistía en que habiendo desaparecido un gigantesco consumidor que se tragaba cientos de miles de toneladas de provisiones de boca y de guerra, y restablecidas las antiguas líneas extranjeras de navegación, quedaría nuestra flota, otra vez, relegada a desempeñar el papel secundario que antes de la guerra tenía. Quedaríase reducida al comercio de cabotaje interior que nuestras protectoras leyes fiscales le aseguraban, a un mezquino tráfico de gran cabotaje, apenas representado por la sexta parte del realizado con bandera extranjera y a una navegación de altura liliputiense que no significaba ni siquiera la vigésima parte de la realizada con buques extraños. Sobre el tema hizo Foronda una extensa campaña en los periódicos, proponiendo soluciones prácticas. Creía él que la mejor manera de *estrechar lazos* con las naciones americanas era procediendo a una revisión seria y reflexiva de los Tratados de Comercio que tenemos con ellas, llegando a estipular verdaderos contratos en los que se suprimiría la arcaica cláusula de «nación más favorecida», por resultar en la mayoría de los casos ineficaz y a veces contraproducente, y en los que se reseñarían, minuciosamente catalogadas, las mercancías que España cedería, reservándole su producción total o parcial, a cambio de las que cada una de aquellas naciones le proporcionaría como a un cliente privilegiado. Quiso Foronda contribuir al estudio de este arduo problema, ya que se había asomado a la vida mercantil en momentos tan interesantes. No quiso limitarse a considerar solamente el problema del trabajo del hombre en los buques mercantes.

Creía Foronda que después de satisfacer las exigencias de Francia e Inglaterra, que nos obligaban al cambio de determinados productos por mutua conveniencia, era en las naciones americanas en quienes debíamos pensar para fomentar nuestras complementarias corrientes mercantiles. Hasta ahora habían ido a América los profesores, que, aplicando sus ciencias especulativas al problema americanista, sólo habían sacado la consecuencia consabida de que debíamos estrechar los lazos de que antes hablábamos; algunos poetas, que no habían estudiado otro problema económico que el propio de cada vate; bastantes pintores, que no hicieron otra cosa que vender sus cuadros, si pudieron, y muchos cómicos, que sólo se arriesgaron al espoleo del codiciado platal. De todos estos emisarios de los distintos aspectos de la vida científica y artística de España, sólo los primeros pudieron y debieron contribuir a la solución del problema, que aún no ha sabido resolver ni el «Día de la Raza», ni la «Casa de América», ni los pretendidos americanistas. De estos últimos sólo podemos decir que entraron en América al rebusco de conferencias espléndidamente pagadas y de colaboraciones vitalicias en periódicos y revistas, pero que América no entró en ellos más que en el concepto de retribución de su labor estéril. Profesor español hay que sólo a América debe su prestigio de *sabio Ford*, pongamos por reputación al alcance de todos los caudales intelectuales. Pero nadie puede agradecerles una intervención eficaz en la vida de relación de España con las naciones americanas filiales.

Nadie parecía comprender el problema en su aspecto práctico. Se precisaban hombres que persiguieran la especulación, pero la que tiene un significado utilitario, desconocido para los sabios catedráticos, que sólo fueron a pronunciar discursos de extensión universitaria. Si el Gobierno no quería enviar verdaderos embajadores de Su Majestad Mercante, era, por lo menos, necesario que el Cónsul español dejase de ser un funcionario sedentario que ejercita pacientemente sus funciones detrás de su mesa de trabajo, realizando las operaciones rutinarias del trámite, para convertirse en un activísimo Agente comercial que buscase mercados para nuestros productos, que nos proporcionase artículos para nuestro consumo y primeras materias para nuestras fábricas, y que facilitase a las Cámaras de Comercio e Industria todos los datos y referencias que le pidiesen sobre cualquier aspecto de la vida económica, social, fabril y financiera del país donde ejerzan sus funciones. Se hacía necesario que ese funcionario atisbase la importación que hiciesen otras naciones de productos similares a los nuestros, que estudiase los gustos del país, su capacidad consumidora, su potencia productora...

Dejemos de *estrechar lazos* en ese sentido platónico e infecundo que nadie ha logrado entender; cerquemos cada país americano con los brazos fraternales de un pueblo ansioso de conquistar honradamente una posición económica, y cesen los discursos, enmudezcan los sabios catedráticos y terminen los banquetes... Que el Comercio no tiene entrañas, ni reconoce parientes, ni es sensible a los latiguillos, ni se conmueve con banderitas. Eso está bien para una conferencia de Ateneo, para inaugurar o clausurar un curso de extensión académica, descubrir una lápida o entregar un estandarte; pero no es propio ni eficaz para ofrecer una mercancía. Para esto basta una muestra y un precio y ni la calidad del producto la mejoran los discursos, ni su precio se compensa con abrazos más o menos efusivos. Ni el consumidor se acuerda cuando utiliza la mercancía de la hegemonía de la raza ni de los intrépidos exploradores castellanos, ni de la espiritualidad que supone el recuerdo de nuestro pabellón. El sistema sentimental podría servir, en todo caso, para predisponer favorablemente el ánimo ante la resolución del problema... Pero la ley perpetua e inmutable del mercado se cumplirá fatalmente, pese a todos los lazos, lazadas y lacitos que nuestros intelectuales y sabios catedráticos le quieran poner al monumento de la Raza. Creedlo, cuanto peor sea nuestro artículo fabricado y mayor sea su precio, peor estará con lazos apretados.

Por otra parte, el intercambio de productos es un aspecto tan libre de la vida internacional, que si se le sujeta, limita o coarta, aunque sea con lazos de raso de colores, no se desarrollaría ancha ni ampliamente como lo requiere su natural tendencia expansiva. Y buena prueba de la ficción que supone el sistema preconizado hasta hoy y del fracaso de su práctica, se demuestra recordando que a la vuelta de Chile de una misión española presidida por un Infante y de la que formaban parte estadistas ilustres y militares prestigiosos, aquella nación emprende una política arancelaria agresiva para nuestros intereses comerciales, gravando con derechos de importación, prohibitivos por lo exorbitantes, una serie de productos españoles. Y esto ocurría cuando aún repetían el eco de las aclamaciones de bienvenida y de parabién la dilatada cordillera de los Andes y cuando aún duraba en la retina de los chilenos más impresionables y entrañables la imagen coloreada del pabellón español que tremolaba sobre la proa del *España*. Cualquiera quedaría desconcertado y perplejo al recordar las vibrantes aclamaciones de que fué objeto el Infante español y las efusivas frases con que un preclaro estadista, periodista de abolengo, subrayó aquel amor materno que recordó grandezas pretéritas a los nietos de aquellos intrépidos descubridores del Nuevo

Continente. ¿Fué sueño lo ocurrido? ¿Fué quimera? Pero, ¿en qué quedamos? ¿Qué se hizo del amor a España? ¿Y de la comunidad de ideales, qué se hizo? ¿De modo que ustedes, los enviados de España, todo candor, inocencia e ingenuidad, creyeron de buena fe que Chile jamás se atrevería a ensañarse contra España? Un cronista de aquellos días se lamentaba «de que la acción diplomática española no haya procurado dulcificar las cosas». ¿Dulcificar? Digo del dulce lo mismo que de los lacitos: con azúcar está peor. ¿Pero qué culpa tiene la Diplomacia de que ocurran estas cosas? ¿Pero no acaba de ir una Misión extraordinaria, que por el hecho de llevar a su frente Altos Procuradores de la Corona y del Gobierno estaba específicamente capacitada para obtener de Chile para España un régimen de comercio privilegiado? Los comentaristas del incidente proponían *reciprocidades* arancelarias y, en su consecuencia, España gravaría la importación del salitre con un impuesto igual al que Chile cobraba por exportarle. Es decir, que los procedimientos edulcorantes y acogedores del azúcar y del lazo, amenazaban trocarse por los biliosos y vengativos de la represalia..., y donde decíamos antes dulzura, léase ahora acidez, y los lazos en cadenas se convierten. ¡Buena *Marcha de Cádiz Trasatlántica* nos ha salido con la aproximación hispanoamericana! No quería negar Foronda, haciendo esta disección política, que España abandonase la legítima esperanza de hallar en América un mercado seguro para sus compras y ventas, un público adecuado para sus concepciones artísticas y un ente propicio de relación cultural para sus inquietudes espirituales. No; lo único que deseaba demostrar, para contribuir a rectificar estos errores, era la inutilidad del procedimiento seguido hasta la fecha. Desde cualquiera de los innumerables organismos oficiales que existen se puede hacer infinitamente más que con todas las diplomacias y misiones ordinarias y extraordinarias que puedan imaginarse. Y en todo caso, si quiere hacerse una gestión directa, envíese a comerciantes o funcionarios especializados. No para que estrechen nada ni le den a las cosas distinto sabor del que deban tener, sino para que muestren la realidad tal cual es, exenta de adornos ridículos y de afeites desnaturalizantes. Es la vida económica de cada nación una función de ósmosis mercantil en la que se debe estimular a todo trance la corriente endosmótica para que supere a la exosmótica, y el medio a través del cual tiene el fenómeno lugar son los Tratados de comercio y de navegación, los Aranceles, los transportes...

En Bilbao se despidieron Foronda y Luciano. ¡Hasta Madrid!, se dijeron, y habló más explícitamente que ellos el prolongado abrazo que se dieron.

Luciano quedó atribulado. Se le iba el amigo cuando más necesitado se hallaba de él, cuando más intensas eran sus inquietudes y más vibrantes eran sus anhelos y mayores sus dudas.

—Presiento tristezas y dolores, Foronda. ¿Por qué te vas ahora, que es cuando más voy a necesitarte?—preguntó Luciano, apoyando su cabeza contra aquel pecho amigo.

—De nada te servirá mi presencia, Luciano. Aprende a resistir los dolores morales como la triste práctica enseña a los enfermos del cuerpo a soportar los físicos.

—Soy cobarde para la vida. No te vayas de mi lado.

—Aprende a resistir el dolor, te digo, elevando el alma sobre todo cuanto te rodea, y un momento llegará en que tu propio dolor dignificará tu sér ante tu propio sér y llegarás a sentir el consuelo de tus lágrimas y llegarás a ser un místico del amor humano.

—¿Pero tanto consuela sufrir?

—Ya lo verás. Llegarás a ofrendarle a Dios el sacrificio de tu dicha con la misma unción que el sacerdote comulga.

SEGUNDA PARTE

I

Centralización.

En Valencia encontró Luciano un telefonema de Andrés Arnao que decía: «Entrega buque su nuevo Capitán Carlos Atienza. Sal inmediatamente para ésta conferenciar conmigo. Arnao.» Y así lo hizo.

Hacía tres años que Luciano no tocaba en Sevilla. En ninguna época de su vida había trabajado tanto ni tan provechosamente. Cuando llegaba a un puerto en el que rendía viaje y creía, por haber terminado los compromisos de un contrato, que tendría algunos días de descanso, que emplearía en pintar el buque, el telégrafo, con frases persuasivas unas veces y otras conminatorias, le interesaba que activase cuanto pudiese las operaciones de descarga, dándole órdenes concretas al propio tiempo para que tomase flete de retorno.

Cuando conferenció en Sevilla con Arnao, le dió éste la gran noticia. Ya no navegaría más. La Compañía le necesitaba en un cargo de confianza que, a propuesta de Andrés, se había creado para él. Hacía muchísima falta un Capitán-inspector que, además de acudir a los puertos cuando las necesidades lo requiriesen, debería asesorar al Consejo de Administración en los asuntos técnicos. Para el desempeño de esta nueva obligación tendría que residir largas temporadas en Madrid. Ante la cara de sorpresa que puso Luciano al oír la nueva residencia que le impondría su nuevo cargo, Arnao le informó que había propuesto la creación de una Subgerencia en Madrid, donde cada día se consideraba más necesaria una oficina que, casi equidistante de los diversos puertos del litoral, resolviera en cada caso concreto lo que debería hacerse, dando las órdenes oportunas para ello. Este nuevo sistema suponía una economía de tiempo tan grande que compensaría con exceso los gastos de personal y de material que la instalación de la nueva oficina podría ocasionar.

Luciano sonreía, escéptico, ante los esfuerzos que Arnao hacía para convencerle de la necesidad imperiosa de crear la oficina en

Madrid. Nunca había creído en esta necesidad, que su amigo y armador se esforzaba por encarecer. A Luciano le pareció que Arnao ponía tanta vehemencia al defender el sistema más bien para justificarse ante la propia conciencia que para persuadir a un subalterno, a quien ninguna clase de explicaciones le debía.

No padecía esta fiebre centralista Arnao solamente. Madrid actuaba de complaciente Celestina de armadores, mineros y todo linaje de hombres de negocios, que habían dado en la maña de ir a dirimir sus contiendas mercantiles a la Capital de las Españas.

No era este el lugar adecuado para la celebración del acto jurídico o mercantil que cada uno debía ventilar; pero sí el más propicio para toda clase de expansiones del ánimo. Con los negocios se justificaba decorosamente una breve ausencia del hogar. ¡Oh, los negocios!

Las enormes ganancias que los negocios de la guerra produjeron estimularon tanto el prurito de los viajes que raro era el comerciante que resolvía sus asuntos desde su mesa de trabajo. Madrid, insuficiente para contener tan gran número de forasteros, adquiría una animación inusitada; y su alegre fisonomía de pueblo hospitalario y simpático sonreía con explosiones de bulliciosa animación por todas partes. Y cuando el hombre de negocios le tomó gusto a Madrid, ya no podía venderse pieza de tela, ni lata de conservas, ni botella de vino sin el consabido viajecito. Claro es que determinados negocios requerían la visita a Madrid (como la obtención de unos permisos de exportación especiales, restringidos, condicionados y casi cancillerescos que dieron mucho juego); pero otros mil asuntos no tenían su solución en el fomento de aquel turismo centrípeto que tan en boga se hallaba, aunque los interesados en el engaño tratasen de justificarlo con el empleo de aquellos lugares comunes que todos conocemos: «Para solucionar algo es necesario ir a Madrid.» «En Madrid se soluciona todo.» «¡Oh, lo que no se consiga en *aquel Madrid!*»

Gracias a este nuevo sistema, practicado, como antes decíamos, por casi la totalidad de los comerciantes, se solucionaban negocios que nadie pensaba resolver allí, por haber dado la casualidad de encontrarse los interesados en el litigio o cuestión. Y de esta manera ocasional se acreditó el ilógico e irracional lugar de contratación, pasando Madrid, que era el centro geométrico de la Península, a ser también su centro mercantil. Los hombres lo quisieron y lo consiguieron. Madrid fué el gran mercado nacional de los fletes, y a Madrid iba el que quería comprar un buque sueco, y a Madrid acudía el que quería venderle a Francia una partida de alubias, o de arroz, o 500 mulas o 400 caballos.

Primero los comerciantes se habituaron a ir con periodicidad casi matemática, que les ofrecía lugar agradable, ocasión feliz y motivo placentero de darle rápido empleo a una gran parte de aquellas pingües ganancias que obtuvieron con los negocios de la guerra. Después, la degustación de las delicias de esta nueva vida, tan distinta de la que cada uno hacía allá en su obscura provincia, les avivó el deseo de convertir en continua esta satisfacción alternativa; y de esta ansiedad surgieron cientos de escritorios y despachos, que unas veces con el carácter de Delegaciones, y otras con el de verdaderas Gerencias, se esparcieron por sus más opulentos inmuebles, haciendo aún más difícil de lo que antes era, el problema de la habitación para fines industriales. De acuerdo con esta nueva tendencia centralista, se explicaba Arnao:

—Mira, Luciano. La Compañía va a montar en Madrid una Subgerencia, y te necesitamos en ella. Aparte de que la vida de los barcos y de todo lo que se refiere a la navegación tiene en Madrid un centro de contratación impuesto por las circunstancias, nos conviene tener una oficina para no hallarnos en situación desventajosa con relación a otras Compañías que ya lo han hecho. Nos interesa tanto por la organización administrativa como por el aspecto técnico. En esa oficina central tendrás un cargo de confianza, de una gran responsabilidad, y habiéndote yo propuesto para él, espero que cumplirás como sabes hacerlo.

Luciano callaba, asintiendo y agradeciendo con gestos expresivos el elogio que escuchaba de labios del armador. Arnao continuó:

—Tu misión en el nuevo cargo consistirá en ir a reconocer los buques que la Compañía adquiera en el Extranjero; desempeñar el cargo de Capitán-inspector, yendo a los lugares donde los buques sufran averías y deban repararse; y durante tu estancia en Madrid estarás al frente de un negociado que se llamará de «Itinerarios», para establecerlos y modificarlos con arreglo a las necesidades del momento y a las corrientes mercantiles que se observen. Me substituirás durante mis ausencias y resolverás con arreglo a tu criterio los incidentes que ocurran. Quiero que seas una prolongación de mi personalidad, pues aparte el trabajo abrumador que pesa sobre mí, la expansión que el negocio ha adquirido requiere que el personal se amplíe con elementos capaces y preparados como tú.

En aquel momento entró un ordenanza anunciando al capataz de las gabarras del servicio auxiliar del carboneo, y Andrés atajó con toda energía al importuno y le gritó desaforado como si le ocurriese algo abrumador:

—Dígale usted al gabarrero que no puedo recibirle. Que vea a

Somoza y que le cuente lo que sea. ¿Te convences ahora de que no me dejan vivir?—preguntó, dirigiéndose a Luciano—. Esto no puede soportarse. Acabaré por volverme loco. ¿De qué estábamos hablando? ¡Ah! Sí. Pero ya no podemos seguir. Es la hora de la firma.

Andrés era un gran farsante. Sólo en apariencia tenía razón. La impresión que producía verle en su despacho, rodeado de un verdadero sistema de montañas, constituído por informes pilas de papeles y asediado por un cúmulo de asuntos que reclamaban su estudio, era de verdadera conmiseración. Pero ya estamos en el secreto. Andrés era *el hombre que había trabajado mucho...*, pero era también *el que se había propuesto no trabajar más en lo sucesivo*. El trabajo de organización que él tenía que desempeñar, tratándose de un negocio ya en marcha, no era tan excesivo que pudiera poner en duro trance la resistencia de ningún hombre medianamente laborioso. Lo que ocurría era que desde que Andrés había hecho fortuna, decidió no trabajar; y el medio paradójico de que se valía consistía en mostrarse a los ojos de los demás agobiado por un trabajo que nunca acometía. Además, acudía al despacho a las once o a las doce de la mañana, quitándole a la jornada tres o cuatro horas, con lo cual ocurría que en lugar de dominar con su trabajo los negocios, le sorprendían éstos a él, por su desidia. Solía decir con humorismo no exento de verdad: «Soy el hombre que tiene más trabajo de España...—aunque no añadía las palabras que completarían su identificación—, pero el que menos trabaja.» Cuando entraba en su despacho y empezaba a enterarse de los asuntos pendientes, cualquier gerente llevaría ya tres horas trabajando.

Había empezado a firmar correspondencia, cuando sonó el timbre del teléfono. Andrés miró a Luciano como víctima inmolada por todas las adversidades. Contestó en tono agresivo a la llamada. Esperó un momento frunciendo las cejas; volvió a sonar el timbre; descolgó el auricular y adaptándolo a su oído, preguntó con ese modismo exótico que se oye en los escritorios de las casas extranjeras:

—«Aló... Aló...—Y dulcificando un poco la voz—. Ah... ¿Es »usted, Presidente?... Sí..., aquí, Arnao al aparato... Bien; gra»cias; ¿y usted?... Sí, señor; mañana, en el rápido. Lo que usted »quiera. Eso constituye un honor para mí. Mándeme usted un »extracto y lo intentaré con muchísimo gusto. Precisamente tengo »que ir a ver al Subsecretario. Nada, nada. Encantado. Hasta la »vista.—Se dirigió nuevamente a Luciano para decirle—: Es el »Presidente de la Cámara de Comercio, que me encarga la gestión »de un asunto. Ya lo estás viendo. No es que yo quiera decirlo.

»Es que materialmente no me dejan un solo instante. Aquí qui»siera ver yo a las mujeres cuando le discuten a uno los viajes. »Y si fuese sólo mi mujer... Todo el mundo tiene que ver con mis »viajes, y después ya ves las encomiendas que le dan a uno. Pero »no volveré a prestarme a ello. Si quieren arreglar los asuntos, »que tomen el tren y vayan a Madrid y *se fastidien*, como yo lo »hago.»

Y dijo esto en un tono trágico que partía el alma oirle. Para justificar su *desesperación*, tomó con ambas manos una hermosa cartera de cuero marroquí con cerradura, guarniciones e iniciales de plata, y acariciándola con amor y dirigiéndole las más tiernas miradas, dijo:

—Mira la cartera que llevo. Si supieras lo que tiene dentro, te horrorizarías. Pues estas son todas mis juergas y todas mis diversiones cuando voy de viaje.

En efecto; Andrés tenía razón desde el punto de vista de la cartera. Su volumen era realmente aterrador; su densidad, a juzgar por el tamaño y por la cantidad de apuntes, notas, instancias, extractos, proyectos y memorias que contenía, sólo podría compararse con la del cinabrio. La cartera de Arnao era su truco predilecto. Justificación de sus dilatadas ausencias, sedante de su conciencia, cimbel de sus correrías, velo de sus impudicias, sordina de sus escándalos, parapeto de sus disputas conyugales... Cuando la chacota de los amigotes o las leves quejas de la esposa le echaban en cara sus frecuentes e injustificados viajes y le sorprendían las acometidas a cuerpo limpio, no sabía qué responder, empalidecía, temblaba y humillaba la mirada como delincuente confeso que no halla disculpa eficaz. En cambio, cuando aquellas frecuentes diatribas le cogían con su cartera bajo el brazo, se sentía asistido de una gran fortaleza, atraía hacia sí el voluminoso mamotreto como al sér más querido y acababa por estrecharlo contra su corazón como a persona a quien cien veces le debiese la vida, replicando entonces con las más elocuentes razones para convencer a sus detractores. ¡Qué rica y frondosa en razones era en aquellas ocasiones su inspiración! ¿Y para qué elocuencia ni convencimientos? Sólo con mostrar la cartera repleta callaban los más imprudentes y los más audaces métome-en-todo. ¡Cuántas veces la sola contemplación del denso portfolio había obligado a enmudecer a esposa, amigos y empleados! Era un elemento que sólo por su acción de presencia, o fuerza catalítica, hacía reaccionar a su favor a los más maldicientes y a los peor intencionados. Es más: solía tornarse en conmiseración la cólera. Bien justificado estaba el viaje. ¿Cómo sino iba nadie a imponerse la obligación de transportar *personalmente* la pletórica carpeta? Porque será

necesario advertir que Andrés no confiaba absolutamente a nadie el porteo de semejante tesoro. Algunos, viéndole sudoroso y jadeante bajo el peso de la carga, llegaron a pensar en la posibilidad de una promesa, hecha en un momento de exaltación fervorosa, de la que ya se hallaría, seguramente, arrepentidísimo. Pero nosotros tenemos elementos de juicio suficientes para desechar tan gratuita suposición. La Burla tampoco le perdonó. Durante aquellos días se representaba en Madrid una obra titulada *La cartera del muerto*, y parafraseando el título, alguien llamó a la de Andrés Arnao «La cartera del vivo», aludiendo, indudablemente, a su desenfado turista.

Siguió firmando la correspondencia. Rogó a Luciano que aguardase unos minutos y le llevaría en su auto a dar un paseo antes de comer para poder hablar con alguna tranquilidad. Así lo hicieron. Después le citó en su casa a tomar café y allí continuarían hablando sin interrupciones. Luciano pudo observar que Andrés salió del despacho con la cartera, se metió con *ella* en el auto, colocándola en lugar preferente, satisfecho de la vida, como si fuese luciéndose con una real hembra.

Luciano llegó a casa de Andrés a la hora convenida. No había vuelto a ver a Andrea desde hacía tres años. Vestida ahora de negro, por la muerte de su madre, parecía un poco más pálida, un tanto más triste, algo más gruesa, más dulce, más resignada. Era la vida que pasaba por ella sin perdonarla...

Luciano saludó a Andrea casi sin palabras. Estrechó su mano tiernamente, dominando sus impulsos efusivos, por no lastimarla, e hizo un alarde de disimulación para no descubrir toda la emoción que su presencia le producía. Tranquila era la mirada de Andrea, llena para él, el joven marino heroico, de amable sonrisa acogedora, con la que le daba la bienvenida. Luciano quedó coaccionado para el resto de la entrevista por la influencia que sobre él ejercía aquella mujer.

Salió un momento Andrés para buscar cigarros y no supo Luciano articular palabra. Pero la miró intensamente, profundamente, suplicante, dolorido, desconsolado, y los ojos serenos de Andrea recibieron su mirada plácidamente, como madre amorosa que tuviese la certeza de mitigar dolores y de consolar tristezas sólo con su presencia.

Volvió Andrés con los cigarros. Andrea sirvió el café. Abordó Andrés la cuestión en presencia de su mujer, que le escuchaba, como siempre, sin pestañear. Al día siguiente, en el rápido, saldría él para Madrid con objeto de ultimar los detalles de la instalación de la oficina, que quería inaugurar inmediatamente. Haría una instalación lujosísima, con muebles y enseres de cuya traza y es-

tilo él mismo había dado los diseños. En Madrid no podían instalarse de cualquier manera. Después se ocuparía de la instalación de su propia casa. Le habían prometido un piso del mismo inmueble donde iba a instalar las oficinas. Esto le agradaría mucho—decía—, para poder hacer vida de familia, de la que estaba tan ansioso y a la que siempre le había tenido tantísima afición. En aquel instante, oyendo las palabras de aquel insigne histrión, Andrea contuvo la enérgica protesta que la farsa le inspiraba, y continuó inmutable. Alguien, muy sagaz, pudo advertir que sus ojos, claros y serenos como los del madrigal famoso, brillaban más intensos y que un leve anhelo gradual levantaba algo más la tabla de su pecho al impulso de un reproche mudo. Después de terminada la instalación de oficinas y habitación, irían Andrea y los chicos; y si entonces podía, vendría él a buscarlos, y en caso contrario, les acompañaría Luciano, que ya impuesto en la marcha de los negocios de la Casa, debería trasladarse a Madrid seguidamente.

Este era el programa de Andrés, al que había incorporado sus ansias de regeneración conyugal. En aquella primera época de su vida matrimonial puede decirse que su prosperidad material y su dicha familiar estuvieron en razón inversa. Y como sus negocios le enriquecían rápidamente, velozmente, a igual tren vino el desencanto de su vida íntima. Cuanto más se acercaba a la riqueza, tanto más se alejaba de la felicidad. A los pocos años de su matrimonio, fecha que coincidía con el logro de su independencia mercantil, conseguida gracias al capital que Andrea aportara como dote, apenas recordaba su pobreza ni la cuantía del mísero sueldo que tenía asignado como dependiente de la agencia, ni los desvelos que le causaba su ilegítima ambición, ni la traición que hizo a los más puros sentimientos de su alma joven, puesto que sólo escribió a su pretendida cuando tuvo la certeza de que poseía capital; ni la sorprendente actitud de la suegra, que le confirió el poder general apenas desposado; ni las primeras pesetas ganadas con pesetas que no eran suyas, ni la confianza ilimitada que le dispensaba Andrea, quien jamás le preguntó nada sobre la inversión de su fortuna. Nada recordaba. Todas aquellas pretéritas imágenes de su precaria vida de dependiente ínfimo, habían sido borradas por la confianza que tenía en sí mismo, por su orgullo de hombre voluntarioso y tenaz, por el indiscutible derecho que se arrogaba a ser poderoso... como otros muchos lo habían conseguido sin méritos bastantes para ello. ¿Qué eran aquellos escasos miles de pesetas que la esposa aportó al matrimonio, al lado de los cientos de miles que él poseía actualmente? El tenía la seguridad que la buena de Andrea nunca osaría aludir al origen de su

fortuna actual; pero si cometiendo una torpeza de mal gusto, lo hiciese algún día, ya sabría él contestarle. En todo caso, ¡ufanas podían estar aquellas esmirriadas pesetillas, pudiendo vanagloriarse de haber engendrado tan robusto retoño! ¿Quién estaba obligado a gratitud, en definitiva? Gracias a estas reflexiones, nunca perdió Andrés la fe en sí mismo. Nada le hacían sufrir los recuerdos de su inferioridad de un día. Al contrario. Recordaba aquellos tiempos con deleite, como el que rememora los peligros graves e inminentes de los cuales se salvó por puños. Al fin y al cabo no era él como todos esos pretendientes premeditativos y aleves que buscan la novia rica para convertirse después en los chulos de un hogar, cuya voz autoritaria suena a baladronada. Tampoco era como esos otros infelices, faltos de acometividad y de audacia, que muy ufanos porque mantienen su casa, lo hacen sólo sin traspasar los límites de una pobreza decorosa. ¿Qué tenían que ver unos y otros, todos pobres de espíritu, que no veían más horizonte que el que limitaba su apéndice nasal, con los hombres de su temple? ¿Qué hubiera producido la exigua fortuna de Andrea colocada en cualquier negocio manejado por un tercero o empleada en cualquier clase de papel industrial o de Deuda nacional o extranjera? Pues, sencillamente, un polvo, orín, roña u herrumbre, que se llama *interés prudente*. En la exaltación de su propia personalidad, llegó hasta plantear la cuestión, como podría hacerlo cualquier artesano con relación al capital aportado a la función productora por el odiado empresario. Una vez colocado en *su plano*, se vestiría de blusa y le preguntaría a Andrea qué hubiese hecho ella con el dinero. Mientras llegaba la oportunidad de hablar tan descaradamente con quien merecía otras exquisiteces de expresión y de conducta, vistió su alma con sus ropajes más plebeyos y la maltrató moralmente, aún con mayor desconsideración y con modales más canallas que los que había ideado para el caso supuesto de que alguien le echase en rostro su penuria anterior. ¿Pues qué otra cosa significaba el abandono en que tenía a su esposa?

Redimido Andrés, ante su intranquilidad de conciencia, por la consciencia de su propia valía, acalló de esta manera los incipientes escrúpulos que empezaba a sentir, unas veces, espontáneamente y otras, por los lamentos tímidos de su mujer.

Aparte de la falta de amor que separaba a los esposos, Andrés pertenecía a ese grupo de hombres, bastante numeroso por cierto, que creen descender de su pedestal de machos si acceden, aunque no sea más que en una mínima parte, a las exigencias de la esposa. Consecuente con esta teoría, Andrés no tenía nunca una mala razón para Andrea, ni una contestación violenta, ni una orden se-

vera, ni se exponía jamás a la discusión. Oía con serenidad las escasas peticiones de su prudente mujer y se limitaba a contestar en seco: «No puedo ir a ese sitio»; «no debes comprar tal cosa»; «no regresaré hasta tal hora»; «a tal hora salgo de viaje». No eran sus relaciones con la esposa de esas que suponen concordancia de ideales ni coincidencia de propósitos, ni cesión de derechos, ni aun siquiera concesión de gracias, que más enaltecen y dignifican al que las otorga que al que las niega; no. En sus relaciones matrimoniales no había más que una voluntad firme que se impone y un sér débil que acata. La máxima liberalidad que Andrés concedía a su esposa era no oponerse a algunas de sus razonables insinuaciones. Pero jamás logró Andrea que su marido desviase la trayectoria que él previamente se propusiera seguir. Cuando quiso, en estas desairadas condiciones, ir a algún sitio, fué, pero sola. Andrés haría aquella tarde lo que se había propuesto hacer. Cuando Andrea, haciendo alarde de tesón, aparecía sola en alguna reunión o en algún teatro, creía que su voluntad vencía de la imposición del tirano, y no advertía la infeliz que en aquella aparente victoria, estaba su mayor derrota. No consiste vencer en realizar un capricho, sino en dominar con dignidad y con prestigio. Tanto lo advirtió, que hallándose abandonada en más de una ocasión, pensó con dolor en su aparente libertad, en su mentido dominio. Así suelen vencer las pobres mujeres. Cuando el abandono de los hombres las expone a la curiosidad malsana de las multitudes y a la asechanza criminosa de los admiradores ocasionales.

Andrea aguardaba el próximo cambio de vida de su marido con la esperanza de que volviese al hogar, aunque no fuese más que con el frío amor de otros tiempos. Nunca había sido Andrés para ella vehemente ni apasionado; siempre se había interpuesto entre ellos algo que podía más que el amor conyugal: unas veces eran las preocupaciones del negocio, que a medida que iba aumentando requería, como los hijos que van creciendo, mayores cuidados; otras veces eran los éxitos financieros, que le distraían con sus escandalosas caricias de las plácidas prácticas amorosas de la esposa, obligándole a vivir en constante intranquilidad, nacida de su insaciable ambición; en otros momentos era un fracaso imprevisto, que, aunque no comprometía en lo más mínimo su posición comercial, le irritaba, por creer humillada su soberbia de hombre infalible para los negocios. Aquella *rival* de Andrea, que hizo su aparición al iniciarse la vida del matrimonio, asomaba de vez en vez su rostro picaresco e inquietante por la puerta de la alcoba para traerle los espléndidos presentes de una liberalidad verdaderamente magnánima, pero a cambio de un constante secuestro

del esposo, que amargaba la vida de aquel hogar. Era la *preferida* la que venía en persona a dejarle a la *legítima* perlas y brillantes, haciendo una cínica mueca de traición al llevarle, arrebatándoselo del propio lecho, al esposo. No quería Andrea lujos ni esplendores a ese precio usurario.

Andrés había roto con su proceder el encanto de la dicha matrimonial. Andrea sufrió todas las humillaciones que las impudicias de su marido le infirieron. No eran sólo la omisión, el desvío y, por último, el abandono lo que más entristecía a Andrea. Estas desdichas, con ser de grandes proporciones, no abaten a una mujer tanto como la honda tragedia que inmola su alma. Cuando Andrea casó con su marido, creyó entregarse a un hombre que poseía condiciones para hacerla feliz. Tenía juventud, simpatía, osadía, voluntad. Todo el mundo decía que Andrés triunfaría de la Vida, que conseguiría cuanto se propusiera. Y la enamoró, principalmente, su espíritu luchador. Cuando observó sus primeros desdenes, apenas reprochados por ella, y aun sin esperar a reproches, justificados espontáneamente por el mismo marido, Andrea los achacó a las muchas preocupaciones que pesaban sobre Andrés. Es sabido. Un hombre activo, un verdadero hombre de negocios, no tiene siempre el humor necesario para distraer su tiempo en los triviales menesteres a que obligan las relaciones conyugales. Bueno. Esperaría. Pero pasó tiempo y pudo advertir que Andrés ya no trabajaba tanto materialmente, que tenía más empleados, que sólo intervenía en la alta dirección de los asuntos, que disponía de tiempo para reunirse con los amigos y para pasearse en automóvil y para... otros entretenimientos que le consumían un tiempo de cuya inversión nunca rindió cuentas. Bien. Seguiría esperando. Tal vez cambiase. Pero no cambiaba el marido. La importancia de los negocios aumentó y, con ella, la necesidad de los viajes. Pero Andrea, que era de las que no investigan tenazmente, como otras, llegó a enterarse, sin proponérselo, de que la mayor parte de los viajes eran caprichosos y el tiempo empleado en ellos, arbitrario. Por desgracia para ella, no era Andrea de esas mujeres que se conforman con el desvío del marido con tal de verse rodeadas de abundancia y de comodidades. Si así fuese, Andrea sería *relativamente* feliz. Nunca tasó Andrés el dinero que dedicaba a los gastos de su casa. Así se vengan muchas mujeres: luciendo con el dinero de los maridos, que emplean en esplendores que atraen la tentación de los demás. Pero no era Andrea de esas. Esta era la tragedia de Andrea. Que no podría vengarse de Andrés por el mero capricho de aplicarle la ley del Talión, sino para dar satisfacción a su propia alma, anhelante de pasión correspondida. El hombre juzga de la felicidad de su mujer por las concesiones que

él le hace, sin parar mientes en que, aun en el caso más favorable, o sea cuando él dedica a la esposa todos los latidos de su corazón enamorado y todas las atenciones de hombre galante, puede ser la mujer absolutamente desdichada. ¿Es que, por ventura, puede lograrse, aunque sea a fuerza de amor, el amor de una mujer? Tampoco el amor de una mujer se conquista a perpetuidad. Es el amor un sentimiento que, pese a nuestra voluntad, puede tener soluciones de continuidad y aun interrumpirse definitivamente. El amor impuesto por el deber es la mentira más piadosa, que sirve de débil basamento a la constitución de la mayor parte de los hogares. ¡Qué espectáculo más doloroso ofrecen los que un día amaron por impulso ciego y espontáneo de su corazón enamorado, y luego siguen amando por deber, por voluntad, por caridad, por miedo, por inercia, por egoísmo, por cobardía!... ¡¡Da terror asomarse a contemplar la comedia de la vida que se representa en cada hogar!!

Otra mujer cualquiera sería relativamente feliz con tal de que no pidiese amor. Todo lo demás lo tenía. Pero Andrea era desgraciada porque, una vez convencida del desamor de su marido, dejó de quererle sin proponérselo, sin hacer alarde de su desvío merecido, sin proclamarlo como la justa pena que Andrés merecía. Naturalmente, le quiso cuando su alma, agradecida, buscó en la de Andrés la satisfacción de sus anhelos; naturalmente, dejó de amarle cuando se convenció del fraude sentimental de que había sido víctima. No comprendía Andrea ese estilo chulesco que adorna a muchas mujeres que quieren, aunque no sean queridas, imponiendo su amor como un castigo. Había sufrido mucho, muchísimo, cuando advirtió y comprobó que Andrés no la quería; tanto sufrió, que ella misma admiró su resistencia física; lloró amargamente, se desesperó, soportó síncopes y congojas que conmocionarían profundamente su sistema nervioso, pero una vez pasada la crisis, olvidó la intensidad con que su alma había querido y desde aquel momento vivió más tranquila. No consistía la tragedia de Andrea en el desamor de Andrés para con ella; era triste, pero irremediable, y como tal había que admitirlo. La verdadera tragedia consistía en que Andrea no se resignaba con su fracaso sentimental. No buscaba represalias inmorales ni rebeldías perversas. Andrea era una mujer absolutamente moral. Pero no se consolaría jamás de este abandono amoroso en que se hallaba hundida. Si Andrés fuese un sujeto apto, capaz para recoger las ansias amorosas de que se hallaba saturada el alma delicada de Andrea, hubiese aprendido a amar para amarla, se habría iniciado en los ritos de esa sublime comunión del amor para dar satisfacción a aquella alma dolorida y anhelante; pero incapaz de recoger

de su mujer el sutilísimo aliento que la divinizaba, creyó cumplir su misión conviviendo con ella, como con un socio capitalista de sexo contrario, al que puede contentarse multiplicándole el capital y acariciándole un poco.

Nunca fué capaz Andrés de conocer a su mujer. ¡Cuántas veces aquella mujercita, que tan bien sabía dejarse querer, hubiese dado algo bueno a cambio de retener al marido más horas a su lado! No era Andrea de esas mujeres que toman iniciativas ni provocan la risa; pero tenía una pasividad tan dulce, sabía encogerse tan amorosamente cuando la acariciaba el esposo, sonreía tan beatíficamente cuando devolvía un beso, que ilusionaba su adhesión y enamoraba la paz que trascendía de su alma blanca como el hábito de una divina flor nítida e inmaculada. Era Andrea el tipo perfecto de la esposa honesta y cristiana que apenas se entera de las violentas conmociones del amor...; pero era su entrega tan absoluta y su pasividad tan incondicional que, aunque nada daba ni ofrecía en apariencia, asomaba su alma anhelante tan a flor de piel que era entonces la imagen del amor divino. Cuando Andrés aún no la conocía, se quedaba desconcertado por su actitud reposada—¡con él, que se *dignaba* quererla!—, y al preguntarle si le quería, lamentándose de su silencio y de su aparente indiferencia, le contestó ella un día:

—Dime tú cuanto quieras..., pero no me preguntes nada. Cuanto más te quiero, menos sé decirlo y hay momentos en que ni puedo ni sé hablar. Todos los atributos de mi alma quedan en suspenso... menos la voluntad de quererte.

Andrés no la comprendió. Creyó que se trataba de un lirismo de histérica, y no volvió a interesarle la actitud pasional que Andrea adoptase. Una mujer que tan bien sabía sentir y con tanta perfección querer, halló su ilusión frustrada apenas concebida. ¡Pobre mujer que nada conocía del mundo por propia experiencia y que alimentaba sus temores con esas cuatro ideas vulgares que una imbécil tradición se encarga de difundir! Cuando el abandono de Andrés todavía no le había inspirado la indiferencia, transigía aún con las juergas celebradas con escándalo en los aristocráticos colmados sevillanos, pero se enardecía de indignación al anunciarle Andrés un viaje. Ella sabía que la guerra había acumulado en tierras de España un pestilente detritus social, constituído por tahures y meretrices que recrudecían la vida licenciosa que ya hacían los hombres de cualquier villorrio. Pero los temores de perder al marido para siempre llegaron a su límite el día que Andrés le anunció su primer viaje a París. En París—ella lo sabía—las mujeres eran seres siniestros que enloquecen a los hombres, sometiéndolos a las prácticas de un amor trágico. Y el estilete mortí-

fero del apache se le representaba, en los momentos de alucinación, como el arma homicida de su felicidad. Lo veía muy claro. Era un arma de aguijón dorado y de mango nacarino, adornado con vistosas escarapelas, que una de aquellas mujerotas clavaría en el pecho de Andrés, con la extraña habilidad de dejarle a él con vida, matando, o por lo menos malhiriendo, el escaso amor que a ella le tenía.

Más tarde despertó Andrea de estos sueños. No hubo estilete homicida. Nadie podía asesinar al nonato. Jamás amó Andrés a su mujer. Andrea llegó a convencerse de ello. Cuando tuvo la certeza, serenó su alma con el imperativo de los dictados de su dignidad. Lloró el fracaso sentimental de su alma; no la falta de amor de un hombre indigno de ser querido. No lamentó el desengaño sufrido. La entristeció la soledad en que había vivido su alma, aun en los tiempos de una felicidad mentida en que creyó ser dichosa. No clamaba por la pérdida de un hombre que nunca había sido suyo. Sus ojos llorosos y su alma anhelante buscaban a quien ofrecer toda la pasión que trascendía de su sér...

Luciano se dejó convencer por la oratoria capciosa de Andrés. Todo cuanto el jefe decía le parecía bien al subordinado. Puede afirmarse que hasta tenía sometida y subordinada la voluntad, cuando no protestaba de tan disparatados proyectos.

No atreviéndose Luciano a mirar directamente a Andrea, vagaba con la mirada incierta, como si se hallase en un antro y pretendiese buscar el rayo de luz que había de indicarle la salida del angustioso recinto. Y es que no podia mirarla a *ella* como se mira a las demás personas. Involuntariamente, la mirada dirigida a la Incomparable se convertía sucesivamente en admiración y éxtasis profundo. Para no mirarla tenía que recurrir al procedimiento de representársela cerebralmente y entonces, tan abstraido se quedaba, que todas las facultades de su alma las dedicaba a recrearse en la imagen maravillosa. También solía recurrir al procedimiento de coincidir con la mirada en los objetos o en las personas a quienes ella dirigía la vista, con la esperanza de que algún rayo de luz con los que ella habría iluminado lo que veía, viniese a herir sus ojos por reflexión... Su alma sensible no podía soportar la mirada de aquellos ojos de ensueño. Alguna vez, cuando estuvo muy lejos de ella, pensó con deleite en los dias felices en que podría verla, mirarla con todo recreo, saboreando la dicha de hallarse en su presencia. Ahora que el momento de tenerla delante habia llegado, su proximidad le causaba un dolor intensisimo...

Luciano estaba deseando quedarse solo. Halló un gran consuelo pudiendo dedicarse libremente a reflexionar ampliamente sobre

su dolor. En aquel momento, cuando aun hacía pocos segundos que se había despedido de Andrés, iluminado su cerebro por el poder del vivo resplandor que irradiaba de Andrea, se preguntaba si era verdad que acababa de verla, de oír su voz y de estrechar su mano. No recordaba nada. Estaría allí Andrea, indudablemente; pero él no la habría visto. Es más; no podría decir ni de qué color era su traje. Ya estaba arrepentido de haber aceptado el destino en Madrid. Comprendió claramente que ya no tendría un solo momento de tranquilidad. Nunca había sentido lo que experimentaba en presencia de esta mujer. ¿Por qué, Dios mío, por qué? Sus propias sensaciones le desconcertaron. ¿Tenía esta pasión algún *fundamento*? ¿Tuvo él con aquella mujer algún momento de intimidad que *justificase* la tendencia de su alma hacia ella? ¿Le dió ella el más leve *motivo* para fomentar en su pecho esta insensata pasión? ¿Había razón para que se enamorase tan absolutamente de aquella mujer, que debiera ser sagrada para él? No. Según él mismo acababa de fallar, no tenía esta pasión ni fundamento, ni justificación, ni motivo, ni razón; y, sin embargo, pese a todas las sinrazones, a todos los motivos y fundamentos, y contra toda lógica, y en oposición a cualquier derecho, era lo cierto, lo evidente, que el hecho se había producido y que allí, dentro de su pecho, había estallado la pasión que le inquietaba...

II

La novia eterna.

Carmita era la mujer que había nacido para novia. Para novia permanente e incondicional. Nunca pasaría en la vida de relación con los hombres de la categoría de novia. Con los privilegios de una veterana del amor que conoce todos los secretos para retener indefinidamente *al novio*, con todos los derechos adquiridos, gracias a sus dilatados servicios prestados, a ella le estaban permitidas licencias y atrevimientos que a las bisoñas le había negado la opinión. ¡Pobre benemérita del amor, que ponía tanto o más que la más amante esposa por complacer al novio de turno y que se quedaba sin derechos pasivos cuando su titular pedía la excedencia o se quedaba supernumerario! ¡Infeliz, eterna temporera, a la que sólo quedaba la platónica remuneración de la satisfacción interior del deber cumplido, y no otra recompensa honorífica, que la escandalosa tradición de las clamorosas y resonantes trompetas de la Fama!

Los hombres la buscaban, las amigas la compadecían, las madres la mostraban como ejemplo vivo de escarmiento; pero ella sonreía a cada burla, erguía la cabeza a la conmiseración y se enorgullecía del sistema cada vez que advertía el gesto de los demás. ¡La novia eterna! Pero no la novia eterna de un hombre, que no merece tal asiduidad un solo ejemplar; sino la eterna novia enamorada *del hombre*, por antonomasia. Ella escuchó el bisbeo de la murmuración, vió la rápida ojeada de malicia, sintió la punzante mirada de la procacidad, recogió con benévolo desprecio la piadosa opinión de los mejores, cuya interpretación más fiel era el apóstrofe que Luciano la dirigió en fecha memorable. A unos y a otros, a todos, malévolos, codiciosos, perversos y piadosos, les contestó de esta manera, también con réplica ideológica:

—«...Nadie me compadezca, ni se indigne demasiado, »ni me desprecie en absoluto, que aunque así lo creáis de »buena fe unos y otros, no es la cosa para tanto. A los »que me compadecen les diré que hago voluntariamente, »y de buen talante, el sacrificio del decoro de mi vida, »porque hallo una satisfacción compensadora presen»ciando el espectáculo del desfile de los hombres. De ex»periencia peligrosa califican algunos, cobardes y egoís»tas, la práctica a que me someto. Piensen en que no »es trivial mi investigación. Interesantes secretos poseo »del alma masculina, de sus inclinaciones, exigencias, »modos y costumbres, que pueden servir el día de ma»ñana para escribir un *Tratado completo de ciencia ama»toria*. Y recapaciten todos que siempre las investiga»ciones de la ciencia ocasionaron víctimas beneméritas »del progreso humano. No siempre han de ser las vícti»mas los indefensos roedores de Indias, ni los fieles ca»nes, ni los nobles caballos. Con frecuencia caen sobre »la mesa revestida del laboratorio los abnegados inves»tigadores. ¡Caiga yo, en buena hora, ya que me asigné »voluntariamente este glorioso destino. Está mi sacri»ficio impuesto por las propias condiciones del sujeto »objeto de mi estudio. Bien quisiera que mis explora»ciones analíticas se limitasen al procedimiento teórico, »pero es el hombre tan egoísta en su vida de relación, »que ni siquiera invocando los respetables fueros de la »Ciencia, se aviene a ser examinado sin examinar, a ser »diseccionado sin diseccionar y a ser conocido, en defi»nitiva, sin *conocer*. Así, pues, no hay inmunidad posible »para las pobres mujeres que, como yo, quieren averi-

»guar lo que tiene el hombre *dentro*. Simultáneamente, »y aun en la mayor parte de las ocasiones, averigua él »con prioridad los ámbitos más íntimos de la mártir »profesora de la ciencia amatoria. He resultado, como »tantas otras, la investigadora investigada. Pero mi sa»crificio no ha resultado estéril. ¡Vengan a mí las po»bres mujeres que quieran saber de todas las perfidias »de los hombres y podré mostrarles la verdad misma »de lo que desean saber, con las propias señales que »tanta perversidad dejó sobre mi sér al tiempo de ve»rificar la dolorosa averiguación!

»Sepan las que me desprecian, que debieran rectificar »su conducta para conmigo y la opinión despectiva que »de mí tienen, pues más que burla y mofa, loores merece »quien por la felicidad de los demás se sacrifica.

»Vengan a mí, a la descocada, liviana y cara-dura de »Carmita, las pobres mujeres que quieran saber de hom»bres. Yo les diré cómo hay que proceder con ellos, »según sean los caracteres que presenten. Yo les expli»caré cómo y de qué manera hay que *trabajar* con cada »uno de ellos y los reactivos que hay que emplear y »las observaciones que hay que hacer, según su grado »de ductilidad, dureza (de corazón o de cerebro), elas»ticidad, fragilidad, conductibilidad, adhesión (propiedad »que no debe confundirse con la adherencia). Yo les »daré todo un curso de examen organoléptico... que »suele ser de muy buenos resultados. El examen micros»cópico es muy conveniente... en ocasiones; a algunos »hay que mirarlos con lentes. Yo os diré cómo influye »sobre ellos la luz de vuestros ojos, el calor de vuestro »corazón, la electricidad de vuestros nervios... He for»mulado una nueva ley de atracciones y de repulsiones »eléctricas. La masa y la distancia actúan en cada caso »de manera distinta. Eso de haber querido formular una »ley uniforme es el mayor fracaso de la Ciencia. ¡La »masa! ¡La distancia! Si vosotras supierais, ¡oh mis des»preciativas congéneres!, la serie de experiencias curio»sas y luminosas a que ha dado lugar la consideración »de esos dos elementos de la mecánica racional del amor »experimental... ¡Venid, yo os haré revelaciones curio»sísimas sobre la psicología complicadísima de los hom»bres. Los hay sentimentales. Llegan a vosotras invadi»dos por una pasión tan violenta que les priva del uso »de la palabra. Os miran anhelantes, con los ojos fuera

»de las órbitas, suplicantes, desolados. No os hacen la »menor insinuación picaresca. El espectáculo es edifi»cante, consolador, de un alto valor poético y de un »grado sumo de pureza. Os basta la muda contempla»ción para conocer a ese hombre. No necesitáis hacer »uso de vuestros aparatos ni de vuestros reactivos. Es »como los cuerpos simples de la química. Todas le co»noceríais. Es el amor puro, con el sonido de sus pala»bras de oro, la irisación oriental de las perlas de sus »lágrimas, la tenacidad del hierro para sus afectos...
»Otros que hasta mí llegaron, fueron de muy peligroso »manejo. Toda mi maestría, que es mucha, para retar»dar el momento canalla, era insuficiente para destruir »su impaciencia. Ni amor, ni el más pequeño afecto no»ble. Aquí están representados los dos tipos extremos »de esa variadísima fauna amatoria...

»Bien quisiera no salirme del terreno puramente teo»rico que los que bien me quieren me aconsejaron en »alguna ocasión. Pero, ¿quién le va con teorías y liris»mos a los que vienen derechos al bulto, como se dice »en el lenguaje de la Tauromaquia?... ¡Creedme, por mi »averiado honor, para no verme obligada a ofreceros »demostraciones, testimonios y pruebas que aun deja»rían peor parada mi fama. Por este, mi maltrecho ho»nor, os digo que para algunos no bastan las prácticas »comunes y usuales del culto venusino que vienen a »cursar conmigo. Otros ritos y otras ceremonias piden »que me hacen dudar si jamás estuvieron consignados »en los clásicos cánones de la Diosa o son, sencillamente, »apuntes y empollaciones que la imaginación de los ofi»ciantes inventa.

»No pretendo vuestra gratitud, puesto que no com»prendéis mi sacrificio; pero hacedme merced, cuando »menos, de vuestra consideración, en gracia a que no voy »persiguiendo ni el lucro de las sacerdotisas ni el egoísta »bienestar de las esposas. A mí me basta el atesora»miento paulatino que voy haciendo de sabiduría, ya »que aspiro a dominar la materia por el procedimiento »que en términos de didáctica se llama *agotar el tema*.

»Dicen que mis experiencias sobre el caso presente, »que ocupa toda mi atención, se van prolongando ex»cesivamente. Vamos, que, como dice el vulgo, me es»toy durmiendo en la suerte. ¡Mentira! Eso dicen los »que no me conocen. ¡Yo no duermo ni descanso cuando

»de investigar y de estudiar se trata! ¿No recuerdan »ustedes el dicho, expresado en tono despectivo, de »aquella chulona que le decía a un pretendiente *inves-»tigador*: «¡Eso haría usted, *malage*, dormir!» Tenía ra-»zón la activa y abnegada hembra. ¿Quién piensa en »dormir cuando el recuerdo deleitoso del descubrimiento »científico nos eleva sobre los demás mortales, o cuando »el proyectado empleo de nuestros procedimientos esti-»mula la curiosidad del resultado de la próxima expe-»riencia? Ya saben ustedes la razón de por qué yo no »me dormiré jamás en estas lides científicas. ¿Que me »recreo e insisto en este *caso único*? ¿Para qué voy a »negarlo? Pero no se impaciente nadie. Cuando el ejem-»plar que tengo entre manos haya dado de sí todo »cuanto mi curiosidad le pida, ya me veréis abrir la »ventana de mi laboratorio y arrojarle al arroyo como »hez inservible, sin gota de jugo, ni pizca de interés.

»Esto me conduce como de la mano a destruir una ver-»sión que corre por ahí de boca en boca. Dicen algunos »que son los ejemplares los que me abandonan cuando »las manipulaciones a que los somete mi investigación »les aburren. ¿Qué saben ellos? Soy yo la que los dejo »cuando han perdido todo interés clínico para mí. ¿Qué »van ellos a decir? ¿Cómo es posible que confiese ningún »hombre que carece de interés..., con lo interesados que »todos están en dejar mal a las mujeres, aunque se »trate de una tan grandísima investigadora como yo?

»Los hombres vienen. No se les llama. Y si se les llama, »sólo acude el que quiere. Se van si no se les retiene, »y aun cuando se les retenga, cuando quieren, escapan.

»Una última razón bastará para convenceros. Dicen que »he llegado con el ejemplar actual a extremos que no »he empleado con ningún otro. Puede que tengan ra-»zón los que han observado el hecho. Pero no es menos »cierto que más denigrante y depresivo será para el »rango del hombre el procedimiento más minucioso. ¿Por »qué, entonces, no se va de mi gabinete de trabajo? Y, »¡cuidado que esto no es un humorismo más!, sino hecho » real. Todo el mundo se halla indignado con los proce-»dimientos que sigo para retenerle, y nadie, en cambio, »se escandaliza porque él acepte mis prácticas, que de-»jan su alma al desnudo, sin un mal pingajo de pudor »que cubra sus vergüenzas. ¡Esa es la Humanidad! ¡¡Al-»gún día hará justicia la Posteridad a mi sacrificio!!»

Este desconcertante discurso destruye la malévola versión que se cernía sobre la pobre Carmita. ¿Quién conoce el secreto designio de los pobres seres que como ella pululan por el mundo sacrificando su honra, tal vez para salvar la de los demás? ¿Y es que por ser ellos los sacrificados no han de merecer todos nuestros respetos? ¿Es que no han de tener las gentes conmiseración para los tristes seres deshonrados por no sabemos qué altísimos mandatos? Sólo por representar la imagen viva del escarmiento merecen todo nuestro acatamiento, aunque no sea más que por la útil representación que en este mundo ostentan. Hacemos este llamamiento a la comprensión de las gentes para que nadie comente con escandalosos apóstrofes lo que sólo merece sesudo comentario y reflexivo estudio. Tal vez sea el espectáculo que dan los malos, los equivocados (los anormales, mejor dicho), una manifestación de disciplinas ocultas.

Carmiña, mujer precoz como buena meridional, también lo fué para el amor, que presentía, cuando se sér aún no era apto para las extrañas sensaciones que en su sér se iban manifestando. A los trece años ya tenía un hecho de armas anotado en su hoja de servicios por la maledicencia. Había ingresado en el voluntariado por imposiciones de su entusiasmo. Le proporcionó a su primer novio un llavín de su casa. Cuando Carmita y su novio se encontraron frente a frente en el recibidor tenebroso de su casa, apenas sabían con qué fin habían mancillado el sagrado recinto de su hogar. A partir de aquella fecha, las madres escrupulosas apartaron de ella a sus hijas. En otra ocasión, en que se celebraba una jira campestre, Carmita había estado perdida por el bosque horas y horas, habiendo resultado inútiles los gritos que su madre y las amigas dieron para llamarla. ¡Qué trágicamente sonaba su nombre, proferido a los cuatro vientos! ¡Carmita! ¡¡Carmitaaa!! ¡¡¡Caarmiiitaaa!!!, gritaban sus *amigas*, con voz chillona, intentando vengarse, evidenciando su ausencia. Así gritaban también los chicos, alguno de ellos despreciado por la precoz niña pasional.

—No la llaméis. Dejadlos que *la gocen*—añadían algunos en son de chunga.

—En el bosque es fácil perderse.

—No se apure usted, doña Luz, que ya ha ido a buscarla Manrique...

Efectivamente, Manrique faltaba también...

Cuando Carmita se hizo una mujer, parecía haberse modificado, y estando lejana su escandalosa época de adolescente desgarrada, fué reconquistando a sus antiguas amigas, gracias a su natural gracejo y al divertido desenfado con que amenizaba sus íntimas entrevistas. Es más; puede decirse que nunca huyeron de ella las

amiguitas por espontánea repulsión que les inspirase la valiente y aguerrida Carmita. Era muy frecuente que las muchachas pretextaran una visita a casa de cualquiera otra amiga y que encaminasen sus pasos a la de Carmita, para evitar la amonestación maternal. ¿Qué tendrán estas muchachas aventajadas en el descoco y en la picardía, que tanto atraen, incluso a las más timoratas? ¿Qué don especial será el suyo para agradar a formales y a livianas, a jóvenes y a decrépitos? La sal del mundo tenía Carmita para relatar cualquier sucedido y para sacarle punta, como vulgarmente se dice, y para deducir del mismo mil consecuencias chistosísimas. Además tenía la niña una escuela especial para captarse la benevolencia de todos. En una palabra: sabía ser mala y que la gente se lo agradeciese, en gracia a ia amenidad que sus picardías ofrecían para romper la monotonía de la vida. Infelices los que no tienen el arte de la maldad. Son esos que no inspiran más que repulsión y desprecio. A esos no los perdona nunca la sociedad. A Carmita y a sus congéneres, sí. Cuando las amigas se contaban al oído la última travesura de Carmita, el comentario era: «Pues, ¿sabes que tiene gracia?» Y se tumbaban de risa sobre el sofá o sobre las butacas, o por lo menos gravitaban unas sobre otras con divertido retozo. Ya vemos que Carmita tenía el privilegio de hacer pasar por gracias y travesuras lo que cometido por otras infelices eran verdaderas inmoralidades. Es decir, que logró ingresar en esa feliz cofradía de «los que tienen cosas». Y ya se sabía, cuando Carmita hacía una de las suyas, la gente decía, sin darle importancia, como si se tratase de la última travesura del hijo predilecto: «Cosas de Carmita.»

Su arte de la picardía, puesto a contribución para revestir con decoroso ropaje sus libertades; la gracia con que adobaba sus travesuras, la simpatía que a todos inspiraba, la experiencia que iba adquiriendo de la vida y, como consecuencia de ésta, la aparente conducta honrada que observaba, todo ello, unido al pánico que a todos inspiraba la lengua viperina de doña Luz, hicieron el milagro de que Carmita fuese readmitida en el círculo de relaciones que antes frecuentaba. Y cuando alguna señora intransigente preguntaba a cualquier amiga: «¿Pero tratan ustedes a Carmita?» «¿Por qué no?» era la respuesta. «No es mala Carmita. Presume de una inmoralidad que no tiene. Es una loca, mejor que muchísimas otras que alardean de santitas. Se ven *hoy en día* unas cosas que... Si fuésemos a creer todo lo que nos dicen... ¡Bueno está el mundo para que nadie fuese ahora a fijarse en cuatro ingeniosidades de una muchacha de carácter franco y de semblante risueño, pero sin pizca de maldad ni de malicia!» También contribuyó a disculpar el pasado de Carmita su noviazgo con Luciano. La fama

de serio y de formal que éste disfrutaba la pusieron al amparo de los ditirambos maliciosos que aún la dirigían los más reacios en admitirla entre sus relaciones. No ignoraba Luciano los antecedentes de su novia, antes bien, los conocía con prolijidad de detalles. Pero por un quijotesco prurito de regenerador, la hizo su novia, pensando honradamente en modificar su carácter y en moldear su voluntad para que sólo quisiese el bien y la belleza. Una vez conseguido su empeño, podría vanagloriarse en haber convertido a una muchacha liviana en una mujer honrada, y entonces podría rematar su obra casándose con ella. A tanto llegaba la buena fe y el buen deseo de Luciano. Siempre creyó que son los hombres los que hacen buenas o malas a las mujeres, y por esta razón quiso erigirse en redentor de Carmita. Pero ya sabemos que ésta no le dejó actuar como tal. Tanto ella como la madre creyeron que, una vez disipada la ola negra de su mala fama, acudirían los hombres como moscas al olorcillo de aquel picante atractivo que tenía la chica. Pero no ocurrió así. Carmita iba observando, con sorpresa, que ni sus miradas sostenidas, ni su palabrería insinuante, ni sus preferencias estudiadas por determinado muchacho, causaban el efecto supuesto. Su travesura se embotaba contra una generación de muchachos todo corrección y todo seriedad. Pues con los perdidos, que de seguro le habrían hecho cara, con esos nada quería, por temor a volver a las andadas, o sea al mal concepto, que la volvería a separar de sus amigas y puede que ahora fuese para siempre. Parecía que muchachos y muchachas obedecían a una consigna, pues resultaba que era amiga de todos e íntima de ninguno.

Poco a poco se fueron apagando sus risas y sus dicterios licenciosos en el vacío que le iba haciendo una generación de hombres más educados o más egoístas que aquellos otros que fomentaban sus procacidades para luego aprovecharlas en su beneficio particular. Esta fué una etapa de tranquilidad en la vida moral de Carmita. Los muchachos que seguía tratando eran precavidos, formalotes, fríos, serenos, calculistas. Unos jóvenes que parecían viejos; de esos que miran a las muchachas con los ojos brillantes y la boca contraída por el deseo, pero que no se aventuran a mayores atrevimientos porque prefieren divertirse sin comprometerse...

Carmita era honrada a la fuerza. No tenía ocasión de ser mala. Ni a esto tienen derecho las mujeres cuando los hombres no quieren. Protestamos de esta tiranía varonil en nombre de nuestro acendrado feminismo. Carmita comprendió, cuando quedó abandonada por los hombres, que sólo uno de ellos pudo hacerla buena. Pero no quiso ella. Recordemos la elevadísima misión que ella creía tener... Así, pues, se erigió, obedeciendo a elevadísimos y

misteriosos designios, en investigadora de los más complejos problemas a que da lugar el estudio del hombre... Hacemos notar el hecho para que la humanidad femenina agradezca a Carmita, en todo cuanto vale, su abnegado proceder. Pudo ser feliz y no lo fué en obsequio a sus dolientes congéneres, que esperaban de ella y de otras, tan abnegadas como ella, la completa disección del sér opuesto, del enemigo común, del desalmado, que era su verdugo permanente. Luciano, que procedía siempre en caballero, sintió la abnegación de dedicarse a remediar el deshonor en que vivía aquella muchacha, pero no permitió ella que cumpliese el benemérito proyecto. Y Luciano se alejó con pena de aquella pobre muchacha que tenía la vana pretensión de enloquecer a los hombres, cuando lo más que conseguía era congestionarlos un poco. También sabemos que pasó después la eterna novia por muchas manos, y hasta por muchos brazos, llegando al final de esta trayectoria dolorosa a la meta deplorable de una aspiración insana. Quiso ser un tipo representativo, y lo fué. *La novia eterna del hombre...*, porque cada uno de los que con ella tuvieron amores era un concepto partitivo de la unidad. Tal vez con todos los defectos y perfecciones de todos aquellos que pasaron por su reja pudiera hacerse *un hombre...* ¡Con qué deleite escuchaba ella las primeras manifestaciones del humano egoísmo! ¡Con qué secreta alegría observaba todos sus movimientos y sus insinuaciones y sus exigencias y sus renunciaciones y sus codicias y sus gestos y sus muecas plebeyas! ¡Qué lecciones de ciencia humana experimental tomó de manos de la propia descarnada realidad! ¡Qué sabor tan amargo dejaban en su paladar algunas de aquellas experiencias! ¡Qué dulce embeleso dejaron otras en su alma, en cambio! Pero siempre tuvo el talento, para no despreciar con odio ni agradecer con amor, de considerar que la satisfacción parcial de un anhelo o la perfidia limitada inferida a un sentimiento, venía de un elemento de aquella totalidad. No amaba, no odiaba a aquel *hombre determinado*, sino a la *unidad hombre*. ¡Qué hermoso es el hombre en ti encarnado!, le decía a alguno. ¡Qué aborrecible sería el hombre si ostentase el color uniforme de esta negrura de tu alma! Y ninguno de ellos le entendía claramente.

Cuando Luciano preguntó por Carmita le contestaron que hacía algunos meses se había puesto en relaciones con un Capitán de Artillería. La infatigable investigadora volvía al *trabajo*. Bien ganado tenía el descanso de que disfrutaba, pero alguien dispuso que no cesara en su humanitaria *faena*. ¡Bien sabe Dios que no tuvo la culpa ella! Muy tranquila se hallaba haciendo recopilación de cuantos datos, apuntes y experiencias había adquirido durante su vida, cuando un *pedazo de hombre* como un castillo (nunca mejor deno-

minado que ahora, para ponerlo en consonancia con la peregrina teoría de Carmita), con dos bombas alegóricas en el cuello del uniforme y una marchosidad desconcertante, vino a sacarla de su sosegado retiro. Y volvió la pobre muchacha a estar en candelero. Y vuelta la incomprensión humana a zaherirla sin compasión, cerril con su tozudez de no querer advertir que lo que las amigas entrañables llamaban «volver a las andadas» no era más que un recrudecimiento de aquella morbosa afición que la pobre tenía a sacrificarse por los demás.

Luciano vió a los novios en un cine de Sevilla. El oficial acompañaba a Carmita con el capote puesto, y hay que ver las chacotas a que dió lugar esta inocente precaución del militar contra un posible resfriado, en un clima tan traidor como el de la citada capital andaluza. Aquel oficial se sostenía más tiempo que ningún otro en aquella *posición*, donde parecía hallarse muy a su gusto, a juzgar por la constante afición que le demostraba a Carmita. En cambio, decían otros que era la pobre equivocada—¡qué sabían ellos!—la que retenía al oficial con sus muchos atractivos y con sus apetitosas maniobras y que la infeliz sufría toda clase de humillaciones y de desprecios con paciencia benedictina, con tal de retener a su vera a aquel descontentadizo, que se quejaba de vicio, ya que muchos sabían que, aparte de las inocentes concesiones que ella le había hecho, y que eran el A B C de sus métodos de investigación, había llegado con este novio a límites inconcebibles en el empleo de exquisitos modos que convertían en un pasatiempo placentero las áridas prácticas del estudio. Pero ni por esas. Según los mejor informados, el militar no sabía agradecer como lo merecían, las bondades que Carmita tenía para él. ¡Pobre Carmita! No limitaba su complacencia para el novio a aquellas prácticas sabrosísimas con que sabía amenizarle las veladas al ingrato, que sólo desplantes y desvíos tenía para ella. Se iba informando oportunamente de sus gustos y preferencias, y de acuerdo con unos y otras, le endulzaba la vida cuanto podía, enviándole por el asistente riquísimos platos de postre confeccionados por sus lindas manos. Casi a diario salían de casa de Carmita para la de su novio flanes, cremas y otras golosinas en ricas bandejas de plata cubiertas con primorosos paños guarnecidos de finos encajes. En otras ocasiones eran sabrosos guisos, que aun llegaban humeantes a la mesa de la casa de huéspedes donde el artillero se hospedaba. Puede decirse que la destreza culinaria de Carmita rivalizaba con su habilidad de amante complaciente y apasionada. El artillero se dejaba querer y obsequiar... La actividad complaciente de Carmita no tenía límites. Acabó por repasarle la ropa interior y hasta por confeccionársela. Le hizo, por vía de

ensayo, un par de *pyjamas* de sedas listadas, con los cuales se paseaba el brillante oficial por toda la casa, proclamando la procedencia de las fastuosas prendas y haciendo mofa de las asiduidades oficiosas de su víctima. Había que oír los comentarios: «¿Le había tomado ella las medidas?», le preguntaban unos. «Eso ya es meterse en interioridades», decían otros.

III

Ingratitud.

Eran muy frecuentes los disgustos entre los novios. Haciendo él, a veces, gala de una falsa dignidad, recriminaba a la infeliz:

—Mira, Carmita, me estás poniendo en ridículo. Me vas a hacer el favor de no volver a mandar nada a la fonda.

—Hombre, no volveré a hacerlo; pero quedaste conforme, y para eso me mandaste al asistente.

—Sí, tienes razón. Tengo yo la culpa, por dejarme convidar. Pero, descuida, que no volverás a tener que reprochármelo. No vuelvas a ofrecerme nada y no me veré obligado a aceptar por delicadeza, por consideración. Consideración y delicadeza que tú no comprendes, puesto que me haces culpable de un sistema poco digno para mí, con el que quiero terminar.

—No te culpo de nada, Eduardo. No hago más que recordarte que quedamos de acuerdo en una cosa que ahora me reprochas.

—Nada te reprocho. Yo solo tengo la culpa de lo que pasa.

—Eso no es verdad—dijo la triste, casi con lágrimas en los ojos—. La culpa la tengo yo, por quererte como te quiero. Se me figura a mí, ¿sabes tú?, que nada de lo que hagamos los dos está mal. Y como te quiero y tengo mucha confianza en ti, porque creo que puedo tenerla, es por lo que procedo contigo... en la forma que lo hago.

—Sí; pero eso, Carmita, tiene que terminar, debe terminar—dijo exasperado Eduardo, que se revolvía como un energúmeno siempre que se veía cogido por las reposadas y amables razones de su novia.

—Pero, ¿por qué debe terminar?

—Porque sí, porque yo me conozco y tengo un carácter violento que no puede hacer feliz a ninguna mujer.

—Eso es cuenta mía. A mí me gustas como eres.

—Eso dices ahora. Pero es porque no me conoces bien. Yo no

debo, no quiero engañarte. Y es preciso que terminemos antes que nos interesemos más.

—Pues para terminar no merecía la pena haber empezado.

—Eso digo yo.

—Pero no fuí yo a buscarte.

—Ni yo te puse un revólver al pecho.

—Tienes razón. Tú pedías y yo pude negarme. Pero no fuí capaz; no tuve valor para resistir a tus ruegos... Pero mira, Eduardo, no nos atormentemos inútilmente. Ya ves que no te culpo de nada. Sólo yo soy responsable de lo que ocurre entre nosotros, por haberte querido como te quise y como te quiero. Sin recato, sin límites, sin preocupaciones, sin recelos ni temores...

—Es que yo no puedo tolerar que continúe este estado de cosas, que a mí me denigra. Soy yo el que no debo tolerar esta locura que nos ha hecho llegar a extremos vergonzosos para los dos. A mí, ¡para qué negarlo!, me halaga sobremanera que me quieras de ese modo extremoso y apasionado; pero es que yo no debo aceptar por más tiempo esas caricias.

—Es que yo hubiera terminado por ofrecértelas, aunque tú no las hubieses pedido.

—Es que padece tu honor.

—¿Y si a mí no me preocupa, qué puede inquietarte a ti?

—¿Y mi conciencia?

—No eres responsable. Vive tranquilo. No me pidas nada. Yo te seguiré queriendo de igual manera. Duerme tranquilo. Yo me condenaré por los dos. Arrostraré tus inquietudes y las mías, pediré que caiga sobre mí la sanción de tus pecados y de los míos. Yo te declaro exento de responsabilidad moral y criminal... Seré víctima y verdugo a un tiempo mismo. Que no te desvelen esos temores..., pero no me abandones ahora, después de tanto tiempo, al fin de tanta intimidad, al cabo de tanto sacrificio por mi parte...

—No es abandono, Carmita. Es, sencillamente, sinceridad. Yo no podré hacerte feliz nunca.

—Pero no me hagas desgraciada, dejándome ahora.

—Además, yo no puedo casarme. No soy rico y no tengo más que mi carrera, y eso bien sabes que no es bastante.

—Pero si yo no te pido nada, ni siquiera que te cases conmigo' No te pido más que no me dejes...

—No quiero tampoco que me mandes cosas de comer a la fonda. Se burlan de ti y de mí. Dicen que es un descrédito para la casa y que ninguno de los pupilos que allí ha habido necesitó sobrealimentación y que lo que me das por un lado me lo debes quitar a disgustos por otro, porque no se me ve engordar.

—Está bien; no te mandaré cosas de comer.

—Tampoco quiero que me repases la ropa ni que me hagas *pyjamas*. Me pones en ridículo con tus amabilidades.

—Sea como lo quieres. No volveré a componerte las camisas ni a zurcirte los pantalones... ¿Qué más quieres?

—Que no me quieras.

—Eso ya no puede ser. A todo renunciaré menos a eso. (Y añadió Carmita, después de una pausa durante la cual se comió materialmente con los ojos a Eduardo.) ¿Verdad que tú no me quieres dejar?

—Carmita...

—Eduardo... ¿Verdad que tú me quieres..., a tu manera..., pero me quieres?

—Sí, Carmita. Anda, bésame... No; así, no. Así, tampoco...

—¿Pues cómo?

—Ya lo sabes, gitana.

—Yo no sé nada.

—Sí que lo sabes.

—¿Cómo, ladrón, así?

—Así, así...

Y la caricia hábil, maestra, vino a disipar la nebulosa frente del descontentadizo novio.

A los pocos días volvió a reanudarse la nutritiva relación entre los novios. Y volvió el asistente a ser el portador de los bizcochos y merengadas que Carmita seguía elaborando con ayuda de su buen libro de cocina, para enojo de las patronas de Eduardo y burla de sus compañeros de pupilaje. Y otra vez el saquito de la ropa blanca cursó la conocida trayectoria... Muchas veces sintió efectos contraproducentes el arte culinario de Carmita, puesto que en vez de gratitud, halló reproches y acritudes su destreza reposteril. Reñían los novios y hacían las paces con frecuencia desesperante para la incondicional solicitud de Carmita, y en ocasiones ni siquiera la dilatada sesión de cine, en la que se proyectaba uno de esos *films* americanos de largo metraje, era suficiente para disipar el crónico malhumor de Eduardo. Entre riñas y reconciliaciones se deslizaba la vida de aquellos dos novios eternos. Por miedo a perder Carmita la última esperanza de casorio, según unos. Por temor al qué dirán, según otros. Por culto acendrado a la sacrosanta misión de abnegada investigadora, según nosotros. Todos los recursos de la Ciencia agotaba la chica con aquel ejemplar raro, todos los secretos procedimientos de una disciplina que todo el mundo cree dominar, pero que se oculta a la visión vulgar como ninguna... Sólo los iniciados en las consabidas investigaciones podían apreciar los esfuerzos inauditos y los recursos heroicos que Carmita empleaba en su afán de descubrir la ley que podría for-

mular el principio fundamental que arrancaría de las entrañas de aquel *caso* extraordinario, para escarmiento y enseñanza de la humanidad amorosa doliente. ¿Pero es que tan ciega estaba la gente que no lo advertía? ¿Qué más podía ofrecer aquella desdichada en holocausto del saber amoroso? Nada tenía ya que sacrificar ante las exigencias de aquel déspota. ¿Es que podría alguien suponer, dado el estado adelantadísimo y floreciente de la experimentación practicada por la abnegada doctora, que iba ella a interrumpir las prácticas dolorosas a que la había obligado el caso rebelde, sólo por el hecho de que ya era todo conocido y experimentado? Así pensarían los que no conociesen el temple espiritual de Carmita y su resistencia física. ¡Quién sabe todavía qué recursos emplearía ella hasta abandonar definitivamente las posiciones en que se batía desesperadamente y casi sin armas ni municiones...

Por el interés que le inspiraba la pobre Carmita, la equivocada, la suicida, preguntó Luciano por ella, y por boca de diferentes personas conoció toda la triste realidad de aquellos amores infortunados. Hubiera dado Luciano algo bueno por tener poder para disuadirla de continuar por aquel camino que la infeliz había tomado. La recordaba con amor todavía..., con un sentimiento dulce y tranquilo igual al que inspiran esos amigos de los años de nuestra infancia con los cuales reñimos un día por cualquier bagatela. Luciano se preguntaba si sería oportuno que hablase a Carmita para intentar sacarla de la difícil situación en que la insensata se había colocado. Pero, ¿tenía él algún derecho a hacerlo? Y aunque así fuese, ¿sería de alguna eficacia su intervención? Muchas veces rechazó éste la idea y otras tantas volvió a invadirle el cerebro. Era Luciano de los que hacían las cosas por deber, aunque tuviese que arrostrar disgustos y responsabilidades. Consideraba a Carmita como algo suyo y no quería eludir la obligación en que se hallaba de sacarla del error y, más aún, de la abyección en que estaba sumida. La casualidad hizo que Luciano se decidiese a hablar con su antigua novia. Siempre que iba a Sevilla tenía por costumbre hacer una visita a Lolita Arenas, la amiga de la infancia de Carmita, Rosarito y Luciano. Fué, como otras veces, a visitarla. Lolita Arenas era una de esas muchachas que son bondadosas sin abnegación, afectuosas sin vehemencia; era correcta, cumplida, amable, discreta. Se producía bien con la gente, más que para agradar a los demás con sus bondades, para estar a bien con su conciencia. Sólo dormía tranquila el día que no había omitido un saludo ni había hecho ninguna inconveniencia, aunque fuese involuntaria... Lolita Arenas quería a muy pocas personas, pero con todo el mundo cumplía. «Ayer no me despedí de ti, Elenita», le decía a una amiga, por ejemplo. Y si Elenita le agradecía la

explicación con un apretado beso, Lolita Arenas recobraba la calma, sonreía satisfecha y respiraba tranquila. A casa de Lolita se encaminó una de aquellas tardes Luciano. No podía faltarse a quien era tan fiel guardadora de los cultos de la amistad. Apenas Lolita le echó la vista encima a Luciano, le dijo:

—Supongo, Luciano, que no me guardarás rencor.

—¿Y por qué?

—Por no haberte contestado a aquella postal que me enviaste desde el Havre, a fines de Diciembre.

—¡Qué tontería!

—No sabía adónde contestarte. Tampoco me lo supo decir tu hermana, a quien pregunté.

—¿Pero de veras te ha preocupado eso?

—No lo sabes tú bien. Puedo decir que hasta hoy no he estado tranquila. ¿Es de veras que me perdonas?

—No hace falta; pero si te empeñas, te perdono de corazón.

—¡Ay, respiro! ¿A que no sabes a quién espero para pasar la tarde conmigo?

—Tú dirás.

—A Carmita. Te lo advierto por si no te gusta encontrarte con ella.

—Me es indiferente.

—Ella, sí. Pero encontrarte aquí con ella, te gusta.

—Mujer...

—Nada; lo dicho. Te gusta. Es la coquetería de los novios reñidos: encontrarse.

—Según. Pero no olvides que Carmita me dejó a mí.

—No importa.

—Además, ella tiene novio y yo... no tengo novia. Mi situación es más desairada. Yo no soy más que *el hombre que tuvo una novia.*

—Es que tú no sabes el valor emocional que tiene para las muchachas el historial de los hombres.

—No lo sé. Y en este caso puedo asegurarte que no tengo el menor interés en presentarme delante de Carmita. Me preocupa su porvenir, aunque ella no lo crea ni lo agradezca.

Llegó Carmita. Lolita Arenas era muy buena y muy piadosa, y creyó—y cualquiera en su caso lo hubiera creído—que Luciano sabía que Carmita tenía anunciada su visita. Apenas entró Carmita y saludó, echó algo de menos, y sin sentarse, exclamó:

—¿Y Abd-el-Krim?

—No sé, hija. Pues creo que en Annual—contestó riendo Lolita.

—¿Pero quién es Abd-el-Krim?

—Pues el perro policía de mi novio, que no sólo es un perro, sino también un *detective* con la mar de nariz. Por ahí dicen que

Eduardo le ha traspasado la novia a su perro, fundándose en que ahora me tiene un poco abandonada; pero no hagan ustedes caso de dichos. ¿Quieres mirar si se ha quedado a la puerta?

—Ahora mismo—dijo Lolita, dejándolos solos.

—Qué casualidad, Luciano, ésta de encontrarnos nosotros.

—A mí no me lo parece.

—¿Y por qué?

—Porque pensaba buscarte para hablarte. Te presentía...

—¿A mí?

—A ti.

—¿Y qué es lo que tú tienes que decirme a mí?

—Pues... que dejes ese novio que tienes.

—¡Ay qué gracia! ¿Es que has pensado en reconquistarme?

—No. Si no supe retenerte, ¿cómo voy a lograr reconquistarte?

—Entonces, ¿qué puede interesarte que yo deje a mi novio?

—Ya ves. Lirismos míos.

—Ya veo que eres el de siempre.

—Y orgulloso de mi manera de ser.

—Y si yo te dijese que soy feliz ahora.

—No lo creería.

—¿Por qué? ¿Porque no eres tú mi novio?

—No. Porque es él.

—Pues eso es peor que lo que yo pensaba. Eso ya no es orgullo tuyo: es ofensa para él.

—No trato de ofender a un hombre ausente.

—Pues lo parece.

—Te debiera bastar mi palabra. Además, te consta que cuando quiero ofender a un hombre, le busco. Sólo trato de defenderte. Tú no sabes lo que va diciendo ese hombre de ti.

—Todo lo sé. Que no sabe cómo deshacerse de mí, que va a pedir el traslado, que hace de mí lo que quiere... Pero si ya no es un secreto eso para nadie. Pero si mi nombre anda por las paredes y mi honra por el suelo..., pero si lo sé.

—¿Qué pretendes, entonces?

—Casarme con él.

—¿Y si no lo consigues?

—¿Es que te ibas tú a casar conmigo?

—No lo querrías tú.

—Ni tú tampoco. Y desengáñate, Luciano, la única manera eficaz de interponerse en la vida de una mujer es arriesgando algo grande por ella. Lo demás es... eso que tú has dicho antes...: lirismo puro.

No se habían entendido. No era fácil. No fué, sin embargo, infructuosa la entrevista. Luciano recordó siempre una de las frases

de Carmita, que era todo un programa sentimental. «La única manera eficaz de interponerse en la vida de una mujer es arriesgando algo grande por ella.»

No obstante la actitud gallarda de Carmita, le entristeció pensar en la pobre equivocada, que se acogía al refugio de la última amiga que le quedaba: la pobre Lolita Arenas, que dormiría aquella noche de un tirón, después de haber aguantado en su casa a la escandalosa Carmita y al perro-lobo del artillero, que le hizo dos o tres fechorías.

Todos descansaban ya aquella noche, pensando cada cual en *su problema*. Creemos nosotros que cuando la insensibilidad del sueño va apoderándose de los seres y humillando sus rebeldías, van quedando despiertas, resistiendo el dominio de la noche, las que alientan pasiones más vehementes, creencias más arraigadas... Sólo quedaban en vigilia dos seres...

Decía el alma de Luciano:

> «... Te separaste de *mi método*, que era de un clasi»cismo puro y de una sana doctrina, para explorar otros »campos peligrosos del alto saber amatorio, cuyas prác»ticas experimentales te habrán de costar, seguramente, »muchas amarguras...»

Y el alma de Carmita replicaba:

> «... De experiencia peligrosa califican algunos, cobar»des y egoístas, la práctica a que me someto. Piensen »en que no es trivial mi investigación. Interesantes se»cretos poseo del alma masculina, de sus inclinaciones, »exigencias, modos y costumbres, que pueden servir el »día de mañana para escribir un Tratado Completo de »Ciencia Amatoria. Y recapaciten todos que siempre las »investigaciones de la Ciencia ocasionaron víctimas be»neméritas del progreso humano...»

LUCIANO No es el amor ciencia experimental, ciertamente.

CARMITA Bien quisiera que mis exploraciones analíticas se limitasen al procedimiento teórico, pero es el hombre tan egoísta que ni siquiera invocando los respetables fueros de la Ciencia se aviene a ser examinado sin examinar, a ser diseccionado sin diseccionar y a ser conocido, en definitiva, sin *conocer*. Así, pues, no hay inmunidad posible para las pobres mujeres que, como yo, quieren averiguar lo que tiene el hombre *dentro*.

LUCIANO Me quedo con mi sistema...

CARMITA Pero mi sacrificio no ha resultado estéril. ¡Vengan a mí las pobres mujeres que quieran saber de todas las perfidias de los hom...

El viento fortísimo que aquella noche reinaba, no nos permitió oír íntegro el diálogo doloroso que aquellas dos almas tan distintas sostuvieron.

IV

Crisis dolorosa.

Andrés había marchado a Madrid. Luciano asistía diariamente al despacho. Buscaba en el trabajo alivio para sus tribulaciones. Si se hubiera dejado dominar por su abatimiento moral, éste le hubiera reducido al aislamiento y al dolor. Pero se defendería. No se dejaría vencer tan fácilmente. La vida es un poco triste, pero hay que vivirla. El era fuerte de espíritu y de cuerpo y toda su vigorosa personalidad se rebeló cuando se advirtió medroso y cobarde.

Se sentía enfermo. Por lo menos, débil. En sus relaciones con Carmita no encontró eco para sus dulces acentos, no halló estímulo para sus nobles ideales. Esto le hizo sufrir mucho. Y ahora, torturado por el amor que Andrea le inspiraba, aún se consideraba más desdichado y se hallaba más triste. Le invadía una tristeza tan horrenda que sólo llorando se consolaba. Son las lágrimas del hombre que llora con sincero dolor de corazón tan reparadoras, tan dulces, tan renovadoras; alientan tanto el ánimo para la lucha, purifican el alma de tal manera, que no hay consuelo ni alivio mayor que un copioso llanto. A otro consuelo recurrió. Al ejercicio físico, a la gimnasia, que estimula la circulación de la sangre y tonifica los músculos y es una gran fuente de optimismo, de poder moral, de alegría... Lo tenía decidido. No se dejaría vencer.

El recuerdo del compromiso contraído, que le obligaría a cambiar totalmente el régimen de su vida acostumbrada, alentó más sus propósitos y le hizo presentir un tenue resplandor lejanísimo, que sería la Aurora de la próxima etapa de su vida. Viviría. Lucharía. En alguna ocasión, el recuerdo de Andrea, a quien tendría muy cerca, cuando desempeñase el nuevo destino, le indujo a renunciarlo. Ahora se avergonzaba de haber sentido tan pueriles cobardías. Viviría la vida; *la suya*, lo que Dios le decretase...

A los quince días de la marcha de Andrés, recibió Luciano un telegramo de aquél en el que le decía que saliese en el primer rápido acompañando a su mujer y sus hijos.

Aquella misma mañana se presentó Andrea en el despacho y le entregó a Luciano otro telegrama de Andrés, redactado en análogos términos. Convinieron los detalles del viaje y no volvieron a verse hasta el momento de la marcha, en la estación. Durante el día fueron en el mismo departamento. Luciano, aparentando una naturalidad que estaba muy lejos de sentir, atendía con gran solicitud las menores indicaciones de Andrea. Los hijos de ésta parecían ir complacidísimos en compañía de Luciano. Tenía éste para los niños un poder de atracción tan grande que se captaba su voluntad apenas iniciado el trato. A las dos horas de viaje jugaban con él como con el más antiguo conocido.

Luciano observaba la prudencia de no mirar a Andrea cuando ésta podía advertirlo. Dos o tres veces le sorprendió ella, sin embargo, en una muda y extasiada contemplación, que su vehemencia no supo evitar; pero, o aquella angelical mujer no lo advirtió, o, de lo contrario, no se creyó ofendida. Se limitó a cambiar de lugar su mirada serena con la misma graciosa naturalidad que un pajarillo cualquiera volaría a posarse en otra rama. Luciano, creyendo haberla inferido una gran ofensa, se abstuvo en lo sucesivo de mirarla y sólo lo hizo cuando tuvo que hablarla, procurando negar con una mirada tranquila e indiferente, la intranquilidad y el infierno que había en su pecho.

Luciano estaba satisfecho con su nuevo cargo. Allí tenía ocasión de poder lucir sus conocimientos técnicos sobre la navegación y los que había adquirido con el estudio de la geografía comercial del mundo, a la que era tan aficionado. Pronto tuvo que hacerse cargo de todos los asuntos de la Casa. A los pocos meses de vivir Andrés en Madrid hizo crisis su tendencia centralista, y una furiosa descentralización fué el sistema que adoptó. Barcelona, París, Londres, Nueva York fueron muy pronto los objetivos comerciales hacia los cuales enderezó sus pecadores pasos. Ni siquiera adoptó el término medio oportunista que emplean los políticos para mantener el equilibrio entre las dos tendencias opuestas. Era Andrés radical en *su* política. Fué furiosamente centralista cuando en un constante afán de disipación adoptó Madrid como centro de sus correrías. Mientras la pobre Andrea quedaba allá en Sevilla lamentando su abandono, él se daba a conocer en los centros de escandaloso recreo, de fácil acceso para todo el que, como él, tenía simpatía personal y unos miles de pesetas para subrayar sus naturales condiciones de hombre de mundo. Cuando trasladó su fami-

lia a Madrid aun halló un nuevo aspecto de vida que le distrajo algunos meses. Consistió en alhajar espléndidamente a Andrea y en vestirla con verdadera suntuosidad para exhibirla por los lugares más públicos. Hasta que sus amigos supieron que *la estupenda mujer* que acompañaba a Andrés era su legítima esposa, creyeron que se trataba de una entretenida de *postín*. Alguno, al día siguiente de verle con Andrea en el palco de un teatro, le dijo, dándole palmaditas de compadre en la espalda:

—¿Quién era la mujer con quien iba usted anoche? ¿Sabe usted que *no está mal?* ¿Acepta usted mi felicitación?

—¿La mujer de anoche?... ¡Ah, sí! Pues mire usted, esa mujer es...

No supo seguir. Su desenvoltura y su serenidad le hicieron traición. Sintió orgullo e indignación al propio tiempo. Quiso deshacer el error y no le salieron las palabras. El amigo, al observar su turbación, se precipitó a decir:

—Creo que he sido indiscreto. Si es así, usted sabrá disculparme.

Andrés acabó por disculpar al deslenguado. Recordaba las circunstancias en que aquel hombre le había visto acompañado de Andrea. Fué a última hora, en el palco de un teatro de los que se dedican a las revistas de gran espectáculo, en ocasión en que los pocos palcos que se hallaban ocupados lo estaban por hombres conocidísimos en el mundo galante, acompañados de sus queridas o de sus amigas predilectas. Cuando entraron en el palco y Andrea le preguntó quiénes eran *aquellos* a quienes saludaba, Andrés le contestó que no recordaba bien, porque había conocido en aquellos días a mucha gente. Así evitó con facilidad ser más explícito. En un palco contiguo al que ellos ocupaban estaba Arechavaleta, el opulento minero bilbaíno, que había logrado popularizarse en Madrid por idéntico sistema de dominar por dinero a todos. La indumentaria escandalosa de aquellas mujeres y sus joyas ostentosas no inquietaron a Andrea, ya que ella, por transigencia, había consentido en vestirse y ornamentarse chillonamente, creyendo la pobre, de buena fe, que este capricho de su marido era la reversión a sus deberes abandonados. Y si aquellas mujeres podían ser las esposas de aquellos hombres, no tenía por qué sorprenderle que las actitudes fuesen procaces, las risas deshonestas y que hiciesen frecuentes escapaditas al antepalco, sin cuidarse mayormente de lo que estaba representándose en el escenario.

—¿A qué habrán venido esos?—preguntó Andrea, un poco indignada por la falta de corrección de las que *podían ser* sus colegas.

—No te extrañe que no miren hacia el escenario. Esta es una obra conocidísima y la gente de Madrid viene al teatro como recurso, por no tener dónde pasar la noche.

Ya muy avanzada la representación del último acto, entraron

en un palco segundo dos mujeres y dos hombres. Uno de éstos, completamente borracho, siguió hablando con el mismo tono de voz con que pudiera hacerlo en plena calle o en su casa. Sus acompañantes le contestaban sin poder contener la risa, pero un poco más quedo. El público del anfiteatro, localidad contigua a los palcos del mismo piso, y el de la galería alta, empezó a sisear fuertemente y a protestar con voces de «¡Fuera!», «¡A la calle!», «¡Que se vayan!», «¡Que los echen!». El borracho se encaró, sucesivamente, con los que le apostrofaban y empezó a decir:

—¿Qué queréis? ¿Y esto es Madrid? Esto es una capital de provincia de quinto orden... ¡¡¡orden!!!

—¡Fuera!

—A ver..., que yo me entere. ¿Quién ha dicho fuera?

—¡Que se vayan!

—Pero si acabamos de llegar. Acomodador..., champaña; que nos traigan champaña.

El escándalo fué inenarrable. Mientras el público vociferaba, el borracho se dedicó a besar a ambas mujeres. Cuando hubo un poco de silencio, dijo el curda:

—Esto no pasa más que en Madrid... ¡¡Qué asco!!

La alusión, que tenía dejos de lamentación por el atraso en que se hallaba la Capital de España en relación con el resto de las grandes urbes civilizadas, debió ganar la voluntad de los agentes del Orden público y de los servidores del teatro, que seguramente estaban en sus puestos. Nadie molestó a los alborotadores. ¿Tendrían razón? Ni los policías ni los acomodadores ampararon a la mayoría de los espectadores pacíficos que pedían protección contra el desafuero de los escandalosos. La indefensión era manifiesta. Aquella noche Madrid fué grande. A gran parte de los ocupantes de la sala les hacía la mar de gracia el incidente y la valentía de un tío que arrostraba tan osadamente la impopularidad. A Andrea le repugnó el incidente. Le pidió a Andrés que la sacara de allí. Al levantarse para irse, vió cómo los conocidos de Andrés le saludaban despidiéndole y cómo uno de ellos la enfocaba con los gemelos, insistentemente, haciendo comentarios con las mujeres que les acompañaban. Observó tales actitudes en sus espectadores y se advirtió tan curioseada, que salió del teatro triste y avergonzada, sin tener fundamento a qué atribuirlo. El mismo Andrés tuvo para ella aquella noche tales solicitudes y aproximaciones insinuantes de *enamorado en público*, que ella repugnó en lugar de agradecer. Todo esto lo recordaba Andrés perfectamente y, por consiguiente, no le pareció disparatada la suposición del amigo. Además, la belleza de Andrea no necesitaba el comentario de las costosas creaciones de los grandes modistos para atraer las mira-

das de la gente. Andrés había conseguido lo que se había propuesto: que mirasen a su mujer, mejor dicho, a la mujer que le acompañaba, a la que daba motivo para que le nombrasen a él, al Armador opulento, al hombre de suerte, que sabía gastarse las pesetas con gracia con una mujer que merecía la pena.

Andrea pronto advirtió el juego y declinó el honor que su marido—su amante para todos—quería hacerle. Hacía días que no se hablaban. Estaban tan distantes entre sí estos dos seres, que eran frecuentes los disgustos entre ellos. Era día de moda en la Princesa aquella noche. Para que la solemnidad fuese mayor, estrenaban una obra que se había anunciado con todos los honores de un acontecimiento teatral. Los Reyes habían anunciado su asistencia. Andrés fué a cenar temprano a su casa y le ordenó a su mujer: «Vístete bien, que vamos esta noche a la Princesa.» Andrea, aunque de mala gana, se vistió lo mejor que pudo, con la remota esperanza—¡la infeliz desilusionada!—de reconquistar al marido. Apenas llegaron al teatro, y cuando mayor era el número de gemelos que enfocaban su palco, empezó Andrés a hablar con su mujer con la solicitud y el entusiasmo que el novio más rendido y enamorado. Lo hacía él sin violencia ni fingimiento; tal vez creyese en aquellos momentos que estaba enamorado de *aquella mujer;* tal vez le complaciese la idea de figurarse amante de Andrea, ya que la hallaba tan hermosa y tan interesante como pudiera parecérselo la mujer soñada por su inquieta imaginación de conquistador de *cabaret*. Pero apenas llegaban a casa, y una vez satisfecha la vanidad de la exhibición, la santa esposa se desnudaba aquellos vestidos de firma y adoptaba las serenas actitudes de reina de su hogar, Andrés volvía al mutismo y a la hostilidad, aislando en el silencio más despectivo a aquella paciente desengañada. A la mañana siguiente de una de estas exhibiciones solemnes, le dijo tranquilamente Andrea a su marido:

—Mira, Andrés, es mejor que ofrezcas nuestros abonos de los teatros. Ya lo he visto todo. He satisfecho la curiosidad. Además, me divierte poco no conociendo a nadie, y podemos ahorrar ese dinero.

Ni siquiera lo discutió Andrés. Muchos amigos suyos, a quienes tuvo que presentar a Andrea, ya sabían a qué atenerse respecto al parentesco que le ligaba con *la mujer de anoche*, y, por consiguiente, estaba roto el encanto de la posible conquista de una mujer inédita para los demás.

Volvió Andrea a sentir el abandono insultante de su marido. Las breves temporadas que éste permanecía en Madrid hacía caso omiso de ella y, so pretexto de sus negocios, había dado orden a la triste, a la abandonada, de que comiese y cenase sola si él no

se hallaba en casa a las horas oportunas. Al principio, tuvo el pudor de disculparse por teléfono desde algún círculo; más adelante no se preocupó de hacerlo. Abolida la puntualidad para las comidas, pronto faltó también a las horas de dormir.

Andrea, mujer consciente de su dignidad, jamás le reprochó agriamente su falta de respeto hacia lo más sagrado del hogar, que es la convivencia íntima con la esposa. Ni en la mesa ni en el lecho inició ni alentó agrias disputas. Creía esta santa mujer que ya que se falte al culto que se debe a estos dos lugares del hogar más dignos de reverencia, no deben, por lo menos, mancillarse llevando a ellos las querellas y las luchas. La mujer que no tolere con su digna actitud el disturbio del lecho y de la mesa, habrá conservado su íntegra dignidad y nadie osará ofenderla. Que el hombre no respete en buena hora las sagradas costumbres de la asistencia periódica a la mesa ni al lecho, donde tienen lugar aquellos ritos patriarcales que son mandatos bíblicos decretados para las prácticas de toda familia cristiana, pero, por lo menos, que no ofenda a Dios con sus voces impías. Sean el lecho y la mesa refugios tranquilos, asilos seguros, remansos de paz donde las luchas de todas clases tengan una tregua. ¡Deténganse ante los albos lienzos los apóstrofes violentos y las diatribas feroces!

En los demás lugares y en las distintas ocasiones en que era propia la queja y oportuna la lamentación, supo Andrea comentar el abandono de que era víctima, sin descender un ápice del pedestal de su dignidad. Poco o ningún caso hizo Andrés de tan justas reclamaciones, siguiendo, como hasta entonces lo estaba haciendo, no sólo abandonando a la suya, sino también acompañando a otras mujeres en los mismos lugares y con igual esplendidez que lo había hecho con su legítima esposa.

No sólo consistía el abandono de Andrea en su desamparo material. Era, además, tal el grado de aislamiento espiritual en que vivían aquellos dos seres, que puede decirse que se ignoraban mutuamente. Ningún marido puede adoptar impunemente la actitud de indiferencia que Andrés tenía para con su mujer. Se revelaba contra ello la exquisita sensibilidad de Andrea, que vivía huérfana de toda comprensión espiritual.

Sépanlo hombres y mujeres, que a todos nos conviene saberlo por igual. Nuestro error consiste en convertir nuestra abnegación de novios en un redomado egoísmo de esposos. Todos los sacrificios nos parecen pocos para ganar la voluntad de la novia: esta conquista tiene el aval de todos los juramentos y el prestigio de todos los sacrificios. De igual manera, la novia se muestra abne-

gada y hace renunciación de todos los bienes espirituales y temporales a favor nuestro. Sólo nuestra dicha desea. Nos casamos, y tomándonos mutuamente entre nuestros brazos, decimos: «Ya te tengo en mi poder; ya eres mía; ya me perteneces...», y otras exclamaciones por el estilo, que todas significan posesión, propiedad. Dichas expresiones serán en boca de unos el cumplimiento de un anhelo espiritual; en otros, el logro de un problema resuelto. Y no saben unos y otros que aquella noche, cuando con más intimidad abrazan, es cuando más lejos se hallan de lo que creen dominar con el cerco de sus brazos. Desde aquel momento, ni se preocupan de interesar, ni de halagar, ni de consolidar el dominio que cree tener uno de otro para *in eternum.* No saben los pobres equivocados que precisamente el día del dominio aparente y del amor consumado es cuando menos se comprenden aquellos dos seres, que creen poseer cada uno el secreto de subyugar y de satisfacer el anhelo del otro. Nada poseéis, pobres desdichados. A nadie domináis, ningún anhelo satisfacéis. Ese día, precisamente, hizo crisis vuestra pasión y vuestro dominio. Más cuidadosos tendréis que ser de vuestro tesoro; más cautos para guardarle, más celosos para retenerle.

Sin advertir esto Andrés, o sin importarle mucho tenerlo en cuenta, no se preocupó de cultivar en su provecho el alma de Andrea. ¿Qué sabía él de sus inquietudes ni de sus preferencias ni de sus anhelos? Y así, por el abandono de él, se fueron separando aquellos dos seres. No merecía esto Andrea, no era ella de las que proceden con igual indiferentismo. Al contrario. Cuidadosa estaba de atender en todos los aspectos los gustos de Andrés; quería convivir con él, quiso estimular sus buenas condiciones, rectificar amablemente sus errores; le aplaudió sus éxitos; le alentaba en la lucha; se mostraba orgullosa de sus perfecciones; trató al principio de disculpar sus yerros. Todo fué inútil. No puede procederse impunemente, como lo hacía Andrés. Creyó que Andrea nada necesitaba después de adquirir un marido a buen precio. ¿Necesitaba ella algo? ¿Le faltaban buenos trajes, ni espléndidas pieles, ni soberbias joyas, ni un palco en los teatros, ni un automóvil a la puerta?

¡Pobre vanidoso que creyó que su esmirriada y cativa personalidad espiritual podría satisfacer las ansias del alma delicadísima de la sensible Andrea! ¿Pero es que creéis, imbéciles de hombres, que porque el problema social de la mujer en España está sin

resolver puede ningún marido salir tranquilo a la calle, pensando que tiene tan seguro el amor de la esposa como seguros están los billetes en la caja fuerte? Puede un marido ser bueno, laborioso, honrado, tener talento, vencer en la vida, brillar en el mundo y, no obstante, no llenar las aspiraciones de una mujer que tiene alma y cuya alma necesita dialogar con otra que la comprenda. No ofende a la mujer tanto la traición conyugal como el desamparo espiritual en que la deja un marido que la cree satisfecha con haberla concedido el derecho de consignar en las tarjetas de visita un patronímico usado en genitivo de posesión. La señora de don Fulano puede no ser suya jamás. ¿Qué querrá aquella mujer?, se suele a veces oír, refiriéndose a una descontenta cualquiera que protesta de su abandono por algún procedimiento que alarma a los hipócritas. Es verdad, le contestan otros tales consternados. Su marido es un bendito, una buena persona, que trabaja de sol a sol como un cantero; muy hombre de su casa. Pero la gente no advierte que el marido modelo es un pobre señor equivocado, que no se preocupa de satisfacer ninguna de las necesidades espirituales que pueda tener su mujer, ya que se trata de una mujer culta, con sensibilidad y con aspiraciones. El pobre hombre no le da importancia a nada *de eso;* apenas se la da a los trapos que alguna vez reclama la mujer, que tiene el buen gusto de cuidar de su persona y de dar a la indumentaria la importancia que el arte le ha concedido en todas las Edades de la Historia. Y las pequeñas diferencias y las microscópicas disensiones van haciendo su labor y labrando el fracaso sentimental de una vida. Y el hombre se mueve en la vida con independencia de otro sér a quien se unió para siempre; y para siempre se distancian aquellos dos seres que para siempre se unieron. No era Andrea víctima de todas las desventuras. Poseía bienestar material. Ayuna se hallaba, en cambio, de comprensión de todos sus anhelos espirituales. Dejemos a su marido la responsabilidad de todos los acaecimientos de esta, a ratos, verídica historia.

Hacía varias semanas que Andrés se hallaba ausente. Durante estas ausencias de Arnao, Luciano había visto a Andrea en muy contadas ocasiones. Era cuando ella se aventuraba a entrar en la Gerencia pidiendo noticias de su marido, o cuando Luciano, oficiosamente, se las daba personalmente cuando se veían. En las contadísimas ocasiones en que esto ocurrió, no pudo reprimir Andrea un gesto de dolor, que le reveló a Luciano toda la intensidad del drama que ensombrecía la vida de aquella mujer.

En ocasiones, la confianza que inspiraba a Andrea la persona de Luciano fué motivo para que la abandonada le pidiese su opi-

nión sobre si se hallaba suficientemente justificada la ausencia del marido. Le repugnaban a Luciano estas preguntas. Se sentía humillado viéndose obligado a pronunciar el nombre de Arnao en presencia de su mujer. Experimentaba sensaciones contradictorias. Viéndose lejos, muy lejos de Andrea, incapaz de manifestarle el amor que le tenía, sin voluntad para hacerlo, avergonzado de sentirlo y dolorido por tenerlo encerrado en su pecho, le conmovía oír sus lamentaciones y verla atribulada, pero persistía en el sacrificio de su silencio. En cambio, hallándose en su presencia, juzgando la injusticia que Andrés infería a su mujer, condoliéndose de su desgracia y creyéndose eficaz para remediar sus tristezas, se rebelaba contra aquel estado de cosas y de buena gana hubiera confesado su pasión. ¿Pero cómo explicarla? ¿Sería él capaz de describirla tal cual era? ¿Tendría Andrea serenidad y grandeza de alma suficientes para disculparla?

V

Literatura epistolar.

Luciano huía de Andrea. Cuando se veía obligado a verla, todo su sér quedaba saturado de idealismo y sus ojos captaban aquella luminosidad que irradiaba de la mujer maravillosa. Pero, en cambio de este leve consuelo, le desesperaba su impotencia. Prefería no verla. Cuando más distante se hallaba el último día en que la vió, más se sosegaba su alma y más se mitigaba su desesperación... Por no renovar su tortura, huía de ella. Tendría mucha fuerza de voluntad, toda la que hiciese falta para dominarse. Además, había ahora un motivo grave, una seria razón para evitar su encuentro. No sabía Luciano si su escrúpulo tenía fundamento real o si era sólo producto de su laboriosidad imaginativa. Durante sus últimas entrevistas, él, sin poder dominarse, la había mirado fijamente y se había quedado absorto, extático, observándola con los ojos muy abiertos y sin contestar a alguna pregunta que ella le estaba haciendo. Y Andrea, un poco sorprendida por su actitud, había bajado los ojos, para eludir aquella mirada insistente, insolente, ¡sí!, grosera, de hombre primitivo, que sólo busca la satisfacción propia, sin consideración para el respeto que toda señora nos debe merecer. Los hombres somos brutales, agresivos, cobardes. Algunos defienden la peregrina teoría de que no ofenden con sólo mirar a una mujer. Además de cobardes, son falaces, porque

saben que mienten. En una mirada puede condensarse todo un idilio purísimo, pero a veces, en una mirada, cabe toda una alevosa violación. Sin llegar a este extremo odioso, la mirada es ofensiva, por lo menos, cuando traspasa los límites de una respetuosa admiración. Así pensaba Luciano. Mirar con insistencia es ofender. La mirada insistente solicita, cuando no se posesiona; y si nada nos conceden, ni siquiera la graciosa respuesta de otra mirada, y seguimos mirando, ofendemos de una manera manifiesta, puesto que tomamos con nuestros ojos, para poseerlo idealmente, algo que es tan valioso como el cuerpo mismo, que es su imagen, amplificada por nuestra fantasía y mancillada por nuestra concupiscencia. ¿Fué así la mirada que él le dirigió a Andrea? ¡El, que tan idealmente la quería! Tal vez Andrea se sintió ofendida por la mirada de Luciano. No se perdonaba éste el mal que la habría causado. No la miraría más con insistencia. Se lo prometió solemnemente. Pensando sobre lo mismo, se absolvió de su escrúpulo. No había sentido pasión insana alguna cuando miró y admiró a Andrea. Es que era tanta su belleza, tal la sugestión que se desprendía de toda ella, que por muchos esfuerzos que hacía para elevarse sobre aquellos encantos materiales, no lo permitía la perfecta y peregrina escultura... Pero no era aquel cuerpo tan hermoso lo que él amaba.

Pasaría por encima de él sin rozarlo siquiera, tremante de deseo, desesperado por el dolor que le produciría su renuncia, desgarrado por la separación de cuerpos a perpetuidad, para buscar lo que todavía, seguramente, se hallaría virgen en ella: su alma purísima. ¡Cuán dolorosamente se hacía estas reflexiones! ¿Quién creería que sólo buscaba el alma de aquella mujer hermosa? Nadie. Esta realidad le anonadó. Todo el mundo le consideraría un seductor vulgar, que intentaba la posesión material de aquella beldad subyugadora. A nadie convencería de lo contrario. Ni siquiera a la ingenua Andrea. Cada paso que avanzaba en aquel *vía crucis* en que su insensata pasión le había colocado, obtenía la revelación de un nuevo dolor, de un martirio desconocido. Ya no era sólo la pena que le producía el daño que iba a inferirle a Andrea; era también el miedo que tenía a aparecer ante ella como autor de una tentativa de violación de todos sus pudores.

Pero no podía vivir así por más tiempo. Confió en la honradez de sus intenciones. Andrea era buena, angelical; tal vez le creyese. Y si le creía, estaba seguro de obtener su perdón, cuando no su amor. Y si Andrea no le creyese o no le comprendiese..., lloraría, suplicaría, recurriría a los juramentos más sagrados, a los testimonios más solemnes...; llegaría hasta ofrendarle el sacrificio de su propia vida, y entonces la mujer ingenua, la desdichada, la

abandonada, la virgen de alma, tal vez derramase una lágrima por él, el triste, el que sólo buscaba comunidad de ideales, comprensión para sus anhelos, adhesión espiritual.

Y con la duda de que los demás hombres creyesen la verdad más grande de su vida, mejor dicho, su única verdad, se encaminó a casa de Andrea.

Andrea trabajaba con largas agujas una labor de lana. El criado anunció:

—El señorito Luciano.

Al llegar a presencia de Andrea, Luciano estaba trémulo, pálido, jadeante. Se disculpó:

—Estaba el ascensor descompuesto, y subí de prisa. Me fatigué tanto...

—Siéntese usted, Luciano. ¿Quiere usted tomar alguna cosa? ¿Está usted enfermo?

—No; no quiero nada. Gracias. Si no es nada. Venía a decirle que si no le molesta, vendré a la noche a hacerle un rato de compañía.

—Con mucho gusto. Pero será después de pasar por la Gerencia y traerme noticias de Andrés..., si las hay, naturalmente.

—Por lo menos, algún telegrama debe haber.

—Lo que sea.

—Pues hasta luego—dijo Luciano, alargando su mano para estrechar la de Andrea.

—Hasta después—correspondió Andrea, extendiendo la suya.

A la mutua presión de ambas manos, advirtió Andrea que un cuerpo extraño se interponía entre ellas. Separó la suya bruscamente, cogió entre sus dedos lo que Luciano le había entregado tan disimuladamente, y preguntó, encarándose con él:

—¿Y esto?

—Es para usted.

—Pero...

—Sí; es una carta mía para usted. Léala, Andrea—añadió suplicante.

Y desapareció, congestionado por la emoción.

La carta que Luciano entregó a Andrea de una manera tan subrepticia, y que ésta leyó presa de una extraña angustia, decía así:

«10 de noviembre.

»Andrea: Lo he pensado mucho antes de dar este »paso, pero no tengo otro remedio.

»Ha hecho falta todo el profundo respeto que usted

me inspira para que yo no haya exteriorizado antes »este sentimiento que invade mi alma y que vence mi »voluntad. Pero ya no puedo más. Afrontaré la tragedia, »si hace falta; sacrificaré mi vida, si es necesario; pero »cualquiera de estas soluciones violentas la veo llegar »sin temor, con tal de que termine esta tortura.

»Le juro por la salvación de mi alma que esta pasión »mía hacia usted es puramente espiritual y que, por »consiguiente, se halla exenta de toda preocupación ma»terial. Es más: yo la considero perfectamente compa»tible con todos los amores legales que a usted la obli»gan; y es de tal manera honrada esta pasión mía, que »si las gentes estuviesen lo suficientemente preparadas »para oír estas confesiones de los hombres de buena fe, »yo no tendría inconveniente en propalarla a los cuatro »vientos.

»Yo he presenciado el fracaso de su vida, y desde »entonces vivo con la ilusa pretensión de mitigar su »pena. ¡Es tan triste vivir sin una ilusión! ¡Es tan con»solador desear y esperar algo!

»No sé qué pensará usted de este sentimiento mío; »pero, cualquiera que sea su opinión, no me condene sin »oírme.

»No tema usted por su honor; soy yo, quien tanto la »estima, el primer interesado en velar por él. Es más: »si me he determinado a *denunciarme* a usted, ha sido »por el temor de llegar demasiado lejos en mis insinua»ciones y sugerir sospechas a cualquiera.

»Me encuentro en uno de esos estados de indiferentis»mo tan grande que no me asusta la confesión de mis »más íntimos pensamientos. Si mis audacias o mis tor»pezas me colocaran en el trance de contestar a cual»quiera que fuese sobre mi estado de ánimo actual, le »diría toda la verdad, sin economizar palabras. Y es »que necesito confesar mi crimen. Ahora sí que veo claro »el principio de derecho que dice que la pena es la me»dicina del alma; ahora sí que encuentro justificado que »el propio delincuente reclame para sí el castigo *a que »tiene derecho*. ¡El derecho a la pena! ¡Cómo consuela »esta idea y qué gran conquista supone para los fueros »de la justicia social!

»La vida nos tiene reservadas muchas sorpresas. »¡Quién sabe si algún día podré demostrarle cuánto la »quiero y los sacrificios que sería capaz de hacer para

»conseguir su felicidad! ¿Para qué voy ahora a hacer »protestas de una abnegación que no puedo demostrarle »prácticamente? Los ofrecimientos y los juramentos de »los enamorados son heroicos o ridículos, según el grado »de sinceridad que se ponga en ellos. Y sólo el tiempo »es capaz, con sus realidades, de tal calificación. Al »tiempo, pues, me remito. ¿Podré algún día demostrarle »con hechos la sinceridad de mis palabras?

»Como no tengo derecho a importunar a usted, y ya »que mi débil voluntad no sepa evitarlo, debo, por lo »menos, proporcionarle los elementos de justificación »que la fatalidad pudiera hacer necesarios; a cuyo fin »escribo esta carta por mi propia mano y la firmo, de»clarando que nunca me dió usted el más leve motivo »en que poder fundamentar mi osadía, y que reclamo »exclusivamente para mí toda la responsabilidad que »cualquiera pretendiera exigirme.

»Nunca me perdonaré el mal que de seguro le causan »estas manifestaciones mías. Venga pronto su sanción, »por justiciera que sea. No tema usted herirme con sus »juicios. Espero tranquilo y resignado la palabra de sus »labios, ya sea de comprensión, de reproche o de des»precio. Tenga usted, Andrea, piedad de mí.

Luciano.»

En un pedacito de papel distinto al de la carta, y escritos con lápiz, se leían los siguientes renglones:

«12 de noviembre.

»En este momento, cuando usted entra en el despacho »a preguntar por Andrés, me dan unos deseos locos de »entregarla esta carta..., pero no me atrevo. Me excita »su presencia. Usted misma lo habrá notado. Por eso »me levanto y casi sin despedirme de nadie, violenta»mente, como usted habrá podido advertir, me voy. Es »que significa usted demasiado para mí y no puedo re»sistir su presencia. Perdóneme, Andrea.»

Andrea, en un estado desconocido hasta entonces para ella, leyó la carta de Luciano. Los múltiples dobleces de la carta, hechos por Luciano con el fin de reducir su tamaño, entorpecían un poco su lectura. A pesar de ello y del grado de excitación nerviosa que se apoderó de Andrea, ésta leyó la carta hasta el final. Después, dominada por un sentimiento extraño, apretó entre sus dedos aque-

llas hojas de papel, y sin rencor ni vergüenza, ni contrariedad, las arrojó al fuego de la chimenea. Se sentó en una butaca, tomó las largas tenazas y con mirar reposado y ademán tranquilo se entretuvo avivando el fuego alrededor de aquellos papeles, que, apretados en compacto bloque, presentaban cierta resistencia a ser destruídos por las llamas. El papel, al carbonizarse, denunció rasgos de la escritura que le recordaron algunas de las frases que acababa de leer.

Instintivamente se excluía Andrea de aquel drama. Quería tanto y con afecto tan honrado a Luciano, y tenía tal fe en su caballerosidad y en sus bondades, que imaginaba que todo aquello que acababa de decirle en una carta era el relato desdichado de una pasión a la cual era ella ajena; *aquello* debió haberle ocurrido con otra mujer; sería la relación de un sueño; tal vez los síntomas de una enfermedad extraña que le había acometido inopinadamente. De tal manera estaba Andrea segura de sí misma y tranquila respecto a Luciano, que si éste entrase en aquel mismo momento por la puerta, le reñiría como a un chiquillo para quitarle de la cabeza las locas ideas. Y Luciano no insistiría siquiera ni haría otra cosa que lo que ella le ordenase. Ya le estaba viendo soportando pacientemente la chillería, rojo como una cereza, con la vista humillada y la boca callada. ¡Pobre Luciano! Era bueno hasta cuando pretendía ser malo. ¡Le conocía ella más bien! ¡Mejor de lo que *el pobre* suponía! Jamás creyó que Luciano llegase a sacar los pies del plato, como ahora lo hacía; ni siquiera pudo imaginarse que el abandono de que ella era víctima pudiese haberle inspirado tan terminantes y vehementes apóstrofes de adhesión...; pero, en cambio, advirtió en él una cosa especial, ese *no sé qué* que se observa cuando el alma se asoma a los ojos para ver mejor a una persona. Pero ella estaba tan tranquila, porque sabía que Luciano era bueno. Sólo Dios sabe los sufrimientos tan horrendos que el infeliz habría pasado al darse cuenta, primero, de sus propias sensaciones, y, posteriormente, desde que las trasladó al papel hasta el momento en que le entregó la carta de aquella manera casi infantil. Ahora, pasado el susto, destruída la carta por el fuego, le perdonaba de todo corazón y le compadecía..., pero le diría muy seriamente que no lo volviese a hacer. Sí; le perdonaba. Las lamentaciones contenidas en la carta eran absolutamente sinceras—Andrea creía no equivocarse al juzgar a Luciano—, y esta seguridad le afirmaba en su benevolencia.

Otra mujer, aunque halagada en su amor propio al considerarse admirada y pretendida, tomaría la determinación heroica de mostrarse ofendidísima, aunque experimentase una complacencia recóndita. Pero Andrea era una mujer absolutamente honrada y no

entendía de matices ni de términos medios. No sería capaz de parapetarse, hipócrita, tras la socorrida trinchera del deber: eso lo hacen las honradas por deber. No. Ella no negaba su emoción ni la tenue indignación que en un principio se apoderó de ella, ni el propósito decidido que tenía de recriminarle..., pero no por ser ella, sino a pesar de ser ella, quien tanto le estimaba. Es más: sin saber por qué, desde que leyó la carta aumentó su ternura hacia Luciano; le compadeció sinceramente y sintió unas ansias vehementes de hablar con él y de consolarle. No querían decir estas sensaciones consentimiento en aquella pasión condenable; ni siquiera la más remota complacencia en sentirse amada. Era esto, sencillamente, amor desinteresado hacia aquella alma angustiada. ¿Pues qué? ¿No tiene una mujer absolutamente honrada, como Andrea lo era, el derecho a experimentar un amor tan puro y desinteresado como el que sentía por Luciano, ella, que tan plenamente había cumplido las obligaciones que le imponía el amor desdichado que le tuvo al esposo? Nadie podría reprocharle la más pequeña falta en sus deberes conyugales. No se había limitado a *cumplir*, como hacen muchas, en sus relaciones con el esposo. Ella había llegado a más. Le quiso, primero, por impulso natural de su corazón; después, cuando la infeliz advirtió su desvío, se sobrepuso a su propia dignidad y le amó por deber, poniendo en este amor toda su voluntad, queriendo ayudarse a sí misma con el deseo vehementísimo de quererlo para que Dios la ayudase también inspirándole un grande amor por el esposo. Impulso, voluntad y deseo de amar se atrofiaron al encontrar en el pecho del marido desvío, desamor, indiferencia. ¿Y es que una mujer a quien le ocurre esto no tiene siquiera el derecho de amar idealmente al hombre bueno, desgraciado y triste? ¿Qué saben de estas exquisiteces del sentimiento las gentes vulgares? Capaces serían de condenar a Andrea. Sólo los privilegiados podrán comprenderla.

Es muy frecuente que la gente, ese conglomerado anónimo que se erige en juez, recrimine, acuse e increpe a los que delinquen, a los que caen, sin conocer el pequeño drama que cada uno lleva dentro. Al juez más severo puede someterse el caso de Andrea, incluso al enjuiciamiento que de su caso podrían hacer los positivistas, rígidos e inflexibles, que sólo consideran la unidad «hombre», sin querer tener en cuenta el temperamento, la predisposición, el grado de cultura, las razones de progenie y las mil y mil causas que pueden influir en sus acciones. No es lógico exigir a todas las *unidades* el mismo sacrificio, igual contribución a la común obra social. La pretensión de Luciano y la acogida comprensiva que Andrea le dispensa tal vez mereciesen el anatema de esos hombres tan fantásticos y tan peregrinos para quienes el honor de las

personas es algo tan terminante, tan inmutable y tan fatal como la ley de la gravitación universal. Pero no se alarmen con anticipación los más timoratos, ni los más intransigentes. Tranquilícense unos y otros. No pasa nada. Absolutamente nada. No se abre la tierra, ni se unen las esferas, ni se hunde el mundo, ni va a faltar el oxígeno del aire porque Andrea y Luciano se comprendan. No vayan a creer esos señores que Andrea y Luciano han descendido ya del nivel moral que *su* ley terminante precisa. Hay, afortunadamente, para las almas buenas, una ley de gravitación que actúa en sentido inverso y que las precipita hacia un cielo de felicidad: es el cielo de la misericordia divina, que Dios ha creado para los bienaventurados que sufren sed infinita de amor...

Salió Luciano de casa de Andrea sin acordarse de coger el abrigo. Corrió por las calles de Madrid sin saber por dónde iba, tropezando con todo lo que se oponía a su paso. Llegó a la Plaza de Oriente, y la silueta borrosa del Palacio Real le dió la sensación de algo conocido. Atravesó la Plaza de la Armería y se acodó en aquel mirador, desde el que se divisa la Casa de Campo y una linda perspectiva, que los rayos del sol, invisibles ya para Luciano, iluminaba por reflexión. Se echó de bruces sobre el pretil y estuvo allí largo rato. Eran los últimos días de noviembre. El frío le hizo tremar. Hasta aquel momento estuvo hundido en un estado de inconsciencia que le hizo olvidar por un momento sus tribulaciones. Como si el frío le despertase de un sueño, recordó la expresión candorosa con que Andrea había cogido su carta, preguntándole:

—¿Y esto?

Indudablemente, era un malvado, que no merecía el perdón de los hombres. Acababa de causar un gran daño, que no podría reparar por muy grande que fuese la pena que le aplicasen. Las mujeres honradas como Andrea merecen el mismo respeto y el mismo esmero en el trato que esas niñas inocentes y candorosas que aún no conocen las miserias de la vida. Había cometido una violación brutal. Le había revelado a aquella criatura, en un solo instante, toda la realidad de su insensata pasión. Pero, no...; él mismo exageraba sus propias inculpaciones. Le bastó recordar, para tranquilizarse, los términos en que estaba concebida su carta. Esto le tranquilizó un poco.

Volvió a sentir frío, y como antes, a pasos precipitados, bajo el efecto de una gran excitación nerviosa, se dirigió hacia su casa.

Al cruzar la calle de Bailén, presenció una escena lamentable. Una mujer del pueblo golpeaba sañudamente a una niña de seis o siete años porque había roto una botella llena de aceite que le

mandara comprar. La niña se disculpaba, llorando con desconsuelo. Había corrido porque tuvo frío, resbaló y cayó al suelo con la botella, que al romperse le hirió una mano. La madre la golpeaba sin compasión, quién sabe si pensando en el perjuicio material que representaba el percance para su pobre peculio, quién sabe si desesperada por la contemplación de su propia miseria y del infortunio que fatalmente persigue al pobre; no advirtiendo en su ciego dolor que nada conseguía enfureciéndose y mucho menos lastimando tan cruelmente a aquel pedazo de su alma. Que, a veces, la pobre gente inculta pega sobre el sér más querido, en desesperación suicida, haciendo más elocuente y clamorosa la demostración de sus desgracias para implorar la clemencia divina.

Predispuesto a la conmiseración, como Andrés se hallaba, intervino, por compasión:

—¿Qué le ocurre a usted, buena mujer?

—Nada, señorito. ¿Qué quiere el señorito que me ocurra? Pues que los pobres estamos condenaos a sufrir, y na más. Pues nada; la niña, que se ha propuesto ir diciéndole a todo el mundo que mi casa es una balsa de aceite, y ya ve el señorito de qué medio tan gráfico se ha valido. ¡Mi suerte perra! ¡Anda pa casa, ladrona, que te voy a comer el alma!...

La mujer volvió a zarandear a la niña. Luciano se interpuso. Le partía el alma aquel cuadro. La niña replegaba sus manos heridas y amoratadas por el frío contra el pecho y se encogía, llorosa y trémula, defendiéndose, impotente, de la furia de su madre.

Se interpuso Luciano, diciendo:

—Bueno, a la niña no le pega usted más.

—No..., como que encima la voy a tener que estar eternamente agradecida. Y yo, no tanto. Pero, ¿y el Ayuntamiento? Como que si se enteran en la Casa de la Villa la van a hacer hija predilezta de Madriz. Y ahí tiene ustez que por una mancha vamos a ser ilustres.

—¿Qué vale el aceite?

—Pues una peseta y cuarenta, por ser del de tasa; que ya ve el señorito que no ha servido más que pa emborronar el pavimento.

—Toma, nena—dijo Luciano, entregándole un duro a la niña.

Siguió su camino incierto. Un ciego, con la cabeza muy levantada, en esa actitud escrutadora tan característica de ellos, y guiándose por el tacto de su bastón, comenzaba a cruzar la calle, sosteniendo un diálogo de terror con las bocinas de los autos, los timbres de los vehículos y las voces aguardentosas de los aurigas. Luciano cogió al cieguecito por el brazo y le dijo tiernamente:

—Venga conmigo sin miedo, amigo.

—Gracias, señor; mil gracias. Dios se lo pagará.

—No se apresure usted. Yo no tengo prisa.

—No, si es que puedo andar más. Además, ha interrumpido usted su camino por culpa mía.

—Ahora mi camino es el de usted. Espere un momento, que viene un auto... No hay prisa. ¡Ahora! Ya estamos en la acera.

—Gracias, caballero. Ya puede usted continuar su camino. Yo conozco el mío. Lo ando todos los días.

No atreviéndose a darle una limosna, al ver la indumentaria decorosa del inválido, le dijo, despidiéndose:

—Puesto que ya está usted, buen hombre, en lugar seguro, quede con Dios, si no me necesita para nada.

—Ya es bastante para el desgraciado que no ve, sentirse amparado cuando más lo necesita, por quien tan alto pone el nombre de Dios. Vaya con él tan noble caballero, que, aparte el auxilio material que me ha prestado librándome del peligro, ha consolado las horas tristes de mi eterna noche...

—¿Tiene usted familia?

—No pretenda conocer mi vida, que no tengo derecho a apesadumbrar a usted con mis desdichas. Mis desgracias son, como mi ceguera, de nacimiento, y sólo con la muerte curaré de aquéllas y de ésta.

—No insisto. Si algo puedo hacer por usted, dígamelo.

—Nada sino lo hecho, y no es poco.

—Adiós, entonces.

—Adiós.

Qué deseos más fervientes tenía Luciano de ser bueno aquella noche. El estoicismo del ciego le impresionó hondamente. ¿Qué otras desdichas podrían acumularse sobre el pobre viejo? Qué propicio estaba Luciano a practicar el bien y con qué íntima satisfacción hubiese seguido caminando cogido del brazo del cieguecito. Pero Dios no quería depararle la ocasión que a propio intento buscaba. ¿Por qué en ocasiones desfilamos indiferentes ante el dolor, y otras veces, en cambio, predispuesta nuestra alma con una hiperestesia circunstancial, el dolor rechaza nuestros anhelos de caridad?

Luciano sintió frío, un frío intensísimo y una congoja que conmovía todo su sér. Corrió ante el miedo de no poder llegar a su casa. Las piernas le flaquearon. Tomó un coche. Al llegar, encargó al portero que pagase el servicio, y subió la escalera apoyándose trabajosamente en el pasamanos. Le abrió la puerta José, su criado, y tuvo que apoyarse en él para no caer al suelo. Empezó a sentir unos escalofríos violentísimos.

—Estoy muy enfermo, José. Avisa a un médico en seguida.

Se desnudó rápidamente, se hundió entre las sábanas como un

desgraciado que buscase refugio en el sagrado recinto de un Asilo contra todos los males de la tierra, y rompió a llorar como un chiquillo. A los pocos momentos se sintió invadido por un calor intenso, que se le acumuló en el cerebro. Las sienes le latían fuertemente y se notaba congestionado. Una corriente progresiva de dolor iba tomando posesión de todo su cuerpo en dirección ascendente, como un sudario torturante que le envolviese. A los pocos minutos le dolía todo el cuerpo. Aquella red de dolor, que era como una envoltura de martirio, no le dejaba energías ni para quejarse. Sintió miedo. Se advirtió solo, triste, enfermo y, sin embargo, una dulce resignación convirtió su llanto de momentos antes en una plácida sonrisa dolorosa. Era el que sentía un dolor que se extendió por toda la red periférica de su sistema nervioso. No le dolían los músculos, pero parecían haberse atrofiado, pues no era capaz de moverse.

El llanto le había aliviado mucho. Se sentía reconfortado ahora, soportando solo el dolor físico. Su alma resplandecía de tranquilidad. Nunca se consideró más justo ni más digno del favor divino que después de haber derramado aquellas lágrimas.

Se quedó dormido con un gesto de resignación.

Cuando entró el médico, deliraba, pronunciando confusamente un nombre de mujer.

—¿Quién se llama así?—preguntó el médico a José.

—No sé... Creo que una hermana suya.

—No le dé usted nada más que agua, si la pide, y yo vendré mañana temprano.

A media noche despertó Luciano. Un estado de inconsciencia le dominaba. Ni un ruido, ni un rayo de luz que pudiera servirle de punto de referencia de su situación. Estaba como hundido en la vida, sin darse cuenta exacta de si ésta empezaba o terminaba para él. Fueron precisándose las ideas en su cerebro. A medida que iba despertando a la vida, concretaba su situación. Se acordó de Andrea. Le volvieron los dolores. El silencio y la obscuridad le dieron la sensación de que sus dolores y sus tristezas iban a ser eternos. Oyó que dos personas se aproximaban hablando, a lo largo del pasillo.

El médico y José entraron.

—¿Quién es Andrea?—le preguntó el doctor, sonriendo, al mismo tiempo que le colocaba el termómetro.

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Por nada.

—¿Qué es lo que tengo, doctor?

—Ya se lo diré a usted... cuando yo lo sepa. Vamos a cuentas. ¿Se enfrió usted ayer?

—Sí, señor. Salí sin abrigo.

—Eso no es bastante. Vamos, cuénteme lo que hizo usted ayer por la tarde.

—Tuve un disgusto; anduve mucho, sudé y no me preocupé de abrigarme. Cuando llegué a casa sentí escalofríos...

—¿Tuvo dolores en las extremidades?

—Sí, señor. Y en las articulaciones, y un hormigueo muy marcado en los dedos de las manos y de los pies.

—Saque usted un brazo.

—No puedo moverme.

—Ayúdeme usted—dijo el médico a José.

Entre ambos incorporaron al enfermo, cuya cabeza se iba para los lados. El doctor tomó el brazo derecho de Luciano y lo extendió fuera de la cama, observando que la mano presentaba la *actitud péndulo*. Después le sacó el termómetro que le había colocado antes en la axila izquierda, y leyó: 39°,9. Volviéndose hacia Luciano, le dijo:

—Tiene usted un ataque de polineuritis febril. ¿Dónde le empezaron a usted los dolores?

—Primero me dolió el lado derecho, y después, el izquierdo.

—Son los nervios, que duelen por simpatía.

—Por antipatía, diría yo.

—Y ellos también lo dicen, con respecto a usted. Pero entre ellos tienen simpatía. A los nervios les tiene sin cuidado lo que usted piense de ellos.

—Pues a mí no me sucede igual.

—Los nervios, como las personas, se solidarizan en el dolor. Por eso le dolieron a usted los de un lado y después los del otro. ¿No toma usted parte en la pena que aflige a muchas personas?

—Sí, doctor.

—Pues lo mismo les ocurre a los nervios. También entre los elementos que constituyen el cuerpo humano hay sus dramas y sus comedias.

—¿Y por qué duelen tantísimo los nervios?

—Porque cuando le duele a usted un nervio, lo que le duele en realidad es su *nervi nervorum*, que es el alma del nervio.

—Sí que es divertido. Tiene usted razón, doctor: esta enfermedad mía es mejor que el teatro. ¿Sabe usted una cosa?

—Usted dirá.

—Que desde que me ha explicado usted todas esas cosas tan interesantes, parece que me duele menos.

El médico escribió una fórmula sobre una hoja del bloque de su cartera y se la entregó a José, diciéndole:

—Déle un sello de éstos cada cuatro horas.

Al escritorio y a casa de Andrea llegaron noticias alarmantes sobre la enfermedad de Luciano. Andrea, intranquila, se apresuró a enviar a su doncella a casa de Luciano para que le trajese noticias concretas sobre el estado del enfermo. La doncella volvió diciendo que el señorito Luciano tenía una fiebre altísima y que había pasado toda la noche delirando. Estas noticias la intranquilizaron. Hubiera querido prescindir de todo linaje de convencionalismos y correr al lado del enfermo para constituirse en su hermana de la caridad. El mismo imperativo de su conciencia, que la impulsaba a amar más por obligación que por espontaneidad, le decía que su deber era ir a cuidar a aquel sér abandonado, falto de afectos desinteresados y de quien sólo cuidarían manos mercenarias. Comprendió que no podía hacer lo que su corazón generoso le dictaba. Pero, por lo menos, iría a verle.

A la mañana siguiente salió Andrea de su casa, cubierta su cabeza con un velito mañanero, armada del libro de rezos y de rosario—armas piadosas que tan bien convenían a su porte recogido y modesto—, y después de hacer su cotidiana visita a la casa de Dios, enderezó sus pasos a casa de Luciano. Nadie sabe el sobresalto de que iba animado su espíritu.

Cuando José, el fiel criado de Luciano, abrió la puerta, no acertó a saludar siquiera a la señorita Andrea. Tampoco ésta pudo articular palabra. Y es que ella lo pensaba, atribulada: no se la podía acusar de ningún crimen real, de ningún delito tangible, pero acababa de matar algo que antes vivió en lo más íntimo de su sér con todos los prestigios de los tesoros inmaculados, y que era su más legítimo orgullo. Nadie que conociese sus rectas intenciones sería capaz de tal aseveración; pero ella era el juez más severo y justiciero de su propia conciencia, y acababa de dictar tal veredicto condenatorio.

José la condujo a la alcoba de Luciano; abrió algo más las contrapuertas del balcón, y salió, silencioso, sobre las puntas de los pies, cerrando discretamente la puerta.

Luciano creyó estar soñando. Sólo acertaba a decir «Andrea», «Andrea», con terquedad de monomaniático, con voz quejumbrosa y con ojos lastimeros. Andrea sólo dijo una vez «Luciano», con tono reposado y con mirada serena. La voz de Luciano imploraba perdón, pedía limosna, confesaba culpas. La voz de Andrea, perdonaba.

Luciano, después de repararse de la tremenda impresión sufrida, la miró anhelante a los ojos, diciéndola:

—Andrea..., ¡qué habrá usted pensado de mí!

—Pues que me tiene usted en un pésimo concepto.

—¡Perdón, Andrea! Si usted supiera cuánto he sufrido... ¡Perdóneme usted!

—Yo le perdono, Luciano, porque siempre le he tenido a usted por una persona buena, y los buenos no pueden cometer villanías...

—Gracias, Andrea.

—... Y porque me figuro que a estas horas estará usted arrepentido de lo que hizo.

—Lo estoy; pero es que ya no podía más.

—Espero que no volverá usted a pensar en locuras.

—Lo que usted me mande. Yo no haré nunca más que lo que usted quiera. Por ahora, lo importante para mí, para poder seguir viviendo, es saber que usted me ha perdonado. Lo demás ya vendrá. Usted me oirá algún día y en ese momento de mi justificación, me comprenderá; y si llega a comprenderme, hará algo más que perdonarme...

—Vaya, silencio o me voy ahora mismo.

—No, por Dios.

—Pues, ¡a callar! Yo no vengo hoy aquí a hablar de esas cosas. He venido porque he sabido que está usted enfermo y creí que debía venir.

—¡Qué buenísima es usted!...

—No soy buena. Qué equivocado está usted. Si yo fuese buena no estaría aquí en este momento.

—Pues porque lo es usted es por lo que hace estas cosas buenas.

—Me voy.

—No. ¡Andrea, Andrea, un poquito más!

—No puede ser. Y a ver si se pone bueno en seguida, porque hace usted muchísima falta en aquel escritorio.

—Estoy mucho mejor... desde que usted entró por esa puerta. Pero ayer, Andrea de mi alma, creí que me moría. Y si usted viese con qué tranquilidad contemplaba yo a la Muerte, que se acercaba paso a paso... Sólo sentía no ver a usted antes de morir. Ahora moriría tranquilo. Porque, ¡vamos a ver, Andrea: ¿para qué estoy yo en este mundo?

—No diga herejías, Luciano. Todos estamos en este mundo por voluntad de Dios y hasta que El quiera. Todos estamos en este mundo para algún designio.

—Sí, tiene usted razón. Hay que vivir la vida. Y quién sabe todavía...

—Me voy—dijo Andrea, poniéndose en pie—. ¿Quiere usted que le envíe algún criado? ¿Necesita usted algo?

—Nada, Andrea. Ya creo que estoy bueno. Nada mejor puede usted hacer que haber venido... Además, yo doy muy poco quehacer y ese pobre de José me cuida muy bien.

—Adiós...

—Adiós, Andrea.

—Quieto. Acuéstese. ¿Tiene usted fiebre ahora?
—Creo que no. Ya estoy bueno. Mañana iré al despacho.
—No haga usted locuras.
—¿Sabe usted lo que estoy pensando?
—¿Qué?
—Que si supiera que iba usted a venir a verme, me hubiera puesto enfermo antes.
—Eso no sería ponerse enfermo. Sería ponerse tonto.
—Es que por verla aquí soy yo capaz de ponerme grave.
—Si sé que voy a oír estas tonterías, no hubiera venido.
—... O de morirme...
—¿Es ese el tratamiento que le ha ordenado a usted el médico?
—No...; pero es el que mejor me sienta...

VI

Un domingo por la tarde...

Fué un domingo por la tarde cuando Luciano, a quien el médico había dado ya de alta, se dirigió a casa de Andrea. Los niños habían ido al teatro y la mayor parte de la servidumbre había salido. La casa, silenciosa y tranquila, acogía al que llegaba en un ambiente sereno que predispuso el ánimo de Luciano, estimulándole a las más valientes sinceridades. Andrea le recibió en su gabinete, donde ella cosía o hacía labores, escribía o leía. La entrevista, pues, se celebró en un medio de simpática intimidad. Y hablaron así:

LUCIANO Si usted supiera, Andrea, con cuánto miedo vengo hoy a esta casa...
ANDREA ¿Miedo? ¿Por qué? ¿A quién?
LUCIANO A sus juicios.
ANDREA Tratándose de otro hombre, y después de leer su carta, hubiera procurado que no me volviese usted a ver más. Tratándose de usted... y de mí *(dijo con voz segura)*, estaba deseando que esta entrevista se verificase. Y como estas explicaciones no pueden prodigarse, es necesario que hablemos y es absolutamente indispensable que seamos sinceros.
LUCIANO Con ese propósito he venido, y si por mi parte lo cumplo, usted misma habrá de verlo. Yo no he exteriorizado mis

sentimientos por abrigar la más remota esperanza de que usted correspondiese a esta pasión, pues tengo de usted, como mujer, el más elevado concepto que puede tenerse de criatura humana; y me tengo yo en una estimación que la pone a usted a salvo de cualquier peligro. Lo hice únicamente confiado en que llegase usted a comprenderme y a participar, inclusive, de mis propias inquietudes: tal es la honradez de mis intenciones. Sólo a una mujer buena e inteligente como usted se le puede confiar este linaje de pasión. Sólo los entendimientos claros, como el suyo, y las almas buenas, como la suya, están capacitados para comprender, y sólo ellas son dignas de las confidencias de un alma angustiada como la mía. Sólo usted es capaz de practicar la austera justicia de devolver el noble sentimiento que encerraba mi carta, sin burla, escarnio ni herida.

ANDREA ¿Qué quería usted que hiciese, creyéndole de buena fe?

LUCIANO Lo que hacen otras mujeres, que la primera providencia que toman es ofenderse.

ANDREA ¿Pretendió usted injuriarme?

LUCIANO No.

ANDREA Entonces...

LUCIANO No puede haber ofensa para usted en esta pasión mía. Creo que es legítima, por los sufrimientos que me lleva costado. Y un alma que sufre y ofrenda, como la mía, es digna, por lo menos, de comprensión. Nada pide mi alma, nada reclama; lo que le den ha de ser por libérrima liberalidad del otorgante y sin ninguna clase de imposición. El amante que exige y goza con la posesión, no es del rango moral que el que sufre y calla. Sólo usted puede comprenderme, pero desconfío de que a los demás les ocurriese lo mismo.

ANDREA Es que le condenarían a usted sin oírle.

LUCIANO Ya lo sé. Es el Mundo. Es la humana imperfección, que impone el régimen absurdo de confinar el amor en los límites del Código civil y en la grosería de las pasiones, poniendo en contradicción, de una parte, lo limitado y finito del cuerpo humano, y de otra, lo infinito e ilimitado del alma de las criaturas. Están catalogados los parentescos con leyes y denominaciones de una rigidez irracional, y en virtud de esa deficiencia, la realidad impone en ocasiones parentescos cuya denominación y catalogación constituiría un curso curioso de sociología práctica.

ANDREA Será todo lo absurdo que usted quiera, pero el Mundo no suele perdonar al que se sale de las normas convenidas.

LUCIANO Ya lo sé. La sociedad se escandalizaría de que usted amase a otro hombre que no fuese su marido, y, en cambio, ese mismo Mundo no protesta de que ese mismo esposo traicione la vida del hogar. Y es que en medio de tanto contrasentido impera la ley del más fuerte, y el más obtuso puede ver que el hombre se apodera por puños de la mujer, y una vez que ha conseguido la posesión del cuerpo, cree haberse apoderado también del alma, por la sencilla razón de que el alma accede al cuerpo, de igual manera que lo accesorio (que para ellos es lo incorpóreo) sigue a lo principal. Se dice de un hombre que ha abandonado a una mujer, cuando la arroja materialmente de su casa y la deja en el arroyo. Pero si un hombre falta a sus deberes morales, rompiendo o quebrantando el nexo espiritual que le liga a su mujer, con desamor, con desvío o con olvido, el mundo nada dice ni nada advierte con tal que sigan conviviendo bajo el mismo techo. ¿Puede haber mayor abandono que el espiritual? No hace falta el escándalo público para que los esposos den el espectáculo deplorable de su mutuo fracaso sentimental. Basta que exista entre ellos el divorcio de ideales para que pierdan el derecho a ser felices.

ANDREA Pero usted, Luciano, persigue un imposible. Los errores se pagan y hay que rendirse a la realidad.

LUCIANO Ya hablaremos de eso también. Tal vez la convivencia espiritual, ese aspecto noble de la vida, no resista las pruebas materiales a que la somete la grosera práctica de la convivencia corpórea..., pero, en todo caso, ésta no sería sino una razón más para insistir yo en mi humilde demanda. ¡Un poco de comprensión para esta inquietud sublime que me devora!

ANDREA ¿Pero cómo llegar a la felicidad por ese medio insuficiente que usted insinúa?

LUCIANO Verá usted. Alguno ha creído que apoderándose de esa bellísima envoltura que rodea vuestra alma, cumplía con el Código, que es la norma de la sociedad; y gozoso con su plebeya felicidad, olvidó captar vuestra Alma para cumplir con Dios. Es decir, que estuvo diligente en la satisfacción de un capricho y negligente en el cumplimiento de una obligación ineludible. Tenga y retenga

en su poder, en buena hora, ese divino cuerpo..., pero venga a mí el alma virgen de una mujer mancillada. Bien sé yo que lo perfecto y armónico es la posesión simultánea y complementaria de ambos bienes; pero si alguien ha hecho traición a la ley divina, escudándose en el precepto humano, permítaseme que en nombre de mis crueles dolores satisfaga yo mis altos ideales.

ANDREA Algo he entendido de todo lo que ha dicho; pero usted, que blasona de conocerme, comprenderá que jamás accederé a hacer uso de esa doble personalidad de que usted habla.

LUCIANO No lo hará usted porque yo se lo pida, sino por la tendencia natural de todo sér humano a ser feliz.

ANDREA ¿Pero es que mi estado de infelicidad me da derecho a rebelarme, ni siquiera a desear la dicha que hoy no tengo? Será que no merezco otra cosa. Es mi cruz...

LUCIANO Es ese un caso de resignación mística, que si perdurase la elevaría a usted a lo sublime; pero no es una respuesta genuinamente humana.

ANDREA ¿Me permite usted a mí una pregunta?

LUCIANO Pregunte cuanto quiera.

ANDREA ¿Sería yo feliz—ni siquiera menos desdichada de lo que soy—dejándome convencer por sus teorías y respondiendo a la traición disculpable de un hombre que tiene dinero y no tiene voluntad, como el mío, con otra felonía mil veces más reprobable? Usted es bueno. Me precio de conocerle. Usted me quiere; hace tiempo que lo sé. Y precisamente porque usted me quiere, si yo llegase a cometer la locura a la que usted me induce de buena fe, después de que pasaran algunos años, y cuando usted advirtiese que yo era—habiendo caído—más infeliz que antes, se desesperaría. Créame, Luciano, ese remedio de hoy es un veneno para el día de mañana. Y eso, un hombre bueno y honrado como usted, no lo quiere.

LUCIANO ¿Por qué habla usted de caída y de desastre y de desesperación?

ANDREA Porque tal vez ocurriesen las cosas como usted las describe, si es verdad que su pasión es, en realidad, como la pinta. Pero, ¿quién es capaz de asegurar que ese platonismo de hoy no degeneraría mañana en un materialismo que nos haría a todos desgraciados?

LUCIANO Andrea de mi alma, yo le aseguro que no ocurrirá eso. Nada pido; no exijo nada. No me conoce usted bien.

Ya estoy arrepentido de haberle dicho que la quiero. ¡Era yo tan dichoso con mi desdicha! Tenía entonces, por lo menos, la esperanza de que me comprendiese algún día. Crea en mí, Andrea de mi alma, aunque no sea más que hasta que le dé motivo para dudar de mí.

ANDREA Qué poco agradece usted, Luciano, el sacrificio que estoy haciendo por usted. ¿Podríamos estar hablando con esta intimidad si no creyese yo en usted?

LUCIANO Gracias, Andrea. ¿Qué podría yo decirla para inspirarle una confianza absoluta? Si yo la hubiese hallado dichosa, tal vez no hubiese usted conocido nunca mi pasión. Pero me perdió la fe que tengo en que puedo hacer algo por usted. Me he pasado horas y horas queriéndola a usted con toda mi alma y contemplándola con muda admiración, en el palco de un teatro, durante un largo paseo que dábamos juntos y en esta misma casa. ¡Qué feliz era yo entonces deseándola con todas mis energías! Me satisfacía yo con sólo saber que me estimaba usted un poco. La culpa de todo esto la tiene una semejanza tan grande entre nosotros que se ha manifestado en todo momento. ¡Cuántas veces hemos coincidido en una apreciación o en un comentario! ¡Cuántas veces le he oído a usted la misma observación que se me estaba ocurriendo en aquel momento! Y es que somos tan iguales, y tengo tal fe en que hubiéramos sido absolutamente dichosos, que nunca me consolaré de lo imposible que es usted para mí.

ANDREA Esa es la realidad. Aunque yo tenga simpatía por usted, y por más que me imagine que esa felicidad hubiera sido posible, ¿dejaré de comprender, como usted mismo lo acaba de reconocer ahora, que estamos hablando de un imposible?

LUCIANO Imposible, hasta cierto punto.

ANDREA ¿Qué quiere usted decir?

LUCIANO Nada que la ofenda. He pensado en que podemos hallar consuelo para nuestras desdichas. Yo he ideado una serie de nexos espirituales que la sensibilidad más exquisita y la más rigurosa honradez no dudarían en aceptar. Sólo con que nuestras miradas coincidan en una cruz del templo o en una estrella de la noche, obtendrá mi alma un alivio muy considerable. Para romper entre nosotros todo contacto carnal, dejaremos desde hoy de estrecharnos las manos. Nuestra mirada será la única

caricia que cambiaremos. Yo le regalaré a usted una cruz que no tenga otro valor que el signo de la Redención, y usted se la colocará sobre el pecho, y de esa manera habremos confiado a los brazos de la cruz la purificación del abrazo impuro que entre los dos queremos evitar. Ningún amor entre hermanos será más puro que éste cuyo régimen propongo. Podemos ejercer, unidos, la caridad. Vamos a buscar la miseria y la desgracia donde quiera que se hallen, y dediquémonos a enjugar lágrimas para que el cielo nos deba alguna buena obra. Busquemos entre los niños de la calle, uno, el más pobre, el más desvalido, el más enfermo, el niño más triste del mundo, si es posible, para que se parezca a nuestra pasión, y prohijémosle de hecho. Ese será nuestro hijo espiritual. Será tan hijo de la desgracia como desgraciados son nuestros amores. Amémosle, démosle vida y confiemos en Dios. Ese niño será un símbolo. Si triunfa de la vida, será señal de que nuestro amor prevalecerá. Si muere o sucumbe socialmente, será que el cielo nos condena por su conducto y se opone a nuestra felicidad. ¿Qué mal hay en esto que propongo?

ANDREA Mucho me está usted haciendo sufrir con sus proposiciones, ya que, sin querer, le creo. No veo en ellas otro mal que el que se desprende de mi propio consentimiento, si es que llegase a otorgarlo. Mi falta tanto estaría en consentir esas exquisiteces como en tolerar cualquier relación carnal, y mucho me temo que iniciando nuestra vida de condenación por procedimientos tan poéticos e inmateriales, pronto pretendería usted pasar a otros no tan santos ni discretos.

LUCIANO Hay una razón poderosísima para que yo no quebrante mi procedimiento.

ANDREA ¿Y cuál es?

LUCIANO Que amándola a usted de una manera absoluta, nunca tomaría su cuerpo de los brazos de otro hombre; por la misma razón que no tengo inconveniente en desear su alma, que considero virgen. Mi propio rango de hombre digno me pone a cubierto de aquella indignidad.

ANDREA Pero..., vamos a ver, Luciano. ¿No existía ya entre nosotros cierta comunidad de ideales y una franca simpatía que sin sonrojos ni traiciones nos permitía consolar nuestras mutuas tribulaciones? ¿Para qué ahuyentar con palabras aquellos nuestros puros pensamientos? ¿Por qué romper el encanto de un silencio que a veces

decía más, y más elocuentemente, que esta enojosa discusión que estamos soteniendo?

LUCIANO Yo no sabía, Andrea de mi vida, que me comprendía usted...

ANDREA Ni yo misma sabía lo que me ocurría... Ahora lo sé. Todo lo que usted explica me sucedía a mi...

LUCIANO Y es que me ha estado usted queriendo, sin saber lo que hacía.

ANDREA ¡Eso, no! *(Replicó vivamente Andrea, repeliendo con el gesto la suposición.)* ¿O es que cree usted que no tengo conciencia?

LUCIANO *(Apasionadísimo.)* También yo la tengo, y, sin embargo, contra toda conciencia y contra el derecho y la lógica y la razón, la quiero a usted con el alma. Ya que usted no me quiera, entre otras razones porque le asusta la palabra esa, déjeme que la quiera yo por esos procedimientos inofensivos que digo.

ANDREA No, Luciano. Eso, no. ¿Para qué vamos a sujetar a normas fijas un sentimiento que no puede tener realidad? ¿Por qué me exige usted ese sacrificio? ¿No le doy lástima? ¿No comprende que si yo accediese a ese juego peligroso, inocente en apariencia, ni usted podría seguir estimándome con ese elevado concepto que de mí tiene, ni yo misma podría creerme digna de respeto?

LUCIANO Sea como usted quiera. Contra la voluntad de usted no quiero nada. Contra todas las leyes divinas y humanas defendería yo *mi derecho;* sí, el derecho que tengo a amar y a ser amado por procedimientos honrados. Pero contra usted, no. Tal vez sea usted injusta conmigo. Quiera Dios que todas las ofensas que usted reciba en el mundo sean como la que yo le infiero. Es día de sinceridades, y quiero que mi alma se ofrezca a usted tal y como es. He pensado alguna vez en poseerla, pero he considerado su posesión tan remota y tan temible como la misma muerte. Estoy seguro de que me mataría la alegría de su posesión. Si por la realización milagrosa de uno de esos sueños de mi loca fantasía, me viese alguna vez unido a usted, mi alma se extasiaría en su contemplación y todo mi amor se convertiría en un copiosísimo llanto de felicidad inefable, con el que agradecería al cielo mi proximidad a la Belleza y al Bien. Porque usted es para mí algo más que una mujer bonita de quien estoy ciegamente enamorado. Es usted, principalmente, el símbolo de la suprema felicidad, a la que

no puede llegar ningún sér humano. No sabe usted, Andrea, cómo yo la quiero; no sabe de qué renunciaciones sería yo capaz para no traicionar la pureza de mi afecto. Está tan saturada de ilusión esta desgarradora pasión mía, que sólo con la contemplación de usted se satisface. Es tan pura, que sólo con el tenue beso del hálito que de usted trasciende se da por recompensada. Así es que con sólo verla y oírla se sacia toda la aspiración de mi sér. A veces, la simple contemplación de sus manos bellísimas, o de su frente luminosa, o de sus ojos de ensueño, me causa un consuelo tan reparador que me hace olvidar todas mis tribulaciones. Esta mía no es una pasión humana: es algo divino, es la *divina inquietud* que Dios ha querido poner en mi pecho para revelarme por este medio cómo son las pasiones celestiales. ¿Seré un privilegiado de Dios para este fin? ¿Seré un elegido suyo en quien quiera acumular todas las desdichas? Andrea, por amor al cielo, por amor a Dios, compasión, compasión...

Andrea lloraba en aquel momento. Estuvieron mucho tiempo callados, mirándose a través de aquel cendal de lágrimas... ¡Qué momentos de mutua comprensión, de asentimiento, de consuelo y esperanza fueron aquéllos! Al fin, dijo Luciano, con la voz trémula por la emoción:

LUCIANO Yo creo, Andrea, que todos venimos a este mundo para vivir un solo momento de nuestra vida, y que una vez vivido cesa el interés de nuestra existencia. Este es nuestro momento, Andrea. Nada aparentemente ha ocurrido entre nosotros, y, sin embargo, después de ver esos ojos de ensueño, húmedos con el llanto de la comprensión de mis desdichas, me moriría tranquilo.

ANDREA ¿Y crees tú que merece la pena vivir para que llegara este momento?

LUCIANO Sí; yo no me cambio por nadie.

ANDREA ¿Crees que es tan grande lo que has conseguido?

LUCIANO No seas cruel.

ANDREA Aunque yo no valgo nada, esto es un triunfo para ti, y a los hombres os enorgullece eso.

LUCIANO No seas cruel, te repito. Yo no he triunfado porque tú me quieras un poco. Más vencido que antes me considero, pues me da una pena horrible que me quieras y que sufras por mí. Mi actitud te irá tranquilizando.

Además, no he sido yo quien ha triunfado: ha sido mi desgracia, que te ha conmovido.

ANDREA No conoces a las mujeres, si crees eso. No te quiero por desdichado ni por triste. Te quiero porque te he visto triunfar en muchas cosas, y, sobre todo, porque en la lucha que hace tiempo sostenemos los dos, has sabido vencerme. Y te quiero, además, porque eres bueno... y por muchas cosas más. Pero esto es un imposible. Mira, Luciano *(dijo Andrea, amparándose contra el pecho de Luciano y temblando como un niño medroso)*, quiéreme mucho, muchísimo, que bien lo necesito; pero que este amor no aumente mis desdichas.

LUCIANO No temas, Andrea de mi alma. Yo sabría sacrificarme si ese momento llegara. No temas nada.

ANDREA ¡Qué mala soy, Dios mío! ¿Y cómo confieso yo ahora esto?

LUCIANO ¿Pero qué vas a confesar? ¡Pero si nosotros no hemos hecho nada malo!

ANDREA ¿Te parece poco?

LUCIANO A mí, sí.

ANDREA Calla, infame. ¿Y con qué cara se lo digo yo a mi confesor?

LUCIANO Con esa tan bonita y tan compungida que tienes en este mismo momento.

ANDREA El pobre señor, que me tiene por una santa...

LUCIANO Y lo eres.

ANDREA Antes, sí. Pero desde que te metiste por medio tú...

LUCIANO No te apures por el confesor. Y vamos a hablar ahora en serio. Este cariño sólo sufrimientos nos ha proporcionado hasta ahora.

ANDREA Eso es verdad.

LUCIANO Pues un amor que sólo padecimientos y tribulaciones ocasiona, más bien es una virtud que un vicio.

ANDREA No está mal pensado. Pero temo que no sirvan esas argucias para el padre Luis.

LUCIANO Pues si no sirven, vengo yo un día a buscarte, vamos los dos, nos arrodillamos ante él a un mismo tiempo, me dejas que le explique yo todo eso y ya verás cómo nos absuelve, nos felicita y nos acompaña a la estación...

ANDREA ¡Calla, loco!

Luciano, inquieto, igual que los enfermos que se mueven incesantemente para buscar posturas caprichosas que atenúen algo los rigores de un padecimiento, buscaba lenitivo a sus dolores,

forjando mil proyectos que le prometían la esperanza remotísima de un consuelo. Y así, por ejemplo, le confortaba entrar en aquella casa donde él trabajaba defendiendo la fortuna de Andrés, quien sólo se ocupaba de divertirse, disipando las ganancias que sólo una dirección prudente logró obtener. Un dia que Luciano subió a casa de Andrea para entregarle el dinero que habia pedido para gastos de casa, ésta le dijo:

—Ya sé que llevas muy bien todo lo del negocio. Si no fuese por ti, no sé qué sería de mis hijos y de mí. No lo puedo remediar, pero no hay vez que piense en el abandono en que Andrés nos tiene, que no se me venga tu nombre al pensamiento. Y es que por dejación suya te veo constantemente ocupando su lugar.

Quiso Luciano despedirse de Andrea para eludir alabanzas, y le retuvo ella, implorando un poco de atención para algo importante que tenía que decirle. Quería hablarle de Luis, su hijo. También por abandono de sus deberes de padre, había Andrés educado a su hijo en un ambiente vicioso. Y decía Andrea:

—Muchas cosas tengo que agradecerte, Luciano. Pero esta que voy a pedirte me unirá a ti con más fuerza que ninguna otra gratitud. Mi hijo Luis tiene ya catorce años, y a esta edad está empezando el Bachillerato, cuando otros niños ya lo están terminando. ¿Qué se te ocurre para estimular su actividad y despertar su entusiasmo por la lucha y el amor al trabajo? Temo yo que se críe mi hijo en la misma escuela de perdición que su padre—y aun en otra peor—, pues su padre supo ganarlo, aunque ahora cometa la insensatez de derrocharlo, y mi hijo es lo más probable que sólo asimile este último aspecto de la escuela de su padre.

Tenían un gran fundamento los temores de Andrea. Luisito, que había heredado los ojos de ensueño de su madre y el tipo marchoso y pinturero y la simpatía de Andrés, era un guapo rapaz que sólo se ocupaba de variar sus chalinas y de cuidar esmeradamente todos los detalles de su traje y de su persona. No tenía el chiquillo toda la culpa. Las breves temporadas que Andrés pasaba en Madrid, gustaba de llevarlo consigo, mostrándolo a sus amigotes como el digno continuador de sus hazañas. Acogieron a Luisito como a un juguete los camaradas desaprensivos de su padre, y en las terrazas de los cafés, o cuando había ocasión para ello, obligaban al estudiante a fijarse en alguna buena moza que al azar pasaba, o en la misma florista procaz que les ofrecía un clavel, iniciando al imberbe groseramente, en algo que su cerebro ya presentía. Y si el niño sonreía asintiendo, o envalentonado por aquel coro de instructores galantes, concretaba sus impresiones en una frase categórica, entonces reían ruidosamente *los maestros*, hasta

desternillarse, satisfechos de su labor. Y el padre, que presenciaba la faena, reventaba de satisfacción.

Por este procedimiento fué Luisito graduándose en las artes menores del Amor, y no tomó en su práctica parte activa porque su organismo infante estaba en desproporción con su gran sabiduría.

Alguno repartió cigarrillos un día y también le dió a Luisito. Iba el muchacho a encenderlo, sin dar importancia a la osadía, más bien creyendo enorgullecer a su castizo papaíto, cuando éste le atizó un manotazo que lanzó a varios metros el pitillo. Pensó entonces Andrés en los estragos que produce la nicotina, y temió a la morbosidad de este alcaloide más que al contagio moral de sus propias lacras. Por fin, a ruego de aquellos *protectores de la infancia*, quedó otorgado el consentimiento para que el niño pudiese fumar..., pero cuando su padre no le viese. Rasgo de una moral personalísima de Andrés.

Teniendo antecedentes Luciano de las libertades que Andrés había concedido a su hijo, escuchó con atención a Andrea, y sin prejuzgar la cuestión, aunque desconfiando en su fuero interno de conseguir un resultado positivo, ordenó a Luisito que a la mañana siguiente se presentara con sus libros en el despacho de la Gerencia. Le hizo estudiar durante dos horas y después le preguntó la lección en forma amena y cordial, alentándole cuando dudaba, ayudándole discretamente cuando olvidaba algo y alabándole calurosamente cuando el muchacho decía algo bien. Terminada la lección, Luciano se encaró con el chico y estimuló su verbosidad sólo por el placer de escucharle. Luciano era natural y fundamentalmente bueno. Y prueba de que lo era es que quedó pendiente de aquella ingenua charla que salía de la boca del muchacho, y se regocijaba de oirle, como hubiera detenido sus pasos en la ruta de un caminar penoso, al oír el fluir sonoro de un fresco manantial.

Tanto se aficionó Luis al trato cariñoso de Luciano, que ya no se iba de paseo con sus compañeros, como antes hacía. Apresuraba el paso para tomar el tranvía, «un seis», que le llevaba desde la puerta del colegio hasta la de su casa, y subía rápido los cuatro peldaños que conducían a la Gerencia, donde Luciano le esperaba trabajando aún en su despacho. Una tarde entró diciendo:

—Luciano, me han preguntado, ¿sabes? Me han sacado a la pizarra y he estado colosal.

—¿Ves, hombre? ¡Si cuando tú quieres! ¿Se lo has dicho a tu madre?

—No he subido todavía.

—Pues ve a merendar, y se lo dices. ¡Ah! Y baja en seguida, que nos vamos a ir a dar un paseo por el Hipódromo. ¿Quieres?

—Sí, hombre, ¿no he de querer?

Luisito bajó dispuesto a dar el paseo. A su madre le había alegrado muchísimo la noticia de su aplicación y le prometió un buen reloj si aprobaba el curso completo.

—Oye, Luciano, ¿me explicarás la lección todos los días?

—Sí, hombre. Ya verás. Tú estudia un poco, y con lo que yo te explique y con lo que oigas en clase, cualquiera te tose...

Hablando de estudios, de aquellos estudios que ya no le eran tan odiosos al estudiante porque alguien se había encargado de darle la impresión de que era capaz para ellos, y refiriendo alternativamente sucedidos graciosos entre profesores y alumnos, llegaron a las mismas puertas del Hipódromo, y como la noche estaba apacible y como aquellos dos seres, tan diferentes en edad y condición, coincidían en un afecto mutuo, volvieron a pie por el mismo andén por donde habían ido.

Al llegar a la puerta de la casa de Andrés, dijo Luciano, despidiéndose:

—Bueno, chacho, hasta mañana.

—Adiós, Luciano. ¡Qué bien vamos a dormir! Nunca anduve tanto como hoy.

Luciano sonrió satisfecho. Producir al estudiante aquel cansancio fué su finalidad. Quiso rendirle muscularmente para que aquel cuerpo niño se entregase enteramente al sueño, evitando que su imaginación despertase en las horas propicias a la recordación de aquellas escenas que pudieran herir su fantasía durante el día.

Llegó la época de los exámenes. Una noche se hallaba Luciano trabajando en su despacho y tiró, de pronto, la pluma. «Sí—dijo mentalmente—, hoy se examina Luis de la primera.» Miró el reloj: eran las ocho. «¿Qué habría ocurrido?» Sonó el timbre del teléfono. Tomó el auricular y al punto reconoció la voz de Andrea:

—¿Qué ocurre?

—No es nada malo; no te asustes. Acaba de venir Luis, contentísimo. Le dieron notable en Aritmética. Le he reñido mucho porque no ha tenido paciencia para entrar a decírtelo, y ha venido a casa directamente.

—No le riñas por eso. Agradéceselo. Es a ti y no a mí a quien primero debía dar la noticia.

—Ahora mismo baja. No sabes lo contenta que estoy... y lo agradecida a ti...

—No hables de eso. Que baje Luis.

—Ahora mismo va.

Cuando Luciano terminó la conferencia con Andrea, dejó el aparato y suspiró profundamente. Gracias a él había en aquellos momentos en el piso de arriba un poco de felicidad. Se conmovió

todo su sér. ¡Qué bueno es Dios, que hace buenas a las criaturas cuando alguien las induce al bien! ¡Cómo se enterneció el alma de Luciano cuando comprendió que desde aquel momento le ligaba un deber más a la tierra! Pero..., ¿era aquello que sentía la satisfacción íntima que produce el bien realizado, porque nos aproxima a Dios, o era que aquel sendero radiante le parecía apacible porque le conducía hasta *ella*?...

VII

Don Leo «el Magnífico».

Andrea quería hablar con Luciano. Le hizo pasar a su gabinete. Luciano sintió cierto rubor al entrar en aquella estancia, en la que no había estado desde que tuviera con Andrea aquellas graves y definitivas confidencias.

—Aquí me tienes, Andrea.

—Perdona que te haya molestado.

—¿Qué te ocurre?

—Quería verte..., ya que tú haces cuanto puedes por evitarlo.

—No lo niego. Prefiero no verte. Sufro menos no viéndote. ¿Qué tienes que decirme?

—Ante todo, agradecerte lo que estás haciendo por mi hijo. Aquí sí que puede decirse que más que un padre..., puesto que el suyo, las pocas veces que escribe, ni siquiera pregunta si estudia.

—Vaya, Andrea, no está bien hablar así de los ausentes.

—Yo bien quisiera tener motivos para su alabanza. (*Y haciendo una brusca transición, dijo:*) ¿Pero no sabes lo que me ocurre ahora? ¡Pero si es horrible!...

Y comenzó a sollozar, presa de una intensa excitación nerviosa.

—No llores, Andrea, que te pueden oír los niños.

—No es fácil. Sus dormitorios están lejos, y Luis, que es el único que podría venir, se ha despedido ya de mí. ¡Pobres criaturas! No sé qué va a ser de ellas, ni de mí, ni de esta casa.

—¿Pero a qué vienen esos extremos? Vaya, tranquilízate y dime en seguida qué es lo que te ocurre.

—El caso es que después de haberte llamado, no sé si debo confiarte lo que me sucede.

—¿Y aún lo dudas?

—Sí; lo dudo.

—¿Y a quién mejor que a mí?

—Mejor a cualquiera que a ti.

La emoción hizo empalidecer a Luciano, y sin saber por qué presintió nuevas inculpaciones. Por eso, rebelándose, enérgico, contra cualquier acusación concreta o figurada que pudieran encerrar las palabras de Andrea, dijo:

—Todo, absolutamente todo cuanto te ocurra puedes y debes decírmelo con preferencia a cualquier otra persona.

Y tenía la afirmación categórica tal tono de sinceridad, al propio tiempo que de absoluta sumisión, que Andrea no tuvo valor para resistir por más tiempo y contó a Luciano el motivo de su congoja.

Leopoldo Arteaga, socio de Andrés, a pretexto del abandono en que se hallaba Andrea, había ido con su mujer a visitar a ésta y la habían obsequiado con meriendas, paseos y teatros, demostrándole una amistad entrañable, que hasta aquella ocasión nunca le habían ofrecido. A Andrea le aburrió muy pronto la afectada efusión de la consorte de Arteaga y la asidua atención de éste; y con la disculpa digna de que se aburría en todas partes donde no se hallase su marido, esquivó las invitaciones y volvió a recluirse en su casa. Andrea no se equivocaba. Ninguna mujer se equivoca juzgando la impresión que produce en un hombre. Andrea era objeto de una atención preferente y a veces obstinada, y aun reiterada, por parte de Arteaga, y aunque tratándose de don Leopoldo Arteaga, *el Magnífico*, podría atribuirse tan insistente admiración a la propensión comentarista del tipo, Andrea tuvo el talento de saber eliminar los galanteos, que eran expresión natural y espontánea, de aquellas otras insinuaciones que comprometían su prestigio.

Era don Leo, cuyo patronímico íntegro ya hemos dicho cuál es, un hombre, además de «magnífico», imponente, terrible e irresistible. El dicterio de *magnífico* lo debía a su indumentaria, verdaderamente despampanante. Gastaba el chaquet y la americana con ribetes de trencilla; los chalecos, con vivo blanco; los pantalones, abotinados, con franja; las corbatas, de plastrón; los guantes, de vena negra; con puño de plata, macizo, bastones y paraguas..., todo con un aditamento, refuerzo o comentario. No se contentaba con vestir aquellas prendas hechas a conciencia con paños que ya no se fabricaban; se ensañaba con su persona, adjudicándose y propinándose una serie de aditamentos, dijes y fruslerías que completaban su complicadísima indumentaria. De su cuello colgaban varias cadenillas de oro, que correspondían a instalaciones diferentes: la de los lentes, la del *monocle*...; cruzaban su pecho, a la altura de los diferentes bolsillos del chaleco, cintas y ramalillos que retenían en la argolla de sus extremos, herramientas y maquinillas para los usos más diversos: lápiz de oro con el resorte guar-

necido por un rubí, cortapuros, portacigarros, encendedor... Y también de su cinto, de recio cuero, guarnecido por cierre de plata—¿y cómo no?—, pendían, conduciéndolas a los bolsillos del calzón, cadenas de plata con diferentes llaveros. En los bolsillos del pecho de las diferentes prendas que sucesivamente vestía, guardaba cartera, billetero, petaca de cigarrillos, otra para puros, fosforera de esmalte y, por último, jamás salía a la calle sin su buena pistola automática, primoroso ejemplar de templado acero pavonado, ilustrado con incrustaciones de oro. No era todo ello, con ser mucho, nada en comparación con lo que don Leo llevaba para su adorno en la pechera, sobre su corbata y en los dedos de sus manos. Los metales más nobles y las piedras más preciosas le prestaban el brillo metálico y las irisaciones de la luz, que, unas veces descompuestas por refracción y otras por reflexión sencilla, ilustraban su figura con el prestigio de su valor y aun la mayor parte de las veces, con su agresivo mal gusto, atrayendo hacia sí las miradas de los más distraídos. Vestidos, adornos y alhajas proporcionaban a don Leo una tara tan considerable que, por conocer la moral del tipo, decían muchos que sin aquellos ropajes y preseas, nadie daría por don Leo dos perras grandes. Tal vez conociese el menosprecio que hacían todos de él cuando tantos miles de duros se echaba encima, que a nadie le gusta salir por una friolera, sino, por el contrario, ostentar un valor, aunque sea del intrínseco, despreciable y vil, al que no puedan llegar todos los mortales.

Don Leo se dedicó a cortejar a Andrea descaradamente. Cuando Andrea se zafó urbanamente de los convites asiduos de don Leo y de su esposa, tuvo que soportar las visitas de don Leo solo, quien, a pretexto de preguntar por el socio entrañable, se plantificaba en el gabinete de aquélla, prolongando sus estancias a límites desproporcionados con la amistad que tenía con aquella familia.

Mientras Andrea iba relatando, crecía la indignación de Luciano.

—Pero, ¿ha llegado a decirte algo claramente?

—Ya lo creo. Ayer mismo. Me dijo que estaba enamoradísimo de mí; que un hombre tan depravado como Andrés no merece consideración de ninguna clase; que él estaba dispuesto hasta abandonar a su mujer, y que si no le hacía caso, estaba resuelto a cometer cualquier barbaridad por conseguir mi cariño.

—¡Canalla!

—Y tengo miedo, Luciano; tengo un miedo horrible...

—¿De quién? ¿De ti?

—No; de mí ya sabes que estoy bien segura; y con relación a Arteaga, muchísimo más.

—Entonces, ¿de quién?

—De él.

—¿De él?—preguntó Luciano, riendo estruendosamente.

—Sí, de él. Y no te rías. No es cosa de broma. No sé si conoces a Arteaga bajo ese aspecto. Sé cosas de él verdaderamente horribles. Es capaz de llegar a la difamación.

—Ese es un miedo pueril, que no debe tener una mujer como tú—dijo Luciano, congestionado por el odio súbito que le inspiró Arteaga.

—Tal vez. Pero me rinde, me intimida la calumnia que pueda dejar sólo una sombra de sospecha en mi marido o en mis hijos. Le tengo miedo a ese hombre. No quisiera volver a verle.

—Pues no le recibas.

—No basta con eso. Además, es muy imprudente, y no se contentaría con mi negativa, ni se resignaría a no verme. Por otra parte, no quiero provocar en él una actitud que pueda sugerir sospechas a los criados. Quisiera huir de Madrid, para no verle... Sí; eso será lo mejor. Me iré a Sevilla con mis hijos una temporada. Puedo poner el pretexto de mi salud. Y no miento. Hace tiempo que no estoy buena.

—Creo que exageras.

—No, Luciano. Antes sería otra cosa. Cuando yo era buena, completamente buena, nada me importarían las asechanzas de ese sinvergüenza... Ahora, que tengo algo de qué avergonzarme, no puedo ver con tranquilidad a ese hombre.

—¿De qué tienes tú que avergonzarte?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Si la gente supiera nuestro martirio, nos compadecería.

—Nadie creería en nuestro sacrificio. Y ese hombre, menos que nadie. Es más, creo que sabe algo de lo nuestro.

—¿Te ha dicho algo?

—Nada, hasta ahora. Pero el otro día te nombró y me sonó tu nombre en sus labios a burla, a rencor, a odio... ¡Que no venga más aquí con sus oficiosidades! Me inspira un terror superior a mi serenidad.

—Descuida. No volverá más a importunarte—dijo Luciano con un tono enérgico y decisivo, expresión fiel de sus características determinaciones.

—¿Qué vas a hacer?—le preguntó Andrea, temerosa.

—Eso es cuenta mía.

—Quiero saberlo.

—Te basta con saber que Arteaga no volverá por aquí, ni intentará cosa alguna contra ti... ¿Quieres más?

—Si eso fuera posible...

—Seguro. Confía en mí, Andrea de mi alma.

—Puesto que tú me lo aseguras, me quedo más tranquila.

—Más tranquila, es poco. Absolutamente tranquila queda...

—Pero, por Dios, Luciano, sin escándalo ni violencias.

—Cuando yo te digo que puedes quedar absolutamente tranquila... Conozco a Arteaga y sus mañas.

—Quiero verte mañana.

—Pues me verás mañana.

—Y todos los días...

—Como quieras.

—Para que mi alma se pierda completamente...

—No se pierde el alma de una mujer tan buena como tú.

—La mía sí se perderá.

—Pero se la encontrará Dios.

Se despidieron con la mirada. Habían convenido no darse la mano.

Era tal el aplomo y la seguridad con que Luciano se había expresado, que Andrea quedó muy aliviada de su intranquilidad. No obstante, la crisis nerviosa se manifestó durante las horas del sueño. Andrea se quedó dormida de madrugada. Siempre que un disgusto o una preocupación cualquiera alteraba la normalidad de sus nervios, le ocurría lo mismo: durante las interminables horas de insomnio era, alternativamente, dominadora y dominada; oprimía a su enemigo con sus dedos en la cavidad minúscula de su débil mano, o su enemigo tomaba proporciones inconmensurables, que la agobiaba con su densidad y con su volumen aterrador. Pasada la crisis, quedó dormida y soñó. Se vió a sí misma desde un punto exterior a ella. Y se vió pequeñita, cuando tenía tres años, igual a un retrato que todavía conservaba, cubierto el cuerpecillo solamente con una camisita azul de vaporoso tejido. A su lado caminaba un dragón, que era amigo suyo. De vez en cuando elevaba ella su mirada hasta los ojos del dragón, que iluminaban como los destellos de los faros y calentaban como los rayos del sol, y seguía caminando sonriente. Se hizo de noche. Entraron en un bosque espeso y tenebroso. Buscó al dragón con la mirada, y no lo halló. Se paró para buscarlo. Vió a un gnomo de luengas barbas, con la misma cara de Arteaga, que la perseguía, en acecho. Quiso chillar, y no pudo. Quiso correr, y sus pies habían echado raíces, que la sujetaban a la tierra. Volvió a buscar con la mirada al dragón. Volvió su cabecita y—¡oh alegría!—allí se hallaba su amigo, el dragón, sonriéndola, como para darle ánimos. Se sintió amparada, dominó su terror y volvió y elevó sus ojos implorantes de amparo al dragón. Esperó. Sobre el terreno del bosque, tapizado mullidamente de hierbas y de briznas, apenas se oían los pasos

veloces y menudos del gnomo. Andrea, la Andrea de tres años, contuvo la respiración; el gnomo se abalanzó sobre ella, y el dragón, interponiéndose, se tragó al gnomo... Empezó a clarear. Salió el sol, como pintado en un telón escenográfico, y continuó la Andrea de tres años su paseo por el bosque, sintiéndose tan segura como si ya no tuviese enemigos en todo el haz de la tierra.

A la mañana siguiente llegó Luciano a la Gerencia, a la hora de costumbre; leyó la correspondencia, distribuyó el trabajo entre los distintos negociados y dictó algunas cartas. Después tomó de encima de su mesa un compás de proporciones y se puso a tomar distancias sobre unos mapas murales. La labor que ahora realizaba era la consecuencia y el complemento de una serie de entrevistas que días antes había sostenido con algunos cónsules. Trataba de formar el itinerario de una línea de navegación entre España y los puertos de la costa occidental de América del Sur. Había que dar empleo a todo trance al tonelaje que, después de empleado en los transportes febriles de una época excepcional, volvía a los puertos nacionales para ser amarrado. En esta tarea le sorprendió la una de la tarde. Despachó la firma con algunos empleados. Cuando terminó, dijo a uno de éstos:

—¿Ha venido el señor Arteaga?

—Sí, señor.

—Tenga la bondad de decirle de mi parte que no se vaya sin verme.

—Ahora mismo.

Salió el empleado. Luciano tocó un timbre. A los pocos segundos apareció el conserje.

—¿Qué desea el señor?

—Mire, Manuel, puede usted irse. Tengo que volver temprano esta tarde. Me llevaré la llave.

—Aquí la tiene el señor.

—Está bien. Pueden ustedes marcharse.

Salió el conserje y entró Arteaga. Venía con guantes, sombrero y bastón, dispuesto a salir. Iba impecable. No le faltaba detalle. Entre una y dos de la tarde era Arteaga la figura decorativa de la terraza de cualquier café, adonde acudía a despachar sus negociejos amorosos con floristas, billeteras y terceras oficiosas.

—Arteaga, si no tiene usted mucha prisa, le ruego me oiga unos minutos.

—Los que usted quiera.

Y se sentó con las debidas precauciones para que su indumentaria no sufriera menoscabo alguno. Sosteniendo con una sola mano guantes, bastón y sombrero, haciendo un alarde de destreza, re-

pasó con la otra todos los detalles de su *instalación suntuaria*, afirmando en su sitio el nudo de la corbata, cerciorándose de que el alfiler estaba bien prendido, acariciando su peinado, estirando las piernas al mismo tiempo que daba tironcitos de su pantalón para evitar rodilleras, sacudiendo graciosamente las puntas escaroladas del pañuelo y estirándose el chaleco, que se obstinaba en ceñirse con excesiva docilidad a la escandalosa curva de su panza.

Cuando Luciano terminó de recoger sus papeles, vino hacia Arteaga, y permaneciendo en pie, empezó a decirle en tono mesurado, pero enérgico:

—Arteaga, le ruego a usted muy encarecidamente que no vuelva a presentarse delante de Andrea bajo ningún pretexto.

Arteaga se hundió un poco más en aquella poltrona en que se hallaba sentado, al peso de las contundentes y densas palabras del Gerente. Es más, quiso incorporarse, y no pudo. Quiso, por lo menos, mantenerse en una actitud decorosa, y no lo logró. Se hizo un lío con las leyes de la gravitación universal. ¿Habría aumentado la densidad absoluta de su cuerpo? ¿Habría aumentado el enrarecimiento de la atmósfera, de aquella atmósfera angustiosa en que su cuerpo ridículo se hallaba sumido, que es lo que ocurre, en realidad, esos días de la canícula, en que nos sentimos más pesados que de ordinario? ¿Tendría explicación para este fenómeno el sabio físico Einstein, que tal revolución acababa de armar en el mundo científico, con sus teorías sobre la *relatividad*? Algo muy nuevo debía ser, indudablemente, lo que a él le ocurría, por la sencillísima razón que nunca hasta entonces le había sucedido. Sin saber por qué, se puso a pensar con una gran obstinación en Einstein. ¡Qué estupidez! Y Luciano, allí delante, observándole; tal vez disfrutando ante su confusión... Trató de dominarse. Aferrándose a los brazos de la butaca, se incorporó a duras penas y compuso un tanto su figura. Ese resto de guapeza que surge en todo hombre, aun en los casos de miedo insuperable, brotó del mezquino corazón de Arteaga en una diástole violenta que amenazaba paralizar su vida. Congestionado por el terror, dijo con vocecilla temblona, que lo mismo podía ser de miedo que de rabia:

—Hombre..., Luciano..., me permitirá que me sorprenda de que sea usted quien me formule esa prohibición tan terminante con relación a Andrea.

—Desde luego, está usted en su derecho de sorprenderse cuanto quiera; pero yo persisto en rogarle a usted que me prometa solemnemente dejar en paz a Andrea, en absoluto y para siempre.

—Pues lo veo un poco difícil.

—Pues vamos a almorzar hoy un poco tarde, y conste que lo

siento por usted, que sentirá debilidad; yo, mientras tengo un solo asunto pendiente, no como; me gusta tener las cosas al día.

—No quiero ocultarle que, vamos, la verdad, me ha sorprendido un poco esta intervención de usted en los asuntos de Andrea, y antes que hacer un juicio aventurado que nos colocase a los tres—o a los cuatro—¡o quien sabe si a mayor número de personas!—en una situación difícil, le ruego, Luciano, demos por terminada esta entrevista, que podemos reanudar en cualquier otra ocasión. Cuando yo no me halle, por lo menos, en esta situación de inferioridad en que me coloca la sorpresa tan enorme que me ha producido la intervención suya en un asunto en que, la verdad, jamás creí que usted podría ni debería intervenir.

—Imposible. En tanto no se obligue usted conmigo solemnemente en los términos que acabo de indicarle, no saldremos de aquí.

—Pero, vamos a ver, ¿quiere usted explicarme?...

—Nada absolutamente. A los individuos como usted, Arteaga, no se les explica nada. Antes sería necesario que me explicase a mí cómo es que anda usted por el mundo con la cabeza sana, poniendo en práctica ciertos procedimientos de su uso exclusivo con las mujeres.

—Hombre, eso equivale a una agresión.

—Es un amago, nada más. Le repito, por última vez, que aquí no hay explicaciones de ninguna clase. Aquí no hay más que una orden: que usted no vuelva a presentarse más en presencia de esa señora.

—Pero lo gracioso y ¡hasta original! de mi situación es *quién* me da esa orden a mí.

—Yo.

—Es que yo no sabía que los poderes que le había conferido Andrés a usted, llegaran a contener una cláusula por la que le mandase la guarda de los bienes conyugales del ausente...

—Entre buenos amigos, ese poder se considera siempre tácitamente otorgado.

—... Y como, por otra parte, también ignoro si Andrea está conforme con esa osada intervención de usted en sus asuntos, deberíamos, previamente, aclarar estos extremos...

—No tenemos nada que aclarar.

—... Porque a mí me han dicho muchas mujeres: «Mucho ojo, Arteaga, que tengo un marido con muy buenos puños»; pero todavía no me ha dicho ninguna: «Mucho cuidado con un íntimo amigo de mi marido.»

Arteaga se crecía, alentado por una oratoria que creía iba a ser de efecto eficaz, pero que no produjo otro resultado que el de acabar con la poca paciencia que Luciano trataba de admi-

nistrar cuidadosamente para retardar todo lo posible el desenlace violento.

—Todo van a ser sorpresas para usted en este asunto; y para evitarle alguna que pudiera asombrarle, le invito nuevamente a que obedezca sin replicar.

—Es que tal vez le conviniese a Andrés conocer si se ha extralimitado usted en el cumplimiento de su mandato.

—Comprenderá usted que al presentarme a usted en el tono y en la actitud que lo he hecho, he descontado todos los riesgos, incluso los de alta prudencia que a mí me impiden demostrarle de una manera contundente el odio que le tengo.

—¡Ah, vamos! Ya apareció aquello. Ahora resulta que todo cuanto aquí se discute es nuestra rivalidad, y que tanto Andrés, con su imprudente conducta, como Andrea, se hallan equidistantes de nosotros, que nos consideramos capaces de cometer una felonía insigne. Hablemos claro.

—No es usted capaz de juzgar mis actos ni mis sentimientos, ni le tolero en manera alguna que me coloque en posición simétrica con su abominable persona. No tiene explicación mi intervención en este asunto, ni mi imposición a usted. Lo sé. Pero insisto en ello. ¿Tiene usted algo más que preguntar?—dijo Luciano en actitud resuelta y sosteniendo con fijeza la mirada, a muy pocos centímetros de la de Arteaga.

—Ya que actúe detentando la confianza de un amigo, quisiera, por lo menos, saber si cuenta usted con la de Andrea...—replicó, temeroso, por la importancia del concepto que emitía, Arteaga.

—Eso es una injuria que trata usted de inferir a alguien que los dos debemos respetar, y ahora mismo se va usted a tragar esas palabras.

Y arrojándose sobre Arteaga, le abofeteó a su sabor. Repelió éste la agresión torpemente, y como todos esos seres deficientes de vigor físico, reñidos con los procedimientos honrados, hizo ademán de sacar un arma; pero Luciano, que advirtió el ademán, se abalanzó nuevamente sobre él, sujetándole los brazos e impidiéndole todo movimiento. Lucharon un momento en condiciones iguales—ya libres los brazos de Arteaga de aquellas poderosas tenazas—, recordando Luciano sus buenos tiempos de timonel forzudo, que vencía a fuerza de puños el golpe de mar que se obstinaba en desviar el buque de la ruta marcada, y con un supremo esfuerzo venció la resistencia que le ofrecía la bilis acumulada de Arteaga, haciéndole morder el mullido tapiz que cubría el suelo del despacho, dejándole en una posición ridícula y en un estado lastimoso. El desconsiderado proceder de Luciano merece todos nuestros anatemas. No podemos ocultar nuestra simpatía

por éste, y hasta sentimos cierto íntimo regocijo cuando pudimo comprobar la derrota de Arteaga; y es más: creemos que la inte gridad personal está en inminente peligro cuando dos hombres s acometen, aunque otros tratadistas opinen lo contrario, basado en mil ejemplos tomados de la realidad y aun de lugares de tant prestigio como los pasillos del Congreso; pero a lo que creemo que no hay derecho, es a desmontarle a nadie una instalación sun tuaria tan consistente y tan rica como la que Arteaga lucía. Cree mos que todo ello obedece a una falta de destreza y de habilida de Luciano. ¿Qué culpa tienen el cuello lustroso y la corbata fla mante, la botonadura sólida y resistente y el chaleco fantástico de las luchas de condición privada y de carácter particularísim que existen entre dos señores? ¿Qué necesidad hay de desnuda a un señor para pegarle? Eso es una falta de formalidad y aun d decoro, llamémosle mejor de orden público, en toda la extensió urbana de este concepto, que no podemos tolerar sin condenació las personas un poco serias. Aprendamos de las madres. ¿No l recordáis todos? ¿Os azotaron alguna vez sobre los vestiditos Cualquiera sabe cómo se dan dos azotes *bien dados*. Es muy posi ble que Luciano quisiera inferir a su enemigo, sobre el dolor físico el dolor moral, la pena horrenda de ver así maltratada su indumen taria. Tal vez pensó que en esto podría consistir toda la eficaci del castigo. Respetemos su proceder. Tal vez tenía razón. Si n fuese por esta duda que abrigamos, el proceder de Luciano mere cería nuestro reproche más enérgico.

Mientras Arteaga se abrochaba el cuello de la camisa, rehací el nudo de su corbata y restauraba los desperfectos que la *descon sideración* y la *torpeza* de Luciano le causaron, éste se dirigió a l mesa del despacho y de uno de sus cajones laterales sacó un re vólver, que colocó disimuladamente entre sus papeles. Despué dijo con una gran tranquilidad, como si nada hubiese acontecido

—Es un verdadero dolor que hayamos tenido que recurrir estos extremos, cuando nuestro asunto tenía muy fácil arreglo

—Estos no son los procedimientos acostumbrados entre caba lleros.

—Es que tampoco los rehuyo. Nunca me he batido, pero cre que me gustaría mucho. Estoy en absoluto e incondicionalment a su disposición. Como usted podrá observar, estamos conforme en todo, menos en una cosa. Tranquilícese, reflexione y comprend que lo más acertado es que deje usted de pertenecer a esta So ciedad, para lo cual yo mismo le compraré sus acciones, a pesa de que, como usted sabe, el negocio ha entrado en una época d paralización.

—Lo que yo tengo que hacer no es usted el llamado a decírmelo

—También en eso estamos de acuerdo. Como asimismo está usted en el derecho de difamar y de hacer cuantas habilidades acostumbra en casos tales, pero ateniéndose a las consecuencias, naturalmente. Aquí no hay maridos desdichados, pobres de espíritu y de bolsillo, que se lamentan de su propia desgracia, sin importarles ni convenirles conocer al autor de ella, ni hermanos complacientes, ni mamás de escenario. Aquí no hay más que una dama respetable por su mismo infortunio, a quien todos estamos obligados a respetar.

Mientras Luciano peroraba, sentado ante su mesa, jugueteando con el plegador de marfil, con igual tranquilidad que si estuviese discutiendo las cláusulas de un contrato de fletamento, Arteaga se daba los últimos toques para poder salir a la calle con cierto decoro. Algo le faltaba: había quedado colgando la cadena de su reloj. Era necesario reparar aquello. Por fortuna, el reloj estaba en el bolsillo. Como si no se refiriese a él lo que Luciano decía, se puso a reparar la avería del reloj. Luciano, viendo que el final se acercaba, se levantó de la mesa, y sin perder de vista ninguno de los movimientos de Arteaga, dijo:

—Doy por terminada esta entrevista y sólo tengo una cosa que decirle. Que todo me tiene absolutamente sin cuidado, y que con escándalo, sin él, con la intervención de Andrés o sin ella, con el derecho que yo me arrogo, o sin el derecho que usted me niega, procederé contra usted de una manera violenta y definitiva en cualquiera parte que pueda hallarle, si usted vuelve a importunar a esa señora.

Por fin quedó unido el reloj a la cadena. Por fortuna, el reloj no se había parado. La vida, tampoco. Todo seguía su trayectoria normal. También Arteaga siguió su ruta acostumbrada. Salió del despacho sin dignarse mirar a Luciano.

Apenas anduvo veinte pasos, tropezó con una maestra de taller de sombreros, a quien él conocía, acompañada de una *peque*, que la seguía cargada con la enorme caja indispensable. Y tuvo Arteaga para maestra y aprendiza chicoleos picantes. Anduvo un poco más y encontró a una mujer imponente por su estatura, por su obesidad y por su fealdad, que le dijo, confidencialmente, al pasar:

—Arteaguita, hasta cuando quieras.

Luciano almorzó aquel día con un apetito devorador.

VIII

Abordaje.

El radio que dirigió a la Gerencia el Capitán del vapor *Amistad*, hermoso buque de seis mil toneladas, adquirido apenas hacía un año, decía:

«Abordados mar del Norte, densa niebla, por buque »transporte marina inglesa; avería importante. Intento »llegar Swansea, para reparar. Enviaré detalles.»

Luciano pensó que debía trasladarse a Swansea y dirigir personalmente la reparación. Pero no se atrevió a abandonar la Casa hallándose Andrés ausente. En previsión de su marcha inmediata, telegrafió a los dos o tres lugares donde suponía que podía hallarse, dándole cuenta del accidente e indicándole la conveniencia de salir para Inglaterra. A los tres días contestó Andrés desde Biarritz, adonde algún amigo o agente oficioso le trasladaría el telegrama que Luciano le dirigió a París, diciendo que salía inmediatamente para Madrid. A los seis días de ocurrido el accidente, y encontrándose ya Andrés en Madrid, se recibió una información gráfica completísima del abordaje, cuyas fotografías mostraban los destrozos ocasionados al hermoso buque por aquella mole, gabarrón negruzco, pues también del abordador venía el retrato. La avería abarcaba una extensión de doce a quince metros de obra muerta por la borda de estribor, con una enorme abolladura que parecía llegar hasta la caja del árbol de la hélice. Aquella demostración gráfica del accidente decía con bastante elocuencia que el *Amistad* había sido abordado; pero su situación favorable de nave víctima con derecho a una indemnización, que, por otra parte, sería muy difícil de realizar, dadas las circunstancias en que el accidente había ocurrido, no compensaba a aquellos atribulados armadores del disgusto de ver interrumpida la actividad de aquella unidad, de la cual estaban tan orgullosos.

En aquel mismo momento lo decidieron. Saldría Luciano en el primer *express* para la frontera. Al ir a despedirse éste de Andrés, le enseñó una carta que había recibido de Arteaga, en la que le decía que deseando dedicar su dinero y su actividad a otra clase de negocios, había acordado retirar su capital de la Empresa ar-

madora, para lo cual daría cuantas facilidades fuesen compatibles con sus intereses. La carta estaba concebida en términos tan ásperos y terminantes, que Andrés no quiso siquiera intentar convencerle de lo contrario. Le sorprendió a Andrés la fulminante determinación de Arteaga e hizo acerca de ella algún comentario con Luciano; pero no pasó de ahí su extrañeza. Por fortuna, el estado de la Sociedad permitía liberar la participación de aquel socio sin que la solidez económica de la Empresa se resintiese. Luciano celebró el giro que había tomado aquel asunto, y fortaleció la decisión de Andrés para que la separación de aquel mal elemento fuese un hecho.

Luciano no quiso despedirse de Andrea. Pretextó ocupaciones urgentes de última hora. Las más contradictorias sensaciones asaltaban en aquellos momentos su alma angustiada. A veces, resignado con sus propios dolores y abnegado en su gran infortunio, celebraba el giro inesperado que habían tomado los acontecimientos, alejándole temporalmente de Madrid, y deseando negar su propia personalidad e inhibirse de toda actuación, olvidaba su desdicha, acallaba sus lamentos, se oprimía el pecho con ambas manos para oponer una reacción mecánica, adecuada a la acción dolorosa de su alma sollozante y pensaba únicamente en la *siempre amada*, que tal vez tuviese en aquellos momentos la esperanza de reconquistar a Andrés, de retenerle a su lado, por lo menos, mientras durase la obligatoria residencia del armador en Madrid, impuesta por las circunstancias. En otros momentos se rebelaba su mansedumbre contra el destino, y con protesta fiera, de viriles acentos, clamaba contra la injusticia de que era objeto, increpando al sér invisible que le negaba la felicidad y revolviéndose airado contra el designio poderoso que decretaba tan despiadadamente su ruina sentimental.

No... No tenía él la constitución moral suficiente para sobrellevar aquella pasión unilateral que jamás hallaría recompensa ni satisfacción. Tal vez a otro hombre le halagase el saberse querido por una mujer como Andrea; pero es que él la quería tanto, estaba entregado tan absoluta y exclusivamente a esta pasión, que se sentía invadido y poseído por ella tan intensamente que creía en su amor como en una dolorosa realidad, pero no en el de Andrea. Es muy posible que Andrea hallase consuelo a su desdicha creyéndose amada por él; nada tiene de extraño que la desinteresada pasión de un hombre que tan puramente la amaba hubiese herido su sensibilidad, que tan maltratada estaba por toda clase de egoísmos y de injurias. Se sentía agotado. Esta lucha consumiría todas sus energías, agotaría todos sus entusiasmos, atrofiaría todos sus ideales, ya que jamás su voz hallaría eco, ni sus lágrimas consuelo,

ni besos su boca, ni luz de otros ojos los suyos, ni regazo amante su pecho dolorido. Además, había sufrido otra equivocación. Creyó de buena fe que comunicando a Andrea sus pesares hallaría alivio, y se equivocó absolutamente. Pues aparte del mal que con ello le infirió, estaba descontento de sí mismo por otras muchas razones. No era de hombres confesar una pasión impotente, no era de machos llorar eternamente, sino rebelarse, luchar, apoderarse por la fuerza de lo que uno quiere. ¿Qué diría de él Andrea, aun a pesar de su condición de mujer excepcional? Seguramente le despreciaría. Allá en su fuero interno, pese a todas sus reflexiones prudentes de mujer comprensiva, le despreciaría, por su pasiva actitud, por su mueca femenina de dolor, por su aire resignado de hombre débil. Y entonces, a los acordes estridentes de estas acusaciones que a sí propio se hacía, volvió a llorar su desventura, amplificada por la contemplación de su impotencia. ¿Para qué haberse confesado actor de una pasión cobarde, cobarde por su ilegitimidad y por su inercia? ¿Qué pensaría Andrea de él cuando volviese la infeliz a someterse, por obligación y también por debilidad, a la voluntad imperiosa del marido, que la despreciaba? «¿Dónde está mi paladín?»—preguntaría. «¿Y su amor protector contra todas mis desdichas? ¿Qué condición es la suya, que así me abandona cuando me hallo en poder de mi enemigo? ¿Qué sacrificios son los suyos? ¿Qué gesto heroico me ofrece? ¿Por qué no presenta el pecho retador, en lugar de las espaldas cobardes? ¿Qué clase de amador es éste?» Y se respondería ella misma, de seguro: «Es un amador urbano, comprensivo, circunspecto, ridículo, en una palabra.» ¡Cuánto mejor hubiese sido ahogar su pena, acallar sus lamentos y sufrir en silencio, para merecer, por lo menos, el consuelo de los tristes nobles, de los que tienen la abnegación de consumirse en la llama lenta del dolor secreto! ¡Eso sí que hubiera sido valiente! Eso es lo que él debiera haber hecho. Fué cobarde para resistir el martirio con sus solas fuerzas, y ahora lo era muchísimo más, porque tenía la consciencia del mal inferido a Andrea, y porque no tenía el coraje de tomar por su mano lo que su sino le negaba. ¡Qué ridícula es la situación de un hombre de quien se apodera una pasión que no puede hacerse efectiva! ¡Gloria a la Musa Trágica que inspira esos dramas pasionales en los que el Amor, hecho carne, arrebata lo suyo, excluyendo de la vida al detentador del objeto de sus ansias! Así procede el pueblo, que es la representación genuina del sentimiento; por amor mata el pueblo bajo, que se eleva por estos sus propios impulsos grandiosos a las más excelsas regiones del idealismo. Y si en la brava lucha de un ideal amoroso se halla la muerte, ¿qué mayor glorificación que la del sacrificio de la propia vida,

que ofrece ese gesto supremo en holocausto de su culto más fervoroso?

Absorto iba Luciano en estas meditaciones, cuando, al doblar una esquina, encontró a Paco Foronda. Los dos amigos celebraron la feliz casualidad dándose un abrazo. Luciano, muy serio, muy triste, conmovido por el encuentro del amigo, abandonó su ruta, y agarrándose fuertemente, cordialmente, al brazo de Foronda, le dijo: «Voy contigo.» Se habían comprendido. Aquella presión que Foronda sentía en su brazo le decía más que el discurso más elocuente.

Luciano refirió a Foronda el accidente del vapor. Se proponía salir al día siguiente para Inglaterra. No obstante, se hallaba en un estado de ánimo tal que no tenía ya ni entusiasmo por su profesión ni interés por el negocio. Su indiferentismo era absoluto. Caminaron unos minutos en silencio. Al fin, dijo Foronda:

—Chacho, ¿quieres venir a ver a Flórez, a quien se le ha muerto la mujer?

—Sí, hombre. No sabía nada.

De camino fué refiriéndole Foronda las circunstancias extrañas en que había ocurrido la muerte de aquella señora, joven, guapa y llena de vida. En pocas semanas había hecho su aparición un cáncer de matriz que había interrumpido aquella vida pletórica. Antes, nada. Ni el más leve dolor, ni la más ligera molestia. Le hicieron la operación hacía dos días, y la magnitud del mal había aterrado a los propios cirujanos y les había dejado rendidos, por lo laborioso de la intervención. Uno de los profesores se lo había referido a Foronda, de quien era muy amigo. Jamás había ligado haces de vida ni cosido tejidos humanos con mayor desesperanza. La zona traumática era tan amplia que era dificilísimo que el torrente circulatorio se restableciese por aquellos cauces seccionados. ¡Crueldad inútil, que hubiera podido evitarse si los medios de exploración fuesen más eficaces!

Luciano, abandonando sus propios dolores, empezaba a interesarse por aquella tragedia. Llegaron a casa de Flórez. Subieron. Al entrar en aquel principal suntuoso, el olor característico de la cera y de los desinfectantes, denunciaba la presencia de la muerte. La actitud reservada y contristada de criados y familiares, y su hablar quedo, que no es más que la vida cobarde que se esconde de la muerte, aumentaron las tribulaciones de Luciano.

Foronda preguntó por Flórez. Un criado les condujo a su presencia. Aquellos hombres se abrazaron, solidarizándose en el dolor. Flórez tenía los ojos enrojecidos. Aquel muchacho fornido, campeón de esgrima, pugilista temible, estaba guapo con sus ojos dilatados por la congestión, pálido el rostro y sus rubios cabellos

en desorden. Apenas repuesto del nuevo acceso de dolor, les preguntó con una angustia indefinible:

—¿Habéis visto a Marquina?

Le contestaron negativamente. A los pocos minutos Flórez repitió la misma pregunta. A todo el que acudía a darle el pésame le hacía idéntica pregunta, como si le aliviase más la esperanza de satisfacer aquella curiosidad que las palabras de consuelo que cada amigo le dedicaba. Le hicieron sentar, interrumpiéndole los paseos atropellados que daba buscando la diagonal más dilatada que hallaba en la habitación, libre de personas y de objetos. Le dieron un cigarro y trataron de entretenerle con el relato de cualquier episodio de la vida cortesana. Al principio parecía atender, pero a los pocos segundos tiró el cigarrillo lejos de sí, se levantó con rápida tensión epiléptica y reanudó los desconcertantes paseos, que le conducían, al parecer, al restablecimiento de su equilibrio nervioso. Flórez repetía como un poseído:

—Pero si es incomprensible que Marquina no se halle aquí en estos momentos; con lo que él me quiere y con lo que estimaba a mi pobre mujer... Eso es que le sucede algo. Nada, nada. Yo necesito saberlo..., y va a ser ahora mismo. ¡Que venga un criado inmediatamente!...

Y buscaba, vehemente, entre los cortinajes el botón del timbre. Antes que Flórez lo hallase, se abrió la puerta y apareció en ella el rostro cadavérico de Marquina. Los dos hombres se abrazaron estrechamente y permanecieron íntimamente unidos durante algunos segundos. Flórez sollozaba. Marquina, intensamente pálido, los ojos muy abiertos y los labios trémulos, contraía los maxilares para imponer inmovilidad a sus facciones, ya que la emoción trataba de destruirla, proporcionando así a su rostro un rasgo de dureza.

—Pero, hombre—dijo Flórez—, creí que ya no venías. ¿Pero cómo es posible que no hayas corrido a mi lado desde el primer momento? ¿Quieres verla?

—No...—dijo Marquina, sin darse cuenta exacta de lo que le preguntaban, ni de su contestación. Le preguntaban algo, e influído por la proximidad de la muerte, que lo niega todo, dijo que no. Al observar la extrañeza de Flórez, rectificó rápidó—: Sí, vamos... ¿Dónde está?

—En mi despacho. ¿Queréis venir?—preguntó Flórez a los demás.

Algunos asintieron y siguieron a los dos amigos. Foronda y Luciano fueron también. Llegaron a un elegante despacho de puro estilo español clásico. Entre cuatro blandones encendidos, yacía el cadáver de una mujer que había sido hermosa. Flórez se abalanzó

a él en una explosión desgarradora de pasión; pero un hilillo de sangre que ya fluía de las cavidades nasales de aquel cuerpo, que ya empezaba a descomponerse, le contuvo en los límites prudentes de una efusión tranquila. Era la cadaverina, el alcaloide generado por la muerte. que separaba a la vida, pulcra y cauta, con sus manos frías y viscosas. Miró Marquina a la muerta con la misma expresión alucinada que traía de la calle. Apretó más todavía sus dientes, y sus ojos se desorbitaron aún más. Los amigos se llevaron a Flórez casi a viva fuerza, por resistirse a separarse de allí, con esa terquedad característica de los poseídos por un gran dolor. Salieron todos. Marquina esperó aquel momento; miró a su alrededor; la hermana de la Caridad que daba piadosa guardia al cadáver, había salido, aprovechando la entrada de aquellos señores; nadie le veía; se humilló sobre el cuerpo exánime y besó su frente, al mismo tiempo que balbuciente y sollozante hacía no sabemos qué juramentos. Nadie le había visto. Al momento de salir Marquina, ya venía la monjita con sus tocas albas y su beatífica sonrisa resplandeciente.

—Pobrecilla. Qué tranquila está. Parece que duerme—dijo la monja, mirando alternativamente al cadáver y a Marquina, con la misma tranquila expresión de complacencia que pondría al decir, refiriéndose a un niño que jugase: «Mira qué rico. Cómo se entretiene.»

—Sí; parece que duerme—dijo Marquina, por decir algo. Y salió.

Aun estaban confortando los amigos a Flórez con solícitas palabras, cuando se oyó un tiro. Y enseguida un extraño ruido, como de un cuerpo pesado que rodase la escalera. Todos callaron y se miraron interrogantes.

—Ha sido un tiro—dijo Flórez, presintiendo otra desgracia y aferrándose, acobardado, al primer brazo amigo que halló más cercano.

Muchos salieron precipitadamente a ver qué ocurría. Los demás quisieron detener a Flórez, y no lo consiguieron. Todos lo vieron. Allí, en el descansillo de la escalera, al final del tramo que conducía al piso que ocupaba Flórez, estaba el cuerpo de Marquina, con el cráneo atravesado por un balazo. Aun alentaba. Abrió los ojos dos o tres veces. Se replegó sobre el lado izquierdo y quedó inerte.

Flórez no daba crédito a lo que veía. Se le figuraba que aquel cuadro que acababa de presenciar era una de las sucesivas alucinaciones que su gran desgracia le había producido. Llamó a Foronda y se lo llevó a una apartada habitación de la casa. Cuando estuvieron en ella, cerró la puerta, se encaró con él y le preguntó:

—Foronda, ¿qué significa esto? Por más que discurro, no acierto

a comprender. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué Marquina se oculta de mí apenas muerta mi mujer, y por qué cuando, por fin, viene a verme, se pega un tiro en mi propia casa apenas sale de ver el cadáver? Foronda, tú lo sabes; dímelo. Tú eras muy amigo de Marquina, tanto como yo. Dime lo que sepas. Te lo exijo en nombre de nuestra buena amistad.

Y dijo Flórez todo aquello atropelladamente, sin acabar siquiera los conceptos, apremiante, imperativo. Foronda, bajo la impresión de la inopinada tragedia, se hallaba coaccionado por la nerviosa locuacidad de aquel desdichado, hizo cuanto pudo por recobrarse, y dijo:

—No discurras por cuenta propia. Ni tu estado de ánimo, ni la falta de datos, no obstante tu intimidad con Marquina, te capacitan para formar un juicio exacto. Lo que ha ocurrido tenía que suceder... Lo esperábamos todos los que conocíamos la vida que hacía... Ultimamente hasta su honradez, hasta ahora intachable, había sufrido hondo quebranto. Se pasaba sesiones de doce horas en las salas de juego...

—Bueno. Bien está; quiero estar solo. Perdona. Ya hablaremos. Mira, haz el favor de advertir que no puedo ver a nadie. Estoy enfermo. Voy a acostarme en el último rincón de la casa. Perdona, Foronda. No te incomodes conmigo. Dame la mano. Eres muy bueno...

Foronda le abrazó y respetó sus deseos, dejándole solo.

Mientras Foronda acompañaba a Flórez, los demás habían improvisado un lecho mortuorio en una dependencia de la planta baja. En seguida se distribuyeron el trabajo. Todos tenían algún cometido que realizar. Luciano quedó solo con el cadáver. Levantó el paño que lo cubría y escrutó con mirada insistente en los ojos, de expresión difusa, que nadie se había cuidado de cerrar. No impresionaba el muerto. Su porte aristocrático, su pecho bombeado de plena capacidad torácica, sus bellas facciones y un hálito de vida vigorosa, que aún parecía desprenderse del cadáver, conmovieron a Luciano. Volvió a fijarse en sus ojos—esta vez más cerca—, queriendo leer en ellos el secreto de aquel suicidio enigmático. Nada consiguió. Su gesto sereno significaba el sueño feliz de un hombre bello. Luciano le admiró como a un sér superior, que en un momento de decisión hubiese sabido formular la definición exacta del fin honroso de la vida de un hombre. Le envidió con toda su alma. Cogió con la suya la mano derecha del muerto, que aun conservaba alguna flexibilidad y algún calor, y la estrechó durante largo rato. Alguien venía. Soltó aquella mano, que parecía significarle alguna adhesión y alguna resistencia a abandonar la de Luciano. En un pasillo encontró a Foronda. Luciano le preguntó:

—¿Qué significa esto, chacho?

—¿Qué te importa lo que esto pueda haber sido? ¡Vete, vete pronto de Madrid! No lo dudes un solo instante. ¡Vete a reparar tus vapores y a carenar, de paso, tu cuerpo y tu espíritu con aires de fuera!

—Sí, me voy... Me voy esta misma noche.

IX

Carta de Luciano a Paco Foronda.

«Aquí me tienes, entrañable Paquito, en plenos Asti»lleros de Swansea, dedicado a la inspección de la com»postura que necesita nuestro barco.

»El *humor* inglés me ha sugerido una comparación »entre la avería que sufre mi buque y la que yo padezco. »También a mí me han hundido la banda de babor, y »puedes creer que con gusto daría las mil quinientas li»bras que importa la reparación de nuestro barco, y aun »algunos chelines de añadidura, si cualquier *shiprepairer* »de estos me dejase, como dicen que va a quedar el »*Amistad*, es decir, como nuevo.

»Estoy satisfecho de haber venido, porque el optimis»mo de esta gente se contagia como la risa tumultuosa »de cualquier boca de quince años, y quién sabe si úni»camente por la influencia de este saludable ambiente, »saldré de aquí *como nuevo*, sin que me cueste un solo »penique.

»Míster Parker, propietario y gerente de estos Astille»ros, me ha albergado en su casa, situada a unos veinte »kilómetros de Swansea, donde sólo existen media do»cena de calles de población obrera.

»Esta mañana hemos ido a los Astilleros del Príncipe »de Gales y he visto mi barco envasado entre los cuatro »bordes pétreos de este gigantesco dique seco. No me ha »parecido un barco. Subido en la torre de una de estas »grúas monumentales, que cargan vagones del ferroca»rril con igual ligera desenvoltura que yo podría hacerlo »amarrando un bramante que sirviese de elemento de »suspensión al juguete de un chico, he presenciado el »espectáculo que ofrece este *Prince of Wales' Dry Dock*,

»que con sus dilatadas factorías de elevadas chimeneas, »el ferrocarril al Norte y el canal de acceso al Sur, parece »una monumental alegoría de la Industria Naval. Mu»cho me he acordado de ti y de la bonita labor de in»formación, y de apostolado también, que podrías llevar »a cabo, dada tu afición a las cuestiones sociales.

»La casa de Mr. Parker me ha conmovido y ha re»vuelto los más remotos e íntimos sentimientos de mi »alma contristada. ¿Y sabes por qué? Porque estos ho»gares ingleses nos hablan de *la familia* con mayor elo»cuencia y con más insistencia que las casas españolas »que yo conozco. El culto de los ingleses al *home* no »proviene de un prurito de lujo, exclusivamente; no es »una expresión formalista sin realidad y sin significación »concreta y adecuada. Es el concepto idealista, producto »de la exaltación del amor a la familia; es, sencillamente, »la consecuencia natural de que el hogar inglés supone »la plena satisfacción de todas nuestras necesidades, sin »olvidar las sentimentales, que tienen un marco adecuado »en estas decoraciones artísticas y en estos muebles co»modísimos, que proporcionan *a comfortable life*. Esta »casa es hogar, propiamente dicho, y casino y hasta »teatro. En cualquier rincón de esta casa se está bien; »todos sus lugares tienen amenidad; todos ofrecen un »motivo de atracción, un pretexto de alegría. ¿Cómo »quieres que este pobre hombre enamorado no sienta »tristeza en este hogar, ya que está condenado a no tenerlo nunca, nunca? Bien seguro estoy de ello.

»La familia de Mr. Parker es muy amable. Me han »recibido muy bien, y a las pocas horas de hallarme »entre ellos me sentía como entre antiguos conocidos. »Mr. Parker tiene un hijo y una hija. El muchacho, que »ya es ingeniero naval a sus veintidós años, está al »frente de una de las secciones de los *Docks*. La hija, »una *girl* adorable de veinte años, no tiene más misión, »y esa la cumple a maravilla, que alegrar esta casa. »Elsie me acoge con una efusión desconcertante. Es la »que más paciencia demuestra para corregir mi pobre »conocimiento del idioma inglés. Pienso aprovechar mi »estancia en Inglaterra, y la bondadosa ayuda de Elsie »para perfeccionarme en este idioma.

»Voy casi a diario a los *Docks* con los Parker; pero »cuando la fase de la separación no me obliga a ello, »me quedo en casa y juego los grandes *singles* de *tennis*

»con Elsie. Estoy en mis glorias con el cambio de vida »que las circunstancias me han impuesto. Este ejercicio »que hago casi a diario es la mitad de la vida. Aquí se »juega al *tennis* o se hace cualquier otra clase de deporte »con la misma seriedad y con idéntica constancia que »se va a la oficina o a la fábrica. Si en nuestra tierra »cualquier Ministro de la Corona se permitiese la liber- »tad de jugar uno o dos partidos semanales de *tennis*, »daría lugar a las burlas de sus administrados, que acha- »carían a su pueril entretenimiento todos los males que »azotan al País. Aquí se le da importancia al juego, no »a las jugadas, que apenas se discuten, y conseguida »la primordial finalidad, que es fortalecer el sistema »muscular, estimular el circulatorio y equilibrar el ner- »vioso, se deja la raqueta y se estrecha la mano del con- »trario.»

....

Tenemos a la vista todas las cartas que Luciano escribió a Paco Foronda, su amigo más íntimo, durante su estancia en Swansea, pero nos limitaremos a transcribir solamente algunos párrafos, procurando seleccionar aquellos que puedan darnos alguna luz para la identificación de los tipos de esta verídica historia.

....

«Ayer nos hallábamos Elsie y yo solos, jugando nues- »tra partida acostumbrada, cuando se me ocurrió pro- »ponerle que jugásemos descalzos. El campo de *tennis* »de los Parker, como la mayor parte de los que se ven »por aquí, es una verdadera *lawn*, es decir, una pradera »de hierba tan fresca, tan espesa y tan esmeradamente »recortada, que más bien parece una extensa alfombra, »con cenefa, formada por líneas de cal, que marcan los »límites reglamentarios.

»Elsie rió la ocurrencia, y le debió parecer tan afor- »tunada, que asintió con un resuelto «*All right!*» Se des- »calzó en seguida y se lanzó a correr por el campo de »*tennis*, riendo nerviosamente, por la impresión fresca »y cosquilleante que debió producirle la hierba fresca. »Yo la imité, y jugamos así unos cuantos minutos. De »pronto, Elsie se arrojó al suelo, empezó a lanzar ayes »lastimeros y riendo al mismo tiempo, dijo:

»—Oh! Oh!! What a great pain!

»—Where do you feel the pain?

»—Here, here. I have dislocate my great toe.

»Elsie se había lastimado el dedo gordo del pie derecho. Me eché de bruces delante de ella; intenté cogerle »aquel dedito, que parecía un nardo cerrado, pero no »quiso consentirlo. Insistí, atemorizándola con la suposición de que pudiera haber alguna dislocación, y por »fin tuve y retuve entre los dedos de mi mano aquel »dedito regordete y sonrosado, que obedecía a la diestra »intervención de mis manos, verificando, dócil, todas las »flexiones y rotaciones que le obligué a hacer. Elsie me »miró confiada y satisfecha, riendo con risa escandalosa, »a que la obligaban las cosquillas que la débil y esmerada »presión de mis dedos le producían.

»Y fué ayer también cuando, ante la contemplación »de aquel cuerpo joven, rebosante de vida, congestionado por la violencia del juego, y mirándome en aquella »cara de expresión candorosa e infantil, la dije, sin poder »contenerme:

»—Elsie, I love you... I love you very much.

»Me puse serio para decírselo, y es que yo experimenté »en aquellos momentos todo el dolor de mi vida fracasada. Si yo hubiese podido explicarle a Elsie la naturaleza de mis sentimientos, le hubiese dicho: «No me »haga usted caso. No es el mío un grito espontáneo de »amor; es únicamente el lamento de dolor de un hombre que vive sin sosiego desde que conoció a una mujer. No reproche usted tampoco mi osadía; reciba mi »homenaje de admiración en nombre de la Mujer, como »su muy prestigiosa representación, y sea usted testigo »de que hay un hombre que padece por una de ellas...» »Pero ni yo tenía derecho a inquietar nuevamente a Elsie, »la candorosa, la ingenua, ni... yo conocía el idioma inglés lo suficiente para traducirle todo aquello.

»También Elsie se puso seria al oír mi fulminante declaración. Me miró con expresión dubitativa, como queriendo decirme: «¡Que te crees tú eso!», y comenzó a »calzarse con toda calma.»

«No tengo de España otras noticias que las que tú me »proporcionas y las que, referentes al negocio, me envía »Andrés. Esta ignorancia en que vivo me alivia un poco. »Pero no consiste la dicha en ignorar, sino en el mutismo de todo anhelo interrogante. Y estoy tan distante »de este mutismo...»

»Estoy indignado con mi proceder. He sido un villano, »porque, ¿qué duda cabe que yo no amo a Elsie, ni »probablemente la amaré en toda mi vida? Entonces, »¿por qué se lo dije? ¿Fué por sentir la emoción de ex»presarme en inglés y de ser entendido por ella? Pero, »no. Eso sería insensato. ¿Fué porque realmente creí »consolarme de mi pena buscando su adhesión? Sí, esto »es lo más probable.»

»Elsie y yo continuamos jugando nuestros buenos par»tidos de *tennis*. Es incansable y además juega fuerte, »como cualquier muchacho. Sus saques son temibles, y »todo su juego de una dureza que me obliga a emplear »todas mis facultades para no sufrir una derrota bochor»nosa. No obstante su juego violento, siempre quedan »sus brusquedades en el límite que marca la frontera »misteriosa del sexo divino.

»Las horas que transcurren en estos amables pasa»tiempos, o en los que la obligación me impone, me »hacen menos desdichado de lo que soy, por distraer »mi ánimo de los recuerdos torturadores de mi fracaso »sentimental. Las horas más amargas para mí son las »de la noche, porque entonces, sin tener nada que dis»traiga mis dolores, es cuando acuden a mi cerebro to»das mis pretéritas inquietudes, condenándome a insom»nio permanente, sin dejarme punto de reposo.

»Entrañable Paquito, hermano queridísimo, perdona »si nunca mi pecho te confió el secreto de mi vida. Mi »gratitud hacia ti es mayor porque, sin conocer mi pena, »la consolaste y enjugaste lágrimas mías sin saber su »origen. Eres el médico sabio que interviene sin impor»tunar con preguntas e investigaciones sobre el origen »del mal secreto. Aun tengo que someter a mayores »pruebas la firmeza de tu amistad: pretendo que sigas »oyendo mis lamentos y prodigándome consuelos sin »descubrir el núcleo doloroso de mi herida. Persiste en »tu filantrópica labor. No me abandones.

»Todo mi ciclo amoroso se limita al contorno de dos »círculos sentimentales, que ocupáis ella y tú. Y ya que »cuando hacia ella voy, o cuando de ella vengo, camino »con dolor, permíteme el consuelo de girar en torno »tuyo, con lento paso, para recrearme en tu contempla»ción y regocijarme con el reflejo de tu mirada risueña, »animosa y cordial. ¡Venturoso de mí que aun me que

»das tú en la vida! Que si mis ojos velados por un leve »cendal de lágrimas manan de dolor, se evaporan alguna vez al recuerdo del pecho amigo. Para ella son los »postreros pensamientos míos, pues que me vence el »dolor de todo un día de sufrimiento, ya que a él me »entrego indefenso; para ti son los primeros de la mañana, porque busco con ansia fortaleza y serenidad, y »tú me las inspiras. Todos mis pensamientos del día »son alternativamente para entrambos, pues huyo de la »loca desesperación, para cobijarme en la reflexión necesaria. Si enloquezco, le dirás que he sido su víctima; »si curo, comprenderás que he sido tu presa. ¡Necesaria »contradicción, que es motivo doloroso de la vida, fundamento de mi amor y causa de mis dolores! Divino »dolor, que, significando en mí una aspiración suprema, »me hace feliz en mi infortunio, por considerarme un »hijo predilecto de Dios, a quien El ha elegido para »que, adorándola a ella, me acerque más a su Sér Excelso. Sí. Me consuela creer que esta tortura mía es un »don del cielo. ¿Qué piensas de este místico profano que »aspira nada menos que a la Gracia Divina, creyéndose »seleccionado para ir a parar a un quinto cielo? Compadéceme. Al considerarme comprendido y disculpado »por ti, me siento confortado y fortalecido.

»Hay momentos en que parece que la vida se me »acaba, y que ya no tiene objeto que yo aguarde la luz »de un nuevo día. Ideas sombrías, destructoras y negativas invaden mi cerebro, y aquella *inquietud sublime* »que yo antes experimentaba, y que era creadora y vivificante, se ha convertido, por degeneración, en ansia »estéril, que me conduce a la desesperación.»

«Me preguntas cómo es Elsie Parker, y voy a satisfacer tu natural curiosidad. Es de mediana estatura, »proporcionada y graciosa. Apenas pronunciadas sus »formas de mujer, podría decirse que lo es en cantidad »*suficiente y necesaria* para cualquier hombre de gustos »depurados. Su piel es de color oro tostado, y su cabello, »con otro grado más avanzado de calcinación, parece »hecho de hebras del mismo metal. La cara es vulgar, »de cromo inglés: de tez sonrosada y ojos azules, sin »expresión, pero suple este defecto la procaz elocuencia »de su boca menuda, pero nerviosa y vibrátil, que llora, »ríe y habla, no sólo por los sonidos y conceptos que

»emite, sino porque se contrae o dilata con ágil elasticidad.

»Elsie me desprecia un poco desde que le hice mi de»claración. Creí yo, tonto de mí, que iba a conceder »importancia a mi declaración y que iba a adoptar mil »precauciones para librarse de mi imprudente donjua»nismo..., ¡y me he llevado un soberano parchazo! Elsie »no me da importancia alguna. Sigue buscándome para »invitarme a interminables partidas de *tennis*. ¡Loado »sea Dios! Aquello fué Ollendorf puro:

»—Do you love me?

»—I don't; but I invite you to play tennis.»

«Después de unos cuantos días de verdadera desespe»ración, ya saturado de dolor, recluído en mi habitación, »pretextando una enfermedad, he vuelto a la vida so»cial, reintegrándome a ella con una hiperestesia que me »hace sufrir horriblemente.

»Elsie ha sido la primera persona que he hallado des»pués de mi encerrona. Cualquiera diría que me espe»raba. Estaba en el *hall*. Apenas me ha visto, se ha »levantado y ha venido a mi encuentro, alargándome la »mano, y me ha saludado con una efusión que me ha »conmovido. Sus ojos claros, esos ojos suyos a los que »yo les atribuyo un defecto de luz, parece que se ilumi»naron con un destello fugaz parecido al de los faros.

»Lo primero que me dice es que tengo muy buen »color y que no parece haya estado enfermo. Esto me »indigna, porque yo quiero que tomen mis sufrimientos »en serio, y no es poco lo que yo he padecido durante »mi voluntaria reclusión: he llorado bastante, apenas he »dormido, he comido muy poco. Y no obstante, estoy »igual que siempre, con este color de melocotón arago»nés, que es mi mayor desesperación.

»Hoy hizo una mañana nublada, pero tibia y tran»quila. Hemos jugado. Y he observado que no me fa»tigo, ni mis piernas se doblan, ni me falla el brazo, ni »la vista. El juego me ha confortado. Estoy contento; »casi soy dichoso. Todas las empresas las veo posibles; »mis pensamientos tenebrosos se han convertido en opti»mistas. Creo en la posibilidad de llegar a ser feliz. Creo »en la Vida, en la lucha, en el propio esfuerzo. Me siento »fuerte, pleno de vida, y mi alma colabora en el acto »vital con íntima solidaridad, tendiendo hacia los más »elevados designios, aspirando a los anhelos más nobles

»y optimistas. Porque el alma buena de un cuerpo sano »y fuerte es la voluntad de Dios que en él alienta.

»Siento unas ansias locas de vivir. Parece que vuelvo »de unas densas tinieblas a una luz vivísima. Siento »vergüenza por haber desertado, aunque no fuera más »que brevemente, de mi lugar de combate, y me da re»pugnancia mi propia cobardía. Lo que yo pretendía ha»cer no era cristiano, ni siquiera varonil. No debe nadie »desertar ni sustraerse al Alto Designio que en la Vida »nos retiene, aunque se considere el más humilde, el »más inútil de los seres.»

....

«¿No te parece, querido Paco, que aunque yo signifi»que poco en la Vida, aunque valga cero, aunque valga »menos infinito, no debo desertar, habida cuenta de »que estando en el Mundo de la Relatividad, mi per»versidad puede tener su aplicación adecuada para obte»ner la resultante final en la Armonía del Universo?»

X

El desastre.

Luciano se sentía fuerte y optimista como nunca. Se refrigeró con insistencia, con reiteración, bajo el punzante chaparrón de agua fría que le hirió sus carnes como un imaginario cepillo, cuyas púas innumerables de acero se adaptaban con rara perfección a todo su sér. No quería salir de aquel dulce martirio. Cada vez abría más el grifo, para sentir mayor dolor y para que los espasmos fuesen más intensos. Elevaba los brazos, como implorando protección para el suplicio voluntario, y contraía todos sus músculos para oponer adecuada resistencia a la contundente paliza que la presión del agua le estaba propinando. Se jabonó con ensañamiento, por el pueril placer de verse todavía más blanco y pulimentado y de sentir su piel más flexible y más suave. Y una vez que aquella espesa capa espumosa le recubrió totalmente, hasta desfigurarle, volvió a colocarse bajo la ducha. Se enjugó después, frotándose con toallas, guantes de cáñamo, banda de pelo y con cuanto halló a mano, hasta hacer brotar la sangre de algunos lugares de su cuerpo. Y se dió la embrocación que contenía alcohol

y unos aceites esenciales, cuya volatilidad, de penetrante aroma, tonificaba los haces musculosos de sus fuertes piernas, de sus brazos recios y de su tórax atlético, y que, después de penetrar, por la presión de los dedos, en los poros abiertos de su piel, se le subían al cerebro, ofreciéndole la caricia de su aroma. Y cada vez se sentía más optimista, más fuerte, más apto, más viril. ¡Bendita sea la vida! Pero la vida así, triste o alegre, dichosa o funesta, la vida de cada cual, la que por deber ineludible tenemos que vivir. Sí, había que continuar la ruta emprendida. Regresaría a España para reanudar su vida de mercantil actividad.

Por otra parte, hacía días que Andrés le había escrito alarmándole con malas noticias del negocio. Terminada la guerra, desaparecido un factor de potencia consumidora excepcional, volvía a quedar inactiva la flota mercante española. Hizo Luciano cuanto pudo por contrarrestar estos efectos, pero tal vez Andrés no supo secundar sus planes hábiles. Decididamente, había que regresar a España cuanto antes.

En esto pensaba, cuando le entregaron un cablegrama urgente, que decía:

«Andrés muerto en accidente. Ruégote regreses inme-
»diatamente.—*Andrea.*»

En pocas horas hizo lo necesario para regresar a España. Se despidió con pena de los Parker, y sobre todo de la cordial Elsie, que le había enseñado a ser alegre y optimista.

Cuando Luciano llegó a Madrid, le esperaba Luis en la estación. El huérfano le abrazó estrechamente; tenía los ojos anegados en lágrimas. Luciano le confortó con efusivas caricias, y sin insistir en el triste tema, se informó de la marcha de los negocios. Envió en un ómnibus el equipaje a su casa, y en el auto de Andrea se trasladó a casa de ésta. Durante el trayecto le informó Luis de los detalles del accidente que le costó la vida a su padre. Se mostraba el mozo indignado y avergonzado con el proceder de su padre, para quien tenía palabras de un cariño acendradísimo y de una censura acre, noble y valiente. Se mezclaban en el elocuente panegírico los apóstrofes más efusivos y los lamentos más dolorosos. Luciano callaba y dejaba que el rapaz manifestase su extraño estado de ánimo, complacido al ver cómo exteriorizaba sus contradictorios sentimientos. ¡Qué dolor y qué vergüenza! La vida licenciosa de su padre había tenido un justo remate. Sacó el muchacho un recorte de un periódico y se lo entregó a Luciano. Así decía la gacetilla del suceso:

«Grave accidente automovilista.—En la madrugada de »ayer fué arrollada en la Cuesta de las Perdices, por un »automóvil, una motocicleta del servicio público, ocupada »por D. A. A. y por dos muchachas de vida alegre. Del »accidente resultó muerto D. A. A., persona conocidísima »en Madrid, y con heridas de pronóstico reservado, las »dos mujeres y el mecánico.»

Cuando Luis siguió contando detalles de martirio para su pobre madre, y de bochorno para todos ellos, Luciano le prohibió que siguiera hablando de aquel asunto.

Llegaron a la casa. La entrevista con Andrea fué brevísima. Luciano estrechó débilmente, con suave presión de caricia, la mano que Andrea le ofrecía, y le dijo, emocionado, más por la presencia de la mujer amada que por la contemplación de las víctimas de aquel drama:

—Confía en mí, Andrea. El chico trabajará conmigo desde mañana.

—Por Dios, Luciano—imploró Andrea, avanzando unos pasos hacia Luciano en actitud suplicante—, tengo noticia de que los barcos van mal, de que el negocio se hunde... ¿Qué va a ser de mí y de estas criaturas?

—No te apures. El negocio de los barcos no se hunde, porque los barcos flotan, y si alguno se hunde, ya sabes lo que pasa, que paga el seguro. Lo que ha ocurrido aquí es que al negocio se le ha abierto una vía de agua, pero aquí estamos yo y tu hijo para reparar esas averías. ¡Animo, Andrea! ¡Es preciso vivir la vida!— Y dirigiéndose a Luis, le dijo—: Mañana te espero en el despacho a las nueve.

Luciano salió intensamente pálido de la breve entrevista. La vida le ligaba a aquella mujer más estrechamente que lo que nunca pudiera suponer. Recordaba que en cierta ocasión le había dicho estas o parecidas palabras: «La vida nos tiene reservadas sorpresas...» Y era verdad. La vida tiene sus genialidades: los había separado, al parecer, a perpetuidad, y los unía ahora en unas condiciones que la mano de la Providencia parecía haberse complacido en coordinar.

Recordaba con dolor la escena. Finita, la hija de Andrea, que ya era una mujercita, sollozaba reclinada sobre el hombro de la madre. En presencia de la desolación de Andrea y de sus hijos, Luciano se decidió, animoso, más dueño de sí mismo que nunca, a emprender una nueva lucha, en la que sentía el peso íntegro de la responsabilidad.

Al salir de casa de Andrea, comprendió, gozosísimo, cuánto

quería a aquella mujer, ya que en presencia de su desgracia, que le deparaba ocasión propicia para satisfacer lo que constituyó la ilusión constante de su vida, no sintió más que un respeto supersticioso para la viuda y una compasión muy grande para los dos huérfanos, que necesitaban de su ayuda. Salió, en efecto, animoso para la lucha; pero su estado sentimental era lamentable. Como siempre que se hallaba al lado de aquella mujer, sentía que la vida se le escapaba a borbotones, y era que todo su sér se conmovía en *su* presencia y que se hallaba en él de tal manera latente el anhelo amoroso, que su vida tendía hacia ella. Era Luciano, en presencia de Andrea, el eterno enamorado que siente por primera vez la *inquietud sublime*, y siempre era nuevo en él este sentimiento, como si siempre fuese la primera vez que la veía. Ni los años ni la costumbre eran capaces de modificar el efecto.

Sintió en esta ocasión igual que cuando la conoció siendo ella casi una niña y él estudiante de la Escuela de Náutica. Se le apagaba la voz en la garganta, empalidecía, balbucía su voz, se le conturbaba el cerebro y quedaba en un estado de insensatez que le impedía recordar si realmente estuvo en su presencia o lo soñó. Y no le ocurría esto porque Andrea fuese de una belleza procaz, sino porque tenía su alma para ella una adhesión absoluta.

Olvidó sus dolores, sus eternos dolores, y se sobrepuso a su decaimiento. Estaba decidido. Todo el amor que sentía por aquella mujer lo traduciría en actividad, en trabajo dedicado a defender el negocio que Andrés había dejado en crítica situación.

Se lo prometía solemnemente: poco había de poder o él reorganizaría la Gerencia para adaptar la dirección del negocio a las circunstancias actuales, sin pensar en fletes fabulosos, ni en aventuras contrabandistas y procurando reanudar rutas navales que, gracias a su iniciativa, ya se habían puesto en explotación, pero que la insensatez de Andrés había malogrado.

Y cuando, ya en la cama, discurría su ulterior actuación, fué enterrando poco a poco, en lo más remoto de su cerebro, la imagen de la mujer soñada para dejar paso a las cavilaciones, que habían de dar por resultado el encauzamiento y prosperidad de los intereses que le estaban confiados. Surgía la imagen amada en cualquier momento, pero pronto la separaba con amoroso ademán, y otra vez su imaginación desvelada se dedicaba a pensar en los barcos. Y cada vez que tenía alguna idea luminosa, o que se le ocurría alguna solución conveniente, daba tregua a lo útil para pensar en lo ideal y olvidaba momentáneamente mapas, estadísticas y cartas geográficas, para elevar su pensamiento hasta la Divina, hasta la Imposible, hasta la Altísima mujer... La estrechaba imaginariamente contra su pecho y quedaba en éxtasis pro-

fundo, recreándose en la posesión virtual de aquel cuerpo adorado. ¡Jamás sér humano había sentido un deleite tan intenso, un goce tan absoluto como experimentaba Luciano con la posesión soñada del sér dilecto! ¡Qué suprema cópula la de aquel abandonado cuerpo de varón, que creía ser poseído y estar poseyendo a la desposada de su fantasía!

Había descansado mal. Pero se impuso a su fatiga. Apenas saltó de la cama, se colocó bajo la ducha y abrió la llave, sin piedad. La presión y el frío del agua en la nuca le hicieron reaccionar. La sangre afluyó a su cara, coloreándola con el matiz del optimismo y de la acometividad.

Llegó al despacho y comenzó a poner en práctica sus nuevas orientaciones en el negocio. Dictó circulares y telegramas.

Llamó a Luis. Cerró el despacho, para hablarle con mayor comodidad. Aquel muchacho que tenía delante era el hijo de Andrea, engendrado en ella por un hombre que, poco consecuente con su obligación, delinquía por omisión o la ejercitaba con una actuación contraproducente. Sólo son padres los que jamás interrumpen la patria potestad sobre los hijos. Jamás debe interrumpirse esta sagrada obligación. Aquel muchacho era hijo de Andrés porque una ineludible función fisiológica lo había originado. Cuando no hay correlación entre las prácticas del amor y su fin último, que es la consciencia del deber, se reproducen los padres en el hijo por igual razón que se verifica una reacción química en el tubo de ensayo. En estos casos, la misión del padre cesa cuando termina su actuación de macho (elemento componente o reactivo). Sólo en esta última acepción había sido padre Andrés. Ni poseyó con verdadero amor a su esposa, ni sintió luego el verdadero culto por lograr hecho hombre al hijo engendrado. ¿No era otro nexo el hijo abandonado primero y huérfano ahora, que le uniría estrechamente con la madre? Sería de hecho el padre de Luis, ya que de derecho no podía serlo. El amor que por Andrea sentía se iba dignificando y adquiriendo prestigio al influjo de esta nueva modalidad. Luciano había iniciado esta obra cuando tomó a su cargo la educación de Luis. La continuaría ahora. Nuevos deberes le ligaban a esta vida, de la que tantas veces había renegado. Nuevos y desconocidos motivos de consuelo le deparaba su situación aflictiva. ¿No cabría en lo posible que él lograse algún día la felicidad, aunque fuese partiendo de la ruta dolorosa que tantas veces había regado con lágrimas de sus ojos? ¡Quién sabe todavía!...

Se sentó frente al sillón que Luis ocupaba, y le habló durante largo rato. Era necesario que abandonase sus estudios. Las circunstancias decretaban que la manera más adecuada de emplear su actividad, era dedicarse a defender sus propios negocios. Por

ahora, trabajaría a su lado, y cuando estuviese capacitado para ello, compartirían la Gerencia, y pronto llegaría a ser un hombre de provecho. Terminó Luciano su solícito discurso, diciendo:

—Sé mi amigo. Confía en mí. No me ocultes nada de cuanto hagas. De mí, por lo menos, sé decirte que ya estoy deseando ser tu confidente, oír tus travesuras, si las haces, conocer tus picardías, si las come es... Que no está tan distante la época en que yo las realizaba, para que no sepa disculparlas. Ya sabes, Luis, lo solo que yo me hallo en el mundo; aún no comprendes bien que si te ofrezco esta amistad de verdaderos camaradas es por el egoísmo de consolar mis penas con el espectáculo regocijante de tus diabluras.

El alma buena de Luciano vibró tensa y sonora y conmovió también la de Luis, quien se abrazó a él, sin poder dominar por más tiempo su emoción.

TERCERA PARTE

I

La bestia en acecho.

Se obstinaba Luciano en ocultarse de Andrea. Le complacía más que Luis llevase a su casa las buenas noticias de la marcha del negocio. Cuanto más lejos se hallaba de ella materialmente y más dilatada era su incomunicación, más cerca se consideraba para sus fines idealistas. Y por esta razón la tortura a que voluntariamente se sometía le deparaba otra íntima satisfacción.

Una tarde en que Luciano trabajaba en su despacho, completamente solo, oyó unos leves pasos y vió aparecer por la mampara, que abrió misteriosa mano, una fantástica figura de mujer. Las negras tocas difuminaban su figura, la palidez de su rostro la espiritualizaba, las huellas del dolor la idealizaban. Era Andrea, que volvía de la calle, y al ver luz en el despacho de Luciano, no quiso pasar sin saludarle.

—Aquí me tienes..., ya que tú no te dignas subir a mi casa. Eres un ingrato... No puedes imaginarte lo conmovidos que nos tienes a todos con tu proceder. ¡Cuánto tenemos que agradecerte yo y mis hijos!

Luciano, quien apenas había podido dominar la emoción que le produjo la presencia de Andrea, extendió sus brazos sobre la mesa, que quedaron como órganos que pierden sus naturales movimientos, y con los ojos desmesuradamente abiertos, en absoluto mutismo, no acertaba a comprender qué le ocurría, ni quién era aquella mujer, ni cuál aquel momento de su triste vida. Tuvo que serenarse para contestar. Abandonó la pluma, que todavía retenía en su mano agarrotada; separó las cuartillas, donde quedara inconclusa la oración comenzada, y levantándose vacilante, bordeando la mesa, fué a situarse delante de Andrea, que le miraba un poco inquieta.

—No te esperaba. Permíteme que me serene un poco... Siéntate...

Vibraba la voz del pobre enamorado. Nunca creyó merecer tanta dicha. Quiso replicar Andrea, y la detuvo Luciano, diciéndola:

—No hablemos ahora. Déjame que te mire. ¡Hace tanto tiempo que no te veo!

Y durante unos segundos, una muda admiración, a la que Andrea llegó a tener miedo, ofreció a la divina mujer el más puro homenaje que hombre alguno pudo tributar al sér más amado. ¡Qué dolorosa inquietud expresaba la faz de Luciano! Con aquella mirada le ofrendaba el sacrificio de toda su vida. Y ni una queja, ni un lamento, ni exigencias, ni protestas..., nada que significase rebeldía. «La vida nos depara sorpresas...», recordó, y en aquel momento se dió por suficientemente recompensado con tener delante a Andrea, cuya presencia en el despacho significaba el triunfo de *su idea*. ¡Había vencido! ¡Pero qué triste su victoria! Su corona de vencedor estaba aderezada con espinas que la viuda se arrancaba del pecho, con lágrimas de huérfano... ¡Que asco da la vida! ¡No merece la pena vivirse la vida!

Interrumpió el idilio sin palabras, Andrea, diciendo:

—La vida me tenía reservada una gran amargura, y ella me condujo a ti. Me ofreciste protección, y en tus brazos me he amparado...

—Haciendo del más desdichado el más feliz de los hombres. ¡Bendito sea Dios, que ha querido hacerme feliz!

—Eres feliz, porque eres bueno. En tu bondad está el fundamento de tu dicha. Yo y mi desastre no han sido más que los motivos para que se manifieste ese hálito de bondad que irradia de todo tu sér... Ahora me toca a mí echarte flores. Mira, Luciano, si tú me hubieses perseguido con alguna finalidad indigna, ni yo te hubiese llamado en este momento angustioso de mi vida, ni tú vendrías con otra finalidad que la de aumentar mi desgracia; pero como *creo en ti*, a ti he acudido, confiándote mi defensa y la de mis hijos.

—Confía en mí como en ti misma. Que si yo he cometido algún error en esta vida, si me he desviado del camino de la verdad en algún instante de mi existencia, puede decirse que he rectificado mi conducta desde el momento en que te conocí: *tú eres la única verdad de mi vida*. Si yo fuí malo, tú me hiciste bueno; si yo no soy malo, tú me has hecho mejor. Me inspiras las mayores abnegaciones; tu recuerdo despierta en mi alma las ideas más nobles, los más puros ideales... No es que yo sea bueno, es que nadie puede ser malo a tu lado.

—No, Luciano—dijo Andrea con amarga sonrisa—; tú eres bueno por naturaleza, porque no podrías ser malo, aun siquiera bajo la influencia del espíritu del mal. ¿Y Andrés? ¿No vivía en mi compañía? ¿No le dediqué mi vida? ¿Fuí yo mala para él, acaso? Pero no hablemos de él. Vengo a decirte que es necesario

que cambies de vida. Convencida de tu abnegación y de tu cariño, yo..., que también te quiero...—y aquí vibró la voz de Andrea con intensidad desconocida para Luciano. Nuevamente volvieron aquellas dos almas angustiadas a contemplarse con muda y reconcentrada admiración. Al fin, siguió diciendo Andrea—: Y porque te quiero, no puedo consentir por más tiempo que sigas sacrificándote por nosotros. Es demasiado, Luciano. Yo no debo consentirlo. Mi vida sentimental ha terminado; debe, por lo menos, terminar. Me basta con querer a mis hijos y con quererte... como te quiero. Yo sabré hacer un culto de ese cariño y lograré caldear mis horas de viudez con ese rayito de sol que, gracias a ti, iluminará mi alma. Pero, ¿y tú? ¿Por qué no has de vivir tu vida? ¿Por qué no procuras ser feliz? Tú sí que sabrías hacer dichosa a cualquier mujer. ¿Por qué no lo intentas?

Andrea, sin proponérselo, había herido a Luciano en lo más íntimo de su alma.

—Si yo no te conociese, creería que querías ahuyentarme de tu lado. ¿Pero no comprendes que esta situación mía es la mayor felicidad a que puedo aspirar? ¿Pero es que no me comprendes todavía? ¿No sabes que sólo viviendo cerca de ti puedo vivir? ¿Que sólo tu vida y tus hijos y tus intereses me preocupan? ¿Pero es que no sabes que te quiero sin reservas, sin condiciones, sin esperar nada de ti, sin pedirte nada? ¡No me eches de tu lado! ¿No comprendes que ahora soy feliz? No temas que te importune. Ya te lo dije un día...: «No quiero nada...; nada pido... Y si acaso me concedes un poco de tu amor, ha de ser por tu propia liberalidad...» ¿Otra mujer? No podría quererla. Ya lo he intentado, sin conseguirlo. ¿Un hogar? No sería feliz en él. Y entonces a mi infortunio tendría que unir el que por mi culpa habría ocasionado a otra persona... Y ya tengo bastante dolor sobre mi alma.

—¿Por qué no subes a verme con alguna frecuencia? El cargo que desempeñas, tu caballerosidad y mi propia conciencia te autorizan para frecuentar mi casa sin limitación.

—Ya subiré. ¿Eso qué importa? No creas que soy más feliz cuando te veo. Me basta con llevarte en el cerebro constantemente, con sentirte sobre este techo que cobija mis horas de trabajo... Pero ya subiré, aunque me cueste un nuevo dolor.

—¿Tanto te molesta mi presencia?

—No; no es eso. Mira, Andrea; si no significases nada para mí, la frecuencia de tu trato me sería muy agradable. Pero esta incompatibilidad que existe entre mi sueño y la realidad, aumenta mis sufrimientos.—Y haciendo una brusca transición, dijo—: Pero no hablemos de mí. Ya sabrás por tu hijo que los barcos van bien.

—Estoy enterada de todo. No quiero ofenderte hablándote de mi gratitud.

—¿Vas creyendo un poco en mi cariño, en el que te juré hace tantos años?

—Sí; hace tiempo que creo en él. Ya creía entonces.

—*Entonces...*

—Para qué lamentarnos de lo que no tiene remedio. Me parece inútil decir, por ejemplo: «Si las cosas se hicieran dos veces»; «Si nos hubiésemos hallado antes.» Aún es más ridícula la situación de la Humanidad cuando se resiste a confesar que somos juguete del Destino. ¿Para qué lamentaciones estériles? Yo encontré a Andrés y me casé con él, para ser una desdichada, para ofrecerle ocasión de enriquecerse con mi pequeño capital, para sufrir la desilusión más grande de mi vida, para entregarme al hombre que jamás me quiso, para conocer al hombre que nunca amó a mis hijos, para representar en este mundo el papel más lamentable que mujer alguna pudo representar, dudar en algunos momentos de la justicia divina, llorar amargamente la burla, el abandono y la indefensión en que me tenía (que si a una mujer le ofende la canallesca infidelidad, más la hiere el caso omiso que de ella hace el marido, exponiéndola a su posible caída); y también ocurrió lo que fatalmente tenía que suceder..., para conocer al hombre más bueno, honrado y caballero de la Creación..., que eres tú. Sí, Lu ciano; todas las mujeres encuentran en la vida una o varias bestias en acecho; también las hallé yo cuando mi marido empezó a abandonarme. Aquéllas no me inspiraron más que repulsión. Tú no lo eras, lo sé; estoy convencida de ello; siempre lo estuve; estoy perfeccionando esa convicción ahora...; pero, ¿y si lo hubieses sido? ¿No era un peligro mayor para mí que fueses tú la bestia y que yo me empezase a enamorar de ella? Eso más tengo que agradecerte. Con los demás no hubiera caído jamás, por propio decoro. Contigo no caí porque supiste elevar nuestras relaciones sentimentales a un plano en que toda indignidad era imposible, y en que, por el contrario, toda sublimidad nos inspiraba. Perdona este lenguaje. A nadie le haría yo estas confidencias. Me inspiras una confianza ciega. Estoy profiriendo palabras que nunca pasaron por mis labios, hasta hoy, aunque la experiencia amarga de mi infortunio me haya dado a conocer la realidad de sus significados. He pensado esto muchas veces, pero nunca en voz alta, como ahora. Pues, sí, para esto me casé yo con mi marido, para conocer a los dos hombres que, partiendo ambos de mí, se dirigen uno al mal y al bien otro, y este *otro* eres tú. (Aquí la voz de Andrea se tornó dulce y acariciadora.) Repito que el hombre más bueno de la tierra, el más noble, honrado y abnegado, el que me ha proporcionado

un consuelo equivalente al dolor que el otro me causó. Pasé aquel calvario, para hallarme ahora en este paraíso; derramé aquellas lágrimas, para disfrutar ahora de esta sonrisa, algo triste, pero dichosísima. Ocurrió cuanto Dios tenía decretado, para llegar a saber por conductos providenciales que cuando hay un padre desnaturalizado—que no merece ostentar tan preeminente dignidad—, Dios reviste con tan prestigiosas investiduras a otro hombre, que, por bondades de su alma, merece este dictado. ¿Para qué más, ¡Dios mío!, ocurrió mi desventura? Ah, sí, para aprender a confiar en El, que si bien nos niega en un solo minuto todas las venturas, nos recompensa, magnánimo, con inmerecidas alegrías; para enseñarnos que aunque los parentescos y las relaciones que los hombres establecen en el regulamiento de la sociedad, conducen a la felicidad entre personas bien nacidas, son a veces una ficción dolorosa e imprudente, por su rigidez, cuando se establecen entre los que olvidan con insensatez sus deberes. Esa ha sido mi vida. Es cobarde e inútil volver la vista atrás. ¿Para qué?

—Es que a veces consuela suponerse en el momento en que uno rectificaría su vida. ¿No te consuela eso a ti?

—No, a mí me desespera.

—En el fondo, estamos conformes. Yo también creo que cada cual debe vivir su vida, pero esta convicción no es obstáculo para que yo lamente mi mala suerte. Y respecto a la desesperación de que hablas, está producida por la indignación que nos produce nuestra impotencia. ¡Te hubiese yo querido de tal manera, te hubiese hecho tan feliz!...

—Muy bonito; tal vez muy verdad..., pero, ¿qué? ¿Son posibles esos sueños? ¿Para qué martirizarte con la contemplación de tu impotencia? A ningún hombre le debe agradar recrearse en su impotencia. No pienses en *cómo me hubieses querido*, piensa en *cómo me quieres ahora*, cuando me hallas libre, cuando te lo permite mi situación.

—¿Y sé yo, acaso, cómo te quiero hoy?

—Sí que lo sabes: como puedas, como debas quererme.

—Sí, Andrea; nunca te quise de otra manera que como era mi deber, y ahora..., aún no puedo concretar las normas de mi cariño hacia ti; pero yo te juro que sólo te querré como sea mi deber quererte.

—Así te quiero yo.

—Y antes, ¿me quisiste?

—Ya sabes que sí. Voy a darte una prueba de que te quería. Jamás pensé en mi marido cuando tuve que luchar para conservarme honrada; en cambio, desde que me supe admirada y querida por ti, me horrorizaba que tú pudieses llegar algún día a dudar de mi honradez. ¿Estás satisfecho ahora?

—Satisfecho, no; loco de contento. ¿Pero por qué me quieres tú a mí, Andrea de mi alma, si yo no me merezco esta felicidad?

—Pues porque la mereces, te quiero. Y basta por hoy. Me voy. Los chicos van a volver y quiero que me encuentren en casa.

—Espera.... Permíteme que me recree un momento mirando esos ojos divinos, esa frente luminosa, estas manos ideales...

Y aquellas dos almas conturbadas se miraron, ansiosas de dicha, anhelantes de una felicidad que la Vida les había negado hasta entonces, experimentando *la sublime inquietud* de dos seres vírgenes que se iniciasen en aquel momento en los misterios del divino secreto.

II

La botadura.

Andrea protestó un poco del viaje que le obligaban a hacer después de una reclusión de varios años, pero accedió ante la presión insistente de sus hijos. También le contrariaba muchísimo no saber adónde la llevaban. Aquella humorada de Luciano y de los chicos, que habían decidido el viaje en dos minutos, le parecía a ella, tan metódica y tan cabal en sus cosas, algo de gitanos. Y ya que abandonaba su casa, creía tener, por lo menos, el derecho a saber dónde la llevaban.

Eran las ocho de la mañana. Una vez bien amarradas las voluminosas maletas a la rejilla trasera del coche, y después de bien acomodados los viajeros en sus lugares respectivos, ordenó Luciano:

—Manuel, tire usted por la carretera de La Coruña.

Luis y Finita celebraron con grandes carcajadas el terminante mandato de Luciano y la cara de asombro de Andrea, quien, al fin, influída por tan sana alegría, acabó por sonreir también. El coche iba muy bien. Parecía que tenía prisa por abandonar los lugares conocidos, como si quisiera pagarles su habitual hospitalidad con una ingratitud definitiva. Andrea no quería correr demasiado. Le llamó la atención a Manuel. No lo podía remediar: cuando el mecánico pisaba el acelerador y lanzaba el coche, Andrea recordaba el trágico fin de su marido, y sólo por el hecho de permitir grandes velocidades, se creía estar manejando una imaginaria arma homicida.

Durante la animadísima conversación, Andrea consultó con la mirada a Luciano, y la de éste le respondió con una confiada son-

risa, que estuviese tranquila. Almorzaron en Valladolid. Repasaron el bandaje, y todo iba bien. Comieron y descansaron en Astorga. Reanudaron la marcha, y con el único contratiempo de un par de pinchazos, llegaron a Betanzos. Apenas Luciano divisó el poste indicador, le gritó a Manuel:

—¡A la derecha!

Estaban ya camino de Puentedeume. Nuevas preguntas de Andrea, y vuelta a las risas de sus hijos. Poco después paró el auto a la puerta de un hotel de Ferrol. Y aún no sabía Andrea el objeto del viaje. Mientras esperaban a los constructores, dijo Luciano:

—Venimos a El Ferrol para que asistáis a la botadura de un nuevo buque de nuestra flota, que se lanza hoy al agua. Unos armadores, a quienes no les va bien en el negocio, rescindieron el contrato cuando ya estaba montada la quilla, y nosotros lo hemos adquirido en muy buenas condiciones. A las diez es la botadura. Finita será la madrina..., y ya sabéis para lo que hemos venido a El Ferrol.

Hubo un silencio prolongado. Finita miraba radiante a su madre. Finita preguntó:

—¿Y cómo se va a llamar el barco?

—*Renunciación*—contestó con decisión, Luciano.

—¿*Re-nun-cia-ción*?...—repitió, silabeando el raro nombre, la muchacha.

—Sí. ¿No te gusta?

—Hombre, francamente, no mucho. Me parece, vamos, así..., ¿cómo diría yo?, un poco triste.

—Sí..., indudablemente. Pero no es feo. Además, es heroico. Porque ya veis, un hombre, por ejemplo, que renuncia a un ideal, es un sér fuerte, abnegado. Y además de que, como veis, su significado tiene idealismo; yo deseaba que fuese ese el nombre, porque así se llamaba el primer buque de vela que yo mandé, una hermosa goleta de tres palos como ya no hay otra por esos mares.

Entró un camarero, que entregó a Luciano una tarjeta. Era de Mr. Henderson, el constructor del buque. Después de las presentaciones de rigor, marcharon todos a los Astilleros. Hubo allí nuevas presentaciones. Finita, la linda madrina, muy satisfecha con un Henderson rubio y jovencito que se puso a su lado y no se separó de ella durante toda la ceremonia. Los demás excursionistas, felices también, sin notar el más leve cansancio por la paliza recibida en los cientos de kilómetros recorridos.

Llegaron a un tinglado, preparado para los invitados, construído con cuatro tablas de pino revestidas con unos cuantos metros de bandera española. Desde aquella tribuna se alcanzaba con la mano la proa del nuevo buque, engalanado. Aún se trabajaba a bordo,

Los obreros, vestidos de fiesta, como el buque, tenían el aspecto de trabajadores deportivos que laborasen por pasatiempo. Entre los enhiestos palos mayores del buque se hallaba tendido un cable, que le servía de inestable sostén a un singular obrero, que tenía más de acróbata, pues aguantándose providencialmente sobre aquella jarcia, que se distendía con trágica elasticidad al peso de su cuerpo, trabajaba haciendo la instalación de una complicada red de cuerdas, alambres y roldanas, empleando para su faena manos, piernas y dientes. Era un alemán, que conocía su oficio a maravilla y que la guerra había echado a nuestras costas, como a otros muchos compatriotas suyos. A cualquiera le sorprendía ver trabajar a aquel simio, en el límite físico de sustentación, con la misma precisión y con igual eficacia que podría hacerlo sobre la sólida y estable corteza terrestre.

Los remolcadores y todas las embarcaciones auxiliares de la Casa constructora, también engalanados, se disponían a contribuir con la intervención que a cada cual le correspondía. El golpe seco de las mazas tundía y quebraba aquellos puntales que al buque habían sustentado, pero de los cuales quería verse libre a todo trance. El sacerdote, revestido, asistido de su acólito, recorría todas las dependencias del buque, cumpliendo su sacrosanta misión. Así Dios querría, como decía el ministro en su oración, «librar a la nave y a todas las cosas que estarán en ella de todos los peligros, y después de llevar a feliz término todos sus negocios, se dignaría volver a todos sus tripulantes, con grande gozo, a los suyos.»

De la proa del buque partía una cinta azul, a cuyo extremo estaba atada una botella de vino de Champaña, que Finita debería estrellar contra el sólido codaste, tan pronto la mole comenzara a deslizarse por las enceradas gradas.

Henderson padre, a falta de tema más ameno, le refería a Andrea, con su graciosa pronunciación de borracho constipado, los casos de pérdida de cascos de gran tonelaje, por defectos en el proyecto de botadura, habiéndose visto los constructores obligados entonces a volarlos con dinamita, para desguazarlos y poder aprovechar, por lo menos, sus materiales. ¡Qué doloroso era ver un buque prisionero en su propia cuna, en el lecho donde los hombres sabios lo engendraron, impotentes para echarlo al mundo de la navegación, ni siquiera empleando los forceps poderosos de los más potentes remolcadores!

Henderson hijo hablaba con Finita. También el rubito Henderson hablaba de cosas marineras; pero había tal idealidad en aquella charla ingenua de los dos muchachos, que sólo tenía interés para ellos el hecho de comunicarse. Y Henderson, el guapito británico, refería a Finita las fechas memorables de la Casa Henderson, fun-

dada por su bisabuelo. *La Firma* había realizado empresas gigantescas, que eran la ejecutoria más gloriosa que los hombres de su familia podían ostentar. El título de *Lord*, el derecho al *Sir*, era la corroboración oficial de sus méritos fabriles. El coloradito *young man* Henderson le prometió regalarle aquella misma mañana la fotografía de un salvamento que *ellos* habían hecho de un enorme transporte de guerra inglés de veintidós mil toneladas. Los Henderson se trasladaron al lugar del accidente donde el buque encallara con un tren de cuatro poderosísimas dragas, y en ocho días labraron un canal circundante en el lecho de arena que aprisionaba la quilla; este canal fué puesto en comunicación, por medio de un taladro, con el lecho superior, y el buque flotó, al fin, dentro de aquel vaso comunicante.

Llegó el momento de la botadura. Se oyeron unos gritos de mando, alguna réplica; voces insistentes del que quiere imponer su autoridad; un crujido característico de puntales que se astillan y de jarcias que se rompen; después, unos alaridos, esa exclamación unánime de la multitud, que pone un solo comentario en los actos que presencia; una botella que explota con irisaciones de espuma y chispas de cristal; múltiples sirenas y silbatos que trinan con voces broncas o atipladas; cohetes de triple estralo que rasgan el espacio; alguna bomba de palenque, por añadidura, y el buque *Renunciación* que se desliza pesado y solemne por las gradas inclinadas, donde queda ardiendo el sebo con que se embadurnaron para facilitar la botadura.

III

Anita Hernández «la Burguesita».

Apenas Luciano se enteró por la carta de Andrea del peligro en que se hallaba Luis, pensó en Paco Foronda, el único amigo que podía ayudarle en este asunto. A los dos días de recibir Foronda el encargo, ya estaba enterado de todo lo que les convenía saber.

Anita Hernández *la Burguesita* era una muchacha galante, nada vulgar. Debía el remoquete de *la Burguesita* a su apariencia recatada, a su indumentaria modesta y a su comportamiento discretísimo. Si salía durante las primeras horas del día, parecía una señorita mañanera que va o viene de misa, con su velito muy echado sobre los ojos y su librito de rezos; por la tarde alteraba apenas su vestido con gorritos o sombreros de escasas fantasías,

y jamás salía de noche, como no fuese para asistir al anfiteatro de Lara, su género favorito, para ver la comedia de éxito. Ni por su calzado, muy distinto, por su hechura, al que llevan las mujeres libres; ni por sus modales, que eran mesurados y señoriles; ni por el tocado de su rostro, sin cremas ni polvos; ni por sus formas, que aprisionaba dentro de fajas y sostenes severos; ni por sus gestos serenos, ni por su mirada cobarde, denunciaba su verdadera condición de alegre mujercita, que sabía revelarse en la intimidad cuando ella se hallaba de humor y el amigo lo merecía; y aun en estas ocasiones, reservadas para los privilegiados de su amistad, sus alegrías eran de buen gusto, y las travesuras no pasaban de un beso. Los más procaces se detenían ante el continente digno de la extraña meretriz. Más de una vez le decían: «No pareces lo que eres.» «Es que no soy lo que tú crees», contestaba, muy convencida de que desmentía la obligada clasificación que de ella se creía cualquiera con derecho a hacer.

En el templo donde esta vestal oficiaba no había combinaciones de espejos y luces, ni escarapelas chillonas, ni un solo refinamiento. Limpieza, y nada más. Persianas y cortinas graduaban el paso de la luz, para sólo permitir la claridad suficiente que los objetos necesitan para delinear sus contornos. Y si la luz era tenue, las voces eran quedas: aquella señora, con cara de cartón, que recibía a los visitantes, les hablaba con igual sigilo que si en la casa hubiese un enfermo viaticado. Los modestos muebles relucían; sobre cada superficie, un pañito de labor casera; sobre cada pañito, una planta; los metales de puertas y balcones, brillantes.

Estos eran los detalles de la minuciosa referencia que Foronda le dió a Luciano de Anita Hernández, en cuyas primorosas manos había caído Luis.

—¿Pero has hablado con ella?

—Como contigo. ¿No sabes que fuimos grandes amigos?

—¿Y qué te ha contado de sus relaciones con Luis?

—Pues que los dos están enamoradísimos. Y debes tener cuidado, porque Anita es una mujer peligrosísima, por su misma apariencia inofensiva, por su ingenuidad aparente y por su aspecto contradictorio con su verdadera condición.

—¿Pero tan temible es esa Anita?

—No lo sabes bien. Claro es que un hombre corrido ya sabría a qué atenerse, aunque los conozco veteranos que han sucumbido también; pero para un muchacho inexperto, es desconcertante el sistema de esa mujer, que con complicadas farándulas le hace creer a cualquier muchacho que se halla perdidamente enamorado de él; y como es más humano creer que dudar tan bonito embuste...

—¿Y qué procedimiento crees tú que debemos seguir para librar al muchacho de las artimañas de esa mujer?

—Cualquiera, menos el de la violencia, considerando el estado a que han llegado las cosas.

—No me alarmes. ¿Pero qué hay entre Luis y esa mujer?

—Hasta ahora nada más que unas sencillas relaciones.

—Pero eso no puede ser. ¿Sabe Luis de qué clase de mujer se trata?

—Claro que lo sabe. Pero es que ella le habrá hecho tales protestas de inocencia y tales proyectos de regeneración, que no será difícil que el muchacho crea a estas horas que ha sido la suya una pasión redentora... Y figúrate el peligro de la situación para un muchacho noble y exaltado, como es Luis. Con decirte que le ha llevado a esa mujer retratos de su madre y de su hermana, y que le ha contado detalles del negocio y hasta secretos de familia... Ella me lo ha referido todo, ilusionada, creyendo que ya lo tiene dominado... En fin, debes hacer cuanto puedas por evitar que ese muchacho se abarragane con tal mujer. Te lo digo yo, que la conozco bien: es más peligrosa de lo que puedas imaginarte.

—Luis es un muchacho pundonoroso, que si oyese por tu boca quién es esa mujer, acabaría por repugnarle.

—No intentes semejante cosa.

—¿Y dándole dinero a ella?

—Inútil. Ella espera obtener más de lo que tú pienses darle.

—¿Y amenazándola?

—Peor.

—Pero me desesperas con tus negativas. ¿Qué debo hacer, entonces?

—Separarlo de ella sin que advierta tu intención. No darte por enterado de este asunto. No nombrársela. Ya creo que me has entendido. Te he dado la idea. El procedimiento y los detalles son cosa tuya. Debes conseguir *el propio y voluntario desistimiento* del muchacho.

Al día siguiente de celebrado este diálogo entre Paco Foronda y Luciano, sostuvieron otro, en el despacho de la Gerencia, Luciano y Luis.

—Es necesario, Luis—comenzó diciendo Luciano en tono fraternal—, que vayas pensando en tomar la Gerencia de la Casa a tu cargo.

—¿Y a qué viene eso ahora? Yo no soy capaz de sustituirte.

—Eso no eres tú quien debe decirlo.

—Además, en esta Casa, mientras tú vivas, no puede haber más Jefe que tú.

—Te agradezco mucho eso que estás diciendo; pero el que yo

tenga unido al vuestro algún capital, no justifica que yo continúe llevando la Gerencia cuando tú llegues a la mayor edad. Ya verás cómo la Vida me da la razón. Si los hijos se emancipan por propia voluntad de los padres, ¿cómo no van a querer independizarse de los amigos?...

—Vamos, Luciano, ¿por qué hablas hoy así? ¿Tienes alguna queja de mí? ¿No comprendes que me estás hiriendo?

—No hablo con esa intención. Además, Luis, yo ya no tengo aspiraciones—añadió Luciano con tono amargo—, y me hallo fatigado. He trabajado mucho en esta vida... No creas que voy a dejarte solo; te seguiré de cerca, seguiré aconsejándote... Además, yo, que he tenido la honra de enseñarte a trabajar, quiero tener la gloria de verte exaltado al puesto de Jefe de la Casa. Quiero que tu primer acto como Gerente sea trasladar la oficina adonde debe hallarse: a un puerto, al que tú comprendas que debe ser, al que consideres de mayor tráfico con los buques nuestros. Nunca debió venir a Madrid nuestra Gerencia. Cesen las locuras. Inicia tú la rectificación de antiguos errores. He decidido que salgas de viaje dentro de un par de días, a recorrer nuestras Agencias y Delegaciones. Es preciso que conozcas a nuestros representantes, y que te conozcan.

(Breve diálogo entre Paco Foronda, que viene de visitar a Anita Hernández la Burguesita, *y Luciano, que vuelve de la estación del ferrocarril del Norte, de despedir a Luis.)*

—¿Qué, cómo le ha sentado a esa *niña* lo del viaje de Luis?

—¡Ah!, muy bien. Ya habían combinado hacerlo juntos, pero se impuso el buen sentido de *la juiciosa*, y convinieron en que fuese él solo, *para no distraer su ánimo de asunto que tanto le interesaba, pues ella no se perdonaría jamás ser obstáculo para que él cumpliese todos sus deberes*. Estas han sido sus palabras.

—¿Pues sabes lo que te digo?

—Me lo figuro.

—Que hubiese preferido que se hubiese ido de viaje con él.

—Cuando yo te digo que la niña tiene un aplomo inquietante... ¿Va contento Luis?

—Sí. Encantado de la vida. La preocupación de sus nuevas responsabilidades de jefe, le agradan. Creo que tenemos hombre. Ya sabes que nada hay que estimule tanto a trabajar como la convicción de la eficacia de nuestra gestión... Y yo he procurado convencer a Luis de que su obra puede ser útil. Y es que, además, lo creo, Foronda, porque a Luis le he educado yo y yo le he enseñado a sumar, y yo...

IV

Cosas de la Vida.

Luciano y Andrea debían hablar definitivamente. La virtud de aquel remedio a que él había acudido y que tanta calma le había proporcionado, se extinguía como pierde la eficacia cualquier medicamento, por específico que sea, cuando se acostumbra la naturaleza. Le consolaba seguir ocupándose de los negocios de Andrea, y sintió una satisfacción muy grande cuando vió a Luis hecho hombre, gracias a su constante y esmerada labor educativa; pero le desesperaba aquella interinidad sentimental en que vivía. ¿Es que estaría él predestinado a no saciar jamás plenamente sus ansias amatorias? Y el triste, abrumado por el peso de su infortunio, volvía a la desesperanza, creyéndose fracasado para siempre. No buscaba gratitud ni recompensa. Tal vez le bastase el convencimiento de que el alma de Andrea le pertenecía. Esta duda le hacía perder la fe en la Vida. ¿Tenía la certeza de que Andrea le quería en el concepto absoluto y exclusivo a que aspira todo enamorado? ¿Y si sus dolores habían resultado estériles?

Sólo tienen derecho a la gloria los que triunfan. Los débiles, los enfermos, los impotentes, los tristes, deben ser exterminados. Volvía ahora a lamentarse de su pasión culta, que no le permitía recurrir a esos procedimientos violentos que alteran el orden social, pero que dan la victoria al fuerte. Habiendo perecido Andrés, ¿por qué no intentar el logro de la ilusión más grande de su vida? El amigo noble, el que jamás traicionó la confianza que en él se depositó, ¿no podía aspirar a conseguir su pretensión? Les temía a los hijos de Andrea. Siempre hay en el recuerdo del padre muerto una enemiga que recibe con hostilidad al intruso. No podían tener los hijos muy buen recuerdo de Andrés; pero, ¿no habéis observado que los hijos rodean a la madre para librarla del dominio de otro hombre, aunque odien al padre muerto? ¿Serían capaces de hacer lo mismo con él los hijos de Andrea? ¿Es que no valía nada cuanto había hecho por ellos? ¿Serían tan ingratos que no lo recordarían? ¡Cuántas veces había llegado Luciano a casa del matrimonio cuando la reyerta entre ellos era más agria, más violenta; se oían a través de los muros y de los cortinajes las reconvenciones sordas, duras, cortadas y los sollozos desgarradores, que eran escuchados por las dos criaturitas, quienes, olvidando por un mo-

mento sus juegos y sus travesuras, quedaban consternadas al oír los lamentos de la madre! ¿Y no era Luciano quien los tomaba de la mano y se los llevaba a la calle, con la promesa de un divertido paseo por las rúas céntricas, ofreciéndoles más tarde la regocijante realidad de juguetes y bombones? ¿No era a él, al bueno de Luciano, a quien se abrazaban los chicos para agradecerle en la forma expresiva, la única remuneradora, el cariño que les demostraba? Ese habia sido Luciano para ellos. Pero... aquellos eran los niños de ayer, que hoy eran hombre y mujer. ¿Rechazarían ellos a Luciano? No se hacía ilusiones Luciano. Le rechazarían, de fijo. Siempre sería el traidor, el logrero, el inmoral; él, que había puesto lo mejor de su alma en este amor. ¡Qué tristeza! ¿Y si no le rechazasen? ¿Y si, por el contrario, le recibiesen con los brazos abiertos? ¿Adónde debería él llegar? ¿Qué debería hacer?

En el rincón predilecto del gabinete íntimo de Andrea, entre revistas de modas y labores, se celebró la entrevista.

—Pasa, hombre; creí que te habías olvidado hasta de que vivo.

—Te consta que no. Lo que me ocurre es que le temo a nuestras entrevistas. Mi prolongada tardanza te demostrará cuánto mayor era mi temor por ésta que por las anteriores.

—¿Es tan grave lo que tienes que decirme?

—Debe ser definitivo. Yo no puedo vivir así por más tiempo, Andrea. No sé cómo he vivido hasta aquí. Es absolutamente indispensable que esta situación termine.

—¿Y cómo? Nada puedo negarte. Me has dedicado toda tu vida y toda tu actividad y me has librado de la ruina; continúas tu obra redentora y has sido *de hecho* el padre de mis hijos; persistes en tu labor, y haces de mi hijo un hombre de provecho; y por si todo eso fuese poco, lo salvarás, no me cabe duda de ello, de la perdición a que lo conduciría esa intrigante. ¿Qué puedo negarte? ¿A qué puedo oponerme que sea tu voluntad? ¿O es que crees que porque no te vea y porque no te hable, no estoy pensando en ti constantemente y agradeciéndote con toda mi alma lo que has hecho por mis hijos y por mí, y bendiciendo tu nombre a todos momentos y pidiéndole a Dios paz para tu espíritu y salud para tu cuerpo?

Mandó callar Luciano a Andrea con un gesto *muy suyo*, mitad ruego y mitad mandato, y se quedó durante muy largo rato, contemplándola con arrobamiento, como a sér sobrenatural.

—¿Es que?...—empezó otra vez Andrea.

—¡¡Calla!!—le dijo apenas con los labios Luciano, y se quedó otra vez mirándola. Ya no recordaba sus dolores; olvidaba tribulaciones, angustias, congojas; todo lo olvidaba cuando la tenía

delante. Y aproximándose a ella cuanto le permitió el respeto a *la Divina*, musitó apenas en su oído estas palabras:

—Mi Andrea adorada, mi novia de mi alma, deja que te mire. ¡Bendito sea Dios, que mantiene viva en mí la ilusión que por ti sentía! *Creo en ti*, amor mío. ¡Bendita seas, que no dañaste mi ilusión! ¡Feliz de mí, que tengo ilusión para mientras viva! Los hombres que no sepan querer así, ¿para qué quieren vivir? ¿Qué saben ellos de la Vida, si no han logrado detener la respiración anhelante de una mujer como tú? ¿Verdad, Andrea de mi alma, que *esto* que nos pasa a nosotros no se parece a nada? Somos privilegiados de Dios, designados por El para gozar esta suprema dicha, por su divino decreto. Por eso *la sublime inquietud* es de derecho divino... Y ahora, ¿qué me ibas a decir?

—Loco, loco; ya no lo sé. Ya no me acuerdo.

—Yo hablaré, entonces. Vamos a ver, Andrea. ¿Te casarías conmigo, entregándote a mí plenamente, sin reservas de ningún linaje?

—Sí, absolutamente. No sólo como si te perteneciese mi porvenir, sino también como si te hubiese pertenecido mi pasado... Sin que ningún recuerdo me inquietase. Solamente me preocuparía que la gente pudiese ver en nuestra unión, el fundamento de una acusación a mi pasado. Y eso es lo que más me mortificaría, que creyesen que había sido mala, cuando nadie mejor que nosotros sabe que no lo hemos sido, pudiendo serlo y teniendo motivos para serlo.

—Pues no me detienen a mí esos temores, ni otros más considerables, por ejemplo: la hostilidad probable de tus hijos. Otros son los temores que a mí me detienen. No interpretes mal lo que voy a decirte. Yo te quiero, Andrea, como a nada ni a nadie en este mundo: creo que te querría aunque no te hubiese hallado, porque te presintió mi alma. A nadie he querido, ni podría querer, que no fueses tú. Estoy convencidísimo de que se está cumpliendo en mí un secreto designio, y también te he dicho en alguna ocasión que soy feliz dentro de mi desdicha. Creo yo que el hombre privilegiado, a quien Dios haya elegido para depositar en su alma este anhelo inefable, esta sublime inquietud de espíritu, debe hacer cuanto pueda por retenerla en su pecho con toda dignidad, acogiéndola con todos los honores que tan alta merced merece. No debe el hombre desvirtuar con actos groseros el origen divino de tan excelsa merced; no debe nadie traicionar en momento alguno la fidelidad que le debe a aquella divina dádiva. Eso es lo que yo quiero, Andrea: honrarla, para seguir mereciéndola. Andrea, no traicionemos este amor, no lo manciliemos con ningún contacto carnal; que no proceda la traición de nosotros, que somos los llamados a velar por su pureza. Vivamos siempre así: mirándonos

a los ojos, besándonos con el alma, deseándonos eternamente. Este es el secreto de la felicidad humana. Me engañé cuando creí que me separaría de ti mi propia dignidad, que te repelería por haber pertenecido a otro hombre; no, no es eso lo que me separa de ti. Tampoco son tus hijos, quienes aún no sé cómo me recibirían. No es del *otro*, ni de ningún hombre de quien yo sentiría repugnancia. Es de mí de quien la siento, que soy igual a todos los demás. No son tus hijos los que nos separan. Es la Vida, con todas sus miserias. Es que yo, como todo hombre, soy inhábil para complementar por medios materiales un anhelo espiritual como el que yo experimento. Son los hombres, que han empezado por inspirar amor a una mujer, los que terminan por desvirtuar ese sentimiento y por darle muerte, siendo así los odiosos destructores de su propia creación. Ya sé yo que es una rebeldía, o por lo menos una soberbia, pretender oponerse a la Vida, ya que la Vida es el amor humano, imperfecto, material, egoísta... ¿Sabes ahora cómo te quiero? Esto es el amor, un amor divino, por el que yo me siento poseído, consecuencia y remedo del que nos tuvo Cristo, que inspira todas las perfecciones y predispone a todos los sacrificios. ¿No te hice un día la oferta de mi vida? ¿No te acuerdas? Te dije: «Los juramentos de amor que se hacen son heroicos o ridículos, según la sinceridad que se pone en ellos.» Ya lo ves. Cumplo mi juramento; a él me debo y esclavo de mi compromiso me verás toda la vida. Tampoco olvido tus palabras. Sigamos viviendo la vida, la de cada uno, la que Dios nos depare. Esta es mi vida: vivir de ti eternamente enamorado. Verás cómo deseándonos siempre con igual ilusión, nuestra dicha no tendrá igual. No seamos nosotros los parricidas de nuestro amor, como lo son del suyo la inmensa mayoría de los enamorados. No lo inmolemos nosotros, que tanto hemos hecho para darle vida. Apenas puedo contenerme, Andrea, para caer sobre ti y estrecharte entre mis brazos..., pero no lo haré. ¿Verdad que me comprendes? ¿Verdad que piensas como yo? Desearte eternamente es lo que yo deseo; considerarte siempre tan distante como la más excelsa ilusión de mi vida; mirarte siempre como mi suprema aspiración; sentirte siempre dentro de mi pecho, como llevo a Dios, pero verte siempre tan distante como de El me hallo. Este amor mío no se explica con palabras, ni se demuestra con actos, ni se sacia con nada; tiene su satisfacción más grande en sentir sus dolores; su más grande recompensa, en hallarse invadido por él, y su mayor consuelo, en saberse comprendido por ti. No desvarío; no es deforme mi pasión; es mi abstención el orgullo fiero de un hombre apasionado y consciente que advierte a tiempo que no tiene medios adecuados para mantener la ilusión que despertó en un pecho de mujer, si recurre

a procedimientos materiales. Compréndeme, Andrea. No demos nosotros mismos ocasión a nuestro fracaso sentimental. Es la Vida, con su fea realidad, la que quiere robarnos el único valor positivo de nuestro sentimentalismo. Luchemos contra la Vida. Opongámonos a sus funestos designios; unámonos lo indispensable para sentir que nuestra pasión alienta, pero separémonos bruscamente cuando llegue la hora de la vulgaridad, antes de que rodemos por tierra sin ilusión ni esperanza de tenerla.

—Dices bien, Luciano. Creo, como tú, que más felicidad hallaremos por el camino que tú inicias que por el que siguió la mayoría. Mira, en el alma de toda mujer sensible existe un sentimiento de rebeldía contra la posesión brutal que el hombre toma de su cuerpo. Te lo digo yo, y se lo he oído a muchísimas mujeres. Nos sorprende que sea *ese* el procedimiento para corroborar las ansias de un ideal..., pero lo aceptamos sin comprenderlo. Nos dicen *eso* es el Amor, y lo creemos de buena fe, aunque no lo comprendamos. Pues, pensando así, figúrate mi alegría al escucharte.

—Sólo una cosa quiero que me concedas.

—Tú dirás.

—Que me permitas verte todos los días.

—¿Y qué dirán mis hijos?

—¡Que digan lo que quieran!

—Eso, no. Ni a mí me agrada eso, ni a ti tampoco, aunque digas lo contrario.

—Tienes razón.

—Engañarlos, no. Hasta aquí te has sacrificado tú por mí, y de aquí en adelante debo yo hacerlo por ti; así es que lo arrostraría todo, hasta el enojo de mis hijos, por darte gusto, pero sería exponiéndoles claramente nuestra situación.

—¿A que me vas a obligar a casarme contigo?

—Piensa de mí como quieras. ¿No sería mejor no hacer proyectos y confiarnos a la voluntad de Dios?

—Es que me da miedo que puedas dejar de quererme algún día...

—¿No será que dudas de ti?

—Aunque eso sea. Prefiero desearte, a poseerte; además, más verdadero será así nuestro cariño, que no engaña cuando siempre se halla en libertad de desertar. Otra cosa quería decirte: que me entristecería mucho que pensases que si me acerqué a ti algún día fué sólo por deseo carnal.

—No pensé jamás eso de ti.

—¿Me crees?

—Te creo... y te quiero. ¿Está usted satisfecho?

—¡Loco de contento!

—Pues voy a aumentar esa alegría.

—¿Cómo?

—Dándote una noticia. Mr. Henderson le ha escrito a Finita una carta muy cariñosa y muy graciosa, llena de incongruencias y de faltas de ortografía y de sintaxis, y le pregunta, al final, si le gustaría casarse con él.

—Ya ves si tenemos nosotros cosas que hacer antes de casarnos.

—Casar a mi hija.

—Y a Luis.

—No me hables de él.

—¿Por qué? Ya verás cómo vuelve cambiado del viaje.

—Pero, ¿y esa mujer?

—Ya verás como todo se arregla.

—¿Y lo nuestro, también?

—¿Pero y mi teoría?

—Pues tu teoría... queda en pie. ¿O es que crees que te voy a rogar que te cases conmigo? Aparte de que creo que tienes razón.

—Eso es lo triste, «que tengo razón».

Y acercándose a Andrea cuanto pudo, le dijo, abrasándose los labios en la llama de unos ricitos rebeldes:

—No dudes de mi cariño, mi alma. Me gusta mucho llamarte «mi alma», porque no parece una expresión, sino un suspiro; ¿verdad? No dudes de mí. Te deseo con toda *mi alma*. Estoy tan orgulloso de este cariño, que temo dejar de quererte y que dejes de quererme.

—Pues para no dejar de quererme, ¿sabes lo que tienes que hacer?

—¿Qué?

—Quererme..., quererme siempre. Como yo a ti. Y respecto a tu teoría, ¿sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que la Vida tiene la palabra, y que *ella* dirá... ¿Hace?

Y por primera vez se dieron un beso pleno en la boca.

Ya empezaba la Vida a hacer de las suyas.

FIN

Junio, 1922.

201

OBRAS MAESTRAS DE AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

Ultimas novedades de 3 a 5 pesetas volumen.

	Ptas.
Ricardo León.—*Las horas del Amor y de la Muerte*	5
— *Cuentos de antaño y hogaño*	5
— *La capa del estudiante* ..	5
Concha Espina. — *Despertar para morir*, novela	5
— *Novelas y cuentos*	5
Felipe Sassone.—*La espuma de Afrodita*, novela, 22.° millar..................	3,50
— *La canción del bohemio*, poesías, 4.° millar.......	3,50
El Caballero Audaz.—*Lo que sé por mí*, interviús con celebridades contemporáneas	3,50
— *De pecado en pecado*, novela	3,50
— *La virgen desnuda*, novela, 24.° millar	3,50
— *El Pozo de las Pasiones*, novelas	3,50
— *San Sebastián*, diario de un veraneante	3
Antonio de Hoyos y Vinent.—*Novelas aristocráticas*, 11.° millar..................	3,50
— *El pasado*, novela, 9.° millar	3,50
Michel Artzybachev.—*El límite*, novela, 14.° millar..	3,50
A. García Carraffa.— *Frases célebres de políticos*, 3.ª edición	3,50
Autores americanos: Sus mejores cuentos. (Selección de los mejores cuentos de los más esclarecidos literatos.) Firmas de este volumen: Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Emilio Bobadilla «Fray Candil», Vargas Vila, Luis Bonafoux, Amado Nervo, Rufino Blanco Fombona, Alberto Insúa, Pedro Emilio Coll, Felipe Sassone, Luis G. Urbina y Alberto Ghiraldo	3,50
Mauricio Maeterlinck. — *El huésped desconocido* (ocultismo, sugestión), 4.ª edición	3,50
— *Senderos en la montaña*, 4.ª edición	4
— *El gran secreto*	4

	Ptas.
José Francés. — *Mientras el mundo rueda...*, crítica y arte	3,50
Alvaro Retana. - *El crepúsculo de las diosas*, novela. (Escenas de la vida alegre en Barcelona.)	3,50
J. Millán Astray, ex director de la Cárcel Modelo de Madrid y otros presidios.—*Memorias de Millán Astray*, 12.° millar	3,50
— Idem íd. 2.ª serie......	3,50
J. Ortega Munilla (de la Real Academia Española). — *Lucio Tréllez*, novela, 10.° millar..................	3,50
Pedro Mata.—*El misterio de los ojos claros*, novelas, 12.° millar..................	3,50
Willy.—*La fumadora de opio*, novela, 17.° millar	3,50
Willy et Jeanne Marais.—*La virginidad de la señorita Fanny*	4
Antonin Reschal.—*Pierrette, colegiala; Pierrette, se divierte; Pierrette, enamorada.* Trilogía sobre la Eva moderna, en tres tomos. Uno	3,50
Rafael López de Haro.—*Los nietos de los celtas*, novela, 15.° millar	3,50
— *La Venus miente*, novela, 12.° millar	4
— *En un cuerpo de mujer*, novelas, 6.° millar	4
— *¡Muera el señorito!*, novela, 19.° millar	4
— *Batalla de odios*, novela, 7.° millar	4
— *La hija del mar*, novelas, 5.° millar	4
— *El triunfo de la sangre*, novelas, 5.° millar	4
José Mas.—*La Bruja*, novela sevillana..............	3,50
— *La estrella de la Giralda*, novela sevillana	3,50
— *La orgía*, novela sevillana	4
— *En el país de los bubis*, escenas de la vida en Fernando Poo	4
— *Por las aguas del río*, novela	4

	Ptas.
Max Nordau.—*El día de la ira*, novela, dos tomos. Uno	3,50
Cristóbal de Castro.—*La Interina*, novela	3,50
Emilio Carrére.—*Almas brujas y espectros grotescos* (interrogaciones al misterio).	3,50
— *La bohemia galante*	4
Juan Montalvo.—*La pluma de fuego*	3,50
B. Morales San Martín.—*La Rulla*, novela valenciana.	3,50
Cansinos Assens.—*Los sobrinos del diablo*, novela	3,50
Antonio G. de Linares.—*La púrpura del deseo*, novela.	3,50
— *La espera del beso*, novela	3,50
Detective Ros-Koff. — *Aventuras*	3,50
José Bonachea.—*Serranía de Ronda*, novelas y cuentos andaluces	3,50
— *De la casta de D. Quijote*, novelas y cuentos	3,50
Antonio Parra (Parrita). — *Joselito, su vida y su muerte*	5
Beatriz Galindo. — *El Alma del niño*	4

Colección popular Sanz Calleja, en tomos de espléndida presentación. Precio provisional: 1,50 pesetas volumen.

Felipe Sassone.—*Bajo el árbol del pecado*, novelas, 18.° millar	1,50
— *El miedo de los felices*, dramas y comedias	1,50
— *El intérprete de Hamlet*, dramas y comedias	1,50
— *Viendo la vida*, novelas, 12.° millar	1,50
B. Morales San Martín.—*Eva inmortal*, novela, 8.° millar	1,50
Carmen de Burgos (Colombine).—*La hora del amor*, novela, 18.° millar	1,50
Enrique de Alvear.—*Gente bien*, novelas	1,50
José Ortega Munilla (de la Real Academia Española). *Cleopatra Pérez*, novela, 12.° millar	1,50
José M. Deulofeu.—*Un hombre que ha vivido mucho*, novela	1,50
Pedro Mata.—*Los cigarrillos del Duque*, novelas, 15.° millar	1,50
Juan Gómez Renovales. — *Mujeres conocidas*, prólogo de D. Jacinto Benavente, novela	1,50
Alberto Ghiraldo. — *El peregrino curioso*, 2.ª edición.	1,50
Manuel A. Bedoya.—*Una tragedia en automóvil*, novela	1,50
Francisco Villaespesa.-*La maja de Goya*, episodio nacional dramático, 3.ª edición	1,50
Eustaquio Cabezón.—*La prole de Adán*, poesías festivas	1,50
Gustavo Flaubert.—*Madame Bovary*, novela, 20.° millar	1,50
Goethe.—*Las afinidades electivas*, novela	1,50
Juan Héctor Picabia. — *La mujer de la rosa*, novela	1,50
Emilio Carrére.—*El encanto de la bohemia*, novela	1,50

Colección Sanz Calleja.—Precio provisional: 2,25 pesetas volumen. Todos los tomos de esta colección están elegantemente encuadernados.

N.° 1.—**Emilio Carrére.**—*La voz de la conseja*, selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos. Firmas del volumen 1.°: Galdós, Benavente, Unamuno, condesa de Pardo Bazán, Baroja, Dicenta, Ricardo León, Rubén Darío, Répide, Nogales, Palacio Valdés, Arturo Reyes y Pedro Mata, 35.° millar	2,25
N.° 2.—**Francisco Villaespesa.** *Judith*, tragedia en verso.	2,25
N.° 3.—**Carmen de Burgos (Colombine)**-*Confesiones de artistas* (interviús con celebridades contemporáneas). T.° 1.°: Actrices españolas	2,25
N.° 4.—**Carmen de Burgos (Colombine).** — Tomo 2.°: Artistas extranjeras	2,25
N.° 5.—**Francisco Villaespesa.**—*Andalucía*, cantares y poesías	2,25
N.° 8.—**Emilio Carrére.**—*La voz de la conseja*, selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos. Firmas del volumen 2.°: Bernardo Morales San Martín, Diego San José, Concha Espina, W. Fernández-Flórez, J. Ortega Munilla, V. Blasco Ibáñez, F. Trigo, José Echegaray, Alvarez Quintero (S. y J.), Alvaro Retana, Gutiérrez Gamero y Antonio de Hoyos y Vinent, 30.° millar	2,25

Ptas.	
N.° 9.—**Max Nordau.**—*El derecho de amar*, comedia dramática en cuatro actos, 20.° millar	2,25
N.° 10. — **Mathilde Alanic** (premiada por la Academia Francesa).—*La hija de la sirena*, novela, 23.° millar	2,25
N.° 12.—**Max Nordau.**—*Panna*, novela, 18.° millar	2,25
N.° 13.—**Emilio Carrére.**—*La voz de la conseja*, selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos. Firmas del volumen 3.°: Francés, Sellés, Martínez Sierra, Valero de Tornos, Alejandro Ber, Gómez de la Serna, González Olmedilla, «Azorín», «Colombine», Ortiz de Pinedo, Fernando Mora, Juan Valero Martín, Mota, Oliver, Ramírez Angel y Roberto Molina, 25.° millar	2,25
N.° 14.—**José Ortega Munilla** (de la Real Academia Española).—*El tren directo*, novela, 18.° millar	2,25
N.° 15.—**José Mas.**—*Soledad*, novela	2,25
N.° 16.—**Henri Bordeaux.**—*Los ojos que se abren*, novela, 33.° millar	2,25
N.° 17.—**Miss Braddon.**—*La vida por amor*, novela, 19.° millar	2,25

Colección económica Sanz Calleja, 2 pesetas volumen.

Felipe Sassone.—*Vórtice de amor*, novela, 26.° millar.	2
Federico García Sanchiz.—*Champagne*, diario de un bohemio mundano	2
Emilio Carrére. — *Rosas de meretricio*, novela, 7.° millar	2
— *La torre de los siete jorobados*, novela	2
B. Iñiguez. — *Balance*, poema	2
Luis Portal.—*Cuentos de pecado y edificación*	2
J. Ortega Munilla (de la Real Academia Española). — *Don Juan Solo*, novela	2
José Francés.—*La peregrina enamorada*, novela	2
José M. Deulofeu.—*Los literatos*, novela	2
— *La bestia herida*, novela	2
— *Eva leticia*, novela	2
— *Arca cerrada*, novela	2
Rafael López de Haro.—*La mirada del ciego*, novelas.	2

OBRAS TEATRALES DE DON JACINTO BENAVENTE

La fuerza bruta	2
La escuela de las princesas	2,50
Mefistófela	2,50
La Inmaculada de los Dolores	2,50

Biblioteca selecta, 1,50 volumen, elegantemente encuadernados en tela fantasía.

Cervantes.—*Entremeses*	1,50
Edgard Poe. — *Aventuras de Arturo Gordon Pym*	1,50
Chatrian.—*La señora Teresa*, novela	1,50
Cervantes. — *Compendio del «Quijote»*	1,50
Lope de Vega.—*Novelas*	1,50
Foé.—*Aventuras de Robinsón Crusoé*, tomo 1.°	1,50
— Idem, tomo 2.°	1,50
Chateaubriand.—*Viajes*	1,50
J. J. Rousseau.—*El pacto social*	1,50
Fray Luis de Granada.—*Sermones*	1,50
Cristóbal Colón. — *Cartas y testamento*	1,50
Nicolás Gogol.—*El cosaco Tarass Boulba*, novela rusa.	1,50
Voltaire.—*Cándido, o el optimismo*	1,50
Herculano.—*Arras, por fuero de España*, novela histórica	1,50
Iriarte y Samaniego.—*Fábulas*	1,50
Los viajes de Gulliver, tomo 1.°	1,50
Idem, tomo 2.°	1,50
Antología de poetas griegos.	1,50
Antología de alocuciones militares	1,50
Caballero.—*Cantares populares*	1,50
Rojas.-*La Celestina*, tomo 1.°	1,50
— Idem, tomo 2.°	1,50
Larra (Fígaro).—*Artículos de costumbres*	1,50
Cid Rodrigo.—*Romancero*	1,50
Poesías líricas mejicanas	1,50
Afán de Ribera.—*Virtud al uso y mística a la moda*	1,50
Mirabeau.—*Discursos*	1,50
Tirso de Molina.—*El vergonzoso en Palacio*	1,50

	Ptas.
Conocimientos útiles	1,50
Vélez de Guevara.—*El Diablo Cojuelo*	1,50
Bossuet.—*Oraciones fúnebres*	1,50
Lope de Vega.—*La moza de cántaro*	1,50
Baltasar Gracián.-*El discreto*	1,50
Demetrio Duque. - *Argumentos de «Amadís de Gaula»*.	1,50
Edgar Quinet. — *Ahasverus*, tomo 1.°	1,50
— Idem, tomo 2.°	1,50
Duque de Rivas. — *El moro expósito*, tomo 1.°	1,50
— Idem, tomo 2.°	1,50
Diderot.—*La religiosa*	1,50
Hurtado de Mendoza.—*Vida de Lazarillo de Tormes*...	1,50
Ruiz de Alarcón.—*La verdad sospechosa*	1,50
Matheron.—*Goya*	1,50
Calderón.—*El Alcalde de Zalamea*	1,50
— *Poesías inéditas*	1,50
Antología de poetas americanos	1,50
Feijoo.—*Obras escogidas* ...	1,50
Tirso de Molina.—*La prudencia en la mujer*	1,50
María de Zayas.—Novelas..	1,50

BIBLIOTECA MORO

CHARLAS INFANTILES, POR DON CRÍSPULO MORO CABEZA

Pintipolín, su infancia (primera época)	2,25
Pintipolín, su juventud (segunda época)	2,25
Pintipolín, su vejez (tercera época).............	2,25

BIBLIOTECA DE AVENTURAS Y VIAJES

Doctor Lange.—*Sobre la pista de los Sioux*, novela...	3
Capitán Sirius. - *Cuarenta mil kilómetros a bordo del aeroplano «Fantasma»*, novela.	5
— *Viaje al fondo del Océano*, novela	5
— *Los piratas del aire*, novela	5

VARIAS

Julián Sanz Martínez.—*Rincones de la España vieja* (Santander). Cuevas prehistóricas, monumentos, palacios señoriales, casas solariegas, castillos, arte antiguo, etc.	3
El Arte Rupestre en la provincia de León	2
Martín Rodríguez Merlo. —*Elaboración de vinos tipo Valdepeñas*. (Un volumen en 8.°, de 302 páginas.)..	4
Carlos Barés (Catedrático de la Escuela Superior de Comercio, de Madrid).—*Rudimentos de Física y Química* (388 páginas, 4.° mayor, contiene 427 grabados)	10
Eloy Martínez Pérez (Interventor de sucursales del Banco de España).—*Contabilidad Elemental y Superior*. La obra más completa publicada hasta el día	12
— *El Comercio y la Banca*..	12

CUENTOS PARA NIÑOS, SANZ CALLEJA

Los más nuevos y artísticos, uno	0,25
J. Ortiz de Pinedo.—*Cuentos de maravilla* (en verso).	
Beatriz Galindo.—*El alma del niño*, libro recomendado a los padres para la educación de sus hijos	4

TODAS NUESTRAS PUBLICACIONES SE HALLAN DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA Y EN LOS KIOSCOS DE LAS ESTACIONES

Casa Editorial **V. H. Sanz Calleja** Casa Central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23-MADRID